

EL PODER DE LAS TINIEBLAS

DRAMA EN CINCO ACTOS

NOTA PRELIMINAR

TOLSTOI sintió ya en tardía madurez durante una enfermedad en que entretuvo sus ojos leyendo ávidamente a Shakespeare, a Molière, a Goethe, a los grandes dramaturgos compatriotas y contemporáneos. Pensó en el enorme poder de difusión de las ideas que supone el tablado escénico y se decidió a crear alguna obra para las tablas; pero no alcanzó en ellas las cimas de la novela. Sin embargo, en El poder de las tinieblas su genio culminó excepcionalmente. He aquí el juicio de Rodolp. Kolland sobre este drama: "Tolstoi, tan imbatible en la mayoría de sus ensayos dramáticos, alcanza la maestría en esta obra." Y considera algunas de sus escenas dignas de Shakespeare. La obra está enteramente en lengua popular, con todo su sabor y su crudeza.

Sirvió de base para el argumento del drama un proceso contra cierto campesino de la provincia de Tula, que tuvo lugar el 21 de octubre de 1880. Pero el autor empezó la obra sólo en 1886, a raíz de recibir una carta de M. V. Lentooski, organizador del teatro popular de Moscú Skomoroi, que le pedía su cooperación en la organización de un teatro cuyas representa-

ciones fuesen "populares y al alcance de todos". Tolstoi trabajó en el drama poco más de tres semanas.

Después de llevar el drama a la censura y de entregarlo en la redacción del Posrednik (El Intermediario) en noviembre, al mes siguiente escribió la variante de los últimos cuatro cuadros del cuarto acto, ya que muchos opinaban que eran difíciles de escenificar, debido a su extremado realismo.

Desde sus primeros pasos, la obra tropezó con la rotunda oposición de la censura. Al principio fue totalmente prohibida, y solo tras una serie de gestiones en las altas esferas gubernamentales se consiguió la autorización para publicarla, pero no para su representación.

El poder de las tinieblas apareció a principios de febrero de 1887 en el Posrednik y, casi al mismo tiempo, en las Obras del conde L. N. Tolstoi, duodécima parte. Producción de los últimos años.

El drama topó con grandes dificultades para ser puesto en escena. Solo en septiembre de 1895 se autorizó su libre representación en todos los teatros, y las representaciones comenzaron en el mes de octubre.

EL PODER DE LAS TINIEBLAS

Mas yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón. Por tanto, si tu ojo derecho te fuere ocasión de caer, sácalo y échalo de ti, que mejor te es que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.

(San Mateo, cap. V. 28 y 29.)

PERSONAJES

Piotr, rico aldeano, 42 años, casado en segundas nupcias, enterado.	Akim, padre de Nikita, 50 años, endeble y devoto.	Mozá 1. ^a
Anisia, su esposa, 32 años, mujer coqueta.	Marrónova, su mujer, 50 años.	Mozá 2. ^a
Akulina, hija de Piotr (de su primer matrimonio), sorda, algo simple, 16 años.	Marinka, huérfana, 22 años.	El Uradovnik.
Anutka, hija de Piotr y de Anisia, 18 años, muchacho presumido.	Mitricha, viejo obrero; es un soldado retirado.	La Comaref.
	El Padre del novio de Akulina.	Una Vecina.
	El Marido de Marinka.	Un Cochero.
		Un Testigo.
		La Casamentera.
		El Novio de Akulina.
		El Sramosta.
		Idritados, Mujeres, Muchachos.
		Gente del pueblo.

ACTO PRIMERO

La acción se desarrolla en un pueblo durante el otoño.

La escena representa la gran isba de Piotr.

Las dos mujeres hilan y cantan. Piotr, sentado en un banco, arregla la coleta de un caballo.

ESCENA PRIMERA

PIOTR, ANISIA, Y AKULINA

Piotr.—(Mirando por la ventana.)

Otra vez se han escapado los caballos. Decididamente, van a matar al potro. ¡Nikita! ¡Eh, Nikita! ¡Está sordo! ¡Escucha! luego se dirige a las mujeres.) ¡Basta! No se oye nada.

Voz de NIKITA.—(Desde fuera.)

¿Qué hay?

PIOTR.

Tráe los caballos.

Voz de NIKITA.

En seguida; espera un poco.

Piotr.—(Moviendo la cabeza.)

¡Oh, esos criados! Si tuviera buena

ANISIA.

Pues anda que tú te mueves mucho... Desde la estufa al banco, eso es todo. En cambio, eres muy elegante con los demás.

PIOTR.

Si no fuese exigente con vosotros, dentro de un año no quedaría nada de la casa. ¡Oh, qué gente!

ANISIA.

Mandas que se hagan diez cosas a la vez y encima refunfuñas. Es fácil dar órdenes cuando uno está echado en la estufa.

Piotr.—(Suspirando.)

¡Oh! Si no fuese por la enfermedad que se ha apoderado de mí, no tendría a esos criados ni un solo día.

Voz de AKULINA.

¡Eh, eh, eh!

(Se oye relinchar al potro y a los caballos, así como el chirrido de la puerta cochera.)

PIOTR.

No sabes más que decir tonterías. De veras que de estar sano prescribiría de él.

ANISIA.—(Remedando.)

Prescribiría de él. Si trabajaras tú mismo, podrías hablar de los demás.

ESCENA III

DICHOS Y AKULINA

Akulina.—(Entrando.)

Trabajo me ha costado traerlos. Sobre todo al potro...

PIOTR.

¿Dónde está Nikita?

AKULINA.

¿Nikita? En la calle.

PIOTR.

¿Qué hace?

AKULINA.

¿Qué hace? Ahí está charlando en la esquina.

PIOTR.

No se entera uno de nada con ella. ¿Con quién habla?

AKULINA.—(Que no ha oído bien.)

¿Qué?

(Piotr hace un gesto de desprecio. Akulina se sienta y empieza a hilar.)

ESCENA IV

DICHOS Y ANUTKA

Anutka.—(Entrando corriendo y se acerca a su madre.)

Han venido los padres de Nikita para llevarse a su casa; se aburren solos.

ANISIA.

¿De veras?

ANUTKA.

Si, que me muera ahora mismo si miento. (Se echa a reír.) Al pasar por allí me ha dicho Nikita: "¡Adios, Ana Petrovna; no dejes de venir a bailar el día de mi boda. Me voy de vuestra casa." Y se reía.

ANISIA.—(A su marido.)

Ya ves la falta que haces aquí; Nikita se marcha por su propia voluntad. ¡Dice que lo va a echar!

PIOTR.

¡Que se vaya! ¿Acaso no voy a encontrar otro?

ANISIA.

¿Y el dinero que le has adelantado? (Anutka se acerca a la puerta, escucha lo que hablan sus padres y sale.)

ESCENA V

ANISIA, PIOTR Y AKULINA

PIOTR.—(*Frunciendo el ceño.*)

Si es así, el dinero me lo devolverá trabajando este verano.

ANISIA.

A él te alegra que se vaya, con tal que haya una boca menos para comer. En cambio, yo tendré que cargar con todo durante el invierno como una mula. Tu hija no es demasado trabajadora, y tú, por tu parte, te pasarás el tiempo echado en la estufa. ¡Te conozco perfectamente!

PIOTR.

¿Que necesidad tienes de mover tanto la lengua antes de saber de lo que se trata?

ANISIA.

El establo está lleno de animales. No has vendido la vaca y has querido quedarte con todas las ovejas. Apenas nos dará tiempo de traerles agua y pienso, y encima quieres despedir al criado. No voy a ser yo quien haga las faenas del gañán. Terminaré echándome en la estufa lo mismo que tú. ¡Y que se vaya todo al diablo! Puedes hacer lo que quieras.

PIOTR.—(*A AKULINA.*)

Ya es hora de que vayas a buscar el pienso.

AKULINA.

¿El pienso? Bueno... (*Se pone el cinturón y coge una cuerda.*)

ANISIA.

No quiero trabajar para tí. No quiero; trabaja tú mismo.

PIOTR.

¡Basta, basta! ¿Por qué te has enfurecido? Pareces una oveja rabiosa.

ANISIA.

¡Tú sí que eres un perro rabioso! No trabajes ni me das ninguna alegría. Para lo único que sirves es para comer.

PIOTR.—(*Escupe y empieza a vestirse.*)¡Que Dios te perdone! Voy a ver lo que pasa. (*Sale.*)ANISIA.—(*Gritando.*)

¡Vejestorio! ¡Diablo!

ESCENA VI

ANISIA Y AKULINA

AKULINA.

¿Por qué riñes a papá?

ANISIA.

¡Callate, bobal!

AKULINA.—(*Acercándose a la puerta.*)

Sé por lo que riñes. ¡Tú sí que eres tonta! ¡Perral! No te tengo miedo.

ANISIA.

¿Qué dices? (*Se levanta de un salto y busca un objeto para pegar a AKULINA.*) Ten cuidado no vaya a darte con la escoba.AKULINA.—(*Abriendo la puerta.*)¡Perral! ¡Diablo! ¡Eres una perra, un diablo! (*Sale corriendo.*)

ESCENA VII

ANISIA, sola

ANISIA.—(*Se sune en reflexiones.*)

Ha dicho: "No dejes de venir a mi boda." ¿Qué es lo que están tramando? ¿Quieren casarlo? Mira, Nikita; si son estos tus planes, yo me encargo de... ¡No puedo vivir sin él! ¡No lo dejare marchar!

ESCENA VIII

ANISIA Y NIKITA

NIKITA.—(*Entra mirando hacia los lados. Al ver que ANISIA está sola, se acerca precipitadamente a ella y le habla en voz baja.*)

¡Qué desgracia! Ha venido mi padre y me ordena que vuelva a casa. Dice que quiere casarme y que viva con ellos.

ANISIA.

Pues bien: cástate. ¿A mí qué me importa?

NIKITA.

¡Cómo! Estoy buscando la manera de arreglar las cosas, y me dices que me case. ¿Por qué? (*Guña un ojo.*) ¿Acaso has olvidado...?

ANISIA.

Puedes casarte. ¿Qué falta me haces?

NIKITA.

¿Por qué te pones así? ¡Vaya! No me dejas ni que te acaricie... ¿Qué te pasa?

ANISIA.

¿Quieres abandonarme... Y ya que este es tu deseo, no te necesito para nada. ¡Ya lo sabes!

NIKITA.

Vamos a ver, Anisia: ¿acaso pretendiendo olvidarte? Por nada del mundo. Decididamente, no te abandonaré. El razonamiento que me hago es el siguiente: Aun cuando me casen, volveré contigo. ¡Con tal que no me lleven a casa!

ANISIA.

¿Qué falta me vas a hacer cuando estés casado?

NIKITA.

¿Qué quieres que haga, querida? No

hay manera de librarse de la voluntad paterna.

ANISIA.

Le echas la culpa a tu padre, pero esos planes son tuyos. Hace mucho que lo tramabas con ese bicho de Marinka. Los ha inventado ella. No en balde vino aquí hace unos días.

NIKITA.

¿Marinka? ¿Qué falta me hace? ¿Acaso son pocas las muchachas que corren tras de mí?

ANISIA.

¿Por qué ha venido tu padre? Has sido tú quien se lo ha metido en la cabeza. Me engañabas... (*Se echa a llorar.*)

NIKITA.

¡Anisia! ¿Crees en Dios, sí o no? Ni siquiera he soñado tal cosa. De veras que no sé nada de nada. Ha sido el viejo quien ha maquinado todo esto.

ANISIA.

Si no quieres, no te van a llevar atado a un tonzal.

NIKITA.

Creo que no se puede ir contra la voluntad paterna, aunque no tenga ganas de obedecerle.

ANISIA.

No tienes más que resistirte.

NIKITA.

Conozco un muchacho que obró así y lo azotaron con vergajos. Como comprenderás, no quiero que me pase lo mismo. Dicen que hacen cosquillas...

ANISIA.

Basta de bromas. Escucha, Nikita. Si te casas con Marinka, no sé lo que

hare... Me quitaré la vida. He cometido un pecado, he violado la ley y ya no puedo volver sobre mis pasos. Si te vas, haré que...

NIKIYA.

¿Por qué me iba a ir? Si quisiera marcharme, hace mucho que lo hubiera hecho. Hace unos días, Iván Semionovich me proponía que me fuera de cochero... ¡Menuda vida llevaré! Y, sin embargo, no he aceptado. Si no me quisieras, sería distinto.

ANISIA.

Recuerda una cosa. El viejo no tardará en morir y entonces podremos arreglar nuestra situación. Me casaré contigo y serás el amo.

NIKIYA.

¿Por qué pensar en esas cosas? ¿Qué me importa eso? Trabajo como para mí mismo. El patrón me quiere y su mujer también. Y no es culpa mía que las muchachas se enamoren de mí.

ANISIA.

¿Me querías?

NIKIYA.—(La abreza.)

¡Así! ¡Con todo mi corazón y como siempre...!

ESCENA IX

Dichos y MATRIONA. Esta, al entrar, se persigna varias veces ante el icono. NIKIYA y ANISIA se separan bruscamente

MATRIONA.

Nada he visto ni he oído, nada. Estabas refocilandole con una mujercita. ¿Verdad? ¿Por qué no? También rezoan las terneritas. Sois jóvenes. Hijo mío, el patrón te llama, está en el patio.

NIKIYA.

Vine a buscar el hacha.

MATRIONA.

Ya sé, hijo mío, a qué hacha te refieres. Suele estar siempre junto a las mujeres.

NIKIYA.—(Se agacha para coger el hacha.)

Madrecita, ¿de veras queréis casarme? Me parece que es inútil, y además, no tengo ganas.

MATRIONA.

¿Para qué te has a casar? Puedes vivir como hasta ahora. Todo eso son maquinaciones del viejo. Vete, hijo mío. Arreglaremos las cosas sin ti.

NIKIYA.

¡Qué gracia! Tan pronto quieren casarme, tan pronto piensan en otra cosa. Decididamente, no entiendo nada. (Sale.)

ESCENA X

ANISIA y MATRIONA

ANISIA.

Tía Matriona, ¿es cierto que pensáis casar a Nikiya?

MATRIONA.

¿Cómo íbamos a casarlo, querida? Ya conoces nuestros medios. Son palabras al viento del viejo. ¡Casarlo! ¡Casarlo! Pero este asunto no le incumbe. Ya sabes que cuando se ha encontrado un sitio caliente hay que conservarlo. Este es nuestro caso. ¿Crees que no veo (Guñando un ojo) el giro que toma esto?

ANISIA.

¿Por qué iba a disimular delante de ti, tía Matriona? Puedes saberlo todo. He pecado, amo a tu hijo.

MATRIONA.

¡Vaya una novedad! ¡Como si la tía Matriona no lo supiera! ¡Ay ma-

chacha! Soy más lista y maliciosa de lo que te figuras. Te aseguro, querida mía, que veo a través de las paredes. Lo sé todo. Sé por qué las mujeres jóvenes necesitan polvos para dormir. Por eso te los traigo. (Desata un pico del pañuelo y saca unos polvos envueltos en un papel.) Veo lo que es preciso; en cuanto a lo demás, no lo veo ni lo sé. Te lo aseguro. También yo he sido joven.

También he tenido que arreglármelas para vivir con el necio de mi marido. Conozco setenta y siete medios. Veo, querida mía, que tu viejo tiene un pie en la sepultura. ¿De qué es capaz a estas alturas? Si lo pinchas con una horca, no le saldrá ni una gota de sangre. Verás cómo lo entretas en primavera. Entonces será preciso que tomes un hombre para la casa. ¿No crees que mi hijo es un campesino como otro cualquiera? ¿Qué interés tendría en impedirte hacer ese buen negocio? No puedo ser enemiga de mi propio hijo.

ANISIA.

Con tal que no nos abandone.

MATRIONA.

No os abandonaré, palomita. Todo eso no son más que tonterías. Ya conoces al viejo. No tiene entendimiento; pero cuando se le mete algo en la cabeza, no hay manera de sacarlo.

ANISIA.

¿Cómo se le ocurrió eso?

MATRIONA.

Ya sabes, querida mía, que al muchacho le gustan las mujeres. Por otra parte, es un mozo apuesto, no hay nada que reprocharle. Cuando trabajaba en el ferrocarril conoció a una huérfana que estaba de cocine-

ra. Esta muchacha empezó a perseguir y no lo dejaba ni a sol ni a sombra.

ANISIA.

¿Marinka?

MATRIONA.

Sí, la misma. ¡Ojalá le dé una patalita! No puedo decirte si ha habido algo entre ellos. Pero el caso es que mi viejo se ha enterado. Tal vez se lo haya contado ella misma, o tal vez haya oído el coñileo de los vecinos...

ANISIA.

¡Qué atrevida es la moza!

MATRIONA.

Entonces mi viejo ha decidido casarlos por encima de todo para redimir el pecado. "Traigámoslo a casa y cásemoslo", me dijo. He hecho cuanto he podido para quitarle esa idea, pero ha sido inútil. Después pensé que es preciso llevar las cosas de otra manera. A esos imbéciles hay que seguirles la corriente, querida mía, y al llegar el momento de obrar, hacer lo que a una le da la gana. En el rato en que una mujer cae de la estufa se le ocurren setenta y siete ideas. ¿Cómo quieres que nos comparendáramos? Así pues, le dije que me parecía muy bien, pero que era preciso reflexionar. "Vamos a ver a nuestro hijo y aconsejémosnos de Piotr Ignatievich. A ver qué nos dice." Y hemos aquí.

ANISIA.

¿Qué hacer ahora? ¿Y si su padre lo obliga a casarse?

MATRIONA.

¿Obligarlo? ¡No le haremos caso! ¡No te preocupes, no se casará! Ahora mismo voy a hablar con tu viejo y verás cómo todo se arregla

divinamente. He venido con mi marido para guardar las apariencias. ¿Cómo iba a arrancar a mi hijo de la felicidad para casarlo con una portosa? No soy tan boba.

ANISIA.
Marinka ha venido a verlo, incluso aquí. No me lo creerás, tía Matryona; pero cuando me dijeron que se iba a casar fue como si me hubiesen clavado un punal en el pecho. Pense que amaba a Marinka.

MATRYONA.
¡Querida mía! ¿Lo crees tan necio? ¿Cómo iba a querer a una portosa que no tiene dónde caerse muerta? Nikita es inteligente, sabe elegir. No te preocupes, querida. No nos lo llevaremos por nada del mundo, ni lo casaremos. Nos darás algunos rublos y se quedará aquí.

ANISIA.
Creo que moriría si se fuese Nikita.

MATRYONA.
Cosas de la juventud... Eres una mujer llena de vida para vivir con el majadero de tu marido...

ANISIA.
Creeme, tía Matryona, que estoy harta de él, estoy harta de este perro. ¡No puedo verlo!

MATRYONA.
No me extraña. Ven, mira esto. *(Habla en voz baja, después de haber mirado con recelo en torno suyo.)* Fui a pedir estos polvos a un viejecito. Tienen dos fines. "Estos son para dormir. Con una pizquita que le des, dormirá como un bendito. No te digo más sino que podrás saltar encima de su barriga. Y estos otros, disueltos en un vaso de agua, no dejan ningún sabor, pero tienen una gran fuerza. Esta cantidad es para siete ve-

ces; hay que echar un pelizco cada vez, y así obtendrás pronto la libertad", me dijo.

ANISIA.
¡Oh! ¡Oh!

MATRYONA.
No dejan rastro alguno. Valen un rublo. No ha podido dármelos más baratos porque le cuesta mucho trabajo conseguirlos. He pagado con mi dinero, querida mía. Si no los quieres, se los llevaré a Míjailovna.

ANISIA.
¡Oh! ¡Y si nos traen alguna desgracia!

MATRYONA.
¿Qué desgracia pueden traernos? Si tu viejo fuera un hombre robusto; pero apenas se tiene en pie. No puede vivir. Mucha gente hace lo mismo.

ANISIA.
¡Oh mi pobre cabeza! Tía Matryona, ¡temo que esto nos traiga una desgracia. Pero ¿qué es?

MATRYONA.
Puedo volver a llevármelo.

ANISIA.
¿Dices que hay que disolverlos en agua, lo mismo que los otros?

MATRYONA.
Es mejor que los disueltas en té. El viejecito me ha dicho que no dejan sabor ni olor alguno. Es un hombre muy inteligente.

ANISIA.—*(Coge los polvos.)*
¡Oh mi pobre cabeza! ¿Acaso iba a hacer una cosa así si mi vida no fuese como la de un presidiario?

MATRYONA.
No se te olvide el rublo. Prométi-

al viejo que se lo llevaría. También él se ha tomado molestias.

ANISIA.
Ya se sabe. *(Se acerca a un cofre y esconde los polvos.)*

MATRYONA.
Guárdalos bien, querida mía. Y si alquien los encontrara, Dios no lo quiera, dirás que son para las cucarachas... *(Coge el rublo.)* También sirven para las cucarachas. *(Se tuerce.)*

ESCENA XI

Diehos, Piotr y Akim. Este, al entrar, se persigna mirando al león.

Piotr.—*(Entra y se sienta.)*
Entonces, ¿qué, tío Akim?

AKIM.
Habría que arreglarlo de la mejor manera. Ignatich, de la mejor manera, de la mejor manera... Para que no ocurra nada malo. Quisiera... poner a trabajar al muchacho. Pero si crees que se puede probar de otro modo... Hay que arreglarlo de la mejor manera...

PIOTR.
Bueno, bueno. Sientate y hablemos. *(Akim toma asiento.)* Entonces, ¿quieres casarlo?

MATRYONA.
No tenemos prisa. Piotr Ignatich. Tú mismo sabes que nuestra situación es muy precaria. ¿Cómo íbamos a casarlo, cuando nos cuesta tanto ganar nuestro pan?

PIOTR.
Haced lo que mejor os parezca.

MATRYONA.
No tenemos prisa por casarlo. Los hombres no son como las frambuesas, que se desprenden al madurar.

PIOTR.
Casarse puede ser una buena cosa. AKIM.
Lo que quisiera es que... Me han ofrecido un trabajillo en la ciudad... Un trabajillo que me conviene...

MATRYONA.
¡Valia un trabajo! ¡Limpiar las cloacas. Cuando volvió de allí hace unos días, empecé a vomitar. ¡Qué asco!

AKIM.
Al principio se sube a las narices, es verdad; pero después se acostumbra uno y es lo mismo que el orujo. En cuanto al olor... No tenemos por qué sentirnos ofendidos. Además, podemos cambiar de ropa. Quisieramos que Nikita volviera con nosotros. Él se ocupará de la casa y yo me ganaré el pan en la ciudad.

PIOTR.
Comprendo que quieres llevarte a tu hijo; pero ¿cómo haremos con el dinero que le he adelantado?

AKIM.
Es verdad, es verdad, Ignatich. Tienes razón. Comprometerse es lo mismo que si se vendiera uno. Que se quede, pues, hasta que haya pagado el dinero que le debe. Pero, como queremos casarlo, dale permiso por unos cuantos días.

PIOTR.
Bueno, estoy conforme.

MATRYONA.
Es que nosotros no estamos conformes. Piotr Ignatich, te hablaré con toda sinceridad, como si hablara ante Dios. Sé juez entre mi viejo y yo. No hace más que repetir que quiere casar a Nikita. Pero preguntátele con quién. Si la muchacha fuese como es debido... Pero tiene un vicio... ¿Aca-

so puedo ser la enemiga de mi propio hijo?

AKIM.
No tienes razón, no tienes razón de calumniar a la muchacha. Mi hijo la ha ofendido.

PIOTR.
¿Que le ha hecho?

AKIM.
Ya ves: ha sido mi propio hijo quien la ha deshonrado.

MATRIONA.
No hables tanto. Déjame explicar a mí, que tengo la lengua más ligera. Nuestro hijo trabajaba en el ferrocarril antes de venir aquí. Esta muchacha, que estaba de cocinera, en su equipo, empezó a perseguirlo. No vale mucho... Se llama Marinka. Y ahora pretende que Nikita la ha engañado con mala intención.

PIOTR.
Eso no estaría bien.

MATRIONA.
Pero si es una perdida, se divierte con todo el mundo. Es una perdida.

AKIM.
¡Ya estás otra vez, vieja! No se trata de eso... no se trata de eso...

MATRIONA.
Mi viejo no hace más que repetir siempre lo mismo, pero ni él sabe lo que dice. Piotr Ignatich, pregunta a quien quieras lo que piensan de esta muchacha, y todos te dirán lo mismo. Es una vagabunda que no tiene dónde caerse muerta.

PIOTR.
Si es así, tío Akim, no tienes por qué casar a tu hijo. Una nuera no es una zapapilla, no podrás quitársela cuando quieras.

AKIM.—(*Indignado.*)
Es mentira lo que dice mi vieja, es mentira. Esta muchacha es muy buena, me da bastante de ella.

MATRIONA.
¡Vaya con Nuestra Señora de la Misericordia! ¡Es caritativo con los demás, pero deja morir de hambre a los suyos! Se compadeció de la muchacha, pero no de su hijo. Atácala al cuello y pásate con ella. No digas más tonterías.

AKIM.
No son tonterías.

MATRIONA.
No me interrumpas, déjame hablar.

AKIM.—(*Interrumpiéndola.*)
No son tonterías. Presentas las cosas a tu manera, tanto si se trata de la muchacha como de ti; pero Dios dispondrá como guste. Así, pues...

MATRIONA.
Lo único que se consigue contigo es cansar la lengua.

AKIM.
La joven es trabajadora y muy buena... A nosotros, con nuestra pobreza, nos viene muy bien, porque la boda no resultaría cara. Lo peor es la ofensa que se le ha hecho a esa huérfana. Y la ofensa existe.

MATRIONA.
Cada cual es libre de decir lo que quiera...

ANISIA.
Tío Akim, si haces caso a las mujeres, ya verás las cosas que son capaces de contar...

AKIM.
¿Y Dios? ¿Y Dios? ¿Acaso esa muchacha no es una criatura humana?

Eso significa que también lo es ante Dios. ¿No es cierto lo que digo?

MATRIONA.
Lo está arreglando...

PIOTR.
Te aseguro, tío Akim, que no hay que creer siempre en lo que dicen las muchachas. Tu hijo está vivo; ahí lo tienes. Llamémoslo para presentárselo si es verdad. No jurará en vano. Llamad al muchacho. (*ANISIA se levanta.*) Dile que lo llama su padre. (*ANISIA sale.*)

ESCENA XII
Dichos, menos ANISIA

MATRIONA.

Tienes toda la razón, padrecto; lo mejor es que hable el muchacho. Porque, además, hoy día no se puede casar a los hijos por la fuerza. Hay que saber la opinión del muchacho. Por nada del mundo quería casarse con esa joven y cubrirse de vergüenza. A mí entender, debe quedarse aquí, sirviendo a su amo. Además, no lo necesitamos en verano, podemos tomar a un jornalero. Darnos un billeteo de diez rublos y que se quede en tu casa.

PIOTR.
Ya hablaremos de eso después; es preciso proceder con orden. Primero se acaba una cosa y después se empieza otra.

AKIM.
He dicho todo eso, Piotr, Ignatich, porque... eso me convenia. Siempre trata uno de arreglar las cosas de la mejor manera para sí mismo... Y en cuanto a Dios, se le olvida. Guítere uno que todo sea en provecho propio, y eso es un error. Queremos

arreglar las cosas lo mejor posible; pero sin Dios, siempre resultan mal.

PIOTR.
Ya se sabe que no hay que olvidar a Dios.

AKIM.
Siempre resultan mal... Mientras que si se sigue la ley de Dios, uno se siente alegre. Así, pues, he decidido casar al muchacho para preservarle del pecado. Quedará en casa, como lo manda la ley, y yo iré a trabajar a la ciudad. El trabajo es ventajoso. Es mejor que obremos según los preceptos de Dios. Porque, además, la muchacha es huérfana. Como ejemplo, os hablaré de lo que ha pasado este verano: alguien robó leña a nuestro administrador creyendo que lo engañaría. Y así ha sido, pero no ha podido engañar a Dios... de modo que...

ESCENA XIII
Dichos, NIKITA y ANITRITA

NIKITA.
¿Me habéis llamado? (*Se sienta y saca tabaco del bolsillo.*)

PIOTR.—(*En voz baja y con tono de reproche.*)
Vamos a ver, ¿no conoces las reglas de la educación? Tu padre va a hacerte unas preguntas, y tú le sientas y te dispones a fumar. Levántate, ven aquí.

(*NIKITA se levanta y se apoya en la mesa en actitud desentendida y sonriendo.*)

AKIM.
Resultado, Nikita, que tenemos una queja contra ti.

NIKITA.
¿De quien proviene?

AKIM.
¿La queja? De una muchacha huérfana... de Marinka.

NIKITA.—(Risueto.)
¡Qué gracia! ¿En qué consiste la queja? ¿Quién te la ha presentado? ¿Ella misma?

AKIM.
Soy yo quien pregunta: haz el favor de contestarme. ¿Te has comprometido con esa muchacha? ¿Te has comprometido, eh?

NIKITA.
Decididamente, no entiendo lo que me preguntas.

AKIM.
¿Hiciste tonterías con ella? Di, ¿has hecho?

NIKITA.
Y eso qué importa. Cuando me aburría, gastaba bromas a la cochera y tocaba el acordeón, y ella ballaba. ¿Qué otras tonterías he hecho?

PIOTR.
Nikita, no te esquivas: contesta razonablemente a las preguntas de tu padre.

AKIM.—(Solemnemente.)

Nikita, puedes engañar a los hombres, pero no a Dios. Piensa bien lo que dices y no te atrevas a mentir. La muchacha es huérfana, has podido ofenderla. Explicátele lo mejor que puedas.

NIKITA.

No tengo nada que decir. Decididamente, lo he dicho todo ya. (Acabándose.) Ella puede contar lo que quiera, como si yo hubiese muerto... ¿No ha dicho nada de Fedka Mikishkin? ¿Acaso ni siquiera está per-

mitido divertirse en los tiempos que corremos? Ella es libre de contar lo que quiera.

AKIM.
¡Oh Nikita, ten cuidado! La mentira saldrá a flote. ¿Ha habido algo? ¿Sí o no?

NIKITA.—(Aparte.)
¡Vaya, se han pegado a mí como unas lapas! (A Akim.) Le aseguro que no ha habido nada. No ha habido nada entre nosotros. (Con ira.) Lo juro, por Dios, que me quede muerto si no es verdad. (Se persigna.) No sé nada de nada. (Silencio. Después prosigue, acalorándose cada vez más.) ¿Pretende usted casarme con ella? ¡Qué escándalo! Hoy día no se puede casar a la gente por la fuerza. Es bien sencillo. Además, lo acabo de jurar, no sé nada de nada.

MARRONA.—(A su marido.)
¡Qué necio! ¡Qué imbécil eres! Das crédito a todo lo que te cuentan. Has humillado inutilmente al muchacho. Lo mejor es dejarlo vivir lo mismo que antes en casa de su patrón, que nos dará un billete de diez rublos. Cuando llegue la hora, ya casaremos a nuestro hijo.

PIOTR.

Bueno, ¿qué dices, tío Akim?

AKIM. (Hace chascar la lengua y se dirige a su hijo.)

Acuédate, Nikita, que una lágrima provocada por una ofensa no cae nunca en el vacío, sino siempre sobre la cabeza de un hombre. Acuédate de ello, no vaya a ocurrir...

NIKITA.

No tengo por qué acordarme de nada. ¡Eso, usted! (Se sienta.)

ANUTKA.
Tengo que ir a contar esto a mi madre. (Sale corriendo.)

ESCENA XIV

PIOTR, AKIM, MARRONA Y NIKITA

MARRONA.—(A PIOTR.)

Así es, Piotr Ignatich: cuando se le mete algo en la cabeza, no hay manera de sacárselo. Te hemos molestado inutilmente. En cuanto al muchacho, que siga aquí lo mismo que antes. Conservalo a tu servicio.

PIOTR.

Entonces, ¿qué decides, tío Akim?

AKIM.

No quiero privar de libertad al muchacho, siempre que... Lo que quise era...

MARRONA.

Ni tú mismo sabes lo que dices. Que Nikita viva como hasta ahora. También poco él quiere marcharse. Además, no lo necesitamos para nada, podemos arreglárnoslas sin él.

PIOTR.

Solo te digo una cosa, tío Akim: si te lo llevas para el verano, no lo necesitaré en invierno. Si se queda, es a condición de que esté todo el año.

MARRONA.

Puede comprometerse para todo el año. Nosotros tomaremos un jornalero durante las faenas. El muchacho se quedará aquí y tú danos un billete de diez rublos...

PIOTR.

Entonces, ¿se compromete por otro año?

AKIM.—(Suspira.)

Puesto que las cosas se han puesto así, que se quede.

MARRONA.

Se queda por un año a partir del sábado, día de San Dimitri. No nos engañarás en cuanto al jornal, pero adelantarnos diez rublos. Prestanos esa ayuda. (Se levanta y hace una reverencia.)

ESCENA XV

DIOSH, ANISA Y ANUTKA. ANISA se sienta algo rebrada de los demás

PIOTR.

Bueno, ya que las cosas se han arreglado, vamos a la taberna a beber una copita de vodka.

AKIM.

No bebo vodka ni vino.

PIOTR.

Entonces, tomarás té.

AKIM.

Tango esa debilidad. Suelo tomar té.

PIOTR.

Las mujeres también tomarán té. Y tú, Nikita, entra la ovejas y recoge la paja.

NIKITA.

Bueno. (Sale todos, excepto NIKITA.)

(Oscurece.)

ESCENA XVI

NIKITA, solo

NIKITA.—(Enciende un cigarrillo.)

¡Vaya, se han pegado a mí como las lapas! ¡Que les diga cómo me divierto con las mozas...! Eso es demasiado largo de contar. ¡Mira que pretender casarme con ella! No podría casarme con todas, serían demasiadas. ¿Qué necesidad tengo de casarme? Vivo mejor que un hombre casado y todos me envidian. ¡Qué

gracia! Parece que alguien me ha invitado a persignarme ante el icono. Así he cortado por lo sano. Dicen que es peligroso jurar en falso. ¡Qué tontería! Son palabras al viento.

ESCENA XVII

NIKIYA Y AKULINA

AKULINA.—(*Entra, deja la cuerda, se quita el cojín y se va a un cuartucho.*)
Ya podías encender la luz.

NIKIYA.
¿Para mirarte? Te veo sin necesidad de luz.

AKULINA.
¡Callate!

ESCENA XVIII

DIKHOY Y ANUTKA

ANUTKA.—(*Entra precipitadamente y habla en voz baja.*)
Nikiya, corre, alguien pregunta por ti.

NIKIYA.
¿Quién es?

ANUTKA.
Marinka, la del ferrocarril, ahí está en la esquina.

NIKIYA.
Mientes.

ANUTKA.
Que me muera si no es verdad.

NIKIYA.
¿Qué queres?

ANUTKA.
Quere verte. Me ha dicho: "Solo tengo que decirte una palabra." Le he preguntado qué es, pero no me lo ha querido decir. Queria saber si te vas de nuestra casa. Le he dicho

que no. Que tu padre queria llevar-te a tu casa para que te casaras, pero que te has negado y que te quedas otro año aquí. Entonces me rogó que por Dios fueras a verla para decirle algo. Hace mucho que espera. Anda, véte.

NIKIYA.
¿Que se vaya con Dios! ¿Qué necesidad tengo de verla?

ANUTKA.
Me ha dicho que, si no sales, entrará en la isba. "Que me muera si no entro", dijo.

NIKIYA.
No te preocupes. Se cansará y acabará por irse.

ANUTKA.
Me ha preguntado si quieren casarte con Akulina.

AKULINA.—(*Se acerca a NIKIYA para coger el huso.*)
¿A quien quieren casar con Akulina?

ANUTKA.
A Nikiya.

AKULINA.
¿Como que es fácil! ¿Quién dice eso?

NIKIYA.
Por lo visto lo dice la gente. (*La mira y se echó a reír.*) Akulina, queres casarte conmigo, ¿eh?

AKULINA.
¿Contigo? Tal vez lo hubiera hecho antes, pero ahora no.

NIKIYA.
¿Por qué ahora no?

AKULINA.
Porque no me querrias.

NIKIYA.
¿Por qué no?

AKULINA.
Porque no te lo permitirían. (*Se echó a reír.*)

NIKIYA.
¿Quién me lo impediría?

AKULINA.
Mi madrastra. No hace más que reír y no te quita ojo.

NIKIYA.—(*Riendo.*)
Vaya, te fijas en todo.

AKULINA.
¿Yo? ¿Dices que me fiijo en todo? ¿Acaso soy ciego? Hoy le ha echado una buena bronca a mi padre. ¡Es una bruja! (*Se va al cuartucho.*)

ANUTKA.
Nikiya, fíjate. (*Mira por la ventana.*) Ahí viene. ¡Que me muera si no es ella! Me voy. (*Sale.*)

ESCENA XIX

NIKIYA, AKULINA, en el cuartucho, y MARINKA

MARINKA.—(*Entrando.*)
¿Qué es lo que haces conmigo?

NIKIYA.
¿Lo que hago contigo? Nada.

MARINKA.
¿Quieres abandonarme?

NIKIYA.—(*Se levanta con expresión de enfado.*)
¿Cómo te has atrevido a venir aquí?

MARINKA.
¡Ay, Nikiya!

NIKIYA.
¿Qué graciosas son las mujeres! ¿Para qué has venido?

MARINKA.
¡Nikiya!

NIKIYA.
Aquí tienes a Nikiya. ¿qué es lo que queres? Marchate, te digo.

MARINKA.
Veo que me queres abandonar, queres olvidarme.

NIKIYA.

¿Qué tengo que recordar? Ni tú misma lo sabes. Has esperado en la esquina y dististe a Anutka que viniera a buscarme. Si no he salido a verte es que no te necesitó, es muy sencillo. Anda, véte.

MARINKA.

¡No me necesitas! ¡Ya no me necesitas! Te creí, creí que me amarías. Pero ahora que me has perdido, ya no me necesitas para nada.

NIKIYA.

Lo que dices no tiene pies ni cabeza. Has sido tú quien ha ido con el cuento a mi padre. Haz el favor de marcharte.

MARINKA.

Ya sabes que no he amado a nadie más que a ti. Si te quieres casar conmigo, como si no, no me ofendo. Pero, ya que no soy culpable de nada ante ti, ¿por qué has dejado de quererme? ¿Por qué?

NIKIYA.

No tenemos por qué gastar saliva inútilmente. Marchate. ¡Qué tontas sosis!

MARINKA.

No me duele que me hayas engañado prometéndome que te casarías conmigo, sino que hayas dejado de quererme. Y tampoco que hayas dejado de quererme, sino que me hayas cambiado por otra... ¡Además, sé quién es!

NIKITA.—(Se acerca a ella con expresión troncada.)
Es inútil hablar con vosotras. Mar-
chate; de otro modo, esto acabará
mal.

MARINKA.
¿Mal? ¿Te propones pegarme? Pues
anda, pégame. ¿Por qué vuelves la
cabeza, Nikita?

NIKITA.
Eso no está bien, puede venir gente.
No merece la pena de hablar en vano.

MARINKA.
Entonces, ¿todo ha acabado? ¿Quiere
que te olvide? Pues bien, Nikita;
acuérdate de lo que te digo. He guar-
dado mi honra más que las niñas de
mis ojos. Me has perdido y me has
engañado. No has tenido compasión
de una huérfana. (Se echa a llorar.)
Y no quieres saber nada de mí. Has
acabado conmigo; sin embargo, no
te guardo rencor. Dios sea contigo.
Si encuentras una mujer mejor que
yo, me olvidarás, pero te acordarás
de mí si es peor. Te acordarás de
mí, Nikita. Ya que las cosas están
así, adios. Te he querido mucho.
Adios, por última vez. (Quiere abra-
zar a NIKITA.)

NIKITA.—(Desprendiéndose.)
Es inútil hablar con vosotras. Si no

quieres irte, sére yo quien se vaya.
Puedes quedarte.

MARINKA.—(Lanzando un grito.)
¡Monstruo! (Desde el umbral.) Dios
no te concederá la dicha. (Sale llo-
rando.)

ESCENA XX
NIKITA Y AKULINA

AKULINA.—(Saliendo del cuartucho.)
Eres un perro, NIKITA.

NIKITA.
¿Por qué?

AKULINA.
¡Como ha llorado! (Se echa a llorar.)

NIKITA.
Y a ti, ¿qué te importa eso?

AKULINA.
¿A mí? La has... ofen... dido. Harás
lo mismo conmigo... ¡Perro! (Va al
cuartucho.)

ESCENA XXI
NIKITA, solo

NIKITA.—(Después de un silencio.)
¡Qué embrollo! Me gustan las mu-
jeres como el azúcar, pero cuando
uno peca con ellas... ¡Buena se arma!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La escena representa una calle. A la izquierda, la isba de
Prorr, formada de dos pabellones; el zaguán y una escalera
en medio; a la derecha, una puerta cochera y un extremo
del pablo. Han transcurrido seis meses entre el primero y el
segundo acto.

ESCENA PRIMERA

En un rincón ANISA, sola, cardando cáñamo

ANISA.—(Se interrumpe y escucha.)
Otra vez está armando ruido. Se ha
debido de bajar de la estufa.

AKULINA.
¿Por qué no vas tú?

ANISA.
Te digo que voyas.
(AKULINA entra en la isba.)

ESCENA III
ANISA, sola

ANISA.

Está acabando conmigo. No quiere
dejarme donde ha guardado el dine-
ro. Ayer entró en el zaguán; proba-
blemente lo ha escondido allí. Aho-
ra ya no sé dónde puede estar. Menos
mal que como teme separarse del
dinero, aún está en casa. ¡Con tal
que lo encuentre! Ayer no lo lle-
vaba encima. No sé dónde lo tiene.
Va a acabar conmigo.

ESCENA IV

ANISA y AKULINA. Esta entra arrastrándose un
pañuelo en la cabeza

ANISA.
¿Adónde vas?

AKULINA.
¿Adónde? Me ha mandado llamar a
la tía María. "Ve a buscar a mi her-
mana. Quiero decirte algo antes de
morir", me ha dicho.

ANISA.—(Aparte.)
Llama a su hermana. ¡Oh, mi ca-
beza! ¡Oh! ¡Oh! Quiere darle el di-
nero. ¿Qué voy a hacer? ¡Oh! (A
AKULINA.) No le hagas caso. ¿Adón-
de vas?

AKULINA.
A buscar a la tía.

ANISA.
Te digo que no voyas. Ya iré yo.
Y tú, lleva la ropa al río, para que
te dé tiempo de acabar antes que
anochezca.

AKULINA.
Es que me ha mandado...

ANISA.
Obedéceme. Te repito que iré yo
misma a buscar a María. No dejes
de recoger las camisas que he puesto
a secar en la valla.

AKULINA.
¿Las camisas? No piensas ir y él lo
ha ordenado.

ANISA.
Te he dicho que iré. ¿Dónde está
Anutka?

AKULINA.
¿Anutka? Cuidando las terneras.

ANISA.
Dile que venga. Las terneras no se
escaparán.
(AKULINA recoge la ropa y sale.)

ESCENA V
ANISA, sola

ANISA.
Si no voy, me regañará, y si voy, le
dará el dinero a su hermana. De nada
servirán mis desvelos. No sé lo que
debo hacer. ¡Me va a estallar la ca-
beza! (Sigue trabajando.)

ESCENA VI

ANISA y MATRIONA. Esta entra con un cayado
y un hachito

MATRIONA.

Que Dios te ayude, querida mía.

ANISA.—(Vuelve la cabeza, deja el tra-
bajo y bate palmas de alegría.)
No te esperaba, tía Matriona. Dios
te envía en un momento oportuno.

MATRIONA.

¿Qué pasa?

ANISA.
¡He perdido la cabeza! ¡Qué des-
gracia!

MARRIONA.
Por lo que he oído decir, todavía vive.

ANISIA.
No me habes. Ni vive, ni se decide a morir.

MARRIONA.
¿Y el dinero? ¿Se lo ha entregado a alguien?

ANISIA.
En este momento ha mandado buscar a Marfa, su hermana. Probablemente quiere darle el dinero.

MARRIONA.
Puede ser, pero ¿no se lo habrá dado ya a alguien?

ANISIA.
No, a nadie. No le quito el ojo de encima.

MARRIONA.
¿Dónde está el dinero?

ANISIA.
No lo dice. Y no hay manera de enterarse. Lo esconde cambiándolo de sitio a cada momento. Y yo no puedo hacer nada por Akulina. Es tonta; pero me vigila sin cesar. ¡Oh mi cabeza! No puedo con mi alma.

MARRIONA.
Querida mía, si das lugar a que entre el dinero a alguien, te pasarás la vida llorando. Te echarán de tu propia casa. Te has pasado la vida sufriendo con ese carrañal, y cuando seas viuda tendrás que ir a pedir limosna.

ANISIA.
¡No me digas esas cosas, tía Marriona! Tengo el corazón destrozado, no sé qué hacer ni tengo a quién pedir consejo. He hablado con Nikita, pero le da miedo y no quiere intervenir

en este asunto. Lo único que me ha dicho es que el dinero está debajo del suelo.

MARRIONA.
¿Lo has buscado?

ANISIA.
No he podido. El viejo no sale de la habitación. He notado que tan pronto lo lleva encima como lo escondo.

MARRIONA.
Recuerda, hija mía, que si fallas el golpe esta vez no podrás reparar la falta en toda tu vida. (En voz baja.) ¿Le has dado té muy fuerte?

ANISIA.
¡Oh! (Quiere contestar; pero, al ver a la Comadreja, que entra, se interrumpe.)

ESCENA VIII

Dichas y la Comadreja. Al pasar ante la Isba, la Comadreja presta atención a un grillo que parte del interior.

COMADRE.
¡Anisia! ¡Anisia! ¿No es tu viejo el que llama?

ANISIA.
Siempre tose así, como si gritara. Está muy malo.

COMADRE.—(Acercándose a MARRIONA.)
Buenos días, abuela. ¿De dónde vienen?

MARRIONA.
De casa, querida. He venido a ver a mi hijo, a traerle unas camisas. Ya sabes los desvelos que se toma una por los hijos.

COMADRE.
Es natural. (A ANISIA.) Quise poner

a blanquear los lienzos, pero aún es pronto. Nadie ha empujado todavía.

ANISIA.
¿Qué prisa tienes?

MARRIONA.
¿Comulgó tu viejo?

ANISIA.
Sí; ayer vino el sacerdote.

COMADRE.
Anoche entré a verlo, madrecita, y no entiendo cómo vive aún. ¡Qué acabado está! Estaba agonizando; hasta le trajeron los iconos. Ya le lloramos y todo, y nos preparamos a amorfajarle.

ANISIA.
Ha revivido. Y hasta se ha levantado.

MARRIONA.
¿Le vas a dar la Extremaunción?

ANISIA.
Todo el mundo nos lo aconseja. Si aún vive, queremos llamar mañana al sacerdote.

COMADRE.
¡Qué triste debe de ser todo esto para tí! No en vano se dice que el que está más enfermo no es el que guarda cama, sino el que le cuida.

ANISIA.
Desde luego. Y ya es hora de que esto acabe de una vez.

COMADRE.
Tienes razón. Hace ya un año que se está muriendo. Te ata de pies y manos.

MARRIONA.
También es triste ser viuda. Mientras una es joven todo va bien, pero nadie se compadece de una vieja. La vejez es dura. Fijaos en mí, por ejem-

pio: vengo de bastante cerca, y, sin embargo, estoy tan rendida que apenas si me tengo en pie. ¿Dónde está mi hijito?

ANISIA.
Se fue a labrar. Entra, vamos a poner el samovar. Descansarás tomando una taza de té.

MARRIONA.—(Se sienta.)
¡Estoy rendida, queridas! No dejéis de darle la Extremaunción. Dícen que es beneficioso para el alma.

ANISIA.
Mañana mandaremos...

MARRIONA.
Será mejor. ¿Sabéis que estamos de boda?

COMADRE.
¡Cómo! ¿Boda en primavera?

MARRIONA.
No en balde dice el proverbio que cuando se casa un hombre pobre, su noche de bodas es corta. Semion Matvelch se casa con Marinka.

ANISIA.
Ha acabado por encontrar marido...

COMADRE.
Es viudo. Me figuro que se casa con ella para que le cuide los hijos.

MARRIONA.

Tiene cuatro. Ninguna muchacha decente habría querido casarse con él. Por eso ha cargado con Marinka. Ella está contenta.

COMADRE.
¿Tiene buena posición el viejo?

MARRIONA.
Hasta la fecha parece que va tirando.

COMADRE.
Verdaderamente, pocas muchachas se

casarían con un viudo con hijos. Ahí tenéis el ejemplo de nuestro Mijailo; es un campesino...

UNA VOZ DE CAMPESINO.

Eh, Mavra, ¿dónde diablos te metes?

Entra la vaca.

(*La Comadreja sale.*)

ESCENA VIII

ANISIA y MARRONA

MARRONA.—(*Habla con voz uniforme mientras la Comadreja se aleja.*)

La han casado, hija mía. Al menos así está lejos del pecado, y mi viejo, que es imbécil, no pensará más en casarla con Nikita. (*De pronto empieza a hablar en voz baja.*) ¡Por fin se ha ido! (*En un susurro.*) Bueno, ¿qué? ¿Le has dado el té?

ANISIA.
¡No me lo recuerdes! Sería mejor que muriese sin necesidad de eso. De todas formas no ha muerto, y solo ha servido para que un pecado más pese sobre mi alma. ¡Oh! ¡Mi cabeza! ¿Para qué me diste esos polvos?

MARRONA.
¿Los polvos? ¿Por qué te los iba a dar? Son para dormir. No hacen ningún dano.

ANISIA.
No hablo de los que son para dormir, sino de los otros, de los blancos...

MARRONA.
Hija mía, son unos polvos medicinales.

ANISIA.—(*Suspirando.*)
Lo sé, pero me da miedo. Este hombre está acabando conmigo.

MARRONA.
¿Has gastado muchos?

ANISIA.
Le di dos veces.

MARRONA.
¿Y has notado algo?

ANISIA.
Probé el té; amargaba un poco. Él se lo tomó y me dijo: "Hasta el té me da asco." Y yo le contesté: "A los enfermos todo les sabe amargo." Pero después me sentí a disgusto, tía Mairtona.

MARRONA.
No pienses en ello. Cuanto más se piensa, es peor.

ANISIA.
Hubiera sido mejor que no me hubiese traído esos polvos y que no me hicieses pecar. Cada vez que me acuerdo, se me parte el alma. ¿Para qué los trajiste?

MARRONA.
¿Qué de particular tiene eso, hija mía? ¿Por qué me echas la culpa? Por Dios, no me cargues la culpa de todo. Si pasa algo, yo no sé nada de nada y me lavo las manos. Besaré la cruz y juraré que no he visto ni oído nada de esos polvos. Arréglate las como puedas. Hace unos días decíamos que debes sufrir mucho. Tu hijastra es tonta y tu hombre está hecho un guñapo. Una sería capaz de cualquier cosa llevando esta vida.

ANISIA.
No pienso negar nada. Con esta existencia de perros, puedo hacer esto, y hasta ahorcarme o estrangularlo.

MARRONA.
Es verdad. Pero, oye, no hay tiempo que perder. Sea como sea, es preciso encontrar el dinero y darle el té.

ANISIA.
¡Oh! Mi pobre cabeza. No sé qué hacer. Me encuentro mal. Sería mejor que muriera solo. No tengo ganas de cargar con ese pecado.

MARRONA.—(*Con ira.*)
¿Por qué no te dice dónde está el dinero? ¿Quiere llevarse a la tumba con tal que nadie lo disfrute? ¿Crees que eso está bien? No quiera Dios que se pierda inútilmente. Es una cantidad considerable. ¿No crees que sería un pecado? ¿Qué se propone este hombre? Después de eso, ¿vas a hacerle caso?

ANISIA.
No entiendo nada; ha acabado conmigo

MARRONA.
¿No entiendes? Pues las cosas están bien claras. Si fallas el golpe, te arrepentirás toda la vida. Si le da el dinero a su hermana, te quedarás en medio de la calle.

ANISIA.
¡Ah, sí! Ha mandado que vayamos a buscarla. Tengo que ir.

MARRONA.
Espera. Antes, pon a calentar el *sa-movar*. Le daremos té y buscaremos el dinero juntas. No te preocupes, acabaremos encontrándolo.

ANISIA.
¡Oh! Con tal que no ocurra nada malo.

MARRONA.
¿Qué quieres? No se va a quedar una con los brazos cruzados. No podemos contentarnos solo con ver el dinero, tenemos que apoderarnos de él. Manos a la obra!

ANISIA.
Bueno, entonces voy a poner el *sa-movar*.

MARRONA.

Vete, querida, y arregla las cosas de modo que no tengas que lamentarte después. (*Anisia se va. MARRONA la llama.*) Escúchame: no digas ni una palabra de esto a Nikita. Es tonto. Dios no quiera que se entere de lo de los polvos. Cualquiera sabe lo que podría hacer. ¡Es tan compasivo! Ya sabes que es incapaz de matar una gallina. No le digas nada. Es una pena, pero no podría comprenderlo. (*Se interrumpe horroizada al ver aparecer a Piotr en el umbral.*)

ESCENA IX

Dichas y Piotr

Piotr.—(*Se agarra al quicio de la puerta, sale a la escalera y grita con voz débil.*)

No hay manera de que acudáis cuando se os llama. ¡Ay! Anisia, ¿quién está ahí? (*Se desplomada en un banco.*)

ANISIA.—(*Saliedo del rincón.*)
¿Por qué sales? Mejor sería que sigieras acostado.

Piotr.
¡Ha ido la moza a llamar a Mairta!... ¡Qué mal estoy!... ¡Oh! Si al menos me muriese pronto...

ANISIA.
Está trabajando. La he mandado a lavar al río. Espera un poco. Cuando acabe mis quehaceres, iré yo misma.

Piotr.
Manda a Anuitka. ¿Dónde está? ¡Oh! ¡Qué mal estoy! ¡Oh! Esto es la muerte.

ANISIA.
Acabo de llamarla.

Piotr.
¡Ay! ¿Dónde está?

ANISIA.
¿Dónde está? ¡Así le dé una parálisis!

PIOTR.
¡No puedo más! Me arden las entrañas. ¿Por qué me habéis abandonado como a un perro?... ¿No hay nadie para darme de beber?... ¡Oh!... Dile a Aniutka que venga.

ANISIA.
Aquí está. Aniutka, te llama tu padre.

ESCENA X
Diehos y ANIUTKA. Esta entra corriendo.
ANIUTKA vuelve al fincón

PIOTR.
Ve a casa... de la tía María. ¡Ay! Dile: "Mi padre te llama." Que venga, la necesito.

ANIUTKA.
Bueno.

PIOTR.
Esperra. Dile que venga pronto... Dile que me muero. ¡Ay! ¡Ay!
ANIUTKA.
Voy a coger el pañuelo. Iré en una carrera... *(Sale rápidamente.)*

ESCENA XI
PIOTR, ANISIA Y MATRIONA

MATRIONA.—*(Guiñando el ojo a ANISIA.)*
Bueno, muchacha, no olvides lo que tienes que hacer. Entra y revuelve toda la isba. Busca como los perros a las pulgas. Hurga por todos los rincones, y mientras tanto yo le registraré a él.

ANISIA.—*(A MATRIONA.)*
En segunda. Contigo me animo en segunda. *(Se acerca a la escalera y dice a PIOTR.)* ¿Quieres que ponga el

samovar? La tía Matriona ha venido a ver a su hijo; tomareis el té juntos.

PIOTR.
Bueno, ponlo.

PIOTR y MATRIONA. Esta se acerca a la escalera

PIOTR.
Buenos días.

MATRIONA.
Buenas, mi bienhechor; buenas, querido. ¿Te encuentras mal? Mi viejo te tiene mucha lástima. "Ve a enterarle como sigue", me ha dicho. Te manda recuerdos. *(Se inclina ante él.)*

PIOTR.
Me estoy muriendo.

MATRIONA.
Al mirarte, Ignatich, veo que el mal no anda por el bosque, sino entre la gente. ¡Cómo has adelgazado, amigo! Las enfermedades no traen nada bueno...

PIOTR.
Me ha llegado la hora.

MATRIONA.
¿Qué le hemos de hacer. Piotr Ignatich? Es la voluntad del Señor. Has comulgado y, si Dios quiere, recibirás la Extremunción. Menos mal que tienes una mujer inteligente... Te enterrarán y te harán un funeral como es debido. Y mi hijo se quedará aquí para atender tu casa.

PIOTR.
Pero ¿quién mandará? Mi mujer es ligera de cascos, solo le interesan las tonterías... Me doy cuenta de todo... me doy cuenta de todo... La muchacha es simple y, además, demasiado

joven aún. He formado un hogar, pero no hay nadie capaz de ocuparse de él. ¡Es una desdicha! *(Solloza.)*

MATRIONA.
Si te refieres al dinero, puedes disponer...

PIOTR.—*(A ANISIA, que está en la isba.)*
¿Ha ido Aniutka?

MATRIONA.—*(Aparte.)*
¡Vaya! Otra vez se acuerda.

ANISIA.—*(Desde la isba.)*
Se fue en seguida. Entra en la isba, ven, te ayudaré.

PIOTR.
Déjame estar aquí un ratito por última vez. Dentro, el aire es muy pesado. Me encuentro mal... ¡Ay! Me va a estallar el corazón. ¡Ojalá llegue pronto la muerte!

MATRIONA.
Si Dios no se apodera del alma, esta no se va sola. Dios dispone de la vida y de la muerte, Piotr Ignatich. Uno no puede saber cuándo va a llegar la muerte. Tal vez te cures. En nuestro pueblo un hombre estaba agonizando y...

PIOTR.
Tengo el presentimiento de que me voy a morir hoy mismo. *(Se apoya contra la pared y cierra los ojos.)*

ESCENA XIII
DIEHOS Y ANISIA

ANISIA.—*(Entra.)*
Bueno, qué, ¿entras o no? No te has esperar más. ¡Piotr! ¡Piotr!

MATRIONA.—*(Se retira algo y hace una señal a ANISIA para que se acerque a ella.)*
Bueno, ¿qué?

ANISIA.—*(Baja la escalera y se dirige hacia MATRIONA.)*
No hay nada.

MATRIONA.
¿Buscaste por todas partes? ¿Debeso del sueño?

ANISIA.
Sí. Pero tampoco está. Tal vez lo haya ocultado en el granero. Ayer subió allí.

MATRIONA.
Busca bien por todas partes... Hurga en los rincones. Creo que se va a morir hoy; tiene las uñas azules y terroso el color de la cara. ¿Está ya el *samovar*?

ANISIA.
No tardará en romper a hervir.

ESCENA XIV

DIEHOS y NIKITA. Este entra por el lado opuesto, y, si es posible, llega montado a caballo hasta la puerta cochera; no ve a PIOTR.

NIKITA.—*(A su madre.)*
Buenos días, madre. ¿Qué tal están todos en casa?

MATRIONA.
Gracias a Dios, estamos sanos y salvos.

NIKITA.
¿Qué, ¿cómo sigue el papáron?

MATRIONA.
Habla más bajo. Ahí está. *(Señala la escalera.)*

NIKITA.
Bueno, ¿y qué? ¿Qué me importa?

PIOTR.—*(Abriendo los ojos.)*
Nikita, Nikita, ven aquí *(NIKITA se acerca a PIOTR, ANISIA y MATRIONA hablaban en voz baja.)* ¿Por qué has vuelto tan pronto?

NIKIYA.
Porque ya acabé de arar.

PIOTR.
¿Has labrado la banda tras del puente?

NIKIYA.
Está demasiado lejos.

PIOTR.
¿Lejos? Más lo está desde casa. Y ahora tendrías que ir expresamente. Podrías haberlo labrado ya que estás allí...

(ANISIA escucha sin dejarse ver.)

MARRIONA.—(Se acerca.)
¡Ay hijo mío! Debías tomarte más interés. El patrón está enfermo y conlita en ti... Deberías servirle como a tu propio padre. Ya sabes que te lo digo siempre.

PIOTR.
Bueno, vele a sacar las patatas... ¡Ay! Las mujeres irán a escogerlas... ¡Ay! ¡Ay!

ANISIA.—(Aparte.)
Como que te voy a hacer caso... Otra vez quiere quedarse solo, seguramente tiene el dinero encima. Querrá guardarlo en algún escondrijo.

PIOTR.
Si no... ¡Ay!... Cuando llegue el momento de sembrar, estarán podridas. ¡Ay! ¡No puedo más! (Se levanta.)

MARRIONA.—(Sube precipitadamente la escalera y sostiene a PIOTR.)
¿Quieres que te lleve a la isba?

PIOTR.
¡Llévame. (Se para.) ¡Nikiya!

NIKIYA.—(Maldiciéndolo.)
¿Qué más quieres?

PIOTR.
Ya no te veré más... Moriré hoy... Perdóname, ¡Perdóname, en nombre de Cristo, si te he ofendido en algo...! Si alguna vez te he ofendido de palabra o de hecho... ¡Perdóname!

NIKIYA.
No tengo nada que perdonarte. También yo soy pecador.

MARRIONA.
¡Ay hijo!...

PIOTR.
¡Perdóname, en nombre de Cristo! (Se echa a llorar.)

NIKIYA.—(Emocionado.)
Dios te perdonará, tío Piotr. No tengo por qué guardarte rencor. Nunca me has hecho daño. Tal vez yo sea más culpable ante ti. ¡Perdóname tú! (Se echa a llorar. PIOTR vase soñoloso.)
Hozando. MARRIONA lo sostiene.)

ESCENA XV
ANISIA Y NIKIYA

ANISIA.
¡Oh mi pobre cabeza! No hablaría en vano. Por lo visto, está maquinando algo. (Se acerca a NIKIYA.) ¿Por qué me dijiste que ha guardado el dinero debajo del suelo? No está allí.

NIKIYA.—(Llora. Después de un silencio.)

Nunca me ha hecho ningún mal; al contrario, siempre ha sido bueno conmigo. ¡Y ya ves cómo me he portado yo!

ANISIA.
¡Bueno, basta! ¿Dónde está el dinero?

NIKIYA.—(Con expresión de enojo.)
¿Y yo qué sé? ¡Búscalo! Me da lástima de él. Me da mucha lástima. ¡Cómo ha llorado! ¡Ay, ay!

ANISIA.
¡Mira que apañarte del viejo! Te ha tratado como a un perro, y hace poco quería echarte de casa. A mí es a quien deberías compadecer.

NIKIYA.
¿Por qué?

ANISIA.
Esconderrá el dinero antes de morir...

NIKIYA.
No temas, no lo esconderá...

ANISIA.
¡Oh Nikitushka! Ha mandado llamar a su hermana, quiere darle el dinero. ¡Desgraciados de nosotros! ¿Cómo viviremos? ¡Me echarán de casa! ¡Búscalo, Nikiya. Dijiste ayer que había subido al granero, ¿verdad?

NIKIYA.
Lo vi salir de allí, pero no sé dónde habrá metido el dinero.

ANISIA.
¡Oh mi pobre cabeza! Voy a buscarlo.

ESCENA XVI
Dichos y MARRIONA. Esta sale de la isba. Bajo la escalera, se acerca a ANISIA y a NIKIYA habla en voz baja.

MARRIONA.
No vayas, tiene el dinero encima. Lo he palpado. Lo lleva colgado al cuello con un cordón.

ANISIA.
¡Oh mi pobre cabeza!

MARRIONA.
Si no te las arreglas para quitárselo en seguida, mal te veo... Como lle-

gue su hermana, puedes despedirte del dinero para siempre.

ANISIA.
Claro. En cuanto venga, se lo entregará. ¿Qué hacer? ¡Oh mi cabeza!

MARRIONA.
¿Qué hacer? Escúchame: el *sarnovor* debe de estar hirviendo. Ve a preparar el té y llévale una taza. (En voz baja.) Echa todo lo que contiene el papetito. En cuanto se tome una taza, podrás quitarle el dinero. No tengas miedo, no se lo contará a nadie.

ANISIA.
¡Oh, me da miedo!

MARRIONA.
¡No digas tonterías! Date prisa. Yo me quedaré al acecho de la hermana por si acaso. Sobre todo, estate alerta. Apodérate del dinero y tráelo aquí; Nikiya lo guardará.

ANISIA.
¡Oh mi cabeza! No sé cómo empezar... y... y...

MARRIONA.
Te digo que no hables más. Haz lo que te mando. ¡Nikiya!

NIKIYA.
¿Qué quieres?

MARRIONA.
Quédate sentado en este banco por si te necesitamos.

NIKIYA.—(Haciendo un gesto de disgusto.)
¡Qué no inventarán estas mujeres! Decididamente, le hacen a uno perder la cabeza. ¡Dejadme en paz! Tengo que ir a sacar las patatas.

MARRIONA.—(Lo detiene sujetándole por un brazo.)
Te digo que esperes.

142 LEON NIKOLAEVICH TOLSTOI.—OBRAS.—TOMO I

ESCENA XVII
DICHOS Y ANITKA

ANISIA.
¿Qué hay?

ANITKA.
Estaba en el huerto de su hija. Ahora vendrá.

ANISIA.
No tardará en llegar... ¿Qué hacemos?

MATRONA.—(A ANISIA.)
Tienes tiempo. Haz lo que te digo.

ANISIA.
No sé... no entiendo nada. Qué embrollo tengo en la cabeza. ¡Anitka! ¡Anitka! Ve a echar un ojo a las terneras... Se han debido de escapar. ¡Oh, no puedo! No sirvo para eso...

MATRONA.
Anda, el *samovar* se debe de estar saliendo.

ANISIA.
¡Ay, pobre de mi cabeza! (Sale.)

ESCENA XVIII
MATRONA Y NIKITA

MATRONA.—(Se acerca a su hijo.)
Hijo mío. (Se sienta a su lado.) Ahora hay que pensar en tus asuntos.

NIKITA.
¿De qué asuntos hablas?

MATRONA.
Quiero decir que hay que pensar en cómo vas a arreglar tu vida.

NIKITA.
Pues lo mismo que los demás.

MATRONA.
El viejo morirá, hoy seguramente.

NIKITA.
Si muere, ojalá halle la gloria celestial. Como comprenderás, eso me tiene sin cuidado...

MATRONA.—(Mira sin cesar a la izquierda.)
Hijo mío, los vivos tienen que pensar en las cosas de este mundo. Eso requiere mucha inteligencia. Reconoce-
ras que he bregado mucho para que llegaras a ser algo en la vida. Muchos desvelos me has costado... Ya no puedo con mi alma. Acuérdate de eso y no me vayas a olvidar.

NIKITA.
Vamos a ver, ¿para qué te tomas tantos desvelos?

MATRONA.
Por tu suerte, por tu porvenir. Si no se preocupara una de antemano, no se conseguiría nada. ¿Conoces a Iván Moseich? Procuero estar a bien con él. Hace unos días fui a consultarle una cosa... Después de charlar un ratillo como si tal cosa, le dije: "Iván Moseich, supongamos que un viudo se casa por segunda vez y que, por ejemplo, tiene una hija de la primera mujer y otra de la segunda. Si este hombre se muere, ¿puede la viuda permitir que entre en la casa un segundo marido? ¿Puede el segundo marido casar a las hijas y quedarse en la casa?" "Sí, desde luego, pero se necesita tener mucha habilidad para hacer eso. Con dinero puede arreglarse un asunto así; pero si no se tiene, es mejor no intentar nada," me contestó.

NIKITA.—(Riendo.)
Ya se sabe: lo único que quieren es dinero. Todo el mundo quiere dinero.

MATRONA.

Entonces le conté todo y me ha dicho: "Lo primero que tiene que hacer tu hijo es inscribirse en la comunidad. Para eso necesita dinero... Por que tiene que ofrecer unas copias a los viejos. Así firmarán. Hay que obrar con inteligencia." Fíjate en esto (Saca un papel del bolsillo.): este es el papel que ha escrito. Léelo, tú que eres sabio. (NIKITA lee y MATRONA escucha.)

NIKITA.
Es un certificado de inscripción. No se trata de ninguna cosa del otro jueves.

MATRONA.

"Ante todo, tía Matrona, ten cuidado de no dejar escapar el dinero", me dijo. "Si la mujer no se apodera de él, no le permitirán casarse. El dinero es lo principal en todas las cosas." Ten cuidado, pues, hijo mío, ya llega el momento.

NIKITA.

¿Y a mí que me importa? El dinero es de ella, que se las arregle...

MATRONA.

¡Qué manera de razonar, hijo mío! ¿Qué puede hacer una mujer sola? Aun cuando se apodere del dinero, ¿qué hará con él? Tú, que eres hombre, podrías esconderlo. Eres más inteligente, y si ocurre algo...

NIKITA.

¡Oh! ¡Todos vuestros proyectos son absurdos!

MATRONA.

¿Por qué dices que son absurdos? Tú, échale mano al dinero y así dominarás a la mujer. De este modo, si algún día se te tuercen, podrás enterazarla.

NIKITA.
Déjame en paz. Me voy.

ESCENA XIX

NIKITA, MATRONA Y ANISIA. Esta sale precipitadamente de la sala, muy pálida, y se acerca a MATRONA

ANISIA.
Lo tenía encima. ¡Aquí está! (Entrega el dinero que tiene debajo del delantal.)

MATRONA.
Dáselo a Nikita; el lo esconderá. Nikita, guárdalo tú.

NIKITA.
Bueno, trae.

ANISIA.

¡Ay mi cabeza! ¿Es posible que sea yo quien...? (Se acerca a la puerta cochera.)

MATRONA.—(La agarra del brazo.)

¿Adónde vas? Notarán tu ausencia, ahí viene su hermana. Dáselo a Nikita... El sabe... ¡Qué loca eres!

ANISIA.—(Se detiene indecisa.)
¡Oh mi cabeza!

NIKITA.
Si quieres, dámelo para que lo esconda.

ANISIA.

¿En dónde?

NIKITA.

¿Tienes miedo? (Se echa a reír.)

ESCENA XX

DICHOS Y ANITKA, que entra trayendo la ropa

ANISIA.

¡Oh mi pobre cabeza! (Entrega el dinero a NIKITA.) Toma, guárdalo bien.

NIKITA.

¿De qué tienes miedo? Lo guardaré

tan bien, que ni yo mismo podría encontrarlo. (Vase.)

ESCENA XXI

MATRONA, ANISIA Y AKULINA

ANISIA.—(Espantada.)

¡Oh! Sí...

MATRONA.

Bueno, ¿qué? ¿Ha muerto?

ANISIA.

Creo que sí; le quité el dinero y ni siquiera lo ha notado.

MATRONA.

Entra en la isba. Ahí viene Akulina.

ANISIA.

Soy yo quien ha cometido el pecado... Y él se queda con el dinero...

MATRONA.

¡Basta! Entra en la isba, que llega María.

ANISIA.

He tenido confianza en él. ¿Qué pasará?

ESCENA XXII

MARVA, AKULINA Y MATRONA. MARVA entra por un lado y AKULINA por el otro

MARVA.—(Yendo hacia AKULINA.)

Hubiera querido venir antes, pero estaba en casa de mi hija. ¿Cómo sigue el viejo? ¿Se propone morir?

AKULINA.—(Dejando la ropa.)

No lo sé. Vengo del río.

MARVA.—(Sentando a MATRONA.)

¿Quién es esta mujer?

MATRONA.

Vengo de Zúievo, soy la madre de Nikita. Buenos días, querida. Tu hermano está en las últimas. Acaba de salir diciendo: "¡Id a buscar a mi hermana, porque..." ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Quizá haya muerto ya.

ESCENA XXIII

DICHAS Y ANISIA

ANISIA.—(Sale de la isba lanzando gritos. Se abruza a una columna de la escalera y solloza.)

¡Oh! ¡Oh!... Me has dejado... sola... viuda... y desgraciada para siempre... Has cerrado tus ojos claros...

ESCENA XXIV

DICHAS Y LA COMADRE. ESTA Y MATRONA sostienen a ANISIA por los brazos. AKULINA Y MARVA entran en la isba. Acude gente

UNA VOZ.

Llamad a las viejas para amortajar el cadáver.

MATRONA.—(Remangándose.)

¿Hay agua en el caldero? Creo que aún queda en el *samovar*. No la harán tirado. Voy a ayudar yo también.

TELÓN

ACTO TERCERO

La escena representa la isba de Piorr en invierno. Entre el segundo y el tercer acto han transcurrido nueve meses.

ESCENA PRIMERA

ANISIA, que viste de una manera descuidada, teje ante el bastidor. ANIUTKA está echada en la esbira. MITRICH entra lentamente, quitándose la peliza

MITRICH.

¡Señor, ten misericordia de nosotros! ¿No ha vuelto aún el patrón?

MITRICH.

Debe de estar de juerga. ¡Oh Señor!

ANISIA.

¿Has terminado de trillar?

MITRICH.

Desde luego. He dejado las cosas como es debido y he recogido la paja. No me gusta trabajar de cualquier manera. ¡Oh Señor! ¡San Nicolás bendito! (Se rasca los codos de las mangas.) Ya es hora de que el amo estuviere de vuelta.

ANISIA.

¿Por qué se iba a dar prisa en regresar? Tiene dinero y se divierte con la moza; creo que...

MITRICH.

Teniendo dinero, ¿por qué no había de divertirse? ¿Para qué ha ido Akulina a la ciudad?

ANISIA.

Pregúntaselo a ella por qué diablos ha ido.

MITRICH.

No había necesidad de llevarla. En la ciudad se encuentra de todo con tal de tener dinero. ¡Oh Señor!

ANIUTKA.

Madre mía, he oído que le decía: "Te compraré un pabuelo. Que me muera si no es verdad, podrás elegirlo tú misma." Se ha puesto su vestido más bonito y el chal francés.

ANISIA.

Es verdad lo que dicen del pudor de las muchachas: no llega más allá del umbral de la casa. Una vez que ha atravesado la puerta, todo se echa al olvido. ¡Qué descarada es!

MITRICH.

¡Bah! ¿De qué se iba a avergonzarse?

Cuando se tiene dinero, se divierte uno. ¡Oh Señor! Todavía es pronto para cenar, ¿verdad? (ANISIA guarda silencio.) Mientras tanto, voy a calentarme un poco. (Sale a la esbira.) ¡Oh Señor! ¡Virgen Santísima! ¡San Nicolás!

ESCENA II

DICHAS Y LA COMADRE

COMADRE.—(Entrando.)

¿No ha vuelto tu hombre todavía?

ANISIA.

No.

COMADRE.

Ya es hora de que estuviere de vuelta. A lo mejor ha entrado en la taberna a lo pasar. Mi hermana Píokla me acaba de decir que ha visto varios trineos de la ciudad parados ante la puerta de la taberna.

ANISIA.

¡Aniutka! ¡Aniutka!

ANIUTKA.

¿Qué?

ANISIA.

Hija mía, corre a la taberna a ver si, por casualidad, viene borracho y ha entrado allí.

ANIUTKA.—(Baja de un salto de la esbira y empiza a vestirse.)

Ahora mismo.

COMADRE.

¿Se llevó a Akulina?

ANISIA.

Sin ella no tendría motivo para ir a la ciudad. Quería cobrar un dinero en el Banco. Es una embrollona.

COMADRE.—(Moviendo la cabeza.) Desde luego. (Un silencio.)

ANITKA.—(Se detiene en el umbral de la puerta.)
Si estás, ¿qué le digo?

ANISIA.
Solo tienes que enterarte si está allí.

ANITKA.
Bueno, irá en un vuelo. (Sale.)

ESCENA III

ANISIA, MITRICH y la COMADRE. Reina un largo silencio

MITRICH.—(Quejándose.)
¡Oh Señor! ¡San Nicolás bendito!

COMADRE.—(Se estremece.)
¡Qué susto me ha dado! ¿Quién es?

ANISIA.
Mitrich, el obrero.

COMADRE.
¡Menudo susto! Se me había olvidado que estaba aquí. ¿Es cierto, comadre, que han pedido la mano de Akulina?

ANISIA.—(Deja el trabajo y se acerca a la mesa.)
La han pedido unos del pueblo de Diedovo; pero se conoce que han llegado los rumores hasta allí, y ya no han vuelto a decir nada. ¿Quién podía querer casarse con ella?

COMADRE.
¿Y los Lizunov de Zulevo?

ANISIA.
Ellos también la han pedido... pero no se ha llegado a un arreglo. Nikita no ha querido recibirlos siquiera.

COMADRE.
Sin embargo, ya es hora de que se case.

ANISIA.
¡Ya lo creo! Estoy deseando echar-

la de esta casa, pero no hay manera. Ninguno de los dos quiere. Por lo visto, aun no se han divertido bastante.

COMADRE.
¡Oh, qué pecado! No le cabe a una en la cabeza. Porque, sea como sea, es su padrastro...

ANISIA.
¡Me han metido en un enredo que no hay quien lo entienda! Por tonta, no sospeché nada y me casé con Nikita. No sabía que se entendían.

COMADRE.
¡Qué cosas!

ANISIA.
Según fue pasando el tiempo, me percate de que se escondían de mí. ¡Ay, comadre! Si supieras lo triste que se me hizo la vida. Si no lo amara, sería distinto.

COMADRE.
¡Claro!

ANISIA.
Mucho me ha dolido tener que soportar esa humillación.

COMADRE.
Según he oído decir, te pega...

ANISIA.
Ha habido de todo. Antes, no era malo cuando estaba borracho. Aun-que solía empujar el codo, no me trataba mal; pero ahora, en cuanto bebe un poco, me quiere pisotear. Hace unos días me agarró por las trenzas con tal furia, que apenas si pude escapar. En cuanto a la moza, es peor que una serpiente. ¿Cómo es posible que haya criaturas tal malvadas en la tierra?

COMADRE.
¡Oh comadre! Bien veo lo desgra-

ciada que eres. Debe de ser muy dura tu vida. Has recogido en tu casa a un portoso y lo único que hace es maltratarte. ¿Por qué no te enfrentas con él?

ANISIA.
Querida, ¿qué quieres que haga con mi corazón? Mi difunto marido era muy severo, pero, sin embargo, le daba cien vueltas. Ahora es distinto. En cuanto veo a Nikita se apalea mi tra. En su presencia, pierdo la voluntad, no sirvo para nada.

COMADRE.
¡Oh! Te ha debido de embrujar. Dicen que Mairiona se dedica a esas cosas. Debe de ser ella.

ANISIA.
Eso es lo que creo. A veces, estoy tan dolorida que de buena gana lo destrozaría; pero, en cuanto aparece, no soy capaz de hacerle daño.

COMADRE.
Te ha embrujado. No cabe duda. Es fácil echar a perder una persona. Cuando te miro, me doy cuenta de que ya no eres la misma.

ANISIA.
Me flagorean las piernas. ¿Y te has fijado en la necia de Akulina? Ella, que siempre iba desmelenada y sucia, ¡hay que verla ahora! ¡Menudo cambio ha dado! ¿Cómo es posible? ¡Nikita le ha hecho tantos regalos...! Se ha hinchado como una pompa de jabón. Es tonta, pero se le ha metido en la cabeza que es la dueña de la casa. "Soy el ama. La casa es mía. Mi padre quería casarme con Nikita", dice. Y es mala como una vihora. ¡Dios nos libre! Cuando se encoleriza es capaz de cualquier cosa.

COMADRE.
¡Oh, qué vida la tuya! ¡Y pensar

que las gentes te envidian! Dicen que eres rica. Pero, por lo que veo, el oro no impide que se derramen lágrimas.

ANISIA.
Verdaderamente, ¿qué pueden enviarme? Además, nuestra riqueza se disipará como el humo. No puedes figurarte cómo despilfarras el dinero.

COMADRE.
Pero ¿por qué lo dejas? El dinero es tuyo.

ANISIA.
¡Si una supiera las cosas de ante mano...! He hecho una gran tontería.

COMADRE.
Yo que tú iría a quejarme a las autoridades. El dinero es tuyo. ¿Cómo se atreve a malgastarlo? Las leyes lo prohíben.

ANISIA.
Hoy día cada cual hace lo que quiere.

COMADRE.
¡Oh comadre! ¡Hay que ver a lo que has llegado! Te has vuelto muy débil.

ANISIA.
Sí, querida. Me he vuelto muy débil. He acabado conmigo. No entiendo nada de lo que pasa. ¡Oh mi pobre cabeza!

COMADRE.
Me parece que viene alguien.
(Presta atención. La puerta se abre y entra AKIMA.)

ESCENA IV
Dichos y AKIM

AKIM.—(Se persigna, y se quita los "zapatos" (1) y la pelizca.)
¡Que la paz sea en esta casa! ¿Qué tal estás? Buenas noches, tía.

(1) Calzado rústico confeccionado de corteza de abedul.

ANISIA.
Buenas, padrecito. ¿Vienes de casa?
Pasa, siéntate.

AKIM.
Se me ha ocurrido hacer una visita a mi hijo. He salido de casa un poco tarde... me entretuve cenando... y como hay tanta nieve, me ha costado mucho trabajo caminar. Por eso llego a estas horas. ¿Y mi hijo? ¿No está?

ANISIA.
No, ha ido a la ciudad.

AKIM.—(*Se sienta en un banco.*)
Hace unos días... hablé a Nikita del apuro en que me encuentro: mi caballo está agotado. Tendría que conseguir otro. Por eso he venido.

ANISIA.
Nikita me lo dijo. No tardará en venir y hablaréis. (*Se levanta y se acerca a la estufa.*) Puedes cenar mientras llega. Mitrich, eh, Mitrich, ven a cenar.

MITRICH.—(*Se despierta y emite un gruñido.*)
¿Qué quieres?

ANISIA.
Ven a cenar.

MITRICH.
¡Oh Señor! ¡San Nicolás bendito!
ANISIA.
Ven a cenar.

COMADRE.
Me voy. Adios. (*Salte.*)

ESCENA V
AKIM, ANISIA Y MITRICH.
MITRICH.—(*Dejando de la estufa.*)
Me he quedado dormido sin darme

cuenta. ¡Oh Señor! ¡San Nicolás bendito! Buenas noches, tío Akim.

AKIM.
¡Hola, Mitrich! ¿Qué haces aquí?

MITRICH.
Ya ves, estoy de jornalero en casa de Nikita, de tu hijo.

AKIM.
¡Vaya! Conque... ¿trabajas de jornalero en casa de mi hijo? ¡Vaya!

MITRICH.
Ultimamente he vivido en la ciudad, en casa de un comerciante; pero me gasté en vino todo el dinero que tenía. Por eso he vuelto a la aldea. Como no tengo a nadie, me he puesto a trabajar de jornalero. (*Bosteza.*) ¡Oh Señor!

AKIM.
¿Y qué hace Nikita? ¿Tiene tanto trabajo como para tomar un jornalero?
ANISIA.
¡Qué le importa! Antes se las arreglaba solo; pero hoy día tiene otras cosas medidas en la cabeza.

MITRICH.
Como le sobra el dinero...

AKIM.
No tiene razón. Hace mal, no tiene razón. Se ha echado a perder.

ANISIA.
Sí, es cierto, se ha echado a perder. ¡Qué desgracia!

AKIM.
Uno quiere arreglar las cosas lo mejor posible y resulta peor. La riqueza echa a perder al hombre.

MITRICH.
Incluso los perros que comen demasiado se estropean. ¿Cómo quieres

que no se estropee un hombre? Yo mismo me entregué a las juergas mientras pude. Solía beber durante tres semanas seguidas. Vendí los últimos pantalones que tenía para beber, pero cuando ya no tuve dinero, abandoné la bebida. Ahora, he jurado... ¡Basta ya!

AKIM.
¿Dónde está tu vieja?

MITRICH.
¿Mi vieja? Colocada en la ciudad. Frecuenta las tabernas. Es muy presumida... Le falta un ojo, tiene otro amarrado y el hocico torcido; pero no deja de beber...

AKIM.
¿Qué me dices?

MITRICH.
¿Cuál es si no el puesto de la mujer de un soldado? Está en lo suyo. (*Retra un silencio.*)

AKIM.—(*A ANISIA.*)
¿Lleva algo Nikita para vender en la ciudad?

ANISIA.—(*Poniendo la mesa y sirviendo la cena.*)
No; ha ido a cobrar un dinero al Banco.

AKIM.—(*Empieza a cenar.*)
¿Es que queréis colocar el dinero en otra parte?

ANISIA.
No, no lo tocamos. Ha ido a cobrar solo veinte o treinta rublos que hemos gastado y que nos hacen falta.

AKIM.
Si hoy sacáis un poco, mañana sacareis más y acabaréis por no tener nada.

ANISIA.
Nikita va a sacar una cantidad aparte. El capital sigue entero.

AKIM.
¿Sigue entero? ¿Cómo es eso? ¿Cómo podéis sacar dinero y que el capital quede entero? Si cogéis harina de los sacos que están en el granero, ¿acaso quedarán enteros? Eso no es posible. Os enganaban. Enteros no vaya a ser que os jueguen una mala pasada. ¿Cómo va a estar entero el capital si sacáis dinero?

ANISIA.
No lo sé. Ha sido Iván Moseich quien nos aconsejó que lleváramos el dinero al Banco. "Así tendréis el capital en un sitio seguro, y además cobraréis intereses."

MITRICH.—(*Que ha terminado de cenar.*)
Eso es cierto. Yo he vivido en casa de un comerciante y era así. Tenía el dinero en un Banco, se pasaba los días tumbado en la estufa y cobraba.

AKIM.
¿Qué gracia! ¿Cómo puede ser eso? Si ellos le pagan a uno... ¿qué reciben a cambio?

ANISIA.
Pagan con dinero del Banco.

MITRICH.
Una mujer no puede entender nunca las cosas. Espera, yo te explicaré. Escuchame bien. Supongamos que tú tienes dinero y yo no tengo posibilidad de sembrar en primavera o no puedo pagar los impuestos. Entonces, voy a verte y te digo: "Akim, préstame un billete de diez rublos. Cuando acabe con la faena y recoja la cosecha te lo devolveré y segaré una

desatada (1) de tu tierra por el favor que me has prestado." Tú sabes que puedo responder con un caballo o con una vaca. Y entonces me dices: "No tienes más que darme dos o tres rublos por el favor." Y como estoy con la sogá al cuello, no tengo más remedio que aceptar. En otoño vendó la cosecha y voy a devolverte el dinero. Así es como me sacas tres rublos sin hacer nada.

AKIM.—(A *Arzoboridase*.) Pero eso lo hacen los campesinos que proceden mal, los que han olvidado a Dios. Eso no está bien.

MITRICH.

Espere, aténdeme. Has hecho lo que acabo de decir, me has arrebatado tres rublos, ¿no es eso? Por otra parte, Anisia tiene dinero y no sabe qué hacer con él... Es una mujer, no sabe en qué invertirlo. Va a verte y le pregunta: "¿Podrías emplear en algo mi dinero?" "¿Por qué no?"

le dices, y esperas que llegue el verano. Entonces vuelvo otra vez a verte: "Prestame un billete de diez rublos, sabré agradecerlo..." Si aún no estoy completamente arruinado y se me puede despellejar, me das diez rublos del dinero de Anisia. Pero, si, por ejemplo, ya no tengo ni cinco, si no tengo un pedazo de pan que llevarme a la boca, me das con la puerta en las narices. "Vete con Dios, hermano." Buscas a otro a quien prestar el dinero de Anisia y es a él a quien despellejas. El Banco hace lo propio. Y marcha divinamente. Es un asunto muy ingenuo.

AKIM.—(A *Arzoboridase*.)

Pero ¿qué me dices? Eso está muy mal. Hay campesinos que proceden

(1) Aproximadamente una hectárea.

así, pero saben que cometer un pecado. Eso es ir contra la ley, es una infamia. ¿Como es posible que unos hombres instruidos...?"

MITRICH.

Ellos creen que es la cosa más corriente del mundo. Uno que no sea listo, o una mujer que no sabe sacar provecho del dinero, lo lleva al Banco y ellos se lo embolsan y despellejan al pueblo. Es un asunto muy ingenuo.

AKIM.—(A *Suspirando*.)

Por lo que veo, uno es desgraciado sin dinero, pero con él lo es doblemente. ¿Como es posible? Dios nos ha mandado trabajar. Y resulta que uno pone el dinero en el Banco, se echa a la bartola, y come sin tomarse la menor molestia. Eso es una infamia, es ir contra la ley.

MITRICH.

¿Contra la ley? Hoy día no se piensa en tales cosas.

AKIM.—(A *Suspirando*.)

¡Ah, qué tiempos estos! Estamos dejados de la mano de Dios. Gracias, querida. Ya no tengo hambre. Es bastante. (Se levanta; MITRICH *síbe a la estufa*.)

ANISIA.—(Quita la mesa y come.)

Si al menos le llamase la atención su padre; pero me da vergüenza decirlo...

AKIM.

¿Qué dices?

ANISIA.

Nada, estaba hablando conmigo misma.

ESCENA VI

DICHOS Y ANITKA

AKIM.

¡Hola, pequeña! ¡Siempre atañándose! Tienes frío, ¿eh?

ANITKA.

¡Mucho! ¡Hola, abuelo!

ANISIA.

¿Está allí?

ANITKA.

No. Solo me he encontrado con Adrian, que acaba de llegar de la ciudad. Lo ha visto en una taberna. "Tu padre está borracho como una cuba", me ha dicho.

ANISIA.

¿Quieres comer? Ahí tienes.

ANITKA.—(Se acerca a la estufa.)

¡Qué frío hace! Tengo las manos heladas.

(AKIM se descalza. ANISIA *triega los cacharros*.)

ANISIA.

¡Padrecito!

AKIM.

¿Qué?

ANISIA.

¿Qué tal vive Marinka?

AKIM.

Bastante bien. Va tirando. Es una mujer dulce e inteligente... Pone lo que puede de su parte, y vive en paz y en gracia de Dios. Es buena mujer, es buena mujer...

ANISIA.

Andan diciendo que uno de tu pueblo, un pariente del marido de Marinka, quería pedir a Akulina. ¿Has oído hablar de eso?

AKIM.

Te refieres a Mironov. Si, algo de eso decían. Pero no sé. Serán cosas de viejas. Tengo mala memoria, no me acuerdo. Los Mironov viven holgadamente...

ANISIA.

Me alegraría mucho casarla cuanto antes.

AKIM.
¿Por qué?

ANITKA.—(Prestando atención.)
Ahí vienen.

ESCENA VII

Dichos y NIKITA. Este abre la puerta y se detiene en el umbral. Está borracho. Trae un batillo debajo del brazo y varios paquetitos

ANISIA.

Qué de tizne tienen estos cacharros... (Continúa preguntando sin volver la cabeza cuando NIKITA abre la puerta.)

NIKITA.

Anisia, mujer, ¿quién ha llegado? (Anisia mira a NIKITA y vuelve la cabeza. Guarda silencio. NIKITA, en tono amenazador.) ¿Quién ha venido? ¿No te acuerdas de mí?

ANISIA.

¡Basta de fanfarronadas! ¡Entra!

NIKITA.—(Aún más amenazador.)

¿Quién ha llegado?

ANISIA.—(Se acerca a él y lo toma de la mano.)
Bueno, bueno... Mi marido. Entra.

NIKITA.—(Resisténdose.)
Eso es, tu marido. ¿Y cómo se llama? Habla como es debido.

ANISIA.

Bueno, basta, ya... Nikita.

NIKITA.

Si, eso es. Pero ¡qué ignorante eres! Tienes que decir el patronímico...

ANISIA.

Akimich. Bueno, ¿qué más?

NIKITA.—(Que sigue en el umbral de la puerta.)
Eso es, pero di el apellido.

ANISIA.—(Se echa a reír y le tira del brazo.)
Chilikin. ¡Está como una cuba!

NIKITA.
Eso es. (Se agarra al quicio de la puerta.) No, dime con qué pie tiene que entrar Chilikin en la isba.

ANISIA.
Bueno, basta... Vas a enfriar la habitación.

NIKITA.
Dime con qué pie tengo que entrar. Me lo tienes que decir.

ANISIA.—(Aparte.)
¡Vaya! ¡Qué fastidio! (En voz alta.) Bueno, con el izquierdo. ¿Qué, entras?

NIKITA.
Eso es.

ANISIA.
Ven a ver quién te espera en la isba.

NIKITA.
¿Mi padre? No desprecio a mi padre; al contrario, siento un gran respeto por él... Buenas noches, padrecito. (Se inclina ante Akim y le tiende la mano.) Le presento mis respetos.

Akim.—(Sin contestar.)
He aquí a lo que conduce el vino... el vino... ¡Qué infamia!

NIKITA.
¿El vino? ¿El que he bebido? Decidamente, soy culpable. He bebido en compañía de un amigo para licitarlo.

ANISIA.
Anda a acostarte.

NIKITA.
Mujer, dime dónde estoy.

ANISIA.
Bueno, basta. Ve a acostarte.

NIKITA.
Antes voy a tomar té con mi padrecito. Pon a calentar el samovar. Akulina, entra ya.

ESCENA VIII
Dichos y AKULINA

AKULINA.—(Muy peripuesta, trae unos cuantos paquetitos. Se acerca a NIKITA.)
¿Por qué has tirado las cosas? ¿Dónde está la cuerda?

NIKITA.
¿La cuerda? Ahí está. ¡Oye, Mitrich! ¿Dónde te metes? ¿Estás dormido? Ve a desenganchar el caballo.

AKIM.—(Sin ver a AKULINA, mira a su hijo.)
¡A lo que hemos llegado! El viejo está cansado de trillar, y él viene botracho y lo manda a desenganchar el caballo. ¡Qué vergüenza! ¡Qué infamia!

Mitrich.—(Baja de la estufa y se pone los "podletniks" (1).)
¡Oh Señor misericordioso! ¿Dónde está el caballo? ¿En el patio? Me figuro que lo habrá agotado. ¡Que el diablo se lo lleve! ¡Oh Señor! ¡San Nicolás bendito! (Se pone la peliza y sale.)

NIKITA.—(Sentándose.)
Perdóname, padrecito. He bebido, es cierto, pero ¿qué hacer? También beben las gallinas. ¿Verdad? Perdóname, Mitrich no se enfada, él desenganchará el caballo.

ANISIA.
¿De veras quieres que caliente el samovar?

(1) Botas de fieltro.

NIKITA.
Calientalo. Ya que mi padre ha venido a verme, quiero que charlemos y tomemos té juntos. (A AKULINA.) ¿Has sacado todas las compras?

AKULINA.
¿Las compras? He traído las mías; las demás quedaron en el trineo. Toma, esto no es mío.

(Echa una pagueite sobre la mesa y guarda sus compras en un cofre. ANITURKA la sigue con los ojos. Sin mirar a su hijo, AKIM coloca los "onuchits" (1) y los "lapts" sobre la estufa.)

ANISIA.—(Se va con el "samovar".)
Tiene el cofre lleno y aún compra más cosas.

ESCENA IX
AKIM, AKULINA, ANITURKA Y NIKITA

NIKITA.—(Tratando de hablar con cordura.)
Padrecito, no te enfades conmigo. Te figuras que estoy borracho. Decidamente, yo lo puedo todo. Bien dice el proverbio: "¡Beba, pero no pierdas la cabeza." Ahora estoy hablando contigo. Me acuerdo de todo. Me dijiste que no tenías dinero, que tu caballo estaba agotado... Lo recuerdo todo. Todo depende de mí. Si necesitas muchísimo dinero, habría que esperar, pero lo que me pides, puedo dártelo en seguida. ¡Ya lo sabes!

Akim.—(Enrolla los "onuchits".)
Hijo mío, este no es momento oportuno para hablar...

NIKITA.
¿Por qué lo dices? ¿Crees que no se puede razonar con un borracho?

(1) Bandas de lienzo que los campesinos enrollan en torno a las piernas a guisa de calcetines.

No te preocupes. Vamos a tomar té. Yo lo puedo todo, puedo arreglar todos los asuntos...

AKIM.—(Moviendo la cabeza.)
¡Eh! ¡Eh!

NIKITA.
Aquí tienes el dinero. (Mete la mano en el bolsillo, saca una cartera y extrae un billete de diez rublos de entre un fajo.) Toma—esto para el caballo. Yo no puedo olvidar a mi padre. No puedo abandonarlo. ¡Toma, toma! Es muy sencillo. No soy tacaño. (Se acerca a Akim y quiere desizcarlo el billete. Akim se niega a cogerlo. NIKITA le agarra de un brazo.) Toma, te digo que lo cojas. Si te lo doy, es que no me da lástima desprenderme de él...

AKIM.
No puedo aceptártelo, hijo mío. No puedo hablar contigo, porque has perdido la razón.

NIKITA.
¡No te soltaré! ¡Tómalo! (Introduce el billete en la mano de AKIM.)

ESCENA X
Dichos y ANISIA

ANISIA.—(Entra y se detiene.)
Cógelo, de otro modo no te dejará en paz.

AKIM.—(Toma el billete y mueve la cabeza.)
¡Oh, dichoso vino! Uno deja de ser hombre...

NIKITA.
Así es mejor. Si me lo devuelves, bien está. Y si no, ¡que Dios te proteja! ¡Soy así! (Se fija en AKULINA.) Akulina, ensaña los regalos.

AKULINA.
¿Qué?

154 LEON NIKOLAIEVICH TOLSTOI.—OBRAS.—TOMO I

NIKITA.
Enseña los regalos.

AKULINA.
¿Los regalos? ¿Para qué? Los he guardado ya.

NIKITA.
Sácalos, te digo. A Anituka le gustará verlos. Enseñáselos, te digo. Tráelos al chal. Desdóhate.

AKIM.
¡Oh, solo de verlo me da asco! (*Sube a la estufa.*)

AKULINA.—(*Saca varios paquetes del cofre y los pone encima de la mesa.*)
Bueno, aquí están. ¿Qué necesidad tengo de enseñarlos?

ANITUKA.
¡Qué bonito es! Igual que el de Stephanie.

AKULINA.
El de Stephanie no se puede comparar a este. (*Se anima y desdóbla el chal.*) Fíjate en la calidad. Es un chal francés.

ANITUKA.
¡Qué bonito es el percal! Mashutka tiene uno casi igual: es un poco más claro y con el fondo azul. ¡Qué precioso es!

NIKITA.
¿Verdad?
(*Con aire de enfado, ANISIA se retira a un cuartucho. Sale de allí con el tubo del "samovar" y un mantel y se acerca a la mesa.*)

ANISIA.
¡Vaya una exposición!

NIKITA.
¡Ven! ¡Echa un ojo!

ANISIA.
¿Te imaginas que es la primera vez que veo estas cosas? ¡Quitádlas de la mesa! (*Arroja el chal al suelo.*)

AKULINA.
¿Por qué tiras mis cosas? Tira las tuyas si te da la gana. (*Lo recoge.*)

NIKITA.
¡Anisia! ¡Fíjate!

ANISIA.
¿Y a mí qué me importa? ¡Déjame en paz!

NIKITA.
¿Crees que te he olvidado? Ven, mira esto. (*Le enseña un paquete y luego se sienta encima de él.*) Es un regalo para ti. Pero te lo tienes que merecer. Mujer, ¿dónde estoy sentado?

ANISIA.
¡Basta de fanfarronadas! No te tengo miedo. ¿Con qué dinero te correes las juergas y compras regalos a esa ramera? Con el mío.

AKULINA.
¿Con el tuyo? Quisiste robarlo, pero no has podido. ¡Aparta! (*Quiere pasar y la empuja.*)

ANISIA.
¿Por qué me empujas? ¡Quitátele que te doy...

AKULINA.
¿A mí? ¡Anda, atrévete! (*Da unos pasos hacia ella.*)

NIKITA.
¡Bueno, basta ya, mujeres! ¡Bastía ya! (*Se interpone entre ellas.*)

AKULINA.
¿Por qué se mete conmigo? Ya podía callarse. Si cree que nadie lo sabe...

ANISIA.
Dí, ¿qué es lo que saben? Anda, dílo, dílo.

AKULINA.
Sé una cosa de ti.

ANISIA.
¡Eres una ramera! ¡Te entiendo con un hombre casado!

AKULINA.
¡Y tú has matado a tu marido!

ANISIA.—(*Se echa sobre AKULINA.*)
¡Mientes!

NIKITA.—(*La retiene.*)
¡Anisia! ¿Has olvidado?

ANISIA.
¿Por qué me amenazas? ¡No te tengo miedo!

NIKITA.
¡Fuera! (*Vuelve ANISIA sujetándola por los hombros y quiere echarla de la isba.*)

ANISIA.
Comprenderás que no voy a salir de mi propia casa.

NIKITA.
¡Te digo que te largues! Y no te atrevas a poner los pies en esta casa...

ANISIA.
¡No me iré! (*NIKITA la empuja ANISIA llora y grita sujetándose a la puerta.*) ¡A lo que hemos llegado! ¡Me arroja de mi propia casa! ¿Qué haces, bandido? ¿Crees que no teza contigo la justicia? Espera un poco, ya verás...

NIKITA.
¡Lárgate! ¡Lárgate!

ANISIA.
Iré a ver al "siarosta" (1), iré a ver al "uriadnik" (2).

(1) Primera autoridad municipal.
(2) Cabo de policía rural.

NIKITA.
¡Fuera de aquí! ¡Lárgate! (*La empuja fuera de la casa.*)
ANISIA.—(*Grita desde el otro lado de la puerta.*)
¡Me ahorcaré!

ESCENA XI
NIKITA, AKULINA, ANITUKA Y AKIM

NIKITA.
No os preocupéis.

ANITUKA.
¡Oh, oh, oh! ¡Madrecita mía, querida! (*Se echa a llorar.*)

NIKITA.
Se figura que me ha asustado... ¿Por qué lloras? No te preocupes, que ya volverá. Ve a ver el "samovar".

ESCENA XII
NIKITA, AKIM Y AKULINA

AKULINA.—(*Recoge las compras y las guarda.*)
¡Qué bribona! ¡Vaya escándalo que ha armado! ¡Haré trizas su mejor vestido...! ¡Palabra! ¡Ahora véteis...!

NIKITA.
La he echado de casa, ¿qué más quieres?

AKULINA.
Ha manchado mi chal nuevo. ¡Que perra! Si no se llega a ir, le habría sacado los ojos.

NIKITA.
No te enfades. ¿Por qué te pones así? Si la quisiera...

AKULINA.
¿Querías? ¿A esa hocicona? Más te hubiera valido abandonarla entonces. Debías de mandarla al diablo. De todos modos, la casa es mía y el

dinero también. Dice que es el ama... ¡El ama! Es una asesina. Acabará haciendo contigo lo que hizo con el primero.

NIKITA.
¡Oh, no hay manera de tapar la boca a una mujer! ¡Callate! No sabes lo que dices...

AKULINA.
¡Claro que lo sé! No quiero vivir con ella. ¡La echaré! No puede quedarse aquí. ¡Vaya un ama! ¡Un ama! ¡Mendada zorra!

NIKITA.
¡Basta ya! No tienes nada que contar con ella. No le hagas caso. Yo soy el amo. Hago lo que me da la gana. He dejado de quererla y me he enamorado de ti. Quiero a quien me da la gana. Hago mi santísima voluntad. En cuanto a ella, ¡que se vaya a paseo! La tengo atravesada. *(Hace un gesto de desprecio.)* ¡Qué lastima no tener un acordeón!

El pastel se cuece en el horno y hay gachas en la escudilla. Y nosotros estamos vivos y nos regalaremos a maravilla. Y cuando la muerte llegue nos iremos a la otra orilla... Entré tanto, el pastel se cuece y hay gachas en la escudilla.

ESCENA XIII

Dichos y MIRRICH. Este entra y sube a la estufa.

MIRRICH.
Las mujeres han vuelto a pelearse. ¡Oh Señor! ¡San Nicolás bendito!

AKIM.—*(Sentado en un extremo de la estufa, adelanta los "onuchit" y los "lapht" y empieza a calzarse.)*

Pasa, pasa al rincón.

MIRRICH.—*(Pasando.)*
No hay manera de que se pongan de acuerdo. ¡Oh Señor!

NIKITA.
Saca el licor. Vamos a tomar un poco con el té.

ESCENA XIV
Dichos y ANIUTKA

ANIUTKA.—*(Entra y se dirige a AKULINA.)*
Hermann, el "samovar" se va a salir.

NIKITA.
¿Dónde está tu madre?

ANIUTKA.
Está llorando en el zaguán.

NIKITA.
¡Lámala y dile que traiga el "samovar". Y tú, Akulina, prepara las tazas.

AKULINA.
¿Las tazas? Bueno... *(Se pone a colocar las tazas.)*

NIKITA.—*(Saca licor, rosquillas y arendques.)*
Esto es para mí. Este hilo, para mi mujer. El petróleo quedó en el zaguán. Y he aquí el dinero. Espera.

(Coge el abaco.) Voy a echar la cuenta... *(Empieza a calcular struyéndose del abaco.)* Harina de trigo, ochenta copecks; aceite... Diez rublos al padre. ¡Padre, ven a tomar el té!
(Silencio. AKIM, sentado en la estufa, se entrola los "onuchit".)

ESCENA XV
Dichos y ANISA

ANISA.—*(Trayendo el "samovar".)*
¿Dónde lo pongo?

NIKITA.
En la mesa. ¿Qué? ¿Has ido a ver al "starosta"? Como verás, hay que pensar antes de hablar. ¡Basta! No

te enfurruñes más. Siéntate y bebe. *(Le escancia una copa.)* Este es un regalo para ti. *(Le entrega el paquete sobre el que ha estado sentado. ANISA lo coge en silencio y mueve la cabeza.)*

AKIM.—*(Baja de la estufa y se pone la peliza. Se acerca a la mesa y deja el billete.)*
Aquí tienes tu dinero. ¡Guárdalo!

NIKITA.—*(Sin fijarse en el billete.)*
¿Adónde vas tan abrigado?

AKIM.
Me voy... ¿sabes? Me voy. ¡Que Dios sea con vosotros! *(Coge el gorro y el cinturón.)*

NIKITA.
Pero ¡qué cosas tienes! ¿Adónde vas a ir de noche?

AKIM.
No puedo quedarme en vuestra casa, no puedo. ¡Adiós!

NIKITA.
¿Cómo te vas a ir ahora que el té está en la mesa?

AKIM.—*(Poniéndose el cinturón.)*
Me voy porque no está bien lo que hacéis en esta casa... Nikita, no está bien, no está bien. Me voy.

NIKITA.
No discutamos más. Siéntate para tomar un poco de té.

ANISA.
Padre, ¿Por qué te has ofendido?

AKIM.
No estoy ofendido, os aseguro que no estoy ofendido. Pero veo que mi hijo va por mal camino...

NIKITA.
¿Por mal camino? Demuéstramelo.

AKIM.
Vas a la perdición, vas derecho a la perdición. ¡Estás perdido! ¿Qué te dije en verano?

NIKITA.
¡Me dijiste tantas cosas!

AKIM.
Te dije que habías ofendido a una huérfana... a Marinka.

NIKITA.
¡Todavía se acuerda! Eso es muy viejo ya. Ha pasado a...

AKIM.—*(Acortándose.)*
Te equivocas, hijo mío, aún no ha pasado. Un pecado tras otro, así es como te has hundido en el fango. Así es como te has hundido en el pecado. Estás enfangado, hundido.

NIKITA.
Siéntate a tomar el té y acaba de una vez con esas historias.

AKIM.
No puedo sentarme ante la misma mesa que tú, porque tu infamia me asquea. No puedo tomar té contigo.

NIKITA.
¡Oh, qué sermón! Acercate a la mesa.

AKIM.
La riqueza te ha apresado en sus redes. ¡Estás cogido en unas redes! ¡Oh, Nikita, los hombres deben tener conciencia!

NIKITA.
¿Qué derecho tienes a venir a hacerme reproches a mi propia casa? ¿Qué es lo que quieres al fin y a la postre? ¿Acaso soy un mozalbete para dejarme tirar de las orejas? Hoy día ya no se emplean esos procedimientos.

AKIM.

Tienes razón. He oído decir que en los días que corremos es costumbre tirar de la barba a los padres. Esto es la perdición, la perdición.

NIKITA.—(Enfadado.)

No te necesito para nada. Has sido tú quien ha venido pidiendo ayuda.

AKIM.

¿Te refieres al dinero? Ahí lo tienes. Antes iría a mendigar que aceptar algo de ti.

NIKITA.

¡Basta! ¿Por qué te entadas y nos agnas la fiesta? *(Le retiene, sujetándolo por la mano.)*

AKIM.—(Lanza un grito.)

¡Suéltame! ¡No quiero quedarme! Prefiero pasar la noche junto a una valla a estar en medio de esta vileza. ¡Qué asco! ¡Que Dios nos perdone!

NIKITA.

¡Vaya!

ESCENA XVI

NIKITA, AKULINA, ANISA Y MIRRUCH. Después AKIM.

ACTO CUARTO

Una noche de otoño. Claro de luna. La escena representa el interior de un patio. En el centro, la puerta que da al zaguan. A la derecha, la isba de invierno y la puerta cochera.

A la izquierda, la isba de verano y una bodega. Se oyen voces de borrachos, que provienen de la isba.

ESCENA PRIMERA

LA COMADRE Y LA VECINA. Esta sale del zaguan y llama a la Comadre de Anisa.

VECINA.

¿Por qué no sale Akulina?

COMADRE.

¡Qué más quisiera ella! Han llegado los padres del prometido para como-

AKIM.—(Abre la puerta.)

¡Despierta, Nikita! ¡Es preciso tener conciencia! *(Sale.)*

ESCENA XVII

Dichos, menos AKIM.

AKULINA.—(Coge las tazas.)

Bueno, ¿qué? ¿Sirvo? *(Todos guardan silencio.)*

MIRRUCH.—(Se lamenta.)

¡Oh Señor, tan compasión de mí, pobre pecador!

(Todos se estremecen.)

NIKITA.—(Se echa en un banco.)

¡Oh qué triste estoy! ¡Qué triste estoy! Akulina, ¿dónde está el acordeón?

AKULINA.

¿El acordeón? ¿Ahora te acuerdas? Pero si lo has llevado a arreglar. Te he echado té, tomátele.

NIKITA.

No tengo ganas. Apagad la luz... ¡Oh, qué triste estoy! ¡Qué triste estoy! *(Se echa a llorar.)*

TELÓN

VECINA.

¡Qué me dices!

COMADRE.

Fíjate. *(Le cuchichea algo al oído.)*

VECINA.

¡Oh, qué espanto! Pues anda que si se llegan a enterrar los padres del prometido...

COMADRE.

¿Cómo quieres que se entierren? Están borrachos. Además, lo único que les interesa es la dote. No es poco lo que le dan a la muchacha: dos pelizas, seis vestidos, un chal francés, no sé cuántas piezas de tela blanca y, según dicen, doscientos rublos.

VECINA.

Pues la verdad es que en esas condiciones no debiera alegrarles el dinero. ¡Qué vergüenza!

COMADRE.

¡Chis!... Ahí viene el padre del prometido. *(Las dos mujeres se callan y entran en el zaguan.)*

ESCENA II

EL PADRE DEL NOVIJO, saliendo del zaguan, y después MARRIONA.

PADRE DEL NOVIJO.—(Solo.)

Estoy empapado de sudor. ¡Qué calor hace! Voy a refrescarme un poco. *(Respira profundamente.)* Dios sabrá por qué será. Pero el caso es que no me siento nada alegre. Veamos qué dice la vieja...

MARRIONA.—(Sale del zaguan.)

¡Y yo que te estaba buscando! Estas aquí, querido... Gracias a Dios, todo va a pedir de boca. Como veis con buenas intenciones, espero que Dios querrá que me lo tengáis

que agradecer toda la vida. En cuanto a la novia, es una verdadera alhaja; no podrías encontrar a una muchacha igual en todos los alrededores.

PADRE DEL NOVIJO.

Si, esto es verdad, pero de todos modos tendríamos que tomar precauciones tocante al dinero.

MARRIONA.

Puedes estar tranquilo. Llegará todo lo que le ha dejado su padre. En los tiempos que corremos no es poca cosa tres billetes de cincuenta...

PADRE DEL NOVIJO.

No digo lo contrario. Pero un hijo es un hijo. Uno quiere arreglar las cosas lo mejor posible.

MARRIONA.

Te hablaré con toda franqueza. Sin mí, nunca hubieras encontrado una moza así. Los Korimlin la han pedido también; pero yo me he opuesto. Tocante al dinero, te he dicho la verdad. El difunto, Dios lo tenga en la gloria, al morir mandó a su viuda que se casase con Nikita. Por eso, lo sé todo. Ha mandado que se le entregara el dinero a Akulina. Otro en su lugar habría sacado provecho, pero Nikita se lo da todo hasta el último céntimo.

PADRE DEL NOVIJO.

La gente dice que le habían dejado más. Tu hijo no es tonto...

MARRIONA.

¡Qué cosas dices! Siempre parece más grande una rebanada de pan en manos de otro... Akulina lleva todo lo que le ha dejado su padre. Te lo digo yo; déjate de hacer cábalas. Concluye el asunto y ya está. La muchacha es linda como un sol.

PADRE DEL NOVIO.

Así es. Pero mi vieja y yo nos preferíamos una cosa: ¿Por qué no ha salido la moza? ¿Tiene algún defecto?

MATRIONA.

No, no. ¡Nada de eso! Al contrario, no hay una muchacha igual en todos los alrededores. Es tan hermosa, que no hay quien le dé un pellizco. ¡Y tan trabajadora! Además, hace unos días la viste. Es algo sorda, no le lo niego. Pero ya sabes que hasta las mejores manzanas llenen gusano. Y si quieres saber por qué no ha salido, te diré la verdad: le han echado mal de ojo. Sabían que vendrías a pedirta, y por eso ha sido. Pero conozco la manera de romper el encantamiento. Mañana podrá levantarse. No te preocupes.

PADRE DEL NOVIO.

Bueno; entonces, estamos de acuerdo.

MATRIONA.

Pero no vayas a volver atrás. Y no me olvides. Ya sabes que me he tomado muchas molestias. No vayas a...

UNA VOZ DE MUJER.—(Desde el zaguan.)
Ya es hora de irnos, Iván.

PADRE DEL NOVIO.

(Sale. Se oye movimiento desde el zaguan. Los invitados se van.)

ESCENA III

ANISIA Y ANIUTKA

ANIUTKA.—(Sale del zaguan y llama a Anisia haciéndole una seña.)

¡Madrecita!

ANISIA.—(Desde dentro.)

¿Qué?

ANIUTKA.

Madrecita, ven aquí para que nos oigan.

(Ambas se alejan.)

ANISIA.

¿Qué quieres? ¿Dónde está Akulina?

ANIUTKA.

Se fue al granero. No sabes cómo está. "Así me muera, no duedo aguantar más. Chillaré con todas mis fuerzas. ¡Así me muera!", me ha dicho.

ANISIA.

Que espere un poco. Primero tenemos que despedir a los forasteros.

ANIUTKA.

¡Oh madrecita! Sufre mucho y está tan entadada... "Es inútil que quieren venderme, no me casaré, prefero morir", me ha dicho. ¡Oh, madrecita, no se vaya a morir! ¡Tengo un miedo...!

ANISIA.

No te preocupes, no se morirá. Y tú, no vayas a verla. Anda, márchate.

ESCENA IV

MIRITCH, solo

MIRITCH.—(Entra por la puerta cochetera y se pone a recoger la paja esparcida en el suelo.)

¡Oh Señor. San Nicolás bendito! ¡Hay que ver lo que han bebido! Hasta que ver lo que han bebido! ¡Hasta que ver lo que han bebido! ¡Hasta que ver lo que han bebido!

¡Hasta que ver lo que han bebido! ¡Hasta que ver lo que han bebido! ¡Hasta que ver lo que han bebido! ¡Hasta que ver lo que han bebido!

¡Hasta que ver lo que han bebido! ¡Hasta que ver lo que han bebido! ¡Hasta que ver lo que han bebido! ¡Hasta que ver lo que han bebido!

el rodar de un vehículo que se aleja.) Bueno, ya se han ido. ¡Oh Señor! ¡San Nicolás bendito! ¡Estos también tratan de unirse...! ¡Qué tontería!

ESCENA V

MIRITCH Y NIKITA

NIKITA.—(Entrando.)

Miritch, ve a acostarte. Yo recogeré la paja.

MIRITCH.

Bueno. Y échala a las ovejas. ¿Qué, ¿los habéis despedido?

NIKITA.

Sí, pero las cosas no se arreglan. No sé qué hacer.

MIRITCH.

¡Vaya un embrollo! Pero no se arreglan. No sé qué hacer.

MIRITCH.

¡Vaya un embrollo! Pero no te preocupes. Para eso está la inclusa. Allí recogen a todos los niños. No prefundan nada. Y hasta dan dinero si la madre quiere entrar de nodriza. Hoy día esas cosas se arreglan fácilmente.

NIKITA.

Mira, Miritch, si ocurre algo, no te dejes ir de la lengua.

MIRITCH.

Eso no tiene que ver conmigo. Haz que desaparezcan las huellas como mejor te parezca. ¡Cómo apestas a vino! Bueno, voy a entrar. (Se va postecando.) ¡Oh Señor!

ESCENA VI

NIKITA Y después ANISIA

NIKITA.—(Guarda silencio durante largo rato; después, se sienta.)

¡Vaya enredo!

ANISIA.—(Saltando.)

¿Dónde estás?

NIKITA.

¡Aquí!

ANISIA.

¿Qué haces ahí? No hay tiempo que perder. Tenemos que llevarnoslo en seguida.

NIKITA.

¿Qué haremos?

ANISIA.

Ya te lo he dicho. No tienes más que obedecerme.

NIKITA.

Sería mejor llevarlo al hospicio.

ANISIA.

¡Llévalo, si quieres. ¡Bien te arreglas para hacer porquerías, pero qué traba bajo te cuesta repararlas!

NIKITA.

¿Qué debo hacer?

ANISIA.

Ya te lo he dicho. Baja a la bodega y cava un hoyo.

NIKITA.

¿No podría arreglarse de otro modo?

ANISIA.—(Remediando.)

...de otro modo. Me parece que no, que no podemos. Debías haberlo pensado antes. Ve a hacer lo que te mando.

NIKITA.

¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

ESCENA VII

DICHOS Y ANIUTKA

ANIUTKA.

Madrecita, mi hermana te llama. Me parece que tiene un niño. ¡Que me muera si no lo he oído gritar!

ANISIA.

¡Qué tonterías dices! ¡Así te dé una parálisis! Son unos gatitos que mat-

llan. Entra en la isba a acosiarle, que si no te voy a dar una paliza.

ANITUKA.

Madrecita, te juro que...

ANISIA.—(Con un gesto amenazador.)
¡Te voy a...! ¡Que no te vuelva a ver por aquí!

(ANITUKA se va corriendo.)

ANISIA.—(A NIKITA.)

Vete a hacer lo que te digo... Que si no... (Sale.)

ESCENA VIII

NIKITA, solo, permanece callado durante largo rato

NIKITA.

¡Oh qué desgracia! Y esas mujeres... ¡Que desgracia! Me dice que debía haberlo pensado antes. ¿Cuándo? ¿Acaso he tenido tiempo? El verano pasado Anisia empezó a perseguirme y, francamente, ¡no soy un hombre! Cuando el patrón ha muerto he querido redimir mi culpa como es debido. Y eso que no fui yo el culpable. Son cosas que ocurren a diario. Y en cuanto a los polvos... Yo no la he incitado a hacerlo. Si lo hubiera sabido, entonces, la habría matado. ¡Qué perra! Me ha hecho participar en todas sus infamias. ¡Malvada mujer! Desde que me lo dijo mi madre, no la puedo ver. Es imposible vivir con ella. ¡Me da asco! A partir de aquel momento empecé a pelearnos... Después ha sido la otra la que se puso a perseguirme y, al fin y a la postre, si no hubiera sido yo, sería otro. Y este es el resultado. Tampoco esta vez tengo la culpa. ¡Oh, qué embrollo! (Permanece pensativo durante un rato.) ¡Qué atrevidas son las mujeres! ¡Hay que ver lo que se les ha ocurrido! Pero no lo haré.

ESCENA IX

NIKITA y MARRIONA. Esta aparece con una htertina y un azadón en la mano

MARRIONA.

¿Por qué estáis ahí sentados como una gallina sobre los poluelos? ¿Qué te ha mandado tu mujer? Anda, párate.

NIKITA.

¿Y qué vales a hacer vosotras?

MARRIONA.

Eso es cosa nuestra. Tí haz lo que te corresponde.

NIKITA.

Me habéis metido en un embrollo.

MARRIONA.

¿Pretendéis volverte atrás? Tal y como están las cosas, es imposible.

NIKITA.

¡Qué villanía! Sea como sea, es un ser humano.

MARRIONA.

¡Vaya un ser humano! Apenas si respira. Además, ¿qué quieres que hagamos con él? Puedes llevarlo al hospicio. De todos modos morirá, y en cambio, se enterarán hasta las ratas. Entonces no habrá manera de casar a la moza.

NIKITA.

¿Cómo se van a enterar?

MARRIONA.

¡Mira que no sabes arreglar una cosa así estando en su propia casa! Podemos hacer que no quede ni rastro. Pero tienes que obedecernos. Porque nosotros solas no daríamos abasto, necesitamos a un hombre. Toma el azadón y baja a la bodega. Yo te alumbraré.

NIKITA.

¿Qué tengo que hacer?

MARRIONA.—(En un susurro.)

Cava un hoyo. Nosotras lo traeremos y dejaremos las cosas arregladas. Me está llamando otra vez. ¡Anda, vete! Tengo que atenderla.

NIKITA.

Pero... ¿ha muerto?

MARRIONA.

Desde luego. Tenemos que darnos prisa. Aún no se ha acostado todo el mundo. Si nos ven o nos oyen... Esos canallas quieren enterarse de todo. Esta noche pasó por aquí el *uridnik*. Toma. (Le da el azadón.) Baja a la bodega. Cava un hoyo en un rinconcillo. El suelo está blando. Después lo igualarás, la madrecita tierra no se lo contará a nadie... Vete, hijo mío.

NIKITA.

¡En qué embrollo me habéis metido! ¡Dejadme en paz! Quiero irme. Haced lo que os parezca.

ESCENA X

DICHOS y ANISIA

ANISIA.—(Desde el umbral de la puerta.)

Bueno, qué, ¿lo ha cavado?

MARRIONA.

¿Por qué te fuiste? ¿Dónde lo has metido?

ANISIA.

Lo dejé tapado con un lienzo. Así no se le oír. ¿Ha cavado ya el hoyo?

MARRIONA.

¡No quiere!

ANISIA.—(Corre hacia NIKITA, fuera de sí.)

¿No quieres? ¿No quieres? ¿Preferes que te coman los piojos en la cárcel? Ahora mismo voy a contar todo al *uridnik*. ¡De cabeza al río! ¡Se lo contare todo!

NIKITA.—(Petriñando.)

¿Qué le vas a contar?

ANISIA.

Todo. ¿Quién ha cogido el dinero? ¡Thi (NIKITA guarda silencio.) ¿Y quién le dio el veneno? ¡Yo! Pero ¡thi lo sabías, lo sabías! Estabas de acuerdo conmigo.

MARRIONA.

¡Basta! NIKITA, no te enfades. ¿Qué le hemos de hacer? No hay más remedio que arreglar las cosas. Vete, hijo mío.

ANISIA.

¡Vaya un hombre delicado! ¡No quiere! Ya me has maltratado bastante. Fuiste el amo, pero ahora me toca a mí. Te digo que vayas... de lo contrario... Coge el azadón, vete.

NIKITA.

¿Qué quieres? ¡Déjame en paz! (Coge el azadón, pero cavita.) Si no me da la gana, no iré.

ANISIA.

¿Que no irás? (Empieza a gritar.)

¡Socorro!...

MARRIONA.—(Le tapa la boca.)

¿Te has vuelto loca? Ahora iré...

Anda, hijo mío; anda, querido.

ANISIA.

Pedíne socorro...

NIKITA.

¡Basta ya! ¡Qué gente! Bueno, daos prisa, hay que acabar cuanto antes. (Se dirige hacia la bodega.)

MARRIONA.

La vida es así, hijo mío; has sabido divertirme y tienes que saber arreglar las cosas para que no queden huellas.

ANISIA.—(Que sigue alterada.)

¡Se burlaba de mí con esa ramera!

MARRIONA.
Es por el suspiro. Pero se le pasará en seguida.

NIKIYA.
¿Qué han hecho? ¿Qué han hecho conmigo? ¿Cómo se quejaba!... ¡Cómo ha crujió debajo de mí! Y, sin embargo, sigue vivo... ¡Sigue vivo! ¡Guarda silencio y presta atención! Está llorando... ¡Se precipita hacia la bodega!

MARRIONA.—(A ANISIA.)
Seguramente va a enterrarlo. Nikiya, deberías coger la linterna...

NIKIYA.—(No contesta. Se queda junto a la entrada de la bodega escuchando.) No se le oye. Se me habrá figurado. (Se aleja y luego se detiene.) ¡Cómo han crujió sus huessellos debajo de mí! ¡Krr... Krr...! ¿Qué han hecho conmigo? ¡Vuelvo a escuchar! Otra vez llora. ¡Sí, está llorando...! Pero ¿qué es esto? ¡Madrrecita! ¡Eh, madrequita! (Se acerca a MARRIONA.)

MARRIONA.
¿Qué quieres, hijo mío?

NIKIYA.
Madre querida. ¡No puedo más! ¡No puedo más! ¡Ten compasión de mí, madre!

MARRIONA.
¡Qué suspiro te has llevado, querido hijo! ¡Ven, ven! Toma una copita para cobrar fuerzas.

NIKIYA.
Madre querida, se ve que me ha llegado el turno. ¿Qué habéis hecho conmigo? ¡Cómo han crujió sus huessellos! ¡Y cómo se ha quejado...! Madrequita, ¿qué habéis hecho? (Se aparta de MARRIONA y se sienta en el trineo.)

¡Ya está bien! Ahora no seré yo sola... Que también él sea un asino. ¡Así sabrá lo que es bueno!

MARRIONA.
¡Basta! ¡Basta! No te arrebates. No le entades, muchacha; hagamos las cosas despacito. Ve a ver a la moza. El haré lo que tiene que hacer.

(Signe a NIKIYA con la linterna en la mano. NIKIYA baja a la bodega.)

ANISIA.
Le obligaré a estrangular a su villengendro. (Emocionada.) ¡Bastante he sufrido pensando en los huesos de Polir, que está en la tumba! ¡Que sepa lo que es...! ¡No me apadare de él! ¡Palabra! ¡No me apadare de él!

NIKIYA.—(Desde la bodega.)
Alumbra me.

MARRIONA.—(Acercas la linterna, habla con ANISIA.)
Está cavando, ve a buscarlo.

ANISIA.
Quédate con él, que si no sería capaz de marcharse el muy canalla... Voy a traerlo.

MARRIONA.
No se te olvide bautizarlo. Mientras tanto yo vigilaré aquí. ¿Tienes una cruz?

ANISIA.
La buscaré. No te preocupes. Sé muy bien lo que tengo que hacer. (Sale.)

ESCENA XI

MARRIONA, sola, y NIKIYA en la bodega

MARRIONA.
¡Cómo se ha puesto! Desde luego, no le faltan motivos. Pero, gracias a Dios, acabaremos con todo esto

sin dejar ninguna huella. Después, nos será fácil desprendernos de la moza y, por fin, mi hijo podrá vivir tranquilo. Por fortuna en la casa no falta nada. No me olvidarán. Porque, ¿qué habrían conseguido sin MARRIONA? Nada, ni siquiera salir de apuros. (Se inclina hacia la bodega.) ¿Estás listo, hijo mío?

NIKIYA.—(Asomando la cabeza.)
¿Qué hacéis? Traedlo de una vez. ¿Por qué tardáis tanto? ¡Las cosas se hacen o no se hacen!

ESCENA XII

Dichos y ANISIA. MARRIONA se acerca al saguán, va al encuentro de ANISIA, que sale trayendo el niño envuelto en unos trapos

MARRIONA.
¿Lo has bautizado?

ANISIA.
Desde luego. ¡Qué trabajo me ha costado quitarlo! No me lo quería dar. (Se acerca a NIKIYA y le tiende el niño.)

NIKIYA.—(Se niega a cogerlo.)
Baja tú misma.

ANISIA.
Te digo que lo cojas. (Le arroja la criatura.)

NIKIYA.—(La coge al vuelo.)
¡Está vivo! ¡Madrrecita, se ha movido. ¡Está vivo! ¿Qué queréis que haga con él...?

ANISIA.—(Le arrebata la criatura y la arroja a la bodega.)
Estrangulalo cuanto antes, y así dejará de vivir. (Empuja a NIKIYA hacia abajo.) Es tu obra, acaba con ella.

MARRIONA.—(Se sienta en el primer escaño.)
¡Es tan compasivo! Al pobrecillo le

cuesta trabajo hacerlo. Pero ¡qué remedio! También hay que reconocer que la culpa es suya. (ANISIA permanece junto a la entrada de la bodega.

MARRIONA, que sigue sentada, la mira de cuando en cuando y continúa sus reflexiones.) ¡Qué suspiro se ha llevado! Pero ¿qué hacer? Aunque se trate de un trago amargo, no queda otro remedio. ¡Cuando una piensa

que hay personas que están deseando de tener hijos y que Dios no se los manda! A la mujer del pope, por ejemplo, todos le hacen muertos. Y este, a quien nadie lo necesita, está bien vivo... (Mira a la bodega.) Ha debido de terminar ya. (A ANISIA.) Bueno, ¿qué?

ANISIA.—(Mirando a la bodega.)
Ha puesto una tabla, y se ha sentido encima. Ha debido de terminar.

MARRIONA.
¡Oh! Una no quisiera pecar, pero ¿qué remedio queda?

NIKIYA.—(Sale de la bodega temblando de pies a cabeza.)

¡Sigue vivo! ¡No puedo! ¡Sigue vivo!

ANISIA.
Si está vivo, ¿adónde vas? (Quiere detenerlo.)

NIKIYA.—(Se arroja sobre ella.)
¡Apártate! ¡Que te voy a matar! ¡Agarra a ANISIA por un brazo, está se desprende. NIKIYA la persigue con el azadón en la mano. MARRIONA se lanza al encuentro de NIKIYA y la gta detenerlo. ANISIA se refugia en la escalera. MARRIONA quiere quitar el azadón a su hijo. NIKIYA a su madre.) ¡Que te mató! ¡Lárgate! (MARRIONA corre junto a ANISIA. NIKIYA se detiene.) ¡Os mataré a todas!

MATERONA.

Ven a echar un traguito, querido. De noche, siempre se siente uno angustiado. Espera a que amanezca... Cuando pasen unos cuantos días echárs en olvido todo esto... Espérra a que casemos a la moza y ya no volverás a acordarte más. Pero ve, ve a echar un trago. Yo bajaré a la bodega para arreglar todo.

NIKITA.—(Relajándose.)

¿Ha quedado vino? A ver si bebiendo...
(Sale. ANISA, que ha permanecido callada durante todo el rato, se apurta en silencio.)

ESCENA XIII

MATERONA Y ANISA

MATERONA.
Vete, querida. Yo pondré manos a la obra... yo bajaré a enterrarlo... ¿Dónde ha echado el azadón? (Lo encuentra y empieza a bajar a la bodega.) Anisa, ven a alumbrarme.

ANISA.

¿Y Nikita?

MATERONA.

Se ha asustado mucho. Fuiste demasiado dura con él. Pero déjalo. Ya se le pasará. ¡Qué Dios lo proteja! Ya me las arreglaré sola. Pomme aquí la

CUADRO SEGUNDO

Interior del primer acto.

ESCENA PRIMERA

ANITKA, en camisa, está acostada en un banco y cubierta con un calcetín. MITRICH fuma sentado en otro banco

MITRICH.

¡Bandidos! ¡Qué peste han dejado en la habitación! Han derramado la mitad del vodka por el suelo. Ya puede uno fumar, no hay manera de

Interna, para que vea bien. (Desaparece en la bodega.)

ANISA.—(Volviéndose hacia la puerta por la que ha entrado NIKITA.)

¡Bien te has divertido, eh! Te sentas muy orgulloso... pero ahora vérras lo que es bueno... ¡Ya agacharás la cerviz!

ESCENA XIV

DIEBOS Y NIKITA. Este sale precipitadamente del zagrán y se dirige hacia la bodega

NIKITA.

¡Madrecita! ¡Madrecita!

MATERONA.—(Acomodándose a la entrada de la bodega.)
¿Qué quieres, hijo mío?

NIKITA.—(Escuchando.)

No lo entieres, que está vivo. ¿No lo oyes? ¡Está vivo! Está... gritando... Se le oye muy bien.

MATERONA.

¡Qué cosas tienes! ¿Cómo va a estar vivo? Si lo has aplastado como una tortita... Le has machacado la cabeza...

NIKITA.

¿Qué es esto? (Se tapa los oídos.) Sigue gritando. ¡Me he condenado! ¡Me he condenado para siempre! ¿Qué han hecho conmigo? ¿Dónde ir? (Se sienta en el primer escalón.)

TELÓN (1)

ANITKA.—(Se incorpora sobresaltada.)
¡Abuelito! ¡No apagues, no apagues!...

MITRICH.

¿Por qué no?

ANITKA.

¡Cómo alborotan en el patio! (Presta atención.) ¿Los oyes? Han vuelto otra vez al granero.

MITRICH.

¿A ti qué te importa? Nadie se mete contigo, acuéstate y duerme. Voy a apagar la luz. (Disminuye la llama.)

ANITKA.

Abuelito no la apagues del todo. Deja aunque sea una llamita, que si no me da miedo.

MITRICH.—(Echándose a reír.)

¡Buena, buena! (Se sienta al lado de la niña.) ¿De qué tienes miedo?

ANITKA.

¡Si vieras cómo se retorcia, abuelo! Daba cabezazos contra el coltre... (En un susurro.) Ya sé lo que pasa... Va a tener un niño... Ya lo ha tenido...

MITRICH.

¿Qué pícara eres! Todo lo tienes que saber. Acuéstate y duerme. (ANITKA se desveste.) ¡Así! (Le tapa.) ¡Así! Si te enteras de todo, pronto te vas a hacer vieja.

ANITKA.

¿Vas a subir a la estufa?

MITRICH.

Desde luego. ¡Qué tonta eres! Lo tienes que saber todo. (Vuelve a tocarla y hace ademán de levantarse.) ¡Ya está! Y ahora, ¡a dormir! (Se acerca a la estufa.)

ANITKA.

Ha gritado una vez, pero ahora ya no se le oye.

MITRICH.

¡Oh Señor! ¡San Nicolás bendito!... ¿Quién ha gritado?

ANITKA.

El niño.

MITRICH.

Como no existe, no se le puede oír.

ANITKA.

Pues lo he oído... ¡Qué me muera si no es verdad! Tenía una voz muy finita.

MITRICH.

¡Qué vas a oír! ¿No sabes el cuento de la niña que el ogro metió en un saco para llevarse la?

ANITKA.

¿Quién es el ogro?

MITRICH.

Pues un ser muy malo... (Sabe a la estufa.) ¡Qué calentita está la estufa hoy! ¡Qué gusto! ¡Oh Señor! ¡San Nicolás bendito!

ANITKA.

Abuelito, ¿te vas a dormir?

MITRICH.

¿Y qué te figurás? ¿Que me voy a poner a cantar a estas horas? (Un silencio.)

ANITKA.

¡Abuelito! ¡Abuelito! ¡Están cavando! Te aseguro que están cavando en la bodega. Escucha. ¡Que me muera si no es verdad!

MITRICH.

¡Qué no inventarás tú! ¿Quién va a cavar de noche? Se estará rascando

(1) VARIANTE.—En lugar de las escenas XI, XII, XIII y XIV del cuarto acto se puede introducir la variante que sigue a continuación. (N. del A.)

la vaca. Y tú... duérmete. Que si no, apago la luz...

ANITKA.

Abuelito, no la apagues. Ya no haré más; ¡Palabra! ¡Que me muera si no es verdad! ¡Qué miedo tengo!

MIRICH.

¿Miedo? No tengas miedo, de nada, y así estarás tranquila. ¿Como no vas a tener miedo si te asustas de todo? ¡Qué niña tan tonta!

(Silencio. Se oye el canto de un grillo.)

ANITKA.—(En un susurro.)

Abuelito, abuelito, ¿te has dormido?

MIRICH.

¿Qué más quieres?

ANITKA.

¿Quién es ese ogro?

MIRICH.

Un ser muy malo. Cuando se encuentra con una niña como tú, que no quiere dormir, llega con un saco y ¡paf!, la mete dentro. Luego se mete él, con la cabeza y todo, le levanta la camisa y le da una buena paliza.

ANITKA.

¿Con qué?

MIRICH.

Con una escoba.

ANITKA.

Pero como no puede ver dentro del saco...

MIRICH.

No te preocupes, él se las arregla.

ANITKA.

Pues yo le mordería.

MIRICH.

¡Como que es fácil!

ANITKA.

Abuelo, alguien llega. ¿Quién es? ¡Ay madrecita! ¿Quién será?

MIRICH.
Si viene, que venga. ¿A ti qué te importa? Debe de ser tu madre.

ESCENA II
Dichos y ANISIA

ANISIA.—(Entrando.)

¡Anitka! (La niña finge dormir.)

MIRICH.

¿Qué?

ANISIA.
¿Por qué tenéis la lámpara encendida? Nosotros iremos a acostarnos a la isba de verano.

MIRICH.

Me acabo de acostar. En seguida apagare.

ANISIA.—(Busca algo en un baul, rezongando.)
Basta que una la necesite para que no la encuentre...

MIRICH.

¿Qué buscas?

ANISIA.

Una cruz. Hay que bautizarlo. Si Dios se lo lleva... sin bautizar... será un pecado.

MIRICH.

Desde luego, ya se sabe que hay que observar... ¿qué? ¿La encontraste?

ANISIA.
Sí. (Sale.)

ESCENA III
MIRICH y ANITKA

MIRICH.

Bueno, bueno. Esclaba dispuesto a darle la mia. ¡Oh Señor!

ANITKA.—(Se incorpora de un salto, temblando de pies a cabeza.)

Abuelo, no te duermas, por Dios. ¡Tengo un miedo...!

MIRICH.

¿De qué?

ANITKA.
Se va a morir el niño. La comadrona bautizó al de la tía Arina y luego murió.

MIRICH.

Si se muere, lo enterrarán.

ANITKA.

A lo mejor no morirá, pero como la tía Matrona está aquí... He oído lo que decía. ¡Que me muera si no es verdad!

MIRICH.

¿Que has oído? Duérmete, te digo. ¡Tápate la cabeza y duérmete!

ANITKA.

Si viera, yo cuidaría de él.

MIRICH.—(Grufendo.)

¡Oh Señor!

ANITKA.

¿Dónde lo van a meter?

MIRICH.

Donde sea preciso. Eso no te importa. Te digo que duermas. Si viene tu madre, buena te espera.
(Retina un silencio.)

ANITKA.

¡Abuelito! Me dijiste que no malaron a aquella niña.

MIRICH.

¿A aquella? No. Era una niña muy buena.

ANITKA.

¿Cómo dice que la encontrasteis?

MIRICH.

Pues así, sencillamente.

ANITKA.
¿Dónde? Dímelo.

MIRICH.

En su propia casa. Llegamos a una aldea y los soldados se metieron por todas las casas. De pronto, vimos a la niña que estaba echada de brues. Mis compañeros quisieron matarla; pero a mí me dio tanta pena que la recogí. Pesaba muchísimo y se agarraba con las manos a lo primero que veía. No se quería dejar coger. Parecía un erizo. Empecé a acariciarla y poco a poco se calmó. Le di una galleta, me comprendió y empezó a comerla. Nos la llevamos. Se acostumbro tanto a nosotros, que nos acompañaba en nuestras marchas. Era una chiquilla muy buena.

ANITKA.

¿Y estaba sin bautizar?

MIRICH.

¡Cualquiera sabe! Decían que no la habían bautizado bien, porque ese pueblo no es como el nuestro.

ANITKA.

¿Eran alemanes?

MIRICH.

¡Nada de eso! No eran alemanes, sino asiáticos. Son como los judíos, pero no exaclamante igual. Me parece que eran polacos... Creo que se llamaban Krudli... o Krugle. No recuerdo bien. A la chiquilla le pusimos Sashka. Era muy buena. Ya ves que todo aquello lo he olvidado; pero me parece tenerla ante mis ojos. De lo único que me acuerdo de todo el tiempo que serví es de la chiquilla y de las palizas que me dieron. Solía colgarse de mi cuello y yo la llevaba así. Te aseguro que no se hubiera podido encontrar otra criatura igual en la tierra. Después la dimos. La

adoptó la mujer del capitán. Llegó a ser una buena muchacha. ¡Cuánto sintieron separarse de ella los soldados!

ANUTKA.

Abuelo, también yo recuerdo cómo murió mi padre. Aún no vivías en nuestra casa. Llamó a Nikita y le dijo: "Pédoname, Nikita..." y se echó a llorar. *(Suspira.)* Eso también fue doloroso.

MIRRICH.

Me lo figuro...

ANUTKA.

¡Abuelo! ¡Abuelo! Otra vez están armando ruido en la bodega. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Ay, abuelo, le van a hacer algo malo! ¡Lo van a matar! Es tan chiquitín...

(Se tapa la cabeza y se echa a llorar.)

MIRRICH.—*(Escuchando.)*

Es verdad, enteramente parece que están haciendo algo malo. ¡Condenadas mujeres! ¡Qué malvadas son! No se puede alabar a los hombres, pero anda que a las mujeres... ¡Son unas fieras! No temen nada.

ANUTKA.—*(Se incorpora.)*

¡Abuelo! ¡Abuelo!

MIRRICH.

¿Qué más quieres?

ANUTKA.

Hace unos días un caminante que pasó la noche aquí dijo que si un niño muere, su alma sube directamente al cielo. ¿Es verdad?

MIRRICH.

¡Qualquiera lo sabe! Puede ser. Pero ¿por qué lo preguntabas?

ANUTKA.

Por ejemplo, si muriese yo... *(Soltosa.)*

MIRRICH.
Si te mueres, te borrarán del registro...

ANUTKA.

Hasta los diez años se es una criatura, y el alma puede subir al cielo; pero después se estropea una.

MIRRICH.

¡Y qué manera de estropearse! Pero ¿cómo no se van a echar a perder las mujeres? ¿Qué les enseñan? ¡Tl, por ejemplo, ¿qué ves a tu alrededor? ¿Qué oyes? Vilezas, solo vilezas. Yo, al menos, he aprendido algo. Poca cosa, desde luego..., pero... algo es al fin. Y no soy como una mujer de pueblo. ¿Qué es una mujer de pueblo? Nada. Hay millones en Rusia y todas son ciegas como los topos... Lo único que saben es echar sortilegios para curar a las vacas y llevar a los niños enfermos al gallinero. Eso, sí, eso sí que lo saben...

ANUTKA.

Es verdad, mamá lo ha hecho.

MIRRICH.

Ya ves. Hay millones de muchachas que son lo mismo que unas fieras. Mujeres lo mismo que nacen... Sin ver nada, sin oír nada. Los hombres tienen ocasión de aprender algo, aun que sea en la taberna, en la cárcel, o, a veces, en el servicio militar, como yo, por ejemplo. Pero una mujer, ¿qué? No solo no sabe quién es Dios, sino ni siquiera lo que es viernes... Todo el mundo dice viernes, viernes, pero preguntale a una mujer lo que es. No sabrá contestar. Las mujeres son como unos cachorrillos ciegos que muelen el hooico en el estriero. Lo único que saben es cantar canciones estúpidas, aunque no entiendan lo que significan.

ANUTKA.
Pues yo, abuelo, me sé el Padrenuestro hasta la mitad...

MIRRICH.

Sabes mucho. Pero no se les puede exigir nada. ¿Quién las enseña? A veces, un *magik* borracho lo hace a fuerza de latigazos. Eso es todo. Los oficiales responden de los reclutas; pero ¿quién puede responder de las mujeres? Son como el ganado sin pastor. Es la clase social más estúpida que existe. La más vacía...

ANUTKA.

¿Y qué se puede hacer?

MIRRICH.

Lo que te digo. Tápate la cabeza y duerme. ¡Oh Señor!
(Retira un silencio. Se oye cantar un grillo.)

ANUTKA.—*(Se levanta de un salto.)*

¡Abuelo! ¡Alguien grita. Palabra que oigo gritar. Abuelo, que vienen...

MIRRICH.

Te digo que te tapes la cabeza.

ESCENA IV

DICHOS, NIKITA Y MARRIONA

NIKITA.—*(Entrando.)*

¿Qué han hecho conmigo? ¿Qué han hecho conmigo?

MARRIONA.

Bebe un trago, hijo mío, bebe un trago de vino. *(Saca una botella de vino y la pone en la mesa.)* ¿Qué te pasa?

NIKITA.

Tráe. A ver si puedo olvidar bebiendo.

MARRIONA.

¡Más bajo! ¡Que no duermen todavía! Toma, bebe.

NIKITA.

¿Para qué habéis hecho todo eso? Hubiera sido mejor llevarse.

MARRIONA.—*(En un susurro.)*

Quédate aquí un ratito. Bebe otro vaso o fuma un cigarrillo. Eso te hará pensar en otra cosa.

NIKITA.

Madre querida, por lo visto me ha llegado el turno. ¡Cómo ha gritado! ¡Cómo han crujido sus huesecillos...! Krr... Krr, ya no soy un hombre...

MARRIONA.

¿Qué es lo que masculhas? De noche todo parece más terrible; pero de día que amanezca, que pasen un par de días, y todo lo echarás en olvido. *(Se acerca a Nikita y le pone la mano sobre un hombro.)*

NIKITA.

¡Apártate de mi lado! ¿Qué habéis hecho conmigo?

MARRIONA.

Pero ¿qué te pasa, hijo mío? *(Le toma la mano.)*

NIKITA.

¡Apártate! ¡Que te mató! Ahora todo me da igual. ¡Que te mató!

MARRIONA.

¡Ay! ¡Ay! ¡Qué susto te has llevado! Sería mejor que te acostumbraras.

NIKITA.

No tengo dónde ir. Estoy perdido.

MARRIONA.—*(Moviendo la cabeza.)*

Debo ir a acabar. Cuando pase un ratito, se calmará. *(Sale.)*

ESCENA V

NIKITA, MIRRICH Y ANUTKA

NIKITA.—*(Sentado con el rostro oculto permanece silencioso e inmóvil.)* ¡Está gritando! ¡Está gritando!... Lo oigo claramente. ¡Lo va a enterrar! ¡Lo va a enterrar! *(Corre hacia la puerta.)* ¡Madrecita, no lo entierres, que está vivo!...

ESCENA VI

Dichos y MATRIONA.

MATRIONA.—(*Entra y habla en voz muy baja.*)
¿Qué te pasa? ¡Por Dios! Son figuras. ¿Cómo va a estar vivo? Si le has machacado los huesos.

NIKIYA.
Dame más vino. (*Bebe.*)

MATRIONA.
Anda, hijo mío, vete a dormir. Verás cómo no es nada.

NIKIYA.—(*Que sigue en actitud de escuchar.*)
Está vivo. Está... chillando. Pero ¿no le oyes?

MATRIONA.—(*En un susurro.*)
No... no...

NIKIYA.
Madre querida, he echado a perder mi vida. ¿Qué habéis hecho conmigo? ¿Dónde ir? (*Scale corriendo de la isba. MATRIONA le sigue.*)

ESCENA VII

MITRICH y ANUTKA.

ANUTKA.
Abuelito, querido abuelito. Lo han estrangulado.

MITRICH.—(*Irritado.*)

Te digo que te duermas. ¡Así te comieran las ranas! ¿Quieres que coja la escoba? Duérmete, te digo.

ANUTKA.

¡Ay! Abuelo, alguien me coge por los hombros, alguien me clava las uñas. ¡Que me muera, si no es verdad! Abuelo, dejame subir a la estubada. ¡Dejame, por Dios. ¡Que me cogen... que me cogen...! ¡Ay! (*Corre a la estufa.*)

MITRICH.

Menudo susto le han metido a la niña! ¡Qué sinvergüenzas! ¡Así se los comen las ranas! Anda, pasa.

ANUTKA.—(*Subiendo a la estufa.*)
Pero no te vayas.

MITRICH.

¿Dónde quieres que vaya? Anda, sube, sube. ¡Oh Señor! ¡San Nicolás bendito! ¡Santísima Virgen de Kazán!... ¡Qué susto le han metido a la chiquilla! (*Tapa a ANUTKA.*) Pero qué tonta eres... ¡Qué tonta eres!... ¡Vaya susto que te han metido estos sinvergüenzas!

ACTO QUINTO

CUADRO PRIMERO

Una era. En primer término, un montón de heno. A la izquierda, la era. A la derecha, un granero. La puerta del granero está abierta y junto al umbral se ven montones de paja. Al fondo, un patio desde donde se oyen canciones y sonido de cascabeles. Dos muchachas avanzan por el sendero que pasa junto al granero y que conduce a la isba.

ESCENA PRIMERA

Moza 1.^a, Moza 2.^a.

Moza 1.^a.
¡Vamos hecho muy bien pa-

sando por aquí. Casi no nos hemos manchado las botas. Si hubiésemos ido por la granja nos habríamos puesto perdidas... ¡Menudo barrizal! (*Se*

detienen para limpiarse las botas. La Moza 1.^a ve un bulto entre la paja.)
¿Qué es eso?

Moza 2.^a.—(*Mirando.*)
¡Anda, si es Mitrich, el obrero! Está como una cuba.

Moza 1.^a.
Me parece que no solía beber.

Moza 2.^a.
Porque no tenía ocasión...

Moza 1.^a.
¡Fíjate, por lo visto ha venido a buscar paja y se ha dormido con la cuerda entre las manos.

Moza 2.^a.—(*Escuchando.*)
Aún están con las canciones de boda. No habrán bendecido todavía a los novios. Dicen que Arulina no ha echado ni una lágrima.

Moza 1.^a.
Mi madre dice que no quería casarse. La amenazó su padrastro; por eso ha consentido. Ya sabes las cosas que se cuentan de ella...

ESCENA II

Dichos y MARINKA. Esta alcanza a las mozas.

MARINKA.
Buenos días, muchachas.

Las Mozas.
Buenos días, tía Marinka.

MARINKA.
¿Vais a la boda, queridas?

Moza 1.^a.
Ya está acabando. Solo hemos ido a echar un ojo.

MARINKA.
¡Llamad a mi viejo, a Semion, el de Zúievo. Lo conocéis, ¿verdad?

Moza 1.^a.
¡Cómo no! Además, creo que es pariente del novio.

MARINKA.
Sí, es su tío.

Moza 2.^a.
¿Por qué no lo llamas tú misma? ¿Por qué no has ido a la boda?

MARINKA.

No tenía ganas. Ni tiempo. Tenemos que irnos en seguida. No hemos venido aquí para asistir a la boda. Solo estamos de paso. ¡Vamos a la ciudad a vender avena. Nos deluvimos para dar de comer a los caballos y han llamado a mi viejo.

Moza 1.^a.
¿Dónde habéis parado? ¿En casa de Fedorich?

MARINKA.

Sí; anda, querida, ve a llamar a mi viejo. Esperaré aquí. Dile que su mujer le manda venir, que los compañeros han enganchado ya los carros.

Moza 1.^a.
Bueno, ya que no quieres ir tú...
(*Las Mozas se van por el sendero en dirección al patio. Se oyen canciones y sonido de cascabeles.*)

ESCENA III

MARINKA, sola.

MARINKA.—(*Sumiéndose en reflexiones.*)
Podría ir, pero no tengo ganas. No le he visto desde entonces, desde el día en que me abandonó. Hace un año ya. Mucho me gustaría saber cómo vive con su Anisia. La gente dice que no se entienden. Anisia es

una mujer grosera y mandona. Su-
pongo que Nikita me habrá recor-
dado más de una vez. Le atraía esa
vida cómoda, por eso me ha cam-
biado por otra mujer, pero ¡que Dios
le proteja! No soy rencorosa. En-
tonces me hizo mucho daño, fue te-
rrible. Ahora todo esto ha pasado y
ya ni me acuerdo. De todos modos,
me gustaría mucho verle... (*Mira ha-
cia el patio y descubre a NIKITA.*)
¡Vaya! ¡Me parece que viene! ¡Le
habrán dicho algo las mozas? ¿Cómo
deja a los invitados? Debo irme.

ESCENA IV
MARINKA y NIKITA. Este avanza con la cabeza
inclinada, moviendo los brazos y retemperando
a media voz

MARINKA.
¡Qué triste está!

NIKITA.—(*Se fija en MARINKA y la re-
conoce.*)
¡Marinka! ¡Querida mía! ¿Qué ha-
ces aquí?

MARINKA.
He venido a buscar a mi viejo.

NIKITA.
¿Cómo no viniste a la boda? Habrías
visto la fiesta y te habrías reído de mí.

MARINKA.
¿Por qué iba a burlarme de tí? He
venido a buscar a mi amo.

NIKITA.
¡Ay Marínushka! (*Quiere abrazarla.*)

MARINKA.—(*Se retira con gesto de en-
fado.*)

NIKITA, te ruego que guardes compo-
tura. Lo pasado, pasado está. Solo
vine a buscar a mi viejo. ¿Está en tu
casa?

sabido retenerme! Me has perdido,
perdiéndote tú al mismo tiempo.
¿Acaso esto es vivir?

MARINKA.—(*Permanece en pie junto al
granero tratando de contener las lá-
grimas.*)
No me quejo de mi vida, Nikita.
Ojalá conceda Dios una vida como
la mía a todo el mundo. No me
quejo. Conté todo a mi viejo y me
ha perdonado. Nada me echa en cara.
No estoy descontenta de mi sino. El
viejo es pacífico y bueno para mí.
Cuido de sus hijos, los lavo y los
visto. Es compasivo conmigo. ¿Por
qué me iba a quejar? Dios lo ha que-
rido así. Y tú, ¿cómo vives? Eres
rico...

NIKITA.
¿Yo...? No quisiera aguar la boda,
pero la verdad es que no me faltan
gananas de coger esta cuerda (*Coge
una cuerda que está entre la paja.*),
de echarla por encima de aquella
viga, hacer un buen nudo corredizo
y meter la cabeza en la lazada. Así
es mi vida.

MARINKA.
¡Calla, por Dios!

NIKITA.
¿Crees que bromeo? ¿Crees que es-
toy borracho? No lo estoy. Hoy no
puedo ni emborracharme. La pena
me devora. ¡Todo me repugna! ¡Ay
Marinka! Sólo he sido feliz contigo.
¿Te acuerdas de nuestras noches
cuando trabajaba en el ferrocarril?

MARINKA.
No hagas revivir antiguas heridas.
Me he casado por la ley y tú tam-
bién. Se me han perdonado mis pe-
cados, no recuerdes lo pasado...

NIKITA.
¿Qué quieres que haga de mi cora-
zón? ¿Adónde puedo ir?

MARINKA.
Tienes una mujer, no debes desear
otras. Guarda la tuya. Amabas a Ani-
sia, sigue amándola, pues...

NIKITA.
¡Oh! Esta Anisia es como una
mala hierba que se me hubiese en-
redado en los pies.

MARINKA.
Sea como sea, es tu mujer. Bueno,
no hablemos más. Es mejor que
vuelvas con tus invitados y le digas a
mi marido que lo espero.

NIKITA.
¡Oh, si lo supieras todo!... Pero
¿para qué hablar?

ESCENA V
NIKITA, MARINKA, el MARIDO de MARINKA
y ANITKA

MARIDO DE MARINKA.—(*Sale del patio,
borrachito y con el rostro muy encen-
dido.*)
¡Marinka! Mujer, ¿estás aquí?

NIKITA.
Ahí viene tu marido. Te está lla-
mando. ¡Vete, vete!

MARINKA.
Y tú ¿qué vas a hacer?

NIKITA.
¿Yo? me quedaré aquí un ratito.
(*Se tiende en la paja.*)

MARIDO DE MARINKA.
¿Dónde está?

ANITKA.
Mírala ahí, tío. Junto al granero

MARINO DE MARINKA.

¿Qué haces ahí parada? Ven a la boda. Los dueños te invitan. No tardarán en irse los novios; entonces nos iremos nosotros también.

MARINKA.—(Se dirige al encuentro de su marido.)
No tenía ganas...

MARINO DE MARINKA.

Te digo que vengas. Beberás una copa y felicitaras al bribón de Perushka. Si no vas, los dueños se ofenderán. Aún tenemos tiempo para todo. (Abraza a MARINKA y se va con ella, tambaleándose.)

ESCENA VI

NIKIYA Y ANUTKA

NIKIYA.—(Se incorpora y se sienta en la paja.)

Ahora que la he visto siento más angustia que antes. Si he sido feliz alguna vez, ha sido con ella. He perdido mi vida por nada y para nada. (Se acuesta.) ¿Dónde podría ir? ¡Ah, si me tragara la madreclita tierra!

ANUTKA.—(Ve a NIKIYA y corre hacia él.)

Padreclito, padreclito, te están buscando. Todos han bendecido a los novios, hasta el padreclito. ¡Que me muera si no es verdad! Se van a enfadar.

NIKIYA.

¿Adónde ir?

ANUTKA.

¿Qué te pasó? ¿Qué dices?

NIKIYA.

Nada. ¿Qué quieres?

ANUTKA.

Padreclito, ven conmigo. (NIKIYA guarda silencio, ANUTKA le tira del

brazo.) Padreclito, ven a echar la bendición a los novios. De veras, están enfadados y riñen...

NIKIYA.—(Despidiéndose.)

¡Déjame en paz!

ANUTKA.

Pues sí...

NIKIYA.—(La amenaza con unas tijeras.)

¡Lárgate, te digo; ¡que si no, te...!

ANUTKA.

Llamaré a mi madreclita. (Se va corriendo.)

ESCENA VII

NIKIYA, sólo; después, MATRIONA

NIKIYA.—(Levantándose.)

¿Cómo voy a ir? ¿Cómo va a coger el loro en la mano? ¿Cómo le miraré a los ojos? (Vuelve a acostarse.) ¡Oh, si me tragara la tierra! Para que no me viera nadie y yo no viera a nadie... (Se incorpora.) No iré!

¡Que se vayan al diablo! ¡No iré! (Se quita las botas, coge la cuerda, hace un nudo corredizo e introduce la cabeza en la lazada.) ¡Así! (Al ver a su madre, NIKIYA se quita la cuerda y se echa en la paja.)

MATRIONA.—(Se acerca jadeante.)

¡NIKIYA! ¡NIKIYA! No contestas. ¡Ni-kiya! ¿Estás borracho? Ven, NIKIYA: ven, hijo mío. Todo el mundo te espera.

NIKIYA.

¡Oh! ¿Qué habéis hecho conmigo?

YA no soy un hombre...

MATRIONA.

¿Qué te pasó? Vamos, querido. Ve a echarles la bendición, luego te podrás marchar. Todo el mundo te espera.

NIKIYA.

¿Cómo podré bendecirla?

MATRIONA.

Es muy sencillo. ¿Acaso no sabes cómo se hace?

NIKIYA.

Lo sé, lo sé; pero ¿cómo voy a bendecirla después de lo que he hecho con ella?

MATRIONA.

¡Mira que recordarlo ahora! Nadie sabe nada. Nadie se ha enterado. Y la moza se casa por su propia voluntad.

NIKIYA.

Pero ¿por qué lo hace?

MATRIONA.

Ya se sabe que es por miedo. Pero se casa. ¿Qué remedio le quedaba? Tenía que haber pensado antes en lo que hacía. Ahora no tiene por qué resistirse. Tampoco tienen motivo de queja los padres del novio. Han visto dos veces a la moza; además, les lleva la bolsa llena. Todo se ha arreglado a pedir de boca.

NIKIYA.

¿Y qué hay en la bodega?

MATRIONA.—(Se echa a reír.)

¿En la bodega? Berras, setas, patatas... ¿A qué recordar el pasado?

NIKIYA.

¿Qué más quisiera yo! Pero no puedo. En cuanto me acuerdo, oigo aquellos gritos. ¡Oh! ¡Qué habéis hecho conmigo!

MATRIONA.

Al fin y al cabo, ¿por qué te pones así?

NIKIYA.—(Se vuelve boca abajo.)

Madreclita, no me atormentes. ¡No puedo más!

MATRIONA.

Sin embargo, es preciso que vayas. Así y todo, murmura la gente... Y no se te ocurre nada mejor que marcharle de la fiesta... y no te atreves a bendecir a los novios. Eso dará que hablar. En cuanto vean que tienes miedo, se figurarán algo. Lleva la cabeza alta y todo el mundo se inclinará delante de tí. Si uno huye del labo, se arrastra a encontrarse con un oso. Lo mejor es no dejar entrever nada y no tener miedo.

NIKIYA.

¡Oh! ¡En qué enredo me habéis metido!

MATRIONA.

¡Basta! Vamos. Ve a echarles la bendición como es debido y habrás acabado de una vez.

NIKIYA.—(Que permanece echado boca abajo.)

¡No puedo!

MATRIONA.—(Aparte.)

¿Qué le habrá pasado? Estaba como si tal cosa, y de pronto se ha puesto así. Le han debido de echar mal de ojo. NIKIYA, levántate. Fíjate, ahí viene ANIYA. Ha dejado a los invitados solos.

ESCENA VIII

NIKIYA, MATRIONA Y ANIYA

ANIYA.—(Entrando, y con las mejillas encendidas, está un poco bo-trachada.)

¡Qué bien se ha arreglado todo! ¡Y con qué rectitud! Todo el mundo está contento; pero ¿dónde está NIKIYA?

MATRIONA.

Aquí, querida, aquí. Ahí lo tienes, se ha tumbado en la paja y no hay quien lo mueva.

NIKITA.—(*Mirando a su mujer.*)
¡Vaya! Ella también está borracha.
Solo de verla, se me revuelve el
cuerpo. ¿Cómo podré vivir con ella?
(*Se vuelve boca abajo.*) Un día la ma-
taré. Será peor.

ANISIA.
¡Mira que venir a esconderse entre
la paja!... ¿Se te ha subido el vino
a la cabeza? (*Ric.*) De buena gana
me tumbaría a tu lado, pero no ten-
go tiempo. Anda, ven que te acompa-
ñe. ¡Si vieras lo bien que se está
allí! Da gusto ver la fiesta. Hay un
acordeón. Las mujeres cantan. Todos
están borrachos. ¡Se está muy bien!

NIKITA.
¿Qué es lo que está bien?

ANISIA.
La boda, es una boda muy alegre.
Todo el mundo lo dice, es una boda
como pocas... Todo se ha hecho
con una rectitud... Anda, ven, vamos
juntos... He bebido, pero puedo lle-
varte. (*Toma de la mano a NIKITA.*)

NIKITA.—(*Se libera con expresión de re-
pugnancia.*)
Vete, ahora Iré yo.

ANISIA.
¿Por qué estás triste? Se termina-
ron nuestras penas. Hemos casado
a la que nos separaba. Ahora pode-
mos vivir alegremente. Todo lo he-
mos arreglado con rectitud, con arre-
glo a la ley. ¡Si supieras lo contenta
que estoy! Es como si me casara
contigo por segunda vez. ¡Qué ale-
gre está todo el mundo! Todos nos
dan las gracias. Y nuestros invitados,
son gentes de posín: Ivan Moseich...
y también el señor *Uriadnik*. Todos
han dado la enhorabuena a los no-
vios.

NIKITA.
Pues anda con ellos... ¿Para qué has
venido?

ANISIA.
Tienes razón, tengo que volver, por-
que no está bien que los dueños de
la casa abandonen a unos invitados
de tanto posín.

NIKITA.—(*Se levanta y se sacude la
paja.*)
Idos, ahora mismo voy yo.

MATRIKONA.
Parece que el cuco de noche canta
mejor que de día. A mí no me ha
hecho caso, pero ha obedecido en
seguida a su mujer. (*MATRIKONA y
ANISIA se van.*) ¿Qué? ¿Vienes?

NIKITA.
Ahora mismo. Idos, os digo... Iré...
a bendeciros... (*Las mujeres se pa-
ran.*) Idos... os digo, ¡idos, por
Dios!
(*Las mujeres se van.*) NIKITA
las sigue con la vista y se sume
en reflexiones.)

ESCENA IX

NIKITA, solo; después, MATRICH

NIKITA.—(*Se sienta y empieza a des-
calzarse.*)

Ya podéis esperarame, que no... Me
encontraréis en la viga... Una vez
que hago el nudo corrido y salte
de la viga, ¡ya podréis buscarme!
Afortunadamente, las riendas están
aquí. (*Permanece pensativo.*) Hubie-
ra aguantado cualquier otra pena,
pero esta... la tengo clavada en el
corazón. No puedo arrancármela.
(*Mira hacia el patio.*) ¿Es posible
que venga otra vez? (*Rememando a
ANISIA.*) "Da gusto estar allí. De bue-
na gana me tumbaría a tu lado."

¡Ah! ¡Zorra! Podrías abrazarme
cuando me quiten de la viga. ¡Así
habré acabado para siempre! (*Coge
la cuerda y tira de ella hacia sí.*)

MATRICH.—(*Que está borracho, se in-
corpora y sujeta la cuerda.*) ¡No te
la daré! ¡No se la daré a nadie!
Quiero llevarla yo mismo. (*Se pone
en pie y empieza a recoger la paja,
pero se tambalea. Lucha para sos-
tenerse en pie y finalmente se des-
ploma.*) El vodka me ha podido...

NIKITA.
Dame las riendas...

MATRICH.
¡Te he dicho que no! ¡Ay! Nikita,
¡qué tonto eres! (*Se echa a reír.*) Te
quiero, pero eres tonto. Estas descon-
tento porque me he emborrachado.
¡Me importas un bledo! ¿Crees que
te necesito?... Mirame bien. Soy
suboficial. Eres tonto y no podrías
decir como yo: "Suboficial del prin-
mer regimiento de granaderos de su
majestad la emperatriz." He servido
al zar y a la Patria con fidelidad y
honor. ¿Y quién soy? ¿Crees que
soy un guerrero? Pues no, no soy un
guerrero, sino el último de los hom-
bres, un huérfano, un jueguista. Juré
que no bebería más, pero he aquí
que he empezado otra vez... ¿Crees
que te tengo miedo? No temo a na-
die. Si he empezado a beber es por-
que me da la gana... Y ahora, bebe-
ré dos semanas seguidas... Beberé
hasta que tenga que vender mi go-
rra y mi cruz, hasta empeñar mis pa-
peles... ¡No temo a nadie! En el
regimiento me azotaban para que
abandonara la bebida... ¡Mendugas
palizas me atizaban!... "¿Qué, ¿vas a
seguir bebiendo?", me preguntaban.
"Sí", les contestaba. ¿De qué iba a

tener miedo? Soy así. Soy como Dios
me ha hecho. Después, juré que no
bebería más. Y dejé de beber. Aho-
ra he empezado a beber y ¡bebo! No
tengo miedo de nadie porque no
miento, digo las cosas como son...
¿Por qué iba a tener miedo de esos
necios? Ahí me tienes. Soy así. Un
pope me dijo un día: "Cuando uno
puede el aploño ante la gente, el
diablo le echa la zarpa y se lo lle-
va." Como yo no temo a la gente,
me encuentro a gusto. Me río de él
en sus propias barbas. ¡Condennado!
No me hará nada.

NIKITA.—(*Se persigna.*)
Y yo, ¿qué pensaba hacer? (*Arroja
la cuerda.*)

MATRICH.
¿Qué dices?

NIKITA.—(*Se levanta.*)
¿Crees que no hay que temer a la
gente?

MATRICH.
¿Por qué tener miedo a esos imbé-
ciles? Fíjate en ellos, en la casa de
barros. Todos están hechos del mismo
barro. Otros tienen más barriga;
otros, menos; esa es la única dife-
rencia. ¡Tener miedo a la gente!

ESCENA X

NIKITA, MATRICH y MATRIKONA, que llega desde
el patio

MATRIKONA.—(*Llamando.*)
Nikita, ¿vienes?

NIKITA.
¡Sí! Será mejor... Ya voy (*Se dirige
hacia el patio.*)

AKIM.
¡Vaya! ¡Qué hombre este! Te digo que esperes. No hables de tu acta... Se trata de un asunto de Dios... Un hombre se arrepiente de sus pecados... y tú nos sales con tu acta...

URIADNIK.
¡Llamad al *starets*!

AKIM.
Espera que acaben con el asunto de Dios... ya tendrás tiempo para lo demás después.

NIKIYA.
Akulina, soy culpable de otro gran pecado ante tí. Te he seducido. Perdoname, ¡en nombre de Cristo! *(Se prosterna ante ella.)*

AKULINA.—*(Se levanta.)*
Dejadme, no quiero casarme. El me lo había ordenado, pero ahora no me casaré.

URIADNIK.
Repite lo que acabas de decir.

NIKIYA.
Espere, señor *uriadnik*, déjeme acabar.

AKIM.—*(Entusiasmado.)*
Dilo todo, hijo mío, dilo todo. Eso te aliviará. Confésate con Dios, y no temas a la gente. ¡Dios! ¡Dios! ¡El...!

NIKIYA.
Envenené al padre y deshonré a la hija... ¡Soy un miserable! Tenía poder sobre ella y maté a su criaturita.

AKULINA.

ESCENA III
Dichos y el SVAROSTA

SVAROSTA.—*(Entrando.)*
Hay bastantes vestigios aquí mismo.

URIADNIK.
En seguida procederemos al interrogatorio.
(Mantelando a NIKIYA.)

AKULINA.—*(Se acerca a él y se coloca*

a su lado.) Diré toda la verdad. Interrogadme a mí también.

NIKIYA.—*(Mantelado.)*
No hay por qué interrogar a nadie. Todo lo he hecho yo solo. Mia fue la idea y yo la he llevado a cabo. Llevadme a donde queráis. ¡No diré nada más!

TELÓN

AKULINA
¡Miente! ¡Yo le mande que lo hiciera!

NIKIYA.
No me defiendas. Ahora no tengo a nadie. Perdonadme, hermanos; perdonadme, cristianos. *(Se prosterna.)*
(Retira un silencio.)

URIADNIK.
¡Prendedlo! Se os ha aguado la boda...
(Varias personas se acercan a NIKIYA con cinturones en las manos.)

NIKIYA.
¡Esperad!... Tenéis tiempo... *(Se prosterna ante su padre.)* Padrecito perdoname tú también, perdona a este condenado. Me advertiste en un principio, cuando me dejé arrastrar por esa vida licenciosa, "que una vez que la patita se ha atascado, no tarda el pajarero en ser preso". Pero soy un miserable y no hice caso de tus palabras, que se han cumplido. Perdoname, en nombre de Cristo.

AKIM.—*(Entusiasmado.)*
Dios te perdonará, hijo mío. *(Le abraza.)* No te has apiadado de tí mismo, el se compadece de tí. ¡Dios! ¡Dios! ¡El...!

FIN DE
"EL PODER DE LAS TINIEBLAS"

vich... Voy a buscarlo. (Se dirige hacia la puerta.)

VASILI LEONTOVICH.
Oigo voces... ¿Quiénes son esos espantapájaros? ¿Eh?

TANIA.

Unos músicos de la aldea de Kursk.

VASILI LEONTOVICH.—(Señala al Dependiente.)
¿Y aquel? ¡Ah, sí! El dependiente de Bourdé.

(Los Mújiks se inclinan. VASILI LEONTOVICH no les hace caso. TANIA se encuentra con GRIGORI en la puerta.)

ESCENA XVII

Dichos y GRIGORI

VASILI LEONTOVICH.
Te he dicho que me traigas los otros zapatos. No puedo ponerme estos.

GRIGORI.
Pero si los tiene en su habitación.

VASILI LEONTOVICH.
¿Dónde?

GRIGORI.
Ahí, ahí mismo.

VASILI LEONTOVICH.
¡Mientes!

GRIGORI.
Ahora lo verá.

(VASILI LEONTOVICH y GRIGORI se salen.)

ESCENA XVIII

Dichos, menos VASILI LEONTOVICH y GRIGORI

Mújik 3.º

Si hemos llegado en un momento inoportuno, podemos ir a esperar a una posada.

TANIA.
No, no importa, esperad aquí. Voy a traer un plato para poner los regalos. (Sale.)

ESCENA XIX

Dichos, SARATOV, LEONID FIODOROVICH y después FIODOR IVANOVICH. Los Mújiks cogen los regalos y adoptan posturas para directerios

LEONID FIODOROVICH.—(A los Mújiks.)
En seguida os atiendo, esperad. (Al Dependiente.) Y usted, ¿qué quiere?

EL DEPENDIENTE.

Vengo de la casa Bourdé.

LEONID FIODOROVICH.

¡Ah!

SARATOV.—(Sonriendo.)

No pretendo negarlo, pero reconozca que sin haber visto lo que cuenta usted, una persona no consagrada se resiste a creerlo.

LEONID FIODOROVICH.

El caso es que no exigimos que se crea. Solo pedimos que se investigue. No puedo dejar de creer en este asunto. Y lo he recibido de allí.

SARATOV.

¿Cómo de allí? ¿De dónde?

LEONID FIODOROVICH.

Del otro mundo.

SARATOV.—(Sonriendo.)

Muy interesante, muy interesante.

LEONID FIODOROVICH.

Probablemente se figura usted que me dejo influir o que me imagino cosas que no existen, pero ahí tiene a Alexey Vladimirovich Krugosvetlov. No es un hombre cualquiera, sino todo un profesor, y ya se sabe que cree en el espiritismo. No es el único caso. ¿Qué me dice de Crooks y de Wallace?

SARATOV.
Pero si no lo niego. Me limito a decir que es muy interesante. Me gustaría saber cómo lo explica Krugosvetlov.

LEONID FIODOROVICH.

Tiene su propia teoría. No deje de venir esta noche, él no faltará. Primeramente Grosman va a... Es ese célebre adivinador del pensamiento, ¿sabe?

SARATOV.

Sí; he oído hablar de él. Pero nunca tuve ocasión de verle.

LEONID FIODOROVICH.

Bueno, pues no deje de venir. Primeramente Grosman, después Kapchich, y nuestra sesión... (A FIODOR IVANOVICH.) ¿No ha vuelto aún el criado de casa de Kapchich?

FIODOR IVANOVICH.

No, señor.

SARATOV.

¿Cómo me voy a enterrar, entonces?

LEONID FIODOROVICH.

Venga de todos modos. Venga sin faltar. Aun cuando no acuda Kapchich, encontraremos algún médium. María Ignatievna lo es también. No tiene tanta fuerza como él, pero, sin embargo...

ESCENA XX

Dichos y TANIA. Esta entra trayendo varios platos. Escucha la conversación

SARATOV.—(Sonriendo.)

Yo me pregunto una cosa: ¿Por qué los médiums son siempre personas cultas, como Kapchich o María Ignatievna, por ejemplo? Si la médiumidad es realmente una fuerza especial, debería revelarse entre el pue-

blo, entre los campesinos..., por decir.

LEONID FIODOROVICH.

Eso es lo que suele ocurrir. Tanto es así que un criado se ha revelado como médium en nuestra propia casa. Hace unos días, durante una sesión, lo llamamos para que cambiara de sitio un diván... Olvidamos su presencia. Debí quedarse dormido.

Y figurese que la sesión habla terminado y Kapchich estaba despierto ya cuando advertimos que en el rincón opuesto de la estancia, en el que se encontraba el criado, se producían manifestaciones de espiritismo: la mesa había echado a andar.

TANIA.—(Aparte.)

Eso fue cuando salí de debajo de la mesa.

LEONID FIODOROVICH.

Por consiguiente, ese criado debe de ser médium. Otra de las pruebas es que se parece de cara a Yun. ¿Lo recuerda usted? Es rubio, ingenio...

SARATOV.—(Encogíendose de hombros.)

¡Vaya! ¡Vaya! Esto es interesante. Debería usted hacer pruebas con él.

LEONID FIODOROVICH.

Eso es lo que queremos. Y no crea que es el único caso. Hay una infinidad de médiums. Lo que ocurre es que no los conocemos. Hace unos días, por ejemplo, una anciana que estaba enferma, cambió de sitio una pared.

SARATOV.

¿Cambió de sitio una pared?

LEONID FIODOROVICH.

Sí, sí. Estaba en la cama sin sospechar siquiera que era médium. Apto-

yó una mano en la pared y esta se retiró.

SARATOV.
¿Sin derrumbarse?

LEONID FIODOROVICH.
Sin derrumbarse.

SARATOV.
¡Qué raro! Bueno, hasta la noche.

LEONID FIODOROVICH.

¡No deje de venir! ¡No deje de venir! Sea como sea, habrá sesión.

(SARATOV se pone la pelizca *pañá*.)
LEONID FIODOROVICH lo acomoda.)

ESCENA XXI

Dichos, menos SARATOV

EL DEPENDIENTE.—(A TANTA.)

Diga a la señora que estoy esperando. ¿O es que pretende que me quede a dormir?

TANTA.

Aguarde un momento. La señora tiene que salir con la señorita, así es que no tardará en bajar. (Sale.)

ESCENA XXII

Dichos, menos TANTA

LEONID FIODOROVICH.—(Se acerca a los MURIKS, que hacen reverencias y le ofrecen los regalos.)

No teniais necesidad de traer nada.

MURIK 1.º—(Sonriendo.)

Es nuestra obligación. El "mir" (1) nos ha mandado hacerlo.

MURIK 2.º

Es la costumbre.

MURIK 3.º

¡No los desprecies! Los hacemos con

(1) Comunidad de campesinos.

gusto... Nuestros padres sirvieron a sus padres de usted, y nosotros queríamos con toda el alma... Y no es que... (Se inclina.)

LEONID FIODOROVICH.
¿Qué decis? ¿Qué queréis?

MURIK 1.º
Venimos a hablar con su merced.

ESCENA XXIII

Dichos y PETRISCHEV. Entra precipitadamente. Lleva capote

PETRISCHEV.
¿Está despierto Vasili Leonidovich? (Al ver a Leonid FIODOROVICH lo saluda con una inclinación de cabeza.)

LEONID FIODOROVICH.

¿Quiere ver a mi hijo?

PETRISCHEV.
¿Yo...? Sí, voy a hablar un momento con Vovó.

LEONID FIODOROVICH.

Pase, pase.

(PETRISCHEV se quita el capote y sale precipitadamente.)

ESCENA XXIV

Dichos, menos PETRISCHEV

LEONID FIODOROVICH.—(A los MURIKS.)
Bueno, ¿qué me decis?

MURIK 2.º
Dígnese aceptar los regalos.

MURIK 1.º—(Sonriendo.)

Los traemos del pueblo...

MURIK 3.º

No nos los agradezca. Se los ofrecemos como a nuestro propio padre. No nos los agradezca.

LEONID FIODOROVICH.
Bueno... Fiodor, coge estas cosas.

FIODOR IVANOVICH.

A ver. Dádmelos. (Toma los regalos.)

LEONID FIODOROVICH.

Entonces, ¿qué os trae por aquí?

MURIK 1.º
Venimos a ver a su merced.

LEONID FIODOROVICH.

Ya veo que venis a verme, pero ¿qué es lo que queréis?

MURIK 1.º
Venimos para tratar de la compra de las tierras. Resulta que...

LEONID FIODOROVICH.

¿Queréis comprar alguna parcela, por fin?

MURIK 1.º

En efecto, así es. Resulta que... se trata de comprar aquellas tierras... El *mir* nos ha autorizado... queremos entrar en tratos para efectuar la compra por medio de un Banco del Estado, como es debido, con el escrito y los sellos y todo...

LEONID FIODOROVICH.

¿Queréis comprar la tierra por medio de un Banco, ¿no es eso?

MURIK 1.º

Así es. Como nos lo ofreció usted en el verano. Para que la tierra sea nuestra tenemos que darle treinta y dos mil ochocientos sesenta y cuatro rublos.

LEONID FIODOROVICH.

¿Cómo efectuaréis el pago?

MURIK 1.º

El *mir* quiere que se arregle según quedamos en el verano. Es decir, pa-

garemos a plazos. Ahora le haremos una entrega de cuatro mil rublos contantes y sonantes.

MURIK 2.º
Le damos cuatro mil rublos ahora, y el resto en varias entregas.

MURIK 3.º—(Sacando el dinero.)

Tenga la seguridad de que nos empañaremos, pero no consentiremos que... De ninguna manera consentiremos que... Haremos las cosas como es debido.

LEONID FIODOROVICH.

Os he escrito que estoy conforme, pero solo en el caso de que reunáis todo el dinero.

MURIK 1.º

En "efeto", eso sería mejor, pero no nos es posible.

LEONID FIODOROVICH.

Entonces, ¿cómo lo solucionaremos?

MURIK 1.º

El *mir* pensaba pagar a plazos, según el ofrecimiento que usted nos hizo en el verano.

LEONID FIODOROVICH.

Eso fue el año pasado. Entonces si estaba conforme, pero ahora no puedo.

MURIK 2.º

Habíamos puesto todas nuestras esperanzas en usted. Habíamos hecho el escrito y juntado el dinero.

MURIK 3.º

Tenga compasión de nosotros, padre. Son tan escasas nuestras tierras que, sin hablar del ganado, no tenemos dónde echar a las gallinas. (Se inclina.) No cometa ese pecado, padre. (Vuelve a inclinarse.)

LOS FRUTOS DE LA CIVILIZACION

COMEDIA EN CUATRO ACTOS
(1889)

NOTA PRELIMINAR

El autor concibió el argumento de esta comedia impresionado por una sesión de espiritismo que tuvo lugar en casa de su conocido el aristócrata N. A. Leon, de Moscú.

Comenzó a trabajar en la obra en 1886, simultáneamente con *El poder de las tinieblas*. En un principio pensaba destinarla solo a una función familiar en Yasnaya Poliana.

En la primavera de 1889, después de casi tres años de interrupción, se ocupó de nuevo de la comedia, y le dio fin al año siguiente.

Según trabajaba en ella, fue intensificándose su tendencia satírica contra la sociedad rica de las capitales. Como contraste a esta, el autor presenta la miseria de los campesinos.

La obra fue publicada en la colección Recuerdo a S. A. Turév, 1890. Se re-

presentó por primera vez por un grupo de aficionados en Yasnaya Poliana, el 30 de diciembre de 1889. A raíz de esta representación, Tolstói completó la comedia e introdujo una serie de correcciones.

Primamente se autorizó su representación solo en funciones de aficionados, y en breve se impuso, además, la condición de que dependa "del juicio de los señores gobernadores".

En 1891 se consiguió el permiso para poner la obra en los escenarios de los teatros imperiales (el 26 de septiembre de 1891 se representó en el teatro Aleksandrinski, de San Petersburgo). Pero hasta la primavera de 1894 no autorizaron su representación en todos los teatros. Sin embargo, por un descuido de las autoridades, el teatro Dramático de Jarkou la puso en marzo de 1891.

LOS FRUTOS DE LA CIVILIZACIÓN

PERSONAJES

LEONID PRODOROVICH ZVERZEV, veniente de Guardia montada tirado y propietario de veinticuatro mil estakanas" (1) de hier en distintas pesadas. Es un hombre de unos 60 años, de modales pausados, de aspecto hachón y agrado. Muy correcto. Creen el espiritismo y ¡ gusta producir efecto con sus relatos.	ALBERT VLADIMIROVICH KROSOVSKY, profesor. Sabido de unos 50 años, de modales pausados que producen un efecto gracioso. Habla lentamente con voz cantarina y agradable. Siempre está dispuesto a charlar. Trata con cierto desprecio a los que no están de acuerdo con él. Puma mucho. Es enjuto y ágil.	LA BARONESA, señora muy digna, de unos 50 años. Le cuesta trabajo moverse. Habla con voz monótona.	LA PRINCESA, dama mundana. Invitada.	LA HIJA DE LA PRINCESA, muchacha mundana, que hace muecas sin cesar. Invitada.	LA CONDESA, señora de edad que apenas puede moverse. Lleva bucles y dientes postizos. GROSOKIN es hombre nuevo, de tipo hebreo, muy ágil y nervioso. Habla a voces.	LA SEÑORA CRUSA, Mariana Vasílievna Tolbijska, es rísa, muy recta, pero de aspecto bonachón. Conoce a la gente celebre, tanto de tiempos pasados como de la actualidad. Habla con precipitación tratando de imponerse a los demás. Puma.	EL BARRON KRINZKY (KOKO), genihombre de cámara, desempeña un cargo en una embajada y es licenciado de la Universidad de San Petersburgo. Es muy "correcto"; por eso tiene la conciencia tranquila y disciplina de una alegría apacible.	UNA DAMA.	UNA SEÑORA (no habla).	SHRIGEL YANOVICH SARAYOV, ex viceministro. Es un hombre elegante de unos 50 años, vasta cultura europea. No se dedica a nada, pero se interesa por todo. Su porte es digno y hasta algo grave.
--	---	--	--------------------------------------	--	---	--	---	-----------	------------------------	--

(1) Una "estakana" es aproximadamente una hectárea.

FEDOR YANOVICH, marido, de unos 60 años. Hombre instruido y amante de la cultura. Emplea el fraseo y el palabreo, que suele desdoblarse lentamente, con verdadero abuso. Sigue las novedades políticas. Es inteligente y bueno.	GRIGORI, lacayo. Es un hombre de 28 años, bien parecido, hercúleo, atrevido y envidioso.	YAROV, criado. Tiene 40 años y su aspecto es bondadoso. Se mueve siempre muy atrevido.	SEMION, criado, 20 años. Es un campesino rubio de aspecto sano, imberbe aún, tranquilo y risueño.	EL COCHERO, hombre presumido, de unos 35 años, rudo y resuelto. Lleva bigote.	EL COCHERO, de unos 45 años, desmenado, hinchado, amarillento y temblón. Va sin afeitarse; lleva un abrigo de verano rojo y un pantalón sucio. Habla con voz ronca y emite las palabras con dificultad.	LA COCONERA, 30 años, es muy charlatana; siempre está descontenta.	EL PORTERO, solado retirado. Es una muchacha de unos 19 años, energética, fuerte y alegre, que cambia bruscamente de humor. Lanza gritos en los momentos de gran alegría.	MURIK 1.º, hombre de unos 60 años que ha sido "stáreshina" (1). Cree que sabe hablar a los señores. Le gusta hablar.	MURIK 2.º, de unos 48 años, rudo y sincero. No le gusta decir cosas inútiles. Es el padre de Semion.	MURIK 3.º, hombre de unos 70 años, calzado con "lapki" (2). Es nervioso, inquieto, atropellado y tímido. Viene su timidez hablando.	GASANO 1.º, Viejo criado a la antigua, con dignidad de servidor. Criado 2.º. Es un hombre muy voluminoso, de aspecto sano y rudo.	DEPENDIENTE DE TUA TRENDA. Lleva guardapolvos azul y tiene las mejillas encarnadas. Habla con firmeza, persuasión y claridad. La acción se desarrolla en casa de los Zverzev, en la capital.
---	--	--	---	---	---	--	---	--	--	---	---	--

ACTO PRIMERO

La escena representa la antesala de una casa rica de Moscú. Hay tres puertas: la de la calle, la del despacho de LEONID PRODOROVICH y la del dormitorio de VASILI LEONIDOVICH. Una escalera conduce a las habitaciones de arriba; más allá, un pasillo que da al comedor.

ESCENA PRIMERA

GRIGORI, solo. Se mira al espejo y se arregla.

GRIGORI.

¡Oh! ¡Qué lástima me da de mí bigote! Dicen que un criado no debe llevar bigote. ¿Por qué? Pues para que se vea que es un criado. No vaya a eclipsarse su querido hijito. ¡Tiene gracia! Aunque yo no lleve bigote está lejos de... (Se contempla)

(1) Autoridad municipal.
(2) Calzado rústico, confeccionado de corveza de abedul.

con una sonrisa.) ¡Como si fuesen pocas las que corren tras de mí! Pero la verdad es que ninguna me gusta tanto como Tania. Es una simple doncella. Y, sin embargo, vale más que la señorita. (Sonríe.) ¡Qué guapa es! (Escucha.) ¡Ah! ¡vienen! (Sonríe.) ¡Qué manera de pisar con los taconitos!

ESCENA II

GRIGORI y TANIA. Esta viene peliata y zapatos.
GRIGORI.
Presento mis respetos a Tania Markovna.

TANIA.
¿Qué? ¿Se está cotemplando? ¿Se imagina que es muy guapo?

GRIGORI.
¿Acaso no soy agradable?

TANIA.
¡Bañi Ni agradable ni desagradable. ¿Que hacen aquí estas pellizas?

GRIGORI.
Ahora las quitaré, señorita. (Coge una pelliza, empuéjale a TANIA y la abraza.) Tania, ¿sabes lo que tengo que decirte...?

TANIA.
¡Estese quieto! ¿Qué quiere? (Se desprende con gesto de enfado.) ¡Le digo que me deje en paz!

GRIGORI.—(Vuelve la cabeza.)
Dáme un beso.

TANIA.
A fin de cuentas, ¿qué es lo que quiere? ¡Ahora verá el beso que le voy a dar! (Lo amenaza.)
(Se oye una campanilla y luego la voz de VASILI LEONIDOVICH.)
VICH.)

VASILI LEONIDOVICH.
¡Grigori!

TANIA.
Ande, acuda, lo llama Vasili Leonidovich.

GRIGORI.
¡Que espere! Acaba de despertarse. Dime, ¿por qué no me quieres?

TANIA.
¡Déjese de cuentos! No quiero a nadie.

GRIGORI.
Mentiras. Quieres a Semion. ¡Mira que haber elegido a ese criado que

TANIA.
Será como sea, pero usted le tiene envidia.

VASILI LEONIDOVICH.—(Dentro.)
¡Grigori!

GRIGORI.
¡Espere un poco!... ¿Envidia a ese? ¿Yo? Pero tú... ¿Con quién te has ahora que empezas a educarte un poco? Comprendo que te enamoras de mí... Tania...

TANIA.—(Enfadada y con expresión serena.)
Ya le he dicho que no conseguirá nada.

VASILI LEONIDOVICH.—(Grita desde dentro.)
¡Grigori!

GRIGORI.
Eres demasiado serio.

VASILI LEONIDOVICH.—(Grita a pleno pulmón. Su voz es uniforme y persistente.)
¡Grigori! ¡Grigori! ¡Grigori!
(TANIA y GRIGORI se echan a reír.)

GRIGORI.
¡Menudas mujeres me han querido! (Se oye una campanilla.)

TANIA.
Vaya a ver lo que quiere y déjame en paz.

GRIGORI.
Veo que eres tonta. Porque yo no soy Semion...

TANIA.
El quiere casarse y pasar el rato.

ESCENA III

GRIGORI, TANIA y el DEPENDIENTE. Este trae una gran caja de cartón con un vestido

DEPENDIENTE.
Buenos días.

GRIGORI.
Buenos. ¿De dónde es esto?

DEPENDIENTE.
De la casa Bourdó. Es un vestido; aquí tiene la nota para la señora.

TANIA.—(Cogiendo la nota.)
¡Sténtese un momento; voy a llevarla. (Sale.)

ESCENA IV

GRIGORI, el DEPENDIENTE y VASILI LEONIDOVICH que se asoma a la puerta en mangas de camisa y zapatillas

VASILI LEONIDOVICH.
¡Grigori!

GRIGORI.
En seguida voy.

VASILI LEONIDOVICH.
¿No oyes, Grigori? ¿Acaso no me oías?

GRIGORI.
Acabo de llegar.

VASILI LEONIDOVICH.
Que me traigan agua caliente y el té.
GRIGORI.
En seguida le atenderá Semion.

VASILI LEONIDOVICH.
¿Qué es esto? ¿Viene usted de la casa Bourdó?

DEPENDIENTE.
Sí, señor.

(VASILI LEONIDOVICH y GRIGORI salen. Se oye una campanilla.)

ESCENA V

EL DEPENDIENTE y TANIA; después, SARATOV y, a poco, el DOCTOR

TANIA.—(Entra precipitadamente al otro lado de la campanilla y abre la puerta al DEPENDIENTE.)
Espera.

DEPENDIENTE.
Es lo que hago.

(Entra SARATOV.)

TANIA.
Perdone, hace un momento que se fue el criado. Pase, pase. ¿Me permite? (Le ayuda a quitarse la pelliza.)

SARATOV.—(Areglándose el traje.)
¿Está Leonid Fiodorovich? ¿Se le vantó ya?

(Un campanillazo.)

TANIA.
Sí, hace mucho.

DOCTOR.—(Entra y busca al criado. Al ver a SARATOV, se dirige a él con desnohura.)
¡Ay! Muy buenos días.

SARATOV.—(Lo mira fijamente.)
Es usted el doctor, si no me equivooco.

DOCTOR.
Creí que estaba usted en el extranjero. ¿Viene a ver a Leonid Fiodorovich?

SARATOV.
Sí. ¿Usted también? ¿Está enfermo, acaso?

DOCTOR.—(Sonriendo.)
No, él no. Pero ya sabe usted que las señoras dan mucho que hacer. Ana Pavlovna juega a las cartas hasta las tres de la madrugada, y copa ya, copa viene. Se trata, además, de una señora demasiado gruesa, con no pocos años encima.

SARATOV.
¿Expone usted así el diagnóstico a Ana Pavlovna? Supongo que no le agradará demasiado...

DOCTOR.—(Se echa a reír.)
¿Qué quiere usted? Es la verdad. Comete una serie de imprudencias. Luego se queja de trastornos digesti-

vos, del hígado, de los nervios... Y uno tiene que poner remedio a todo. ¡Esas señoras son un verdadero fastidio! (Sonríe.) Oiga, me parece que usted también es espiritista.

SARATOV.
¿Yo? Me parece que no lo soy. Bueno, adios, muy buenas. (Hace ademán de retirarse, pero el Doctor lo detiene.)

DOCTOR.
Le aseguro que no puedo negar rotundamente el espiritismo cuando veo que un hombre como Krugosvetlov se dedica a él. Al fin y al cabo, se trata de un profesor celebre en toda Europa. Algo tiene que haber. Me gustaria asistir a una sesión, pero nunca puedo. Siempre tengo otras cosas que hacer.

SARATOV.
Sí, sí... Bueno, tanto gusto. (Sale después de hacer una ligera inclinación de cabeza.)

DOCTOR.—(A TANIA.)
¿Se ha levantado ya la señora?

TANIA.
Tenga la bondad de pasar. Está en el dormitorio.
(SARATOV y el DOCTOR salen en distintas direcciones.)

ESCENA VI

EL DEPENDIENTE, TANIA Y FIODOR IVANOVICH, que entra con un periódico en la mano

FIODOR IVANOVICH.
(Al DEPENDIENTE.) ¿Qué espera usted?

DEPENDIENTE.
He traído un vestido de la casa Bravá. Ma han dicho que espere.

FIODOR IVANOVICH.
¡Ah! (A TANIA.) ¿Quién ha venido?
TANIA.
Serguei Ivanovich Saratov y el doctor. Han hablado aquí un ratito de "espiritividad".

FIODOR IVANOVICH.—(Corrigiéndola.)
De espiritismo.

TANIA.
Eso es lo que digo... ¿Se ha enterado, Fiódor Ivanovich, de lo bien que salió la última vez? (Se echa a reír.) Se oyeron golpecitos y las cosas cambaron de sitio.

FIODOR IVANOVICH.
¿Cómo lo sabes?

TANIA.
Me lo dijo Libavéla Leonidovna.

TANIA, FIODOR IVANOVICH, el DEPENDIENTE y YAKOV, que entra presuroso con un vaso de té
ESCENA VII

YAKOV. (Al DEPENDIENTE.)
Buenos dias.

DEPENDIENTE.—(Con expresión triste.)
Buenos.

(YAKOV da unos golpecitos en la puerta de VASILII LEONIDOVICH.)

ESCENA VIII

GRIGORI
TRALGA.

YAKOV.
No ha sacado usted los vasos de ayer ni la bandeja de la habitación de Vasilii Leonidovich; ya sabe que a mí me los van a exigir.

GRIGORI.
La bandeja está ocupada con los cigarrillos.

YAKOV.
Quítelos de ahí.

GRIGORI.
Ya se la llevaré, ya se la llevaré después.

YAKOV.
Usted lo arregla todo con decir que la traera. Pero antes nos ha hecho falta y no la teníamos.

GRIGORI.
Ya le he dicho que se la llevaré. ¿Por qué alborota tanto?

YAKOV.
¡Dese cuenta! Es la tercera vez que sirvo el té esta mañana y ahora me tocará servir el almuerzo. No hace uno más que dar patadas todo el día. ¿Hay alguien en la casa que trabaje más que yo? Y encima, siempre están descontentos...

GRIGORI.
Es usted lo mejor de la casa. ¡No hay más que verlo!

TANIA.
Todos le parecen malos, solo usted...

GRIGORI.—(A TANIA.)
No habíamos contigo. (Sale.)

ESCENA IX

TANIA, YAKOV, FIODOR IVANOVICH y el DEPENDIENTE

YAKOV.
¿Qué le vamos a hacer? Yo no me ofendo, Taliana Markovna. ¿Ha dicho algo la señora de lo de ayer?

TANIA.
¿De la lámpara?

YAKOV.
Solo Dios sabe cómo ha podido caerse de las manos. Empecé a limpiarla y al ir a darle la vuelta... se me securió... y se hizo añicos. Siempre me han de pasar a mí esas cosas. Grigori Mijailovich está mejor que quiere, está solo como un hongo. Pero cuando se tiene familia hay que ingeniárselas para mantenerla. Yo no reparo en el trabajo. Entonces, ¿no ha dicho nada? Bueno, gracias a Dios. ¿Tiene usted las cucharillas, Fiódor Ivanovich? ¿Una o dos?

FIODOR IVANOVICH.
Una, una...
(Lee el periódico. YAKOV sale.)

ESCENA X

TANIA, FIODOR IVANOVICH y el DEPENDIENTE. Se oye un campañillazo. Entran el PORTERO y GRIGORI con la bandeja.

PORTERO.—(A GRIGORI.)
Diga al señor que han llegado unos campesinos de la aldea.

GRIGORI.—(Señalando a FIODOR IVANOVICH.)
Dígaselo al mayordomo, estoy ocupado. (Sale.)

TANIA, FIODOR IVANOVICH, el PORTERO y el DEPENDIENTE
ESCENA XI

TANIA.
¿De dónde vienen?

PORTERO.
Creo que de Kursk.

TANIA.—(Dando un grito.)
¡Son ellos!... Es el padre de Semion; viene a tratar de las tierras. Voy a saludarlos. (Sale corriendo.)

ESCENA XII

FIODOR IVANOVICH, el PORTERO y el DEPENDIENTE

PORTERO.

Entonces, ¿los paso aquí o qué hago? Por lo visto vienen a hablar de unas tierras, el señor lo sabe.

FIODOR IVANOVICH.

Si; de unas tierras que quieren comprar. Si, si... Pero el señor tiene visita. Díles que esperen.

PORTERO.

¿Dónde?

FIODOR IVANOVICH.

En el patio, ya los llamaré. *(El PORTERO sale.)*

ESCENA XIII

FIODOR IVANOVICH, el DEPENDIENTE, TANIA, los tres MURIKS y GRIGORI

TANIA.

A la derecha. ¡Por aquí! ¡Por aquí!

FIODOR IVANOVICH.

He dicho que no entren.

GRIGORI.

¡Vaya con este mandón!

TANIA.

Déjelos, Fiodor Ivanovich, se quedarán aquí en un pinchuelito.

FIODOR IVANOVICH.

Mancharán el suelo.

TANIA.

Se han limpiado las botas. Además, ya pasará la bayeta, luego. *(A los MURIKS.)* Quedaos ahí.

(Los MURIKS entran y traen regalos envueltos en papeles: tortas, huevos, y botellas de confección casera. Buscan con la mirada un icono para persignarse. Finalmente se persignan mirando

a la escalera, hacen una reverencia a FIODOR IVANOVICH y permanecen en actitud firme.)

GRIGORI.—*(A FIODOR IVANOVICH.)*

Fiodor Ivanovich, ¿se acuerda que le chocaban las cañas de las botas de Phión? ¡Fíjese en las de este, ¿qué le parecen? *(Señala al MURIK 3.º)*

FIODOR IVANOVICH.

Con tal de burlarse de la gente, ya está usted contento.

ESCENA XIV

GRIGORI sale. TANIA, FIODOR IVANOVICH y los tres MURIKS

FIODOR IVANOVICH.—*(Se levanta y se acerca a los MURIKS.)*

Entonces, ¿venís de Kurks para tratar de las tierras?

MURIK 1.º

Si, señor. Así es, venimos para tratar de la compra de unas tierras, ¿quiere decirse lo al señor?

FIODOR IVANOVICH.

Si, si. Esperad, ahora se lo comunicaré. *(Sale.)*

ESCENA XV

TANIA y los tres MURIKS. VASILI LEONIDOVICH, dentro. Los tres MURIKS miran en torno suyo sin saber dónde dejar los bultos

MURIK 1.º

Quisiera algo, no sé cómo llamarlo, algo para ofrecer los regalos... Ah, una fuente...

TANIA.

En seguida se la traeré. Mientras tanto, los pondremos aquí. *(Coloca las cosas en un rincón.)*

MURIK 1.º

¿Quién es ese señor tan respetable que nos acaba de hablar?

TANIA.

El mayordomo.

MURIK 1.º

Es un cargo muy importante. Tendrá que dar ordenes y todo. *(A TANIA.)* ¿Usted también está al servicio de los señores?

TANIA.

Estoy de doncella. Soy de la aldea de Demensk. A ustedes dos los conozco; del que no me acuerdo es de este. *(Señala al MURIK 3.º)*

MURIK 3.º

¿Has reconocido a estos y a mí no?

TANIA.—*(Al MURIK 1.º)*

¿Es usted Eflim Antonovich?

MURIK 1.º

El mismo.

TANIA.

¿Y usted, Zajar Trifonovich, el padre de Semion?

MURIK 2.º

Si.

MURIK 3.º

Yo soy Mltri Chilikin. ¿Te acuerdas de mí ahora?

TANIA.

Si, ahora sí.

MURIK 2.º

Y tú ¿quién eres?

TANIA.

Soy huérfana de un soldado. Mi madre se llamaba Aksinia.

MURIKS 1.º y 3.º.—*(Sorprendidos.)*

Pero ¿cómo?

MURIK 2.º

Con razón dicen que un cochinito cebado con centeno...

MURIK 1.º

En efecto. Talmente parece una serpiente.

MURIK 3.º

¡Valgame Dios!

VASILI LEONIDOVICH.—*(Dentro. Agita la campanilla y llama.)*

¡Grigori! ¡Grigori!

MURIK 1.º

¿Quién alborota así?

TANIA.

El señorito.

MURIK 3.º

¡Valgame Dios! Ya os dije que era mejor esperar fuera. *(Un silencio.)*

MURIK 2.º

¿Semion quiere casarse contigo?

TANIA.

¿Se lo ha escrito? *(Se tapa el rostro con el delantal.)*

MURIK 2.º

¡Claro que me lo ha escrito! Me parece que el mozo se me está echando a perder.

TANIA.—*(Vivamente.)*

¡No! ¡No! ¡Nada de eso! ¿Quiere que lo llame?

MURIK 2.º

¿Para qué? Espera. Hay tiempo de sobra.

(Se oyen los gritos desesperados de VASILI LEONIDOVICH, que dice: "¡Grigori! ¡Que te lleve el diablo!")

ESCENA XVI

Dichos. En la puerta aparece VASILI LEONIDOVICH en mangas de camisa. Se pone el pince-nez

VASILI LEONIDOVICH.

¿Os habéis muerto todos?

TANIA.

Grigori acaba de irse. Vasili Leonido-

LEONID FIODOROVICH.

El año pasado accedí a que pagarais a plazos, es verdad. Pero ha ocurrido una cosa... y ahora ya no me conviene.

MURIK 2.º

Sin esa tierra no podemos salir adelante.

MURIK 1.º

En "efeto", sin esa tierra nos arruinaríamos.

MURIK 3.º—(Se inclina.)

Padrecito, son tan escasas nuestras tierras que, sin hablar del ganado, no tenemos donde echar las gallinas. Tenga compasión de nosotros, acepte ese dinero.

LEONID FIODOROVICH.—(Leyendo el papel que han traído los MURIKS.) Os comprendo y no me faltan ganas de hacer eso por vosotros. Esperad, os daré la contestación dentro de media hora. Fiodor, que no me molesten; no quiero recibir a nadie.

FIODOR IVANOVICH.

Bien, señor.
(LEONID FIODOROVICH sale.)

ESCENA XXV

Dichos, menos LEONID FIODOROVICH. Los MURIKS están cabizbajos

MURIK 2.º

¡Vaya! Gülere que le demos todo el dinero de una vez. Pero ¿de dónde sacarlo?

MURIK 1.º

Si no nos hubiera esperanzado en el verano... Contábamos con eso y ahora no está conforme.

MURIK 3.º

¡Válgame Dios! ¡Y yo que había

sacado el dinero! (Lo envuelve.)
¿Qué vamos a hacer ahora?

FIODOR IVANOVICH.

En resumidas cuentas, ¿qué es lo que os trae por aquí?

MURIK 1.º

Un asunto muy serio, se trata de lo siguiente. Este verano el señor accedió a que le pagáramos a plazos unas tierras que queremos comprar. El *mir* nos ha mandado para tratar de esto, pero el señor se vuelve atrás, dice que paguemos todo de una vez. Y no podemos hacerlo.

FIODOR IVANOVICH.

¿Es mucho dinero?

MURIK 1.º

Idamos a darle cuatro mil rublos de entrada.

FIODOR IVANOVICH.

Bueno, pues... haced un esfuerzo y reunid lo demás.

MURIK 2.º

Cuando uno no lo tiene, ¿de dónde lo va a sacar?

MURIK 3.º

¡Si supiera con qué sudores hemos juntado ese dinero!...

ESCENA XXVI

Dichos, VASILI LEONIDOVICH y PETERSCHEV. Ambos aparecen en la puerta con unos cigarrillos encendidos

VASILI LEONIDOVICH.

Ya te he dicho que haré todo lo que esté en mi mano. No ahorraré ningún esfuerzo. ¿Sabes?

PETERSCHEV.

Ten en cuenta que va a ser un verdadero fastidio si no lo consigues.

VASILI LEONIDOVICH.

Ya te he dicho... que haré cuanto pueda. ¿Sabes?

PETERSCHEV.

Bueno. Únicamente te repito que lo consigas sin falta. Esperaré. (Se retira al dormitorio, cerrando la puerta tras sí.)

ESCENA XXVII

Dichos, menos PETERSCHEV

VASILI LEONIDOVICH.—(Hace un gesto con la mano.)

¡Qué diablos! (Los MURIKS se inclinan. VASILI LEONIDOVICH mira al DEPENDIENTE. Dirigiéndose a FIODOR IVANOVICH.) ¿Por qué no despiden al dependiente de Bourdét? ¿O es que ha venido a instalarse en nuestra casa? ¡Fíjese, está dormido!

FIODOR IVANOVICH.

¡Ana Pavlovna ha mandado que espere. Cuando salga...

VASILI LEONIDOVICH.—(Mira a los MURIKS y se fija en el dinero.)

¿Y esto, ¿qué es? ¿Dinero? ¿Para quién? ¿Para nosotros? (A FIODOR IVANOVICH.) ¿Quiénes son estos?

FIODOR IVANOVICH.

¡Dios campesinos de Kursk que han venido a comprar unas tierras.

VASILI LEONIDOVICH.

¿Y qué? ¿Las han comprado?

FIODOR IVANOVICH.

No, todavía no se han puesto de acuerdo. Son muy agarrados.

VASILI LEONIDOVICH.

¡Ah! Entonces, hay que convencerlos. (A los MURIKS.) Bueno, ¿qué hacéis? ¿Compráis la tierra? ¿Sí o no?

MURIK 1.º

En "efeto", quiséramos adquirirla para que sea de nuestra propiedad.

VASILI LEONIDOVICH.

No seáis tacaños. Sólo os digo una cosa: al campesino le hace mucha falta la tierra. ¿No estáis de acuerdo?

MURIK 1.º

En "efeto", es lo principal. Ya se sabe.

VASILI LEONIDOVICH.

Entonces, no debéis ser tacaños. Por que se trata de una tierra de primera calidad... Podéis sembrar trigo... Sólo os digo una cosa: cosecharéis trescientos "puds" (1); a rublo el "pud", son trescientos rublos, ¿qué os parece? Y si sembráis menta, sacáis mil rublos de cada "desiatina". No os digo más que eso...

MURIK 1.º

En "efeto", el que sea entendido puede cultivar todos esos "productos".

VASILI LEONIDOVICH.

Tenéis que sembrar menta. Sin falta. He hecho estudios sobre este particular. Hay libros que tratan de eso. Os los puedo enseñar.

MURIK 1.º

¡Claro! Usted entiende lo de los libros, las cosas de cavilar.

VASILI LEONIDOVICH.

Comprad esas tierras y no seáis avanos. ¡Venga el dinero! (A FIODOR IVANOVICH.) ¿Dónde está papá?

FIODOR IVANOVICH.

En su despacho. Ha pedido que no le molesten.

VASILI LEONIDOVICH.

Habré ido a preguntar a los espíritus.

(1) Un "pud" equivale a dieciséis kilogramos.

tus si debe vender las erras. ¿No es eso?

FIODOR IVANOVICH.
No se lo puedo decir. I único que sé es que se marchó daquí indelso.

VASILI LEONIDOVICH.
¿Tú que crees, Fiodor Ivanovich: tie-
ne dinero o no? ¿Eh?

FIODOR IVANOVICH.

No lo sé. Pero no es jobarite que tenga. ¿Para qué lo necesita usted? La semana pasada pidióna cantidad respetable.

VASILI LEONIDOVICH.

Era para los perros. Y sabes que hemos fundado una sociedad nueva. Han admitido a Petrischy. Yo le debía dinero, por eso tenj que pagar ahora, además de la m. su cuota. ¿Comprendes?

FIODOR IVANOVICH.

¿Qué sociedad es esa? La de velocipedistas?

VASILI LEONIDOVICH.

No: ya te explicaré. I una sociedad muy seria. ¿Sabequién es el presidente? ¿Eh?

FIODOR IVANOVICH.

¿Qué finalidad tiene?

VASILI LEONIDOVICH.

Fomentar la cria de gaos rusos antiguos. No te digo máque una cosa: hoy se celebra la priera reunión y damos un banquete. no estoy sin un céntimo. Voy a v si le saco algo. *(Sale por la puerta del despacho.)*

ESCENA XXVI

Los MURIKS, FIODOR IVANOVICH el DEPENDIENTE

MURIK 1.º.—(A FIODOR IVANOVICH.)

¿Quién es ese señor ta respetable?

FIODOR IVANOVICH.—*(Sonriendo)*

El hijo de los señores.

MURIK 3.º
El heredero, como si dijéramos. ¡Válgame Dios! *(Guarda el dinero.)* De momento lo guardaremos.

MURIK 1.º
Nos habian dicho que era militar, que servia en Caballería...

FIODOR IVANOVICH.

Como es hijo único, está exento del servicio.

MURIK 3.º

Lo dejan en casa para mantener a sus padres, como si dijéramos. Eso es justo.

MURIK 2.º.—*(Moviendo la cabeza.)*

¡Bien los iba a mantener ese! No hay más que verlo...

MURIK 3.º

¡Válgame Dios!

ESCENA XXIX

FIODOR IVANOVICH, los tres MURIKS y VASILI LEONIDOVICH. Después, LEONID FIODOROVICH asoma por la puerta

VASILI LEONIDOVICH.

Siempre igual. Es asombroso. Me echas en cara que no me dedico a nada, y cuando he encontrado una ocupación... Ahora que se ha fundado una sociedad sería, con unos fines tan nobles, ¡lamentas desprenderte de trescientos rublos.

LEONID FIODOROVICH.

Te he dicho que no puedo, y no hay más que hablar. No los tengo.

VASILI LEONIDOVICH.

Pero si acabas de vender esas tierras...

LEONID FIODOROVICH.

En primer lugar no las he vendido, y en segundo... ¡Déjame en pazi! Ya

te he dicho que estoy ocupado. *(Cierra la puerta de un portazo.)*

ESCENA XXX

Dichos, hermanos LEONID FIODOROVICH

FIODOR IVANOVICH.

Ya le habia dicho yo que no era momento oportuno.

VASILI LEONIDOVICH

¡Qué fastidio! Voy a ver a mamá, es mi única salvación. Porque esta está loco con su espiritismo y olvida a todo el mundo. *(Sube por la escalera.)* (FIODOR IVANOVICH se sienta a leer el periódico.)

ESCENA XXXI

Dichos, Baján Betsy y María KONSTANTINOVNA. Grigori las sigue

BETSY.

¿Está esperando el coche?

GRIGORI.

En este momento llega.

BETSY.—(A María KONSTANTINOVNA.)

¡Vámonos! ¡De prisa! Acabo de verlo, es él.

María KONSTANTINOVNA.

¿Quién?

BETSY.

Lo sabe perfectamente: Petrischey.

María KONSTANTINOVNA.

Pero ¿dónde está?

BETSY.

En la habitación de Vovó. Ahora lo verá.

María KONSTANTINOVNA.

¿Y si no fuese él?

(Los MURIKS y el DEPENDIENTE se inclinan.)

BETSY.—(Al DEPENDIENTE.)
¿Es el traje de Bourde?

DEPENDIENTE.

Sí. ¿Puedo retirarme?

BETSY.

No sé. Eso tendrá que decirlo mamá...

DEPENDIENTE.

Pues a ver si se decide pronto. Me han mandado que lo traiga y que cobre la ceteñta.

BETSY.

Entonces, espere un poco.

María KONSTANTINOVNA.

¿Es el traje para la función?

BETSY.

Sí; es maravilloso. Pero mamá no lo quiere.

María KONSTANTINOVNA.

¿Por qué?

BETSY.

Pregúnteselo a ella. No le parece caro pagar quinientos rublos por los perros de Vovó; pero, en cambio, es mucho cien rublos por un vestido. Como comprenderá, no puedo tomar parte en la función vestida como un espaniapájaros. *(Señala a los campesinos.)* ¿Quiénes son estos?

GRIGORI.

Unos "muñiks" que vienen a comprar no sé qué tierras.

BETSY.

Creí que eran los cazadores. ¿No son ustedes los cazadores?

MURIK 1.º

No, señorita. Hemos venido a ver a Leonid Fiodorovich para legalizar el acta de venta de unas tierras.

BETSY. ¡Qué raro! Pues Vovó esperaba a unos cazadores. ¿No son ustedes, señor? (Los Muriks guardan silencio.) ¡Qué estúpidos parecen! (Se acerca a la puerta.) ¡Vovó! (Se echa a reír.)

Maria KONSTANTINOVNA. Pero si acabamos de cruzarnos con él en la escalera.

BETSY. ¿Qué necesidad tiene de recordarlo? Vovó, ¿estás ahí?

ESCENA XXXVII
Dichos y PETRISCHEV

PETRISCHEV. Vovó no está; pero estoy dispuesto a hacer lo que se me exija en su lugar. Buenos días. Buenos días. Maria Konstantinovna. (Toma la mano de Betsy y se la sacude largo rato; después hace lo mismo con Maria Konstantinovna.)

Murik 1.º ¡Fijaos, es como si sacara agua con la bomba!

Betsy. No lo puede usted sustituir, pero siempre es mejor que nada. (Se echa a reír.) ¿Qué asuntos se trae usted con Vovó?

PETRISCHEV. ¿Qué asuntos? Pues asuntos "financieros". Es decir, "fi" y, al mismo tiempo, "nancieros".

BETSY. ¿Qué significa "nancieros"?

PETRISCHEV. ¡Vaya una pregunta! La gracia está en que no significa nada.

BETSY. No le ha resultado el chiste, no le ha resultado... (Se echa a reír.)

PETRISCHEV. Comprenderá que siempre no pueden salir bien.

(Fiodor Ivanovich se retira al despacho de Leonid Fiodorovich.)

ESCENA XXXVIII

Dichos, menos Fiodor Ivanovich

BETSY. Estuvo usted ayer en casa de los Mergasov?

PETRISCHEV. No tanto en casa de la "mère Gasov" como en casa del "père Gasov", o mejor dicho, del "fils Gasov".

BETSY. ¿No puede dejar de hacer "jeu de mots"? Es una enfermedad. ¿Había gitanos? (Se echa a reír.)

PETRISCHEV.—(Empieza a cantar.) "Galillos de crestas doradas en los delanterales"...

Betsy. ¡Qué suerte tienen! En cambio, nosotros nos hemos aburrido mucho en casa de Fofó.

PETRISCHEV.—(Canturreando.) "Me juró que vendría conmigo"... ¿Cómo sigue? Maria Konstantinovna, ¿cómo sigue?

Maria KONSTANTINOVNA. "A estar conmigo una hora"...

PETRISCHEV. ¿Cómo? ¿Cómo, Maria Konstantinovna? (Se echa a reír.)

BETSY. "Cessez, vous devez impossible."

PETRISCHEV. "J'ai cessé, j'ai bébé, j'ai dédé..."

BETSY. Veo que el único medio de librarse de sus genialidades... es obligarle a cantar. Vengase a la habitación de Vovó; tiene una guitarra. Venga, Maria Konstantinovna, venga.

(Betsy, Maria Konstantinovna y Petrischev se retiran a la habitación de Vasili Leonovovich.)

ESCENA XXXIV

Grigori, los tres Muriks y el Dependiente

Murik 1.º ¿Quiénes son?

GRIGORI. La señorita y la "mamassel" que le da clase de música.

Murik 1.º ¡Qué elegante! Taimente un cromó.

Murik 2.º ¿Por qué no la casan? Ya tiene edad para casarse.

GRIGORI. ¿Se casan las jóvenes a los quince años en vuestro pueblo?

Murik 1.º Y el señorito ese, ¿es músico?

GRIGORI.—(Remedándolo.) Músico... No entendéis nada.

Murik 1.º En "efeto", somos tontos, es decir, incultos.

Murik 3.º ¡Válgame Dios!

(Se oyen canciones gitanas con acompañamiento de guitarra de Leonidovich.)

ESCENA XXXV

Grigori, los tres Muriks y el Dependiente. Entra Semion, seguido de Tania, que quiere presenciar el encuentro del padre y del hijo

GRIGORI.—(A Semion.) ¿Qué te trae por aquí?

SEMION. Vengo de casa del señor Kapchich.

GRIGORI. Bueno, ¿y qué?

SEMION. No puede venir esta noche.

GRIGORI. Voy a decirselo al señor.

ESCENA XXXVI
Dichos, menos Grigori

SEMION.—(A su padre.) Buenos días, padrecito; buenos días tengan el tío Efim y el tío Mitri. ¿Qué tal andan todos por casa?

Murik 2.º ¡Hola, Semion!

Murik 1.º Buenos días, muchacho.

Murik 3.º Buenos. ¿Qué tal estás?

SEMION.—(Sonriendo.) Padrecito, ¿vamos a tomar un vaso de té?

Murik 2.º Aguarda a que acabemos. Ahora no puede ser.

SEMION. Bueno, esperaré en la puerta. (Se va.)

TANIA.—(Corre tras él.) ¿Por qué no le has dicho nada?

SEMION. ¿Cómo quieres que hable delante de

la gente? Se lo diré cuando vayamos a tomar el té. (Sale.)

ESCENA XXXVIII

Dichos, menos SEMON. Entra FIODOR IVANOVICH y se sienta junto a la ventana a leer el periódico

MURIK 1.º

Bueno, ¿qué hay? ¿Cómo va nuestro asunto?

FIODOR IVANOVICH.

Esperad un poco, ahora saldrá el señor. Está terminando.

TANIA.—(A FIODOR IVANOVICH.)

Fiodor Ivanovich, ¿cómo sabe usted que está terminando?

FIODOR IVANOVICH.

... sé porque cuando acaba suele leer en voz alta la pregunta y la respuesta.

TANIA.

¿Es posible hablar con los espíritus por medio de un platillo?

FIODOR IVANOVICH.

Por lo visto, sí.

TANIA.

Entonces, si le dicen que firme, firmará.

FIODOR IVANOVICH.

Desde luego.

TANIA.

Pero no hablan con palabras.

FIODOR IVANOVICH.

Hablan por medio del abecedario. El señor apunta la letra junto a la que se para el platillo.

TANIA.

¿Y cómo hacen en las "sisiones"?

ESCENA XXXVIII

Dichos y LEONID FIODOROVICH

LEONID FIODOROVICH.

Amigos míos, no puedo acceder. Me gustaría mucho hacerlo, pero me es imposible. Sería distinto si me dierais todo el dinero de una vez.

MURIK 1.º

En "efeto", sería mejor, pero los campesinos son pobres y no pueden...

LEONID FIODOROVICH.

En este caso, no puedo acceder de ninguna manera. Ahí tenéis vuestro escrito. No puedo firmarlo.

MURIK 3.º

Compadézcase de nosotros, padrecito. Tengá misericordia.

MURIK 2.º

¿Cómo puede proceder así? Es un agravio.

LEONID FIODOROVICH.

No se trata de ningún agravio, hermano. El verano pasado os lo propuse, no quisisteis aceptar, y ahora ya no puede ser.

MURIK 3.º

Padrecito, tenga compasión de nosotros. Son tan escasas vuestras tierras, que, sin hablar del ganado, no tenemos dónde echar las gallinas. (LEONID FIODOROVICH se dirige hacia la puerta y se detiene.)

ESCENA XXXIX

Dichos. Bajan ANA PAVLOVNA y el DOCTOR. Los sigue VASILI LEONIDOVICH. Se muestra alegre y con ánimo de bromear. Guarda unos billetes en la cartera.

ANA PAVLOVNA.—(Encorsetada y con sombrero.)
Entonces, ¿lo tomó?

DOCTOR.

Si se repiten los síntomas, tómelo sin falta. Pero lo primero es que... sea usted más prudente. ¿Cómo quiere que un jarabe espeso pase por una pajita estrecha si, además, la apretamos? ¡Es imposible! Lo mismo sucede con la vesícula biliar. Es muy sencillo.

ANA PAVLOVNA.

Bueno, bueno...

DOCTOR.

Me dice "bueno, bueno", pero siempre vuelve a las andadas. ¡Adiós!

ANA PAVLOVNA.

Adiós. Mejor dicho, hasta luego. Le espero esta noche; sin usted, no podré decidirme.

DOCTOR.

Bien, bien; si tengo tiempo, pasaré un momento. (Sale.)

ESCENA XL

Dichos, menos el DOCTOR

ANA PAVLOVNA.—(Al ver a los MURIKS.)

¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Qué son estos hombres? (Los MURIKS se inclinan.)

FIODOR IVANOVICH.

Los campesinos de la aldea de Kursk; vienen a comprar unas tierras.

ANA PAVLOVNA.

Ya veo que son unos campesinos. Pero ¿quién los ha dejado entrar?

FIODOR IVANOVICH.

Lo ordenó Leonid Fiodorovich. Hace un momento estuvo hablando con ellos referente a la venta de esas tierras.

ANA PAVLOVNA.

¡Qué venta ni...! No tiene necesidad de vender nada. Pero lo que me gustaría saber es... ¿cómo se le ocurre permitir que entren en casa unos hombres de la calle? ¿Cómo es posible? ¡Que disparate! Dios sabe dónde habrán pasado la noche... (Se acalora cada vez más.) Deben de tener la ropa cubierta de microbios; de difteria... Además, vienen de Kursk, de la provincia de Kursk, donde hay epidemia de difteria... ¡Doctor! ¡Doctor! ¡Decid al doctor que vuelva!

ESCENA XLI

Dichos, menos LEONID FIODOROVICH y GRIGORI

VASILI LEONIDOVICH.—(Fuma echando el humo sobre los MURIKS.)

No te preocupes, mamá; les echaré el humo encima para matar los microbios.

(ANA PAVLOVNA guarda silencio en actitud grave, mientras espera que regrese el DOCTOR.)

VASILI LEONIDOVICH.—(A los MURIKS.)
¿Se dedican ustedes a la cría de cerdos? Es un negocio muy lucrativo.

MURIK 1.º

Sí; también criamos cerdos.

VASILI LEONIDOVICH.

Uhos cerdos así... ¡Jru! ¡Jru! ¡Jru! (Imita el gruñido de un lechón.)

ANA PAVLOVNA.

¡Vovó! ¡Vovó! ¡Callate!

VASILI LEONIDOVICH.

¿Lo hago bien? ¿En?

MURIK 1.º

En "efeto", se parece mucho.

ANA PAVLOVNA.
Vovó, te digo que te calles.

MURIK 2.º
¿Por qué hace eso?

MURIK 3.º
Ya os dije que hubiera sido mejor que esperáramos en una posada.

ESCENA XLIII

Dichos, el DOCTOR y ORGORI

DOCTOR.
¿Qué pasar? ¿Qué quiere?

ANA PAVLOVNA.
Me recomienda usted que no me altere. ¿Cómo quiere que esté tranquila? Hace dos meses que no veo a mi propia hermana y rehuyó a todo visitante sospechoso, y de pronto, se planta en mi casa una gente que viene directamente de Kursk, donde hay una epidemia de difteria.

DOCTOR.
¿Se refiere a estos hombres?

ANA PAVLOVNA.
Sí, figúrese que vienen de allí directamente.

DOCTOR.
En efecto, es una imprudencia, pero no merece la pena de alterarse tanto.

ANA PAVLOVNA.
Es usted quien me recomienda siempre que tenga cuidado.

DOCTOR.
Sí, sí. Sin embargo, no merece la pena alterarse tanto.

ANA PAVLOVNA.
¿Qué debo hacer? Habrá que proceder a una desinfección en toda regla.

DOCTOR.
No; sería demasiado caro; le costar-

ría trescientos rublos; quizá más. Se puede arreglar de manera que le salga más barato y le dé buen resultado. Llene una botella de agua...

ANA PAVLOVNA.
¿Hervida?

DOCTOR.
Es igual. Bueno, sí; mejor hervida... y échale una cucharada de ácido salicílico. Mande lavar con ese agua todos los objetos que hayan tocado estos campesinos. Y en lo que se refiere a ellos, tiene que echarlos de su casa cuanto antes, como es natural. Esto es lo único que hay que hacer. Así podrá estar tranquila. También es conveniente pulverizar el aire con la misma disolución. Ya verá, todo irá a pedir de boca. Pierda cuidado.

ANA PAVLOVNA.
¿Dónde está Tania? ¡Llamad a Tania!

ESCENA XLIIII

Dichos y TANIA

TANIA.
¿Qué desea la señora?

ANA PAVLOVNA.
Hay una botella grande en el cuarto de baño...

TANIA.
¿En la que se preparó ayer el agua para pulverizar a la lavandera?

ANA PAVLOVNA.
Pues claro, ¿cuál va a ser si no? Ante todo, fríegala bien con jabón y con...

TANIA.
Sí, señora. Ya sé lo que tengo que hacer.

ANA PAVLOVNA.
Después, coge el pulverizador... Pe-

ro no, déjalo; en seguida volveré y lo haré yo misma...

DOCTOR.
Siga mis consejos y no tenga miedo. Adios. Hasta la noche. (Sale.)

ESCENA XLIV

Dichos, menos el Doctor

ANA PAVLOVNA.

¡Echad a estos hombres! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! ¿Por qué os quedáis pasmados?

MURIK 1.º
En "efecto", somos tontos; pero como nos ofreció...

GRIGORI.—(Obiigando a salir a los MURIKS.)
Bueno, bueno; idos ya.

MURIK 2.º
Devolveme mi pahnuelo.

MURIK 3.º
¡Válgame Dios! Ya os dije que debíamos haber esperado en una posada... mientras se... (GRIGORI lo empuja.)

ESCENA XLV

ANA PAVLOVNA, GRIGORI, PRODOR IVANOVICH, TANIA, VASILI LEONIDOVICH y el DEPENDIENTE

DEPENDIENTE.—(Que ha intentado hablar varias veces.)
¿Me van a dar alguna contestación?

ANA PAVLOVNA.
¿Viene de la casa Bourdó? (Acadotándose.) ¡No hay ninguna contestación! ¡No hay ninguna contestación! Puede llevarse el vestido. Ya le he dicho a la dueña que yo no he encargado ese vestido y que no le permitiré a mi hija que se lo ponga.

DEPENDIENTE.
Yo no sé nada, soy un mandado.

ANA PAVLOVNA.
¡Lárguese! ¡Lárguese con el vestido! Ya iré por allí.

VASILI LEONIDOVICH.—(Solemnemente.)
Señor enviado de Bourdó, puede largarse.

DEPENDIENTE.
Podían haberme dicho antes. ¿Para qué me han hecho esperar cinco horas?

VASILI LEONIDOVICH.
¡Enviado de Bourdó, lárguese!

ANA PAVLOVNA.
No alborotes, por favor. (El Dependiente sale.)

ESCENA XLVI

Dichos, menos el DEPENDIENTE

ANA PAVLOVNA.
¡Betsy! ¿Dónde está? Siempre hay que esperarla.

VASILI LEONIDOVICH.—(Gritando a plenu pulmón.)
¡Betsy! ¡Petrishev! ¡Venid pronto! ¡Pronto! ¡Pronto!

ESCENA XLVII

Dichos, PETRISHEV, BETSY y MARIA CONSANTINOVNA

ANA PAVLOVNA.
Siempre tengo que esperararte.

BETSY.
Al contrario, soy yo la que espero. (Petrishev saluda con una inclinación de cabeza y besa la mano a ANA PAVLOVNA.)

ANA PAVLOVNA.
¡Buenos días! (A Betsy.) ¡Siempre con réplicas!

BETSY.
Mamá, si estás de mal humor, es mejor que no vaya contigo.

ANA PAVLOVNA.

¿Vamos o no vamos?

BETSY.

Vamos, ¡qué remedio!

ANA PAVLOVNA.

¿Sabes que han mandado el vestido de Bourde?

BETSY.

Si, y me he alegrado mucho. Me lo pondré en cuanto lo pagues.

ANA PAVLOVNA.

No pienso pagar ni permitir que te pongas un traje indecoroso.

BETSY.

¿Por qué se ha vuelto indecoroso? Tan pronto te parece que está bien, tan pronto te sientes embarazada de "prudente".

ANA PAVLOVNA.

No se trata de ninguna "prudente". Si le reforman el corpiño, podrás ponerlelo.

BETSY.

Mamá, eso es imposible.

ANA PAVLOVNA.

Bueno, vámonos. *(Se sientan. GRIGORI les pone las botas.)*

VASILI LEONIDOVICH.

Maria Konstantinovna, ¿se fija usted en lo vacía que se ha quedado la an-tesala?

MARIA KONSTANTINOVNA.

¿Y qué? *(Se echa a reír.)*

VASILI LEONIDOVICH.

Se marchó el dependiente de Bourde. ¿No está mal?... ¿Eh? *(Lanza una carcajada.)*

ANA PAVLOVNA.

Bueno, vámonos. *(Sale y vuelve inmediatamente.)* ¡Tania!

TANIA.

¿Qué manda la señora?

ANA PAVLOVNA.

No se vaya a enfriar "Fulka" en mi ausencia. Si quiere salir, que le pongan el abrigo amarillo. Está algo indispuesta.

TANIA.

Bien, señora.

(ANA PAVLOVNA, BETSY y GRIGORI salen.)

ESCENA XLVIII

PETRISCHEV, VASILI LEONIDOVICH, TANIA y FIODOR IVANOVICH

PETRISCHEV.

¿Qué? ¿Lo conseguiste?

VASILI LEONIDOVICH.

Te confieso que me ha costado trabajo. Primero fui a ver al progenitor, que me ha recibido a gritos y ha acabado echándome. Después, acudí a la progenitora, y lo he conseguido. ¡Aquí está! *(Se da una palmada en el bolsillo.)* Cuando cojo a alguien por mi cuenta, no se me escapa... Igual que la garrá de la muerte. Hoy me van a traer los galgos.

(PETRISCHEV y VASILI LEONIDOVICH se ponen los abrigos y salen. TANIA los sigue.)

ESCENA XLIX

FIODOR IVANOVICH, SOLO

FIODOR IVANOVICH.

Siempre con disgustos. ¿Cómo no podrían arreglarse para vivir en paz y en gracia de Dios? A decir verdad, la nueva generación no se porta como debiera... ¿Y ese impetio de las mujeres? Hace un momento, Leonid Fiodorovich quiso intervenir; pero cuando la ha visto con ese arrebató, ha preferido marcharse. Es un hombre de una bondad extraor-

dinaria... ¿Para qué traerá Tania a los campesinos otra vez?

ESCENA I

FIODOR IVANOVICH, TANIA y los tres MURIKS

TANIA.

Entrad, entrad; no tengáis miedo.

FIODOR IVANOVICH.

¿Para qué los traes?

TANIA.

Verd, Fiodor Ivanovich. Hay que hacer algo por ellos... Después limpiaré todo de una vez.

FIODOR IVANOVICH.

No llegarán a ningún acuerdo, lo sé de antemano.

MURIK 1.º

¿Qué se podría hacer? Ayúdenos; sabemos agradecerse como es debido.

MURIK 3.º

Procure hacerlo, padrecito. No podemos seguir viviendo así. Nuestras tierras son tan escasas, que, sin hablar del ganado, no tenemos donde echar las gallinas...

(Los MURIKS se inclinan ante FIODOR IVANOVICH.)

FIODOR IVANOVICH.

Me da mucha lastima de vosotros, hermanos. Comprendo vuestra situación, pero no sé qué puedo hacer ahora, que el señor se ha negado. Además, la señora tampoco está de acuerdo. Va a ser muy difícil. Bueno, dadme la escritura...; voy a intentar... *(Sale.)*

ESCENA LI

TANIA y los tres MURIKS. Estos últimos suspiran

TANIA.

Decidme qué es lo que falta.

MURIK 1.º

Pues echar la firma...

TANIA.

Solo falta que firme el señor, ¿no es eso?

MURIK 1.º

Si, y que le entreguemos el dinero. Así todo quedará arreglado.

TANIA.

¿No tiene nada más que firmar el papel? *(Se sume en reflexiones.)*

MURIK 1.º

En "efeto", todo el asunto depende de que eche la firma. Si la echa, no hay nada más que hacer.

TANIA.

Aguardad, a ver que dice Fiodor Ivanovich. Si no consigue nada, voy a probar a hacer una cosa.

MURIK 1.º

¿Crees que podrán convencerlo?

TANIA.

Voy a ver.

MURIK 3.º

Si consigues arreglarnos el asunto, nos comprometemos a mantenerte toda la vida.

MURIK 1.º

Por una cosa así, te merecerías todo el oro del mundo.

MURIK 2.º

¡No faltaría más!

TANIA.

No os prometo nada. Ya sabéis eso de "una tentativa no es una bromita, sino..."

MURIK 1.º

Si, en "efeto". Pero, por preguntar no se pierde nada.

ESCENA LIII

Dichos, y Fiodor Ivanovich

Fiodor Ivanovich.

No hay nada que hacer, hermanos. No ha aceptado antes, ni acepta ahora. Tomad el papel. Ya os podéis marchar.

Murik I.—(Coge el papel a Tania.)
Ya solo comíamos en ti.

TANIA.
Bueno, bueno. Esperad en la calle un poco. No tardaré en salir para decirlo lo que hay.
(Los Muriks salen.)

ESCENA LIII

Fiodor Ivanovich y Tania

TANIA.
Fiodor Ivanovich, dígame al señor que salga un momento. Tengo que decirle una cosa.

Fiodor Ivanovich.
¿Qué novedades son estas?

TANIA.
Tengo que hablar con él, Fiodor Ivanovich. Dígaselo, por favor.

Fiodor Ivanovich.
¿De qué se trata?

TANIA.
Es un secretito. Se lo diré luego. Llame al señor, ande.

Fiodor Ivanovich.—(Sonriendo.)
No me explico qué es lo que estás tramando. Bueno, bueno; lo llamaré.
(Sale.)

ESCENA LIV

Tania, sola

TANIA.
El mismo dijo que Semion tiene esa

hacer... Se lo enseñaré a Semion. Nadie sospechará. Si no me sale, nada habrá perdido. Al fin y al cabo, no se trata de nada malo.

ESCENA LV

Tania, Leonid Fiodorovich, y tras este, Fiodor Ivanovich

LEONID FIODOROVICH.—(Sonriendo.)
¡Vaya con la muchacha esta! ¿Qué piensas?

TANIA.
Es un secretito, Leonid Fiodorovich. Permítame que se lo diga a solas.

LEONID FIODOROVICH.
Fiodor, sal un momento.

ESCENA LVI

Leonid Fiodorovich y Tania

TANIA.
Leonid Fiodorovich, me he criado en su casa, y le estoy tan agradecida, que quiero hablarle con toda sinceridad, como a un padre. Semion quiere casarse conmigo.

LEONID FIODOROVICH.
¡Vaya!

TANIA.
Le hablo como si hablara ante Dios. Soy infelicitosa, no tengo a quien pedir consejo...

LEONID FIODOROVICH.
¿Por qué no habías de casarte con él? Parece un buen muchacho.

TANIA.
Sí, es verdad; pero hay una cosa que me preocupa. Quería consultar con usted. No sé lo que es... temo que sea algo malo.

TANIA

¡No! ¡Dios nos libre! Pero sé que tiene "espiritividad"

LEONID FIODOROVICH.
¿Lo sabes?

TANIA.
Sí, sí. Estoy segura. No entiendo mucho de eso... Otros, que no tienen cultura, no lo comprenden...

LEONID FIODOROVICH.
Bueno, ¿y qué quieres decir con eso?

TANIA.
Que Semion me preocupa. Porque eso suele ocurrirle a menudo.

LEONID FIODOROVICH.
¿Qué es lo que le suele ocurrir?

TANIA.
Eso... Algo así como la "espiritividad"... Puede preguntarle a la servidumbre. Si se queda dormido junto a la mesa, la mesa empieza a crujir: cr... cr... cr... Todos los criados lo han oído.

LEONID FIODOROVICH.
Precisamente es lo que le he dicho a Serfnei Ivanovich esta mañana. Bueno, ¿y qué?

TANIA.
Hace unos días... ¿Cuándo ha sido eso? ¡Ah, sí! El miércoles. Nos sentamos a comer, y en cuanto llegó Semion, la cuchara le saltó a la mano.

LEONID FIODOROVICH.
¡Eso es muy interesante! ¿Dices que la cuchara le saltó a la mano? ¿cómo? ¿Es que se había dormido?

TANIA.
La verdad es que no me di cuenta...

Oreo que sí, que se había quedado dormido.

LEONID FIODOROVICH.
Bueno, ¿y qué?

TANIA.
Me da miedo; quería preguntarle a usted si le puede pasar algo malo. Porque una tentada que vivir con él toda la vida...

LEONID FIODOROVICH.—(Sonriendo.)
No temas nada. (Aparte.) ¡Magnífico! Como Kapchich no vendrá, probaremos a Semion esta noche... (A Tania.) No temas, muchacha; será un buen marido... Se trata de una fuerza particular que tenemos todos. Lo único es que unos la tienen más intensa y otros más débil.

TANIA.
Muchas gracias. Ahora ya me quedo tranquila. Me daba miedo que... ¡Hay que ver lo que hace nuestra incultura!

LEONID FIODOROVICH.
No temas nada. ¡Fiodor!

ESCENA LVII

Dichos y Fiodor Ivanovich

LEONID FIODOROVICH.
Que preparen todo para la sesión de esta noche.

Fiodor Ivanovich.
Pero si el señor Kapchich no viene.

LEONID FIODOROVICH.
No importa. De todas formas, prepárenlo todo. (Se pone el capote.)
Haremos una sesión de prueba con nuestro propio médium.
(Sale. Fiodor Ivanovich lo acompaña.)

ESCENA LVIII

TANIA, sola; después, Fiodor IVANOVICH

TANIA.

¡Se lo ha creído! ¡Se lo ha creído!
(Da un grito y se pone a brincar.)
 ¡Seguro que se lo ha creído! ¡Es
 maravilloso! *(Lanza otro grito.)* Lo
 arreglé todo, con tal que a Semion
 no le entre miedo...

Fiodor IVANOVICH.

Bueno, ¿qué? ¿Le dijiste tu secreto?

TANIA.

Si. Y también se lo dije a usted, pero
 más adelante... Fiodor IVANOVICH,
 tengo que pedirle un favor...

Fiodor IVANOVICH.

¿Qué favor podría pedirle yo?

TANIA.—*(Ruborizándose.)*

Es usted como un segundo padre
 para mí. Le hablaré con toda sincer-
 ridad, como si hablara ante Dios.

Fiodor IVANOVICH.

No te andes con tantos preámbulos,
 véte al grano.

TANIA.

Semion quiere casarse conmigo.

Fiodor IVANOVICH.

¡Vaya! ¡Vaya! Así notaba yo...

TANIA.

No tengo por qué ocultarlo. Soy
 huérfana. Y ya sabe usted lo que
 pasa en las ciudades, todos se meten
 con una. Ahí tiene a Grigori Mija-
 lovich, por ejemplo, que no me deja
 en paz ni a sol ni a sombra. Ese...
 debe imaginarse que no tengo alma,
 que no sirvo más que para que se
 divierta conmigo...

Fiodor IVANOVICH.

Eres muy inteligente. Eso me gusta.
 Pero, vamos a ver, ¿qué querías de-
 cirme?

TANIA.

Semion ha escrito a su padre dicién-
 dote que quiere casarse conmigo. Y
 figurese... en cuanto me ha visto, el
 viejo me ha dicho que su hijo se ha
 echado a perder. Fiodor IVANOVICH
(Se inclina ante él.), sea bueno, con-
 vengza al padre de Semion. Lo llevaré
 a la cocina para que hablen allí.

Fiodor IVANOVICH.—*(Sourriendo.)*

¿Pretendes que haga de casamente-
 ro? ¿No es eso? Bueno, bueno; no
 tengo nada en contra.

TANIA.

Fiodor IVANOVICH, rezaré por usted
 toda la vida.

Fiodor IVANOVICH.

Bueno, bueno; de acuerdo. Te pro-
 meto que lo haré. *(Coge el periódico.)*

TANIA.

Es usted un segundo padre para mí.

Fiodor IVANOVICH.

Bueno, bueno...

TANIA.

Entonces, ¿puedo esperar que...?
(Sale.)

ESCENA LIX

Fiodor IVANOVICH, solo

Fiodor IVANOVICH.—*(Moviendo la ca-
 beza.)*

¡Qué cariñosa y qué buena es esta
 muchacha! ¡Y pensar que tantas jó-
 venes inocentes se pierden! Basta
 que tengan un deslíz para que sigan
 por mal camino... Luego, no hay
 quien las saque del fango... Eso le
 pasó a Natalia... También era una
 muchacha buena, criada y mimada
 por una madre que se había desvivi-
 do por ella... *(Coge el periódico.)*
 Veamos qué noticias hay...

ACTO SEGUNDO

La escena representa la cocina de los criados.

ESCENA PRIMERA

Los tres MURIK, en mangas de camisa y sudor-
 rosos, se hallan sentados ante una mesa toman-
 do té. Fiodor IVANOVICH, con un cigarrillo en la
 boca, está en el otro extremo de la cocina. El
 Cocherero, al que no se ve durante las seis pri-
 meras escenas, está en la estufa.

Fiodor IVANOVICH.

Te aconsejo que no te opongas. Si
 es este su deseo y también el de ella,
 que Dios los bendiga. La muchacha
 es buena, honesta e inteligente. No
 te importe que sea presumida. Tal
 es la costumbre en la ciudad, no
 puede ser de otro modo.

Murik 2.º

Qué te hemos de hacer. El es quien
 va a vivir con ella, no yo. Pero la
 encuentro demasiado limpia. ¿Cómo
 llevarla a nuestra isba? No se enten-
 dería con la suegra.

Fiodor IVANOVICH.

Te aseguro, hermano, que eso no
 depende de la limpieza, sino de la
 manera de ser. Si tiene buen carác-
 ter, será docil y respetuosa.

Murik 2.º

Tendré que consentir, ya que el mu-
 chacho se empeña. A decir verdad,
 también es molesto tener que convi-
 vir con una mujer desagradable. Pe-
 dre consejo a mi vieja, y si le pare-
 ce bien, que Dios los bendiga.

Fiodor IVANOVICH.

Entonces, trato hecho.

Murik 2.º

Así debe ser, por lo que veo.

Murik 1.º

¡Qué suerte tienes, Zajar! Vienes

aquí a arreglar un asunto, y te en-
 cuentras con una nuera que parece
 una reina. Pero, ya sabes, para que
 todo resulte como es debido, tendre-
 mos que tomar unas copas.

(Reina un silencio.)

Fiodor IVANOVICH.

Me gusta mucho la vida de la aldea.
 Os confieso que a veces pienso com-
 prar una parcela para construirme
 una casita y dedicarme a las faenas
 del campo. De buena gana iría a
 vuestro pueblo.

Murik 2.º

Me alegraría mucho.

Murik 1.º

En "efecto", con dinero uno puede
 tener lo que quiera en la aldea.

Murik 3.º

Así es.

Fiodor IVANOVICH.

¿Me admitiréis en la comunidad si
 voy allí?

Murik 2.º

¿Por qué no? No tienes más que
 ofrecer unas copas a los viejos.

Murik 1.º

Con una casa de bebidas o con una
 taberna, vivieras a pedir de boca. Se-
 rías el amo de la aldea.

Fiodor IVANOVICH.

Ya veremos. Me gustaría vivir tran-
 quilo los últimos días de mi vida.
 Estoy bien aquí, y me da lástima de-
 jar a Leonid Fiodorovich. Es un
 hombre buenísimo.

MURIK 1.º
Nadie lo duda. Pero ¿por qué no ha arreglado nuestro asunto? Ha sido muy informal.

Fiodor IVANOVICH.
El lo hubiera hecho.

MURIK 2.º
Por lo visto, tiene miedo de su mujer.

Fiodor IVANOVICH.
No es que la tema; lo que pasa es que no se entienden.

MURIK 3.º
Padreco, debías ayudarnos. ¿Cómo vamos a seguir viviendo así? Son tan escasas nuestras tierras...

Fiodor IVANOVICH.
Veremos; a lo mejor lo arregla Tania.
MURIK 3.º.—(Tomando té.)
Padreco, tan compasión de nosotros; son tan escasas nuestras tierras, que, sin hablar del ganado, no tenemos dónde echar las gallinas.

Fiodor IVANOVICH.
¡Ojalá dependiese de mí! ¡Al Murik 2.º! Así, pues, seremos compañeros. Porque ¿lo de Tania es cosa hecha?

MURIK 2.º
Cuando prometo algo, no me vuelvo atrás por nada del mundo. Lo que quisiera es que se arreglase también nuestro asunto.

ESCENA II

Dichos. Entra la COCINERA, mira a la estufa, hace señas en esa dirección y luego empieza a hablar animadamente con Fiodor IVANOVICH.

COCINERA.
Acaban de llamar a Semion a las habitaciones de arriba. El señor calvo que llama a los espíritus está allí,

y han mandado a Semion que ocupe el sitio de Kapchich.

Fiodor IVANOVICH.
No nos vengas con cuentos.

COCINERA.
No son cuentos. Yakov se lo ha dicho a Tania.

Fiodor IVANOVICH.
¡Qué raro!

ESCENA III

Dichos y el COCHERO

Fiodor IVANOVICH.
¿Qué quieres?

COCHERO.
Dígame a los señores que no he venido aquí para vivir con perros. Que se busquen otro cochero.

Fiodor IVANOVICH.
¿Qué perros?

COCHERO.
Han metido en mi habitación tres perros de Vasili Leonidovich. La han puesto perdida, ladran como unos condenados y muerden a todo el que se les acerca. ¡Son unas fieras! Si se descuidara uno, lo despedazarían. ¡De buena gana los mataba!

Fiodor IVANOVICH.
¿Cuándo los han traído?

COCHERO.
Esta mañana. Dicen que han estado en la exposición y que valen mucho; el diablo sabrá... Dígame a los señores que o se llevan a los perros de allí o me voy yo.

Fiodor IVANOVICH.
¡Verdaderamente es un desorden! Voy a enterarme.

COCHERO.
Podían traerlos aquí.

COCINERA.—(Acabóramente.)
¿Aquí? ¿Cómo van a traerlos aquí donde come la gente? ¡Como si no hubiera yo bastante con lo que tengo encima!

COCHERO.
A mi habitación van a parar los cafanes, los arneses, las mantas... Pero se me exige que esté limpia. Podían llevar esos dichos a la portería...

Fiodor IVANOVICH.
Hay que decirselo a Vasili Leonidovich.

COCHERO.—(Irritado.)
¡Que se los eche a la espalda y vaya a pasear por ahí! ¡Pero nada! Prefiere montar a caballo. A "Krasavchik" lo ha reventado... Era un caballo de una vez... ¡Qué vida esta! (Sale dando un portazo.)

ESCENA IV

Dichos, menos el COCHERO

Fiodor IVANOVICH.
¡Qué desorden! ¡Qué desorden! (A los MURIKS.) Bueno; hasta luego.

MURIKS.
¡Con Dios!
(Fiodor IVANOVICH sale.)

ESCENA V

Dichos, menos Fiodor IVANOVICH. En cuanto este sale se oye carrapear al COCHERO en la estufa

MURIK 2.º
¡Qué buen mozo es! Enteramente un general!

COCINERA.
No os digo más que tiene una habitación para él solo. Le lavan la ropa y le sirven el té y la comida en la mesa de los señores.

COCINERO.
¿Cómo no va a vivir bien ese diablo con lo que habrá robado?

MURIK 2.º
¿Quién está en la estufa?

COCINERA.
Un hombre.

MURIK 1.º
Pues la verdad es que vuestra cena ha sido muy buena también.

COCINERA.
No podemos quejarnos. En eso la señora no es tacaña. Nos dan pan blanco los domingos. Y durante la Cuaresma, en los días de fiesta, podemos comer pescado o carne, si queremos.

MURIK 2.º
¿Observáis la vigilia?

COCINERA.
No; casi todos zampan carne. Solo comemos de vigilia el cochero, no el que acaba de entrar, sino el otro, el viejo, Semion, el ama de llaves y yo.

MURIK 2.º
¿Y el señor?

COCINERA.
¡Vaya una pregunta! Ni se acuerda de estas cosas.

MURIK 3.º
¡Valgame Dios!

MURIK 1.º
Los señores lo hacen todo consultando los libros; por eso son tan listos.

MURIK 3.º
Me figuro que comerán pan de harina cernida a diario.

COCINERA.
¿Pan de harina cernida? Ni lo ca-
tan! Si vieras la cantidad de cosas
que les sirven!

MURIK 1.º
Claro, la comida de los señores sue-
le ser ligera...

COCINERA.
Sí, desde luego; pero se atiborran
bien.

MURIK 1.º
Señal de que tienen apetito.

COCINERA.
¡Y lo que beben! En cada comida
les sirven dulces, vodka, bebidas efer-
vescentes...

MURIK 1.º
Comiendo tanto, hay que beber
mucho.

COCINERA.
Es una vergüenza. Comen sin inte-
rrupción; que no les hablen de san-
tiguarse ni de levantarse de la mesa
después de haber comido.

MURIK 2.º
Como los cerdos, que hasta se meten
en la artesa.
(Los Muriks se echan a reír.)

COCINERA.
En cuanto abren los ojos, toman té,
café o chocolate. A veces les sirven
hasta tres "samovares" seguidos. Lue-
go almuerzan y vuelven a tomar
café. En cuanto se levantan de la
siesta, piden el té. Y después toman
bombones y dulces... Eso no tiene
fin. Incluso engullen estando en la
cama...

MURIK 3.º
¡Vaya! ¡Vaya! (Se echa a reír.)

MURIKS 1.º y 2.º
¿De qué te ríes?

MURIK 3.º
Si uno pudiera vivir así, aunque solo
fuera un día...

MURIK 2.º
¿Y cuándo trabajan?

COCINERA.
¿Crees que tienen necesidad de tra-
bajar? Lo único que hacen es tocar
el piano y jugar a las cartas... En
cuanto abre los ojos, la señorita se
pone a tocar el piano, y la otra, la
profesora, solo espera a que la se-
ñorita lo deje libre para ponerse ella.
A veces juntan los dos pianos y to-
can cuatro personas a la vez. Ar-
man tanto jaleo, que se oye hasta
aquí.

MURIK 3.º
¡Valgame Dios!

COCINERA.
En eso consiste su trabajo: tocar el
piano y jugar a las cartas. En cuanto
se reúnen, les llevan la barraja y el
vino. Fuman, beben y juegan toda
la noche. Y luego, a comer otra vez.

ESCENA VI
DICHOS Y SEMION

SEMION.
¡Que aproveche!

MURIK 1.º
Ven a tomar un vaso de té, sientate
aquí.

SEMION.—(Acercándose a la mesa.)
Gracias.
(El MURIK 1.º le sirve té.)

MURIK 2.º
¿De dónde vienes?

SEMION.
De arriba.

MURIK 2.º
¿Para qué te han llamado?

SEMION.
No lo sé. Me he quedado igual que
estaba. No lo he comprendido.

MURIK 2.º
Pero ¿qué hacen?

SEMION.
Pues, no sé. Han probado una fuerza
que tengo dentro... Tanía me dijo
que hiciera lo que mandaran, por-
que así conseguiríamos que el señor
os venda la tierra.

MURIK 2.º
¿Como va a poder conseguirlo?

SEMION.
No sé, no me lo ha dicho. Pero no
hace más que repetirme que la obe-
dezca.

MURIK 2.º
¿Y qué has tenido que hacer?

SEMION.
Nada. Apagaron la luz y me man-
daron que me sentara y me durmie-
ra. Tanía se escondió cerca de mí.
Ellos no la veían, pero yo sí.

MURIK 2.º
¿Para qué hacían eso?

SEMION.
Dios sabrá... No hay quien los en-
tendiera.

MURIK 1.º
Sería para pasar el rato.

MURIK 2.º
Esta visto que ni tú ni yo podemos
entender estas cosas. Mejor será que
me digas cuánto dinero le has pedido
al señor.

SEMION.
No le he pedido nada. Me debe veih-
tocho rublos.

MURIK 2.º
Eso está bien. Si Dios quiere que
se resuelva lo de las tierras, te lle-
varé a casa, Semion.

SEMION.
Me alegraría mucho.

MURIK 2.º
Me figuro que te habrás echado a
perder aquí. Ya no querrás labrar.

SEMION.
¿Que no querré labrar? De buena
gana me pondría ahora mismo...

MURIK 1.º
Pues yo creo que después de haber
vivido en la ciudad, a uno no le
tira...

SEMION.
Nada de eso. ¡Con lo bien que se
pasa en el pueblo!

MURIK 1.º
En cambio, el tío Mitri daría cual-
quier cosa por tener una colocación
como la tuya. Quiere vivir como los
grandes señores.

SEMION.
Te aburrirías, tío Mitri. A primera
vista parece que no hay nada que
hacer; pero la verdad es que uno se
pasa el día corriendo de un lado
para otro y acaba rendido.

COCINERA.
Tío Mitri, si vieras los bailes que
dan, te quedarías con la boca abierta.

MURIK 3.º
¿Y en los bailes comen también?

COCINERA.
¡Qué va! Piodor Ivanovich me llevo

a ver uno. Había muchas señoritas.
¡Y todas tan elegantes! Iban con los
brazos al aire y descotadas hasta
aquí.

MURIK 3.^o
¡Válgame Dios!

MURIK 2.^o
¡Qué indecencia!

MURIK 1.^o
Claro; como aquí no hace frío...

COCINERA.

Ya podéis figuraros cómo me quedé
al ver que todas iban con las carnes
al aire. No me lo creeréis; hasta las
viejas como mi señora, que ya tiene
niños...

MURIK 3.^o
¡Válgame Dios!

COCINERA.

Y en cuanto empezó a tocar la mi-
sica, los señores abrazaron a las se-
ñoras y se pusieron a dar vueltas.

MURIK 2.^o

¿Las viejas también?

COCINERA.

Sí.

SEMION.
No; las viejas se quedan sentadas.

COCINERA.

¿Qué me vas a contar a mí? Lo he
visto con mis propios ojos.

SEMION.

Te digo que no.

COCINERO.—(Asonando la cabeza, con
voz ronca.)
Solo bailan la polca y la mazurca.
Esta boba no sabe nada...

COCINERA.

¡Cállate!, que viene alguien.

ESCENA VII

Dichos y GRIGORI. El COCINERO se oculta
rápidamente.

GRIGORI.—(A la COCINERA.)
Trae col en conserva.

COCINERA.

Acabo de subir de la bodega. ¿Me
vas a hacer bajar otra vez? ¿Para
quién es?

GRIGORI.

Para la señora. ¡Date prisa! Me la
mandas con Semion; no puedo es-
perar.

COCINERA.

¡A comer otra vez! (Toma una tasi-
ja y sale.)

ESCENA VIII

Dichos, menos la COCINERA

GRIGORI.—(A los MURIKS.)

¡Yaya! ¡Qué bien estáis aquí! Pero
anda, que como se entere la señora,
¡buena os espera! Otro sofión como
el de esta mañana. (Se echa a reír y
sale.)

ESCENA IX

Los tres MURIKS, SEMION y el COCINERO en la
estufa.

MURIK 1.^o

En "efeto", menudo escándalo nos
armó...

MURIK 2.^o

El señor quiso defendernos; pero al
ver que estaba hecha una furia, dio
un portazo, como diciendo: "Allá te
las entendas."

MURIK 3.^o—(Hace un gesto con la
mano.)
¡Qué remedio! La verdad es que mi
vieja también pierde los estribos a ve-
ces... Se pone hecha una fiera. Si me
descuido, me mata. ¡Válgame Dios!
Me zafó de ella cogiendo la puerta...

ESCENA X

Dichos y YAKOV. Este entra presuroso con una
receta en la mano

YAKOV.

Semion, corre a la farmacia a com-
prar estos sellos para la señora.

SEMION.

El señor me ha dicho que no salga
de casa.

YAKOV.

Te da tiempo de ir. No te llamaré
hasta después del té... ¡Que les
aproveche!

MURIK 1.^o

¿Quieres té?
(SEMION sale.)

ESCENA XI

Dichos, menos SEMION

YAKOV.

No me puedo entretener, pero toma-
ré un vaso por acompañarnos.

MURIK 1.^o

¡Como se puso la señora esta ma-
ñana! ¡Qué orgullosa es!

YAKOV.

¡Tiene un genio! A veces pierde los
estribos... y hasta se echa a llorar...

MURIK 1.^o

Quería preguntarte una cosa. Esta
mañana dijo que hablamos traído no
sé qué "morvijos"... ¿Qué es eso?

YAKOV.

Querías decir "micorbios". Por lo
visto, son unos bichitos que traen las
enfermedades. La señora cree que
los lleváis encima. Cuando os fustéis
regaron la antresala y rociaron los
muebles con un líquido que mata
los "micorbios".

MURIK 2.^o
¿Dices que esos bichitos están enci-
ma de nosotros?

YAKOV.—(Tomando té.)
Son tan pequeños, que no se ven ni
con lentes...

MURIK 2.^o

¿Cómo pueden saber entonces que
están encima de mí? A lo mejor, ella
tiene muchos más que yo.

YAKOV.
¡Cualquiera se lo dice!

MURIK 2.^o
Pues yo creo que eso son tonterías.

YAKOV.

Ya se sabe que son tonterías. Pero
los médicos tienen que inventar algo.
¿Cómo ganarían dinero si no? El
que viene aquí a diario no hace más
que charlar un poquito para embol-
sarse diez rublos cada vez.

MURIK 2.^o

¡No puede ser!

YAKOV.

Anda, ya lo creo. Y hay otros que
cobran cien.

MURIK 1.^o

¿Cómo? ¿Cien rublos?

YAKOV.

¿Te extraña? A poco que tengan
que salir fuera de la ciudad, exigen
hasta mil. Y si no se los dan, que
reviente el enfermo.

MURIK 3.^o

¡Válgame Dios!

MURIK 2.^o

¿Sabrá algún sortilegio?

YAKOV.

Puede ser. Antes de venir aquí estu-

ve colocado en casa de un general que vivía cerca de Moscú. Tenía muy mal genio y era muy orgulloso... Un día, cayó enferma su hija. Inmediatamente mandaron a buscar un médico. "¿Iré si me dan mil rublos?", dijo el médico. El general accedió. Pero, al llegar a la casa, algo debió de disgustar al doctor. "¿Porque este es el respeto que me tienen? No pienso curar a tu hija", gritó. Mi amo se puso más suave que un guante y suplicó al médico que no lo abandonase.

MURIK 1.º
¿Y le dio los mil rublos?

YAKOV.
¡Desde luego!

MURIK 2.º
¡Eso es una estafa! ¡Qué de cosas haría un campesino con tanto dinero!

MURIK 3.º
Yo no creo en los médicos. Cuando tuve la pluma mala, me gasté cinco rublos para curarla. Pero solo se me puso bien cuando dejé de hacer caso al médico.
(*El Cocinero tose.*)

YAKOV.
¿Ya estás aquí otra vez, amigo?

MURIK 1.º
¿Quién es este hombre?

YAKOV.
Fue cocinero de los señores, en tiempos.

MURIK 1.º
¡Ah! ¿Y vive aquí?

YAKOV.
No... No le dejan... Cuando tiene unos "kopeks", va a una posada. Pero cuando le da por gastárselos en beber, vuelve aquí.

MURIK 2.º
¿Qué le ha pasado? ¿Por qué vive así?

YAKOV.
Pues, ya ves, sin más ni más. ¡Había que verlo antes! Parecía un señor. Llegaba refoj de oro y tenía cuarenta rublos de sueldo al mes. Gracias a Lukeria, que si no, hace mucho que habría muerto de hambre.

ESCENA XII

Dichos y la COCINERA, que trae la vasija llena de col en conserva

YAKOV.—(*A Lukeria.*)
Veo que Pavel Petrovitch está aquí otra vez.

COCINERA.
¿Dónde quieres que se meta? ¿Que se hiele ahí fuera?

MURIK 3.º
Hay que ver lo que trae el vino. Es como si dijéramos... (*Hice chascar la lengua con expresión compungida.*)

MURIK 2.º
Ya se sabe, un hombre que tiene fuerza es más duro que una roca; pero si la pierde...

COCINERA.—(*Baja de la estufa; le tiemblan las piernas y los brazos.*)
Lukeria, dame una copita.

COCINERA.
¿Quién te manda bajar? ¡No hay copias que valgan!

COCINERO.
Me estoy muriendo, hermanos; dame cinco "kopeks"...

COCINERA.
Te digo que subas a la estufa.

COCINERO.
Lukeria, dame media copita. Te lo pido por Dios, ¿me entiendes? Te lo pido por Dios.

COCINERA.
¡Vuelve a tu sitio! ¿Quieres té?

COCINERO.
¿Qué es el té? Una bebida sin fuerza. Si me dieras un poco de vino, aunque solo fuese un trago... ¡Lukeria!

MURIK 3.º
¡Pobrecillo, cómo sufre!

MURIK 2.º
Debias dársela.

COCINERA.—(*Alcanza una botella del vasar y escancia una copa.*)
Toma, pero no pienso darte más.

COCINERO.—(*Coge la copa y bebe con ansia.*)
¡Lukeria! ¡Cocinera! Me beberé esta copa; pero comprende que...

COCINERA.
Anda, anda, no hables más. Sube a la estufa, y que no se te vuelva a oír.
(*El Cocinero sube a la estufa, pero masculla algo entre dientes.*)

MURIK 2.º
Hay que ver a lo que ha llegado este hombre...

MURIK 1.º
Las flaquezas humanas...

MURIK 3.º
Claro.
(*El Cocinero se acuesta. Sigue que mascullando. Reina un silencio.*)

MURIK 2.º
¿Queréis decirme qué tal se portan?

la Tania, la muchacha de nuestro pueblo?

YAKOV.
Es una buena moza, te lo aseguro.

COCINERA.
Escúchame, tío Zajar; te hablo con franqueza. Conozco las costumbres de aquí. Si quieres que tu hijo se case con Tania, llévate la antes que se estropee. Porque aquí todas acaban mal; eso no se puede evitar.

YAKOV.
Lukeria tiene razón. Un verano tuvimos aquí una moza muy buena. Pero fue por mal camino... lo mismo que este... (*Señala al Cocinero.*)

COCINERA.
Esto es la perdición para las muchachas. A todas les atraen el trabajo fácil y las golosinas. Pero no tardan en torcerse... y los señores las echan... Esto es lo que le pasó a Natalia. Tuvo un deslizo... y la despidieron. Dio a luz, cayó enferma, y esta primavera ha muerto en el hospital.

MURIK 3.º
El ser humano tiene flaquezas. Hay que compadecerlo.

COCINERO.
¡Como que le van a compadecer a uno esos condenados...! (*Baja los pies de la estufa.*) He estado achicharrándome treinta años seguidos junto al fogón, y ahora que no les hago falta, puedo reventar como un perro.

MURIK 1.º
Está arreglado el pobre hombre.

MURIK 2.º
Claro; mientras les hacía falta, lo trataron bien; ahora ya...

222
MURIK 3.º
¡Válgame el Señor!

COCINERO.
Vosotros no podéis comprender...
¡Con los platos que yo preparaba!
¡Eran verdaderas maravillas. Con de-
citos que hasta el emperador los ha
comido... Ahora ya no sirvo para
nada; pero no pienso doblegarme...

COCINERA.
Bueno; no charles más. Mé-
tete en el rincón para que no te
vean. Si viene Plodor Ivanovich, nos
echarán a los dos.
(Retira un silencio.)

YAKOV.
¿Conocéis mi pueblo? ¿Voznesten-
sky?

MURIK 2.º
¡Cómo no! Está a unas diecisiete
"verstias" de nuestra aldea, y a me-
nos siguiendo los atajos. ¿Tienes tie-
rras?

YAKOV.
No. Fue mi hermano Anisim quien
compró unas parcelas. Yo suelo man-
dar dinero. No creáis que me faltan
ganias de ir allí.

MURIK 1.º
Lo comprendo.

MURIK 2.º
Entonces, ¿Anisim es tu hermano?

YAKOV.
Sí. Su casa está a la salida misma
del pueblo.

MURIK 2.º
¡Ya sé, ya sé! Es la tercera entrando
por el otro extremo.

ESCENA XIII
Diehos y TANIA. Esta entra corriendo

TANIA.
Yakov Ivanovich, usted de charla, y
la señora lo está llamando.

YAKOV.
En seguida voy. ¿Qué pasa?

TANIA.
"Spitka" tiene hambre, ladra como
una condenada. La señora está fu-
riosa; dice que es usted cruel, que
no tiene sentimientos. Hace un rato
ya que le tocaba comer, y no aparece
usted con la comida. *(Se echa a reír.)*

YAKOV.—*(Disponiéndose a salir.)*
¡Oh! ¿Se habrá enfadado? No vaya-
mos a tener un disgusto.

COCINERA.—*(A YAKOV.)*
Coge las coles.

YAKOV.
Trae, trae. *(Toma la vacija y sale.)*

ESCENA XIV
Diehos, menos YAKOV

MURIK 1.º
¿Quién va a comer a estas horas?

TANIA.
La perra. La perra de la señora. *(Se
sienta y coge la tetera.)* ¿Hay té?
Aquí traigo más, por si se ha acaba-
do. *(Echa el té en la tetera.)*

MURIK 2.º
¿La perra?

TANIA.
Sí. Suelen freírle una chuleta espe-
cial, para que no tenga demasiada
grasa. Y yo le lavo la ropa.

MURIK 3.º
¡Válgame el Señor!

TANIA.
Es como lo de aquel señor que fue
a enterrar a su perro...

MURIK 2.º
¿Y qué pasó?

TANIA.
De vuelta a su casa iba llorando. Era
invierno, y la helada arrechaba. El
cochero se limpiaba las narices sin
parar... Traiga, que le eche té...
(Sirve el té.) El señor se dio cuenta
y le dijo: "¿Qué te pasó? ¿Por qué
lloras?" Y el cochero contestó:
"¿Cómo quiere el señor que no
llore!... ¡Con lo hermoso que era el
perro!" *(Se echa a reír.)*

COCINERO.—*(Desde la estufa.)*
Esto ha ocurrido de verdad.

TANIA.

Quando el señor llegó, fue a ver a
la señora y le dijo: "¡Qué buen co-
razón tiene nuestro cochero! Ha lle-
vado todo el camino porque le daba
lástima de mí "Drujok". Dale una
copita de vodka y un rublo de gra-
tificción." Nuestra ama es igual
con su perra; dice que Yakov no la
compadece.

(Los MURIKS ríen.)

MURIK 1.º
¡Qué divertido!

MURIK 2.º

MURIK 3.º

COCINERA: ¡Qué graciosa es esta muchacha!

TANIA.—*(Sirviendo el té.)*
¡Tomen más!... A ustedes les pare-
cerá que una vive muy bien aquí;
pero les aseguro que a veces da asco
de limpiar sus porquerías. ¡Cuánto
mejor se está en la aldea!
*(Los MURIKS ponen las tazas
sobre la boca abajo.)*

TANIA.—*(Sirviendo.)*
Tome otra taza, Eflim Antonich.
Traiga, Mihl Vlasovich, que le pon-
ga más.

MURIK 3.º
Bueno; échame otra taza.

MURIK 1.º
Dime, ¿cómo va nuestro asunto?

TANIA.
Bien...

MURIK 1.º
Sembon nos acaba de decir...

TANIA.—*(Con precipitación.)*
¿Les ha dicho?

MURIK 2.º
Sí, pero no hay quien lo entienda.

TANIA.
Todavía no puedo decirles de lo que
se trata; pero sepan que haré todo
lo que pueda. Aquí llevo el papel.
*(Enseña el escrito que lleva debajo
del delantal.)* Si me sale bien una
cosa... *(Da un grito.)* Todo se arre-
glará.

MURIK 2.º
Ten cuidado, no vayas a extraviar
el papel. Que nos ha costado nues-
tro dinero...

TANIA.
No se preocupe. Lo único que falta
es la firma, ¿no es eso?

MURIK 3.º
Eso es. Que eche la firma, y asunto
concluido. *(Pone la taza boca abajo.)*
Basta; no quiero más.

TANIA.—*(Aparte.)*
¡Lo firmará! *(A los MURIKS.)* Tomen
otra taza. *(Sirve.)*

PROFESOR.
Por favor, señores, permítanme. La cuestión no estriba en eso.
SEÑORA GRUESA.—(Interviniendo en la conversación.)
Cuando mi marido estuvo enfermo, todos los médicos se negaron a...

LEONID FIODOROVICH.
Pasemos al salón. Baronesa, por favor.
(Todos salen hablando e interrumpiéndose unos a otros.)

ESCENA XIX

Los tres Mujeres, la Cocinera, Fiodor Ivanovich, Tania y el Cocinero en la estufa. LEONID FIODOROVICH y ANA PAVLOVNA

ANA PAVLOVNA.—(Detiene a LEONID FIODOROVICH sujetándole por el brazo.)
¿Cuántas veces te he pedido que no des órdenes? No sabes hacer más que tonterías; la casa la dirigió yo. Vas a hacer que todo el mundo se contagie.

LEONID FIODOROVICH.
Pero ¿qué pasa? ¿Qué pasa? No entiendo nada.

ANA PAVLOVNA.
¿Me preguntas lo que pasa? ¿No te has enterado de que esos hombres enfermos de diferencia van a pasar la noche en la cocina, que está en contacto con la casa?

LEONID FIODOROVICH.
Pero sí yo...

ANA PAVLOVNA.
¿Yo qué?

LEONID FIODOROVICH.
Yo no sé nada.

ANA PAVLOVNA.

dre de familia. No se pueden tolerar estas cosas.

LEONID FIODOROVICH.
Yo no pensaba que... Creí...

ANA PAVLOVNA.
Me da asco oírte.
(LEONID FIODOROVICH guarda silencio.)

ANA PAVLOVNA.—(A FIODOR IVANOVICH.)
¡Que se vayan ahora mismo! ¡Que no vuelvan a entrar en mi cocina! ¡Esto es horrible! Nadie me obedece, lo hacen adrede... Los he echado de allí y me los han metido en la cocina. (Se enciende cada vez más y se echa a llorar.) ¡Lo hacen adrede! ¡Lo hacen adrede! Con mi enfermedad... ¡Doctor! ¡Doctor! Piotr Petrovich!... También él se ha ido.
(Solloza. Sale, seguida de LEONID FIODOROVICH.)

ESCENA XX

Los tres Mujeres, Tania, Fiodor Ivanovich, la Cocinera y el Cocinero en la estufa. Todos permanecen en silencio durante largo rato

MURIK 3.º
¡Que Dios nos ampare! Si me des-cuido, la Policía me echará el guante. Yo, que en mi vida he tenido ningún entredo. Vamos a alguna posada.

FIODOR IVANOVICH.—(A TANIA.)
¿Qué podríamos hacer?

TANIA.
No sé preocuparme, Fiodor Ivanovich; pueden ir a la habitación de los cocheros.

FIODOR IVANOVICH.
¿Cómo van a ir allí? El cochero acaba de quejarse de los perros.

TANIA.
Pues... entonces, a la del portero.

FIODOR IVANOVICH.
¿Y si se entera la señora?

TANIA.
Pierda cuidado, Fiodor Ivanovich. No se enterará. ¿Cómo quiere que los echemos de noche a la calle? No encontrarían dónde dormir.

FIODOR IVANOVICH.
Arregláste las como puedas, pero que se vayan de aquí. (Sale.)

ESCENA XXI

Los tres Mujeres, Tania, la Cocinera y el Cocinero. Los tres Mujeres recogen sus zurrtones

COCINERO.
¡Condenado! ¡Cómo se divierten!...

COCINERA.
¡Callate! Menos mal que no se han dado cuenta de que estabas ahí.

ACTO TERCERO

Es la noche del mismo día. La acción se desarrolla en un salóncito en que LEONID FIODOROVICH suele hacer sus experimentos.

ESCENA PRIMERA

LEONID FIODOROVICH y el PROFESOR

LEONID FIODOROVICH.
¿Qué le parece? ¿Nos arriesgamos a celebrar la sesión con nuestro nuevo médium?

PROFESOR.
Sin falta. No cabe duda de que tiene una gran fuerza. Lo que conviene, sobre todo, es que la sesión tenga lugar esta misma noche y con las mismas personas. Grosman debe de influir en la energía de la médiumidad; entonces el fenómeno será más patente. Si el médium muestra la misma fuerza que hace un momento, Grosman vibrará.

TANIA.
Venid conmigo, padrecitos; os llevaré a la portera.

MURIK 1.º
Bueno, pero ¿qué hay de nuestro asunto? ¿Echará la firma al fin? ¿Sí o no? Hablamos puesto todas nuestras esperanzas...

TANIA.
Lo sabremos dentro de una hora.

MURIK 2.º
¿Te darás maña para conseguirlo?

TANIA.—(Se echa a reír.)
Si Dios quiere.

TELÓN

LEONID FIODOROVICH.

Entonces, voy a mandar llamar a Se-mion y diré que vengán los que querán.

PROFESOR.
Sí, sí. Pero antes quisiera tomar algunas notas.
(Saca el cuadernillo y escribe.)

ESCENA II

Dichos y SALATOV

SALATOV.
Se han puesto a jugar a las cartas y me han dejado plantado... Como me interesa la sesión, he venido a verlos... ¿Qué? ¿Se va a celebrar, por fin?

LEONID FIODOROVICH.
¡Desde luego! Desde luego!

SARATOV.
¿Sin la fuerza mediumnidad del señor Kapichik?

LEONID FIODOROVICH.
"Vous avez l'air heureux" (1).
"¿Usted se ve feliz?"
Figúrese que mujik del que le había resultado ser un médium en toda regla.

SARATOV.
¿Es posible? Oh, qué interesante!

LEONID FIODOROVICH.
Sí, sí. Desps de comer hemos realizado un pequeño experimento con él.

SARATOV.
¿Les ha dado tiempo de hacerlo y de convencerse?

LEONID FIODOROVICH.
Plenamente, un médium de una fuerza magica.

SARATOV.—(Codiéndose.)

¿Es posible

LEONID FIODOROVICH.
Los criados habian notado hace mucho. En tanto se sienta a la mesa, la cucheta le salta a las manos. (Al Profesor.) ¿Ha oído usted alguna vez un so así?

PROFESOR.
No, nunca.

SARATOV.—(Al Profesor.)
Sin embargo, admite la posibilidad de tales finenos.

PROFESOR.
¿De qué fenómenos?

SARATOV.
Pues de fenómenos sobrenaturales, de espiritismo, de mediumnidad...

PROFESOR.
Se trata de saber qué es lo que llamamos fenómenos sobrenaturales. Cuando no es un ser vivo, sino una piedra la que atrae un clavo, ¿cómo se presenta ese fenómeno al observador, como natural o sobrenatural?

SARATOV.
Claro, tiene razón. Pero el caso es que los fenómenos de atracción magica se repiten constantemente.

PROFESOR.
Lo mismo ocurre con esto. El fenómeno se repite y lo sometemos a un experimento. Y por sí es poco sacamos conclusiones de los fenómenos analizados, basándonos en las leyes generales de otros fenómenos. Estas manifestaciones nos parecen sobrenaturales, solo porque achacamos la causa al médium mismo. Pero eso no es así. No es el médium quien produce los fenómenos, sino una energía espiritual a través de este. Comprobará que es muy distinto. Todo está en la ley de la equivalencia.

SARATOV.
Sí, naturalmente; pero...

ESCENA III
Dichos y TANIA, que entra y se oculta tras las cortinas.

LEONID FIODOROVICH.

Sepa usted una cosa: con este médium no se puede contar de antemano para nada, lo mismo que con Yum y con Kapichik. Tal vez tengamos un fracaso o una materialización completa.

SARATOV.
¿Es posible? ¿Qué materialización puede tener lugar?

LEONID FIODOROVICH.
Pues puede ocurrir que acuda un diablo, su padre o su abuelo de usted, por ejemplo, le coja de la mano y le dé algún objeto, o que alguno de los presentes se eleve por los aires, como nos pasó la última vez con Alexei Vladimirovich...

PROFESOR.
Claro, claro. Pero lo importante sería explicar los fenómenos y aplicarles las leyes generales.

ESCENA IV
Dichos y la SEÑORA GRUESA.

SEÑORA GRUESA.
Ana Pavlovna me ha dado permiso para venir con ustedes.

LEONID FIODOROVICH.
Entre, por favor.

SEÑORA GRUESA.
¡Cómo se ha cansado Grosman! No podía sostener la taza en la mano. (Al Profesor.) ¿Ha notado usted lo palido que se puso en el momento en que se acercaba a la cucharilla? Me fijé inmediatamente, y fui la primera en decirle a Ana Pavlovna.

PROFESOR.
Es que se produce un desgaste de energía vital...

SEÑORA GRUESA.

Yo sostengo que no se debe abusar de eso. Un hipnotizador consiguió, empleando el método de la sugestión, que dejara de fumar una amiga mía, Vlastochka. Pues bien: ahora tiene unos dolores en la espalda terribles.

PROFESOR.—(Empieza a hablar.)
La temperatura y el pulso prueban indiscutiblemente...

SEÑORA GRUESA.
Permítame, acabo en seguida. Yo le digo a mi amiga que es mejor fumar que padecer tanto de los nervios. Ya se sabe que es nocivo, también a mí me gustaría desahogarme, pero ¿qué quiere que le haga? No, puede. En una ocasión estuve una semana sin fumar, pero no pude aguantar más.

PROFESOR.—(Intenta hablar de nuevo.)
...prueban indiscutiblemente...

SEÑORA GRUESA.

Le ruego que me permita. Acabaré en dos palabras. Había usted de un desgaste de fuerzas. Pues bien: he observado que nuestra excitación nerviosa se debe al ferrocarril. Porque aquí me tiene a mí, por ejemplo; soy incapaz de dormir cuando viajo... No concilio el sueño por nada del mundo.

PROFESOR.—(Empieza a hablar, pero la Señora Gruesa le interrumpe.)
El desgaste...

SARATOV.—(Scribiendo.)
Sí, sí.
(Leonid Fiodorovich agita la campanilla.)

SEÑORA GRUESA.
Soy incapaz de dormirme, aunque me pase tres noches seguidas sin pegar un ojo.

ESCENA V
Dichos y GAIORI

LEONID FIODOROVICH.

Por favor, dígame a Fiodor que parece todo para la sesión y que llame al criado... a Semion. ¿No oye usted?

234

LEON NIKOLAIEVICH POIISTOL.—OBRAS.—TOMO I

GRIGORI
Sí, señor. (Sale.)

ESCENA VI

LEONID PROBOROVICH, el PROFESOR, la SEÑORA GRUSA Y TANIA, escondida

PROFESOR.—(A SALTATOV.)

La temperatura y el pulso indican un desgaste de energía vital. Ocurrirá lo mismo en las manifestaciones de mediumidad. La ley de la conservación de la energía...

SEÑORA GRUSA.

Me alegra mucho que un sencillito "mujik" haya resultado ser médium. Esto es magnífico. Siempre he sostenido que los eslavófilos...

LEONID PROBOROVICH.

Pasemos al salón mientras preparan las cosas.

SEÑORA GRUSA.

Permítame; se lo voy a decir en dos palabras... Los eslavófilos tienen razón. Pero yo le decía siempre a marido que no se debe exagerar en nada. La virtud está en el término medio. ¿No le parece? ¿Como opinar que en el pueblo todo está bien, cuando he visto con mis propios ojos...

LEONID PROBOROVICH.

¿Quiéren que pasemos al salón?

SEÑORA GRUSA.

...a un niño así que se daba a la bebida? Lo puse de vuelta y media. Después me lo agradeció. Los campesinos son como unas criaturas, y yo he sostenido siempre que las criaturas necesitan cariño y severidad al mismo tiempo.

ESCENA VII

TANIA, sola; después, BETSY

TANIA.—(Saluyendo de su escondido.)
¡Ay, Dios quiera que tenga suerte!
(A los hilos.)

BETSY.—(Entrando precipitadamente.)
(Mira a TANIA) ¿No está papá? ¿Que haces aquí?

TANIA.
Lizaveta Leonidovna, vine porque quería... He entrado... (Se turba.)

BETSY.
Pero ¿no van a celebrar la sesión ahora?... (Se da cuenta de que TANIA recoge los hilos. La mira fijamente y, de pronto, se echa a reír a carcajadas.) TANIA, eres tú la que lo haces todo, no me lo niegues. También fuiste tú la otra vez... ¿verdad que sí?

TANIA.
Lizaveta Leonidovna...

BETSY.—(Con entusiasmo.)
¡Oh, qué divertido! Eso sí que no me lo esperaba... ¿Por qué lo has clas?

TANIA.
Señorita, no me descubra, por Dios.

BETSY.
No, no. Por nada del mundo. ¿Qué contentísima estoy! Pero ¿cómo lo haces?

TANIA.
Me escondo, y cuando apeagan la luz salgo del escondido y pongo manos a la obra.

BETSY.—(Señalando los hilos.)
Y esto, ¿para qué es? Ya, ya comprendo. No tienes que explicármelo. Lo comprendo. Con ellos enganchas...

TANIA.

Lizaveta Leonidovna, le diré toda la verdad. Antes lo hacía por diversión, pero ahora es porque quiero arreglar un asunto.

BETSY.
¿Un asunto? ¿Qué es ello?

TANIA.
¿Ha visto a esos "mujiks" que vienen a comprar unas tierras? El señor no quiere venderse las; las ha devuelto el papel que traían sin firmar. Prodor Ivanovich dice que se lo han prohibido los espíritus. Por eso se me ha ocurrido...

BETSY.
¿Qué inteligente eres! ¡Hazlo! ¡Hazlo! Pero ¿cómo te las vas a arreglar?

TANIA.
Cuando apaguen la luz, empezaré a dar golpes, a tirar las cosas y pasarles estos hilos por la cabeza. Luego echaré el papel en la mesa, lo tengo aquí.

BETSY.
Bueno, ¿y qué?

TANIA.
YA puede figurarse cómo se sorprendan. Lo tenían los campesinos y, de pronto, se lo van a encontrar aquí. Después daré la orden...

BETSY.
Claro, como el médium es Semion...

TANIA.
Le diré... (No puede seguir hablando ahogada por la risa.) Le diré que abraza al primero que pille y lo apriete todo lo que pueda... menos a su papá de usted, porque no se atrevería... Lo apretará hasta que firmen el papel...

BETSY.—(Se echa a reír.)
Pero si no es así. El médium no suele hacer nada.

TANIA.
No importa. Es igual... A lo mejor, lo consigo de esta manera.

ESCENA VIII

TANIA Y PRODOR IVANOVICH, BETSY sale haciendo señas a TANIA

PRODOR IVANOVICH.—(A TANIA.)
¿Qué haces aquí?

TANIA.
He venido a verle, padrecito.

PRODOR IVANOVICH.
¿Qué quieres?

TANIA.
¿Qué hay de lo mío, de lo que le pedí?

PRODOR IVANOVICH.—(Echándose a reír.)
Hablé de ti con el viejo y hemos concertado la boda. Lo único que falta es beber unas copas.

TANIA.—(Lanzando un grito.)
¿De veras?

PRODOR IVANOVICH.
Cuando te lo digo yo... Me ha dicho: "Pediré consejo a mi vieja, y si le parece bien, que Dios los bendiga."

TANIA.
¿Ha dicho eso? (Lanza un grito.) ¡Ay, padrecito! Me pasará la vida rezando por usted.

PRODOR IVANOVICH.
Bueno; está bien, está bien. Pero ahora tengo prisa. Me han dado orden de que prepare las cosas para la sesión.

<p>MUJIK 1.º Arreglamos el asunto, y ya verás qué bien te casaremos. <i>(Se niega a tomar más té.)</i></p> <p>TANIA.—<i>(Sirve el té.)</i> Beban, beban... <i>(Y da las tazas a los MUJIKS.)</i></p> <p>MUJIK 3.º Si consigues que el señor nos venda las tierras, iré a bailar a tu boda. Y eso que no he bailado en mi vida.</p> <p>TANIA.—<i>(Echándose a reír.)</i> Así lo espero.</p> <p>MUJIK 2.º—<i>(Mirando a TANIA de arriba abajo.)</i> Todo eso está muy bien; pero veo que tú no sirves para las faenas del campo.</p> <p>TANIA. ¿Qué no sirvo? ¿Qué se figura? ¿Que no tengo fuerzas? Si viera cómo aprietio a la señora. Un hombre no podría hacerlo mejor.</p> <p>MUJIK 2.º ¿Para qué la aprietas?</p> <p>TANIA. Se pone un corsé de ballenas que le llega hasta aquí... Y yo tengo que tirar de los cordones. Es lo mismo que cuando se engancha a un caballo y tiene uno que escupirse en las manos.</p> <p>MUJIK 2.º ¿Quieres decir que la cinchas?</p> <p>TANIA. Sí. Eso es. Pero lo malo es que no puedo ponerle el pie encima para tirar con más fuerza... <i>(Se echa a reír.)</i></p> <p>MUJIK 2.º ¿Para qué la aprietas?</p>	<p>TANIA. Pues...</p> <p>MUJIK 2.º ¿Es que tiene cinchera?</p> <p>TANIA. No; lo hace por estar más guapa.</p> <p>MUJIK 1.º ¿Quieres decir que le aprietas la barriga para darle forma?</p> <p>TANIA. Sí; y a veces tiro tanto de los cordones, que se le salen los ojos; pero ella me dice que siga. Hasta me empujean a arder las manos. ¡Y dice usted que no tengo fuerzas...!</p> <p><i>(Los MUJIKS ríen y mueven la cabeza.)</i></p> <p>TANIA. Estoy charlando demasiado. <i>(Se echa a reír y sale precipitadamente.)</i></p> <p>MUJIK 3.º ¿Qué muchacha! Lo que nos ha hecho reír.</p> <p>MUJIK 1.º ¡Y qué ordenada!</p> <p>MUJIK 2.º Es verdad</p> <p>ESCENA XV Los tres MUJIKS, la COCINERA y el COCINERO en la estufa. Entran VASILI LEONDOVICH y SAJATOV con una cucharilla en la mano</p> <p>VASILI LEONDOVICH. No fue una comida precisamente, sino más bien un "déjeuner-dînant". Resultó magnífica, se lo aseguro. Un jamón... ¡exquisito! Roulier da muy bien de comer. Acabo de llegar de allí en este momento. <i>(Al ver a los MUJIKS.)</i> ¿Cómo? ¿Los campesinos están otra vez aquí?</p>	<p>SAJATOV. Sí, sí; esto es muy interesante, pero hemos venido a esconder la cucharilla. ¿Dónde la ponemos?</p> <p>VASILI LEONDOVICH. Perdón; espere un momento. <i>(A la COCINERA.)</i> ¿Dónde están los perros?</p> <p>COCINERA. En la habitación de los cocheros. No los íbamos a traer a la cocina, como comprenderá.</p> <p>VASILI LEONDOVICH. ¿En la habitación de los cocheros? Bueno, bueno...</p> <p>SAJATOV. Estoy esperando.</p> <p>VASILI LEONDOVICH. Perdone. ¿Qué me decía? ¿Que tenemos que esconder eso? Ahora verá, Serguei Ivanovich. La metemos en el bolsillo de uno de estos campesinos. En el de este, por ejemplo. ¡Oye, tú! Vamos a ver, ¿tienes un bolsillo?</p> <p>MUJIK 3.º ¿Para qué lo quiere? En el bolsillo es donde guardo el dinero.</p> <p>SAJATOV. Venga, venga, ¿dónde tienes la bolsa?</p> <p>MUJIK 3.º ¿Y a ti qué te importa?</p> <p>COCINERA. ¿Te has vuelto loco? Te está hablando el señorito.</p> <p>VASILI LEONDOVICH.—<i>(Se echa a reír.)</i> ¿Sabe por qué se asusta? Porque tiene muchísimo dinero. ¿No cree?</p> <p>SAJATOV. Sí, claro. Bueno; pues entonces, ha-</p>	<p>ble con ellos mientras deslizo la cucharilla en aquel zurrón. Así, no sabiéndolo, no podrán descubrirnos. Entreténgalos.</p> <p>VASILI LEONDOVICH. De acuerdo. ¿Qué me decís, hermanos; estáis dispuestos a comprar la tierra? ¿Eh?</p> <p>MUJIK 1.º Esto es lo que estamos deseando. Pero el asunto no se arregia.</p> <p>VASILI LEONDOVICH. No seáis tacaños; la tierra os hace falta. Ya os lo he dicho, tenéis que sembrar menta, y también plantar tabaco.</p> <p>MUJIK 1.º En "efeto", tiene razón, se pueden sembrar muchas cosas.</p> <p>MUJIK 3.º Interceda por nosotros, pídale a su padrécito. No podemos seguir adelante de este modo. Son tan escasas nuestras tierras, que no tenemos ni dónde echar las gallinas.</p> <p>SAJATOV.—<i>(Que ha introducido la cucharilla en el zurrón del MUJIK 3.º)</i> "C'est fait". Ya está, vámonos. <i>(Sale.)</i></p> <p>VASILI LEONDOVICH. No seáis tacaños, ¿eh? Bueno; adiós. <i>(Sale.)</i></p> <p>ESCENA XVI Los tres MUJIKS, la COCINERA y el COCINERO en la estufa</p> <p>MUJIK 3.º Ya os dije que era mejor esperar en una posada. Supongamos que nos hubiera costado diez "kopeks" a cada uno pero, al menos, estaríamos tranquilos. Aquí, en cambio, Dios nos</p>
--	---	--	---

libre. Me ha dicho que le diera el dinero. ¿Para qué?

MURIK 2.º
Debia de estar borracho.
(Los Muriks ponen las tazas boca abajo. Se levantan y se persiguen.)

MURIK 2.º
Muchas gracias. Dinos, ¿dónde podemos acostarnos?

COCINERA.
Uno, en la estufa, y los demás, en los bancos...

MURIK 3.º—(Resd.)
Señor, ten misericordia...

MURIK 1.º
Si Dios quisiera que se arreglase este asunto... (Se acuesta.) Mañana por la tarde tomaremos el tren, y el martes estaremos en casa.

MURIK 2.º
¿No vas a apagar la luz?

COCINERA.
¿Cómo quieres que la apague? A cada momento vienen a pedirme cosas. Pero acostaos; bajare un poco la llama...

MURIK 2.º
Este año he tenido que empezar a comprar pan desde las Navidades. También se me acabó la paja. Si tuviera más tierra, sembraría cuatro "desiatinas" más y llevaría a Semion a casa.

MURIK 1.º
¡Si se arreglase nuestro asunto!

MURIK 3.º
Recemos a la Santísima Virgen. Tal vez nos ayude.

ESCENA XVII

Reina el silencio. Se oyen suspiros. Después, pasos y voces. Se abre la puerta de par en par y entran precipitadamente GROSOMAN, con los ojos vendados, de la mano de SARATOV, el PROMOTOR y el DOCTOR. La SEÑORA GRUESA y LEONID FIODOROVICH, BETSY y PETRISCHEV, VASIL LEONIDOVICH y MARIA KONSTANTINOVA, ANA PAVLOVA y la BARONESA, FIODOR IVANOVICH y TANIA. Los tres MURIKS, la COCINERA y el COCINERO, al que no se ve. Los MURIKS se levantan de un salto; GROSOMAN avanza a grandes pasos, luego se detiene.

SEÑORA GRUESA.
No se preocupen. Estoy vigilando. Me he encargado de vigilar, y cumpliré rigurosamente mi obligación. Serquei Ivanovich, ¿no nos conduce usted?

SARATOV.
No.

SEÑORA GRUESA.
Bueno, no lo haga; pero, al menos, no se oponga. (A LEONID FIODOROVICH.) Conozco esos experimentos. Los he hecho yo misma. A veces siento una emanación, y en cuanto...

LEONID FIODOROVICH.
Le ruego guarde silencio.

SEÑORA GRUESA.
¡Oh! Me hago cargo de lo que es eso. Lo he experimentado yo misma. En el momento en que se distrae la atención, ya no puede una...

LEONID FIODOROVICH.

¡Chis!
(Todos andan de un lado para otro, buscan junto a los MURIKS 1.º y 2.º y se acercan al 3.º GROSOMAN tropieza con un banco.)

BARONESA.

"Mais dites-moi, on le paye?" (1).

ANA PAVLOVA.

"Je ne saurais vous dire" (2).

(1) Pero, dígame, ¿le pagan?
(2) No lo sé.

BARONESA.
"Mais c'est un monsieur?" (1).

ANA PAVLOVA.
"Oh, oui!"

BARONESA.

"Ça tient du miraculeux, n'est-ce pas? Comment est-ce qu'il trouve?" (2).

ANA PAVLOVA.

"Je ne saurais vous dire. Mon mari vous l'expliquera" (3). (Al ver a los MURIKS vuelve la cabeza hacia la COCINERA.) "Pardon!"... ¿Qué es esto?
(La BARONESA se acerca al grupo.)

ANA PAVLOVA.—(A la COCINERA.)
¿Quién ha dejado entrar a los "muñeks"?

COCINERA.
Los ha traído Yakov.

ANA PAVLOVA.
¿Quién le dio la orden?

COCINERA.
No lo sé. Fiódor Ivanovich los ha avisado.

ANA PAVLOVA.
¡Leonid!

(LEONID FIODOROVICH no oye.)
Sigue buscando y chista.)

ANA PAVLOVA.

¡Fiódor Ivanovich! ¿Qué significa esto? ¿Acaso no sabía que he dado orden de desinfectar la antecama? Me ha contaminado la cocina, el pan negro, el "kvas"...

(1) Pero ¿es un señor?

(2) Es milagroso. ¿Verdad? ¿Cómo lo encuentra?

(3) No sé decirlo. Mi marido se lo explicará.

FIODOR IVANOVICH.

Pensé que no había peligro de que entrasen aquí. Al fin y al cabo, estos hombres vienen de lejos, de la aldea de los señores...

ANA PAVLOVA.

Ahí está, vienen de Kursk, donde la gente muere de difteria como moscas. Pero lo principal es que... Di la orden de que no disarran esta casa... ¿Lo he ordenado o no? (Se acerca al grupo que está junto a los MURIKS.) ¡Cuidado! No los vayan a tocar. Están contaminados de difteria.

(Nadie hace caso de ANA PAVLOVA, que se retira en actitud digna y permanece inmóvil esperando.)

PETRISCHEV.—(Aspirando con fuerza el aire.)
No sé si hay contaminación de difteria... Pero no cabe duda de que el aire está impregnado de algo. ¿Lo notan ustedes?

BETSY.

¡No diga estupideces! Vovó, ¿en qué zurrón estás?

VASIL LEONIDOVICH.

En aquel, en aquel. Ya se acerca, ya se acerca...

PETRISCHEV.

¿Qué hay aquí, perfume o espíritus? (1).

BETSY.

Ahora es un momento oportuno para encender un cigarrillo. Fume, fume junto a mí.

(PETRISCHEV se inclina y echaa el humo del cigarrillo hacia BETSY.)

(1) Hace un juego de palabras intraducibles.

VASILI LEONDOVICH.

Les aseguro que está llegando.

GROSMAN.—(Busca con inquietud en torno al Mujik 3.º)

¡Aquí! ¡Aquí! ¡Presento que está aquí!

SEÑORA GRUESA.

¿Nota emanaciones?

(Grosman se inclina hacia el zótron y saca la cucharilla.)

TODOS.

¡Bravo! (Enfaticismo general.)

VASILI LEONDOVICH.

¡Vaya! ¡Aquí es donde encontramos una de nuestras cucharillas! (Al Mujik.) ¿Así es como...?

MUJIK 3.º

¿Qué dice? Yo no he cogido esa cucharilla. ¿Por qué me meten en esos líos? ¡No la he cogido! No sé nada. Ya me fijé que no había venido con buena intención. Quería que le diera la bolsa. No he cogido la cucharilla. ¡Se lo juro por Dios!

(Los jóvenes rodean al Mujik y rien a carcajadas.)

LEONID PRODOROVICH.—(A su hijo, en tono irritado.)

¡Siempre con tus maladerías! (Al Mujik 3.º) No te preocupes, amigo, sabemos que no has cogido la cucharilla. Se trata de un experimento.

GROSMAN.—(Se quita el pañuelo de los ojos y finge volver en sí.)

Por favor, un poco de agua, si puede ser...

(Todos se precipitan a atenderle.)

VASILI LEONDOVICH.

Vengan conmigo a la habitación de los cocheros. Quiero que vean uno de mis perros. "C'est épatant!"

MARÍA KONSTANTINOVNA.

Bueno, vámonos.

(MARÍA KONSTANTINOVNA, BERTSY, PETRISCHEV Y VASILI LEONDOVICH salen.)

ESCENA XVIII

Dichos, menos BERTSY, MARÍA KONSTANTINOVNA, PETRISCHEV Y VASILI LEONDOVICH

SEÑORA GRUESA.—(A GROSMAN.)

¿Qué? ¿Cómo está usted? ¿Ha descausado? (Grosman no contesta. A SARATOV.) Y usted, Serguei Ivanovich, ¿ha notado la emanación?

SARATOV.

No he notado nada. ¡Es maravilloso! ¡Maravilloso! Un éxito rotundo.

BARONESA.

¡Admirable! "Ça ne le fait pas souffrir?" (1).

LEONID PRODOROVICH.

"Pas le moins du monde" (2).

PROFESOR.—(A GROSMAN.)

Haga el favor. (Le da un termómetro.) Al comenzar el experimento tenía treinta y siete dos. (Al Doctor.) ¿No es eso? Tenga la bondad de comprobarle el pulso. Es inevitable que se produzca un desgaste de fuerzas físicas.

DOCTOR.—(A GROSMAN.)

¿Me permite que le tome el pulso? Veamos, vamos a comprobar. (Saca el reloj y toma la mano a GROSMAN.)

SEÑORA GRUESA.—(A GROSMAN.)

El estado en que se encontraba usted no puede llamarse sueño, ¿verdad?

GROSMAN.—(Con gesto cansado.)

Es un estado hipnótico.

SARATOV.

Entonces debemos considerar que se ha hipnotizado usted mismo.

GROSMAN.

¿Por qué no? El hipnotismo no se produce solo por una asociación, por el sonido del tan-tan, como lo hace Charcot, por ejemplo, sino también penetrando en la zona hipnótica.

SARATOV.

Aun admitiendo esta teoría, sería conveniente definir con más exactitud en qué consiste el hipnotismo.

PROFESOR.

Es el fenómeno de la transformación de una energía en otra...

GROSMAN.

Charcot no lo define así.

SARATOV.

Perdone. Esta es la definición que hace usted; pero Libot en persona me ha dicho...

DOCTOR.—(Soltando la mano de GROSMAN.)

Está bien, está bien. Veamos la temperatura.

SEÑORA GRUESA.—(Interviniendo en la conversación.)

Estoy de acuerdo con Alexei Vladimirovich, y aquí tiene usted una de las mejores pruebas. Después de mi enfermedad un día me hallaba postrada sin conocimiento, y sentí necesidad de hablar. Por lo general, soy una persona callada; pero entonces necesitaba hablar, hablar mucho, y todos dicen que lo hice de un modo sorprendente. (A SARATOV.) Pero me parece que le he interrumpido.

SARATOV.—(Con dignidad.)

¡Nada de eso! ¡Siga, siga, por favor!

DOCTOR.

Tiene ochenta y dos pulsaciones, y la temperatura le ha subido tres decimas.

PROFESOR.

Ahí tienen la prueba. Así debe ser. (Saca un librito de notas y apunta.) Ochenta y dos, ¿no es eso? ¿Y treinta y siete cinco? En cuanto se provoca el estado hipnótico, forzosamente se intensifica la actividad del corazón.

DOCTOR.

Yo, como médico, puedo certificar que se ha confirmado plenamente su predicción.

PROFESOR.—(A SARATOV.)

Decía usted...

SARATOV.

Libot me ha dicho que el hipnotismo no es sino un estado psíquico determinado, en que la persona se vuelve más sugestiva.

PROFESOR.

Desde luego. Pero, de todos modos, lo principal estriba en... la ley de la equivalencia.

GROSMAN.

Libot está lejos de ser una autoridad en la materia; en cambio, Charcot ha hecho experimentos y ha demostrado que el hipnotismo provocado por un choque, por un traumatismo...

SARATOV.—(Cuando interviene este todos hablan al mismo tiempo.)

No pretendo negar los experimentos de Charcot. Los conozco. Me limito a repetir las palabras de Libot.

GROSMAN.—(Acordándose.)

Hay tres mil enfermos en la Salpêtrière, donde he seguido un curso...

EL CADAVER VIVIENTE

DRAMA EN SEIS ACTOS

(1911)

NOTA PRELIMINAR

Como El poder de las tinieblas, este drama tiene también su origen en un hecho real. Le sirvió de argumento el asunto judicial del matrimonio Guimer, del que Tolstoi se enteró por medio de N. V. Dasydov, presidente de los Tribunales.

La primera mención de Tolstoi referente a su idea de escribir un drama sobre este tema es de fines del año 1897. Pero solo empezó a trabajar en el a

principios de 1900. Aunque con algunas interrupciones, el autor se dedicó a esta labor hasta octubre, momento en que la abandonó. El original no fue definitivamente corregido por él. Por otra parte, consideraba que estaba sin terminar y no deseaba que se publicase. Sin embargo, se había encartado con el asunto, lo que atestiguan los esquemas de obras literarias en proyecto, compuestas en los años 1903 y 1904.

El cadáver viviente se publicó bajo la redacción de V. G. Chertkov, en

septiembre de 1911, en el número 218 del diario Ruskoie Slovo (La Palabra Rusa), después de la muerte de Tolstoi y, al mismo tiempo, en un tomo aparte.

Poco después, y tras algunas correcciones, el drama apareció en el primer tomo de las Obras póstumas de Lev Nikolaievich Tolstoi, Moscú, 1911. Según este texto, en breve se hicieron otras publicaciones, y empezó a representarse en los teatros.

Las primeras ediciones se publicaron con inexactitudes y errores, porque no se disponía de todos los manuscritos. Nuestra versión está tomada de un texto coleccionado con los originales de Tolstoi por C. D. Balujatin, con motivo de una edición conmemorativa.

El cadáver viviente fue representado por primera vez el 23 de septiembre de 1911, en el Teatro de Arte, de Moscú. Después ha recorrido casi todos los escenarios de Europa.

TANIA. Voy a ayudarle. ¿Qué hay que hacer?

Fiodor IVANOVICH. Colocaremos la mesa, las sillas, la guitarra y el acordeón, en medio del cuarto. La lampara no hace falta, se saca afuera... Traeremos unas velas...

TANIA.—(Cogee las muebles con Fiodor IVANOVICH.) Así, ¿no es eso? La guitarra aquí, el tintero también... (Lo deja en la mesa.) ¿Está bien?

Fiodor IVANOVICH. Pero ¿será posible que pongan ahí a Semion?

TANIA. Desde luego. Ya lo han hecho una vez.

Fiodor IVANOVICH. ¡Es asombroso! (Se pone el "pincez"?) ¿Se habrá lavado?

TANIA. ¡Y yo qué sei!

Fiodor IVANOVICH. Escucha...

TANIA. ¿Qué, Fiodor Ivanovich?

Fiodor IVANOVICH. Ven a buscar un cepillito de uñas y una pastilla de jabón... A mi cuarto, si quieres... Y córtale las uñas y lávale las manos.

TANIA. Se las lavará el solito.

Fiodor IVANOVICH. Bueno, pero dile que lo haga. Y que se mude de ropa.

TANIA. Fiodor Ivanovich, (Sale.)

ESCENA IX

Fiodor IVANOVICH, solo. Se sienta en una butaca

Fiodor IVANOVICH. Por muy sabios que sean, como por ejemplo Alexei Viadimirovich, el profesor, a veces le entra a uno la duda. Quieren acabar con las supersticiones del pueblo, con esas supersticiones tonas de fantasmás, hechiceros y brujas... No obstante, si uno, recacajita, esto es también una superstición. ¿Cómo van a hablar y tocar la guitarra mejor alguien gasta esas bromas para divertirse. Lo que no puedo entender es lo de Semión. (Hoyea un dibujo.) ¿Será posible fotografiar a un espíritu? Sin embargo, aquí hay un retrato de un turco con Leonid Fiodorovich. Es asombroso.

ESCENA X

Fiodor IVANOVICH y LEONID Fiodorovich

LEONID Fiodorovich.—(Entrando.) ¿Qué, está listo? ¿Está listo?

Fiodor IVANOVICH.—(Se levanta sin apresurarse.) Si, todo está preparado. (Sonríe.) Lo que tengo, Leonid Fiodorovich, es que el nuevo médium le comprometa a usted.

LEONID Fiodorovich. No; lo hemos probado Alexei Viadimirovich y yo. Es un médium de una fuerza extraordinaria.

Fiodor IVANOVICH. No entiendo de eso, pero lo que me pregunta es si estará limpio. ¿No le ha dicho usted que se lave las manos, por lo menos? Porque sería violento...

LEONID Fiodorovich. ¿Crees que las tiene sucias?

Fiodor IVANOVICH. ¿Qué quiere usted? Al fin y al cabo, es un campesino. Habrá damas, estará María Vasiliovna...

LEONID Fiodorovich. Bueno, bueno...

Fiodor IVANOVICH. Guerra decirle, además, que Timofel el cochero, se ha quejado. Dice que el puede tener la habitación limpia con tantos perros...

LEONID Fiodorovich.—(Arreglando los objetos que están sobre la mesa, distradamente.) ¿Qué perros?

Fiodor IVANOVICH. Los tres galgos que han traído esta mañana para Vasili Leonidovich; están en la habitación de los cocheros.

LEONID Fiodorovich.—(Con impaciencia.) Díselo a Ana Pavlovna, que decida ella; yo no tengo tiempo.

Fiodor IVANOVICH. Pero con la pasión que tiene por...

LEONID Fiodorovich. ¡Que haga lo que quiera! Lo que es yo, no tengo más que disgustos con este hijo... Además, estoy ocupado.

ESCENA XI

Dichos y SEMION. Este lleva "podivoká" (1)

SEMION. ¿El señor me manda venir?

LEONID Fiodorovich. Si. Enséñame las manos. Muy bien, muy bien. Ahora, amigo, vas a haber...

(1) Chaqueta que lleva hasta la rodilla, abrochada a un lado

cer lo mismo que antes. Siéntate y déjate llevar sin pensar en nada.

SEMION. ¿Para qué esperar? Si uno piensa, es peor.

LEONID Fiodorovich. Eso es, eso es. Cuanto más inconsciente, tanta más fuerza. No pienses y déjate llevar por tu estado de ánimo: si tienes sueño, dúctmete; si quieres andar, andas, ¿entiendes?

SEMION. Claro. Esto no tiene malicia.

LEONID Fiodorovich. Y sobre todo, no te vayas a turbar. Ten en cuenta que un mundo de espíritus imperceptibles vive aquí lo mismo que nosotros. De seres invisibles, ¿comprendes?

Fiodor IVANOVICH. De seres invisibles, ¿comprendes?

SEMION.—(Se echa a reír.) ¿Cómo no? Tal y como lo explica usted, es muy sencillo.

LEONID Fiodorovich. Si puedes elevarte por los aires o hacer algo por el estilo, no te intimidas y hazlo.

SEMION. ¿Por qué iba a intimidarme? Todo eso se puede hacer.

LEONID Fiodorovich. Bueno; voy a llamar a los demás. ¿Está todo dispuesto?

Fiodor IVANOVICH. Me parece que sí.

LEONID Fiodorovich. ¿Y las pizarras?

PIODOR IVANOVICH.
Están abajo; ahora mismo las traeré.
(Sale.)

ESCENA XIII
LEONID PÍODOROVICH y SEMION

LEONID PÍODOROVICH.
Ya sabes, no te turbes y achia con desventajas.

SEMION.
No sé si quitarme la "podlovka", estaría más a gusto.

LEONID PÍODOROVICH.
¿Quitártela? No, no; no te la quites.
(Sale.)

ESCENA XIII
SEMION, solo

SEMION.
Me ha dicho lo mismo que antes, mientras ella tira las cosas... ¿Cómo se atreverá?

ESCENA XIV

SEMION y TANIA, que entra descalza y con un vestido del color de los papeles de las paredes.
SEMION se echa a reír

TANIA.—(Le chista.)
¡Chis!... ¡Que te van a oír! Pégate cabezas de cerillas en los dedos como antes. (Se las pega.) ¿Te acuerdas de todo?

SEMION.—(Plegando los dedos.)
Sí; tengo que mojar las cerillas. Primero, mover la mano. Segundo, retchar los dientes, así... Tercero... se me ha olvidado.

TANIA.
Lo tercero es lo más importante. Recuerdalo: en cuanto calga el papel en la mesa y suene la campanilla, agarraras al primero que pilles y le apretarás. (Se echa a reír.) Muy fuer-

te, muy fuerte, ya sea señor o señora. No lo sueltes por nada del mundo; haz como si estuvieras durmiendo. Rechina los dientes o grita así... (Lanza un grito.) Cuando yo empiece a tocar la guitarra, haz como si te despertaras, ¿sabes?, estrate y abre los ojos... ¿Te acordarás?

SEMION.
Sí, desde luego; pero me va a dar mucha risa...

TANIA.
Cuidadito con reírte. Aunque, no importa, creeran que te ríes entre sueños... Pero, oye, no vayas a dormirte de verdad cuando apaguen la luz.

SEMION.
No hay miedo. Me tiraré de las orejas.

TANIA.
Pues, ya sabes, mi querido Semion... Haz todo lo que digo, y no te acobardes. Ya verás cómo acabará. ¡Mando el papel. ¡Que vienen! (Se mete debajo del diván.)

ESCENA XV

SEMION y TANIA. Entran GROSMAN, el PROFESOR, LEONID PÍODOROVICH, la SEÑORA GRUESA, el DOCTOR, SAVAROV y ANA PAVLOVNA. SEMION está en pie junto a la puerta

LEONID PÍODOROVICH.
Pasen todos los incrédulos. Aunque el médium es nuevo, un médium casual, espero que hoy se produzcan fenómenos extraordinarios.

SAVAROV.
¡Qué interesante!

SEÑORA GRUESA.—(Retirándose a SEMION.)
"Mais il est très bien!" (1)

(1) Pero ¡está muy bien!

ANA PAVLOVNA.
Como criado, sí; pero...

SAVAROV.
Las mujeres nunca creen en lo que hacen sus maridos. ¿Usted no lo admite en absoluto?

ANA PAVLOVNA.
Desde luego, no. En Kaprich hay algo especial, es cierto. Pero esto... ¡Cuáquitera lo entienda!

SEÑORA GRUESA.
Permítame que le diga, Ana Pavlovna, que no puede hablar así. De soltera soñó algo magnífico. Ya sabe que a veces se lehora cuando empieza y cuándo termina un sueño. Era precisamente un sueño de esos...

ESCENA XVI

Dichos. Entran VASILI LEONIDOVICH y PÉTRISCHEV

SEÑORA GRUESA.
Ese sueño me reveló muchas cosas. Hoy día los jóvenes (señala a VASILI LEONIDOVICH y a PÉTRISCHEV) lo niegan todo.

VASILI LEONIDOVICH.
Le participo que nunca niego nada. ¿Eh?

ESCENA XVII

Dichos. Entran BÉTSY y MARÍA KONSTANTINOVNA. Emplezan a hablar con PÉTRISCHEV

SEÑORA GRUESA.

¿Cómo refutar las cosas sobrenaturales? La gente dice que no están de acuerdo con la razón. Y si uno razona de un modo estúpido, ¿entonces qué? Ahí tienen ustedes el ejemplo de la calle Sedovaya; están enterados, ¿verdad? Todas las noches ocurrían hechos extraordinarios. El hermano de mi marido, ¿cómo se dice?... "mon beau-frère"... (nunca recuerdo esta palabra en ruso)... fue

allí tres noches consecutivas, pero no vio nada. Pues yo digo que...

LEONID PÍODOROVICH.

Ehtonces, ¿quién se queda?

SEÑORA GRUESA.

¡Yo! ¡Yo!

SAVAROV.
¡Yo!

ANA PAVLOVNA.—(Al Doctor.)
¿Será posible? ¿Se queda usted?

DOCTOR.

Sí; es preciso que lo presencie siquiera una vez. A ver qué encuentra Alexei Vladimirovich en esto. No es posible negar las cosas sin tener pruebas.

ANA PAVLOVNA.

Dígame, ¿tengo que tomarlas esta noche?

DOCTOR.

¿El qué?... ¡Ah, sí! Las píldoras. Conventría que las tomase. Sí, sí; tú me las... Subiré a verla después.

ANA PAVLOVNA.

Sí, por favor. (En voz alta.) Cuando acaben, "messieurs et mesdames", les ruego que vengan a mi habitación para descansar de las emociones y terminar la partida.

SEÑORA GRUESA.

¡Iremos sin falta.

SAVAROV.

¡Sí, sí!

(ANA PAVLOVNA sale.)

ESCENA XVIII

Dichos, menos ANA PAVLOVNA

BÉTSY.—(A PÉTRISCHEV.)

Le digo que se quede. Le aseguro que verá cosas extraordinarias. ¿Quiere que hagamos una apuesta?

MARIA KONSTANTINOVNA.
Pero ¿usted cree?

BETSY.
Hoy, sí.

MARIA KONSTANTINOVNA.—(A
CHERY.)
¿Y usted?

PETRISCHEV.
"No creo, no creo en las perfidas
promesas." Pero si Lizaveia Leoni-
dovna me lo ordena...

VASILI LEONIDOVICH.

¿Nos quedamos, Maria Konstanti-
novna? ¿Eh? Voy a inventar algo
"épatant."

MARIA KONSTANTINOVNA.

No; no me haga reír. Ya sabe que
no soy capaz de contentarme.

VASILI LEONIDOVICH.—(En voz alta.)
¡Me quedo!

LEONID FIODOROVICH.—(Severamente.)
Ruego a los que asistan que no lo
tomen a broma. Se trata de algo muy
serio.

PETRISCHEV.
¿Lo oyes? Bueno; quedémonos. Vo-
vó, siéntate aquí, y ¡cuidado!, no te
vayas a asustar.

BETSY.
Usted se ríe, pero ya verá lo que va
a ocurrir.

VASILI LEONIDOVICH.
¿Y si realmente...? ¡Eso sí que ter-
dría gracia! ¿Eh?

PETRISCHEV.—(Terriblando.)
¡Ay, tengo miedo! Tengo mucho
miedo... Maria Konstantinovna, ten-

go miedo... "Me piernan las tiem-
blas"...

BETSY.—(Riendo.)
¡Más bajo!

(Todos se sientan.)

LEONID FIODOROVICH.
Siéntense, siéntense. Semion, sién-
tate.

SEMION.
Sí, señor. (Se sienta en el borde de
una silla.)

LEONID FIODOROVICH.
Siéntate bien.

PROFESOR.
Tome asiento como es debido, en
el centro de la silla y relájese por
completo.

(Ayuda a SEMION a sentarse.)
BETSY, MARIA KONSTANTINOVNA
y VASILI LEONIDOVICH ríen.)

LEONID FIODOROVICH.—(Levantando la
voz.)
Ruego a los presentes que no aldo-
rolen y tomen esto en serio. De lo
contrario, podría haber graves conse-
cuencias. ¿Me oyes, Vovó? Si no
piensas guardar compostura, már-
chate.

VASILI LEONIDOVICH.
¡Quietos!
(Se oculta tras la espalda de la
SEÑORA GRUESA.)

LEONID FIODOROVICH.
Alexei Vladimirovich, duermalo.

PROFESOR.
¿Por qué iba a hacerlo yo estando
Anton Borisovitch? Tiene más prác-
tica y más fuerza... ¡Anton Boris-
ovich!

GROSMAN.
Señores, a decir verdad yo no soy

espiritista. Solo me he dedicado al
hipnotismo; desconozco por comple-
to el espiritismo. Al dormir a un pa-
ciente puedo esperar que se produ-
can ciertos fenómenos que me son
conocidos, como, por ejemplo, la le-
targia, la abulia, la anestesia, la
analgesia, la catalepsia, y otros por el
estilo. Aquí en cambio, se van a es-
tudiar otros fenómenos; por tanto,
conventaría saber de qué tipo son y
su significado científico.

SALIMOV.
Comparo la opinión del señor Gros-
man. Esa explicación sería intere-
santísima.

LEONID FIODOROVICH.—(Al PROFESOR.)
Alexei Vladimirovich, espero que no
se negará a dar una breve explica-
ción.

PROFESOR.
Puedo darla si así lo desean. (Al
DOCTOR.) Haga el favor de tomar la
temperatura y el pulso al médium.
Pero tendrá que ser breve y ale-
mental.

LEONID FIODOROVICH.

Si, sea breve, sea breve...

DOCTOR.
Ahora mismo. (Saca el termómetro y
se lo da a SEMION.) Muchacho, pón-
gase el termómetro.

SEMION.
Sí, señor.

PROFESOR.—(Se levanta y se dirige a la
SEÑORA GRUESA. Luego vuelve a ser-
tarse.)

¡Señores! Los fenómenos que estu-
diamos en este momento nos los
presentan, por una parte, como algo
nuevo, y, por otra, como algo que
se sale del orden de las cosas natu-
rales. Ni lo primero ni lo segundo

es cierto. El espiritismo es tan viejo
como el mundo y no tiene nada de
sobrenatural. Por el contrario, está
sometido a las leyes que rigen todo
lo existente. Generalmente se le de-
fine como la comunicación con el
mundo espiritual; pero esta definición
es inexacta. Porque si así fuese, el
mundo espiritual estaría en contra-
posición con el material. Y eso no
es verdad; esa contraposición no
existe. Los dos mundos están tan
cerca el uno del otro, que no hay po-
sibilidad de trazar una línea de de-
marcación. Decimos: "La materia se
compone de moléculas..."

PETRISCHEV.

¡Qué aburrida es esta materia!

(Susurros y risas.)

PROFESOR.—(Se detiene y luego prosi-
gue.)

"Las moléculas, de átomos"; pero
como estos carecen de dimensión, no
son más que puntos de conexión de
la fuerza, como si dijéramos. Ha-
blando con todo rigor, no se trata
de fuerza, sino de energía... de esa
energía que es única e imperecedera,
igual que la materia. La materia es
única, pero presenta diversos aspek-
tos, y así sucede también con la ener-
gía. Hasta hace poco solo conocía-
mos cuatro de sus aspectos, que se
transformaban uno en otro. La ener-
gía dinámica, la térmica, la eléctrica
y la química. Pero estos cuatro as-
pectos están lejos de abarcar sus
múltiples manifestaciones. Uno de los
aspectos nuevos, muy poco conocido,
es el que estudiamos. Me refiero a la
energía de la medinimidad. (De nue-
vo se oyen susurros y risas en el
rincón de los jóvenes. El PROFESOR
se interrumpe, vuelve la cabeza con
expresión severa y continúa.) Las
predicciones, los presentimientos, las

242

LEON NIKOLAEVICH TOLSTOI.—OBRAS.—TOMO I

visiones y muchos otros fenómenos, que no son sino manifestaciones de la energía de la médiumidad, se co-locan desde hace mucho. Pero la energía misma no se ha admitido como tal hasta nuestros días. Los fenómenos de la luz no pudieron explicarse hasta que fue admitida la existencia de una materia imponderable: el éter: los de la médiumidad parecían misteriosos hasta el momento en que se reconoció una verdad, indiscutible ahora; la de la existencia, entre las partículas del éter, de otra materia aún más sutil, no sometida a la ley de las tres dimensiones...

(*Vuelven a oírse risas, susurros y ligeros gritos.*)

PROFESOR.—(*Vuelve la cabeza con expresión severa.*)
Lo mismo que los cálculos matemáticos han confirmado la existencia del éter imponderable, que produce los fenómenos de la luz y de la electricidad, una serie de brillantes y exactísimos experimentos del genial Hermann Schmidt y del profesor Schmatzofen han probado la de una materia que llena el universo, y puede llamarse éter espiritual.

SEÑORA GRUESA.
Ahora comprendo. ¡Qué agradable le estoy!

LEONID FIODOROVICH.

Está bien, Alexei Viadimirovich; pero ¿no podría resumir un poco?

PROFESOR.—(*Sin contestar.*)

Así, pues, como he tenido el honor de decirles, una serie de estudios y experimentos puramente científicos nos han esclarecido las leyes de los fenómenos de la médiumidad. Nos han revelado que el estado hipnótico de ciertos seres se distingue del sueño normal por el solo hecho de

síntica como lo acabamos de ver. Un paciente en ese estado provoca en el éter espiritual unas perturbaciones exactamente iguales a las que produce la inmersión de un cuerpo sólido en un líquido. Tales perturbaciones son la esencia de lo que llamamos fenómenos de médiumidad...

(*Risas y susurros.*)

SARATOV.

Esto es exacto y comprensible; pero permítame que le pregunte: si el sueño de un médium produce perturbaciones en el éter espiritual, ¿por qué estas se manifiestan siempre, como se supone por lo general, en las sesiones espiritistas por medio de las almas de seres fallecidos?

PROFESOR.

Porque las partículas de ese éter espiritual no son sino las almas de los vivos, de los muertos y de seres que no han nacido. Toda conmoción de dicho éter provoca inevitablemente un movimiento determinado de sus partículas, con el que las almas se ponen en comunicación.

SEÑORA GRUESA.—(*A SARATOV.*)
¿Qué es lo que no entiende? Es tan sencillo... ¡Estoy agradecidísima!

LEONID FIODOROVICH.
Me parece que ahora todo está claro y podemos empezar.

DOCTOR.

El muchacho se encuentra en un estado perfectamente normal. Tiene treinta y siete años y setenta y cuatro pulsaciones.

PROFESOR.—(*Saca su cuadernillo de notas y apunta.*)

Confirmará mis palabras el hecho de que cuando se duerna el médium le subirá la temperatura y le aumentarán las pulsaciones lo mismo que ocurre en el estado hipnótico.

LEONID FIODOROVICH.

Perdone, quisiera contestar a la pregunta de Serguei Ivanovich. ¿Cómo sabemos que nos comunicamos con las almas de los difuntos? Muy sencillo. Las almas nos hablan sin ambages, lo mismo que hablo yo, y nos dicen quiénes son, para qué vienen, dónde se encuentran y cómo les va. En la última sesión se presentó el español Don Gaspar y me contó su vida. Dijo: cuando había muerto y nos confesé que sufría por haber tomado parte en la Inquisición. Y por si fuera poco, explicó lo que le iba a ocurrir en aquel momento: tenía que volver a nacer en la tierra. Por eso no pudo continuar su conversación con nosotros... Pero ya se vencerá usted.

SEÑORA GRUESA.—(*Interrumpiéndolo.*)

¡Qué interesante! A lo mejor ese español ha nacido en nuestra casa y es ahora un niño.

LEONID FIODOROVICH.

Es muy posible.

PROFESOR.

Me parece que ya es hora de empezar.

LEONID FIODOROVICH.

Solo quisiera decir...

PROFESOR.

Es muy tarde.

LEONID FIODOROVICH.

Bueno; empecemos entonces. Anton Borisovich, haga el favor de dormir al médium...

GROSMAN.

¿Como quiere que le duerma? Hay muchos procedimientos: el de Bredel, el del símbolo egipcio, el de Charcot...

LEONID FIODOROVICH.—(*Al PROFESOR.*)
Creo que es lo mismo.

PROFESOR.

Desde luego, es indiferente.

GROSMAN.

Entonces emplearé mi propio método; lo he probado en Odesa.

LEONID FIODOROVICH.

Como quiera.

(*GROSMAN agita las manos por encima de SEMION. Este cierra los ojos y se estruja.*)

GROSMAN.—(*Riéndose en él.*)

Se está durmiendo, ya duerma. El estado hipnótico se ha producido con extraordinaria rapidez. Sin duda, el paciente ha entrado ya en el estado anestésico. Es un ser muy impresionable y se le podría someter a experimentos muy interesantes... (*Se sienta, se levanta y se vuelve a sentar.*) Ahora podríamos pincharle las manos. Si quieren ustedes...

PROFESOR.—(*A LEONID FIODOROVICH.*)

¿Se fija cómo actúa el sueño del médium en Grosman? Empezar a vibrar.

LEONID FIODOROVICH.

Si, sí... ¿Podemos apagar ya?

SARATOV.

¿Por qué es necesaria la oscuridad?

PROFESOR.

Es una de las condiciones requeridas para que se produzca la energía de la médiumidad, lo mismo que se necesita una temperatura determinada para ciertos fenómenos químicos y para la energía dinámica.

LEONID FIODOROVICH.

La oscuridad no es indispensable en todos los casos. Muchas personas, yo

entre ellas, han presenciado fenómenos tanto con luz artificial como con la luz del día.

PROFESOR.—(Interrumpiéndolo.)
¿Se puede apagar?

LEONID FIODOROVICH.

Si, sí. (Apaga las velas.) ¡Señores, les ruego que presen atención!
(TANIA sale de debajo del diván y coge un hilo atado al brazo de un sillón.)

PETRUSCHEV.
Me ha gustado ese español. Bajó de cabeza en medio de la conversación... Enterramente lo que se llama "pliquer en tête".

BERSY.
Calle, fíjese en lo que va a pasar.

PETRUSCHEV.
Temo que Vovó empieza a gruñir como un lechoncito.

VASILI LEONIDOVICH.
¿Queréis que lo haga? Voy a...

LEONID FIODOROVICH.
¡Señores, les ruego que guarden silencio!
(Reina el silencio. SEMION empieza a temerse un dedo, luego se frota con él los nudillos y agita las manos.)

LEONID FIODOROVICH.
¡Luz! ¿Ven ustedes la luz?

SARATOV.
¡Luz! Sí, sí, la veo; pero permítame...

SEÑORA GRUESA.
¿Dónde? ¿Dónde? No la he visto. Ahora sí, la veo. ¡Oh!

un susurro mientras señala a GROS-
MAN, que se mueve.)
¡Fíjese cómo vibra! Es una fuerza doble.
(De nuevo se ve brillar algo en la oscuridad.)

LEONID FIODOROVICH.—(Al PROFESOR.)
¡Es é!l!

SARATOV.
¿Quién?

LEONID FIODOROVICH.
El griego Nicolás. Es su luz. ¿Verdad, Alexei Vladimirovich?

SARATOV.
¿Quién es?

PROFESOR.
Un griego que fue monje en Zargarda en la época de Constantino. Últimamente ha comunicado con nosotros.

SEÑORA GRUESA.
¿Dónde está? ¿Dónde está? No lo veo.

LEONID FIODOROVICH.
Todavía no se le puede ver. Suele ser muy condescendiente con usted, Alexei Vladimirovich. Hágame preguntas...

PROFESOR.—(Con un tono de voz especial.)
¡Nicolás! ¿Eres tú?
(TANIA da dos golpes en la pared.)

LEONID FIODOROVICH.—(Con alegría.)
¡Es é!l! ¡Es é!l!

SEÑORA GRUESA.
¡Ay, ay! Me voy...

SARATOV.
¿Por qué suponen ustedes que es é!l?

LEONID FIODOROVICH.

Por los dos golpes. Es una contestación afirmativa; en caso contrario, hubiera reinado el silencio.

(Reina el silencio. RISAS ahogadas entre los jóvenes. TANIA tira sobre la mesa la pantalla de la lámpara, un lápiz y un cantante.)

LEONID FIODOROVICH.—(Susurrando.)
Fíjense, señores, la pantalla de la lámpara. Algo más... ¡Un lápiz! Alexei Vladimirovich, un lápiz.

PROFESOR.
Si, sí. Observo al médium y a Grosman al mismo tiempo. ¿Se fija usted?

(GROSMAN se levanta y examina los objetos que han caído sobre la mesa.)

SARATOV.
¡Un momento! ¡Un momento! Tal vez sea el médium quien hace estas cosas.

LEONID FIODOROVICH.
¿Usted cree? Pues siéntese a su lado y sujétete las manos, si quiere. Yo tengo la completa seguridad de que duerme.

SARATOV.—(Se dirige hacia el médium y engancha con la cabeza el hilo que TANIA ha bajado. Se agacha asustado.)
¡Oh, oh! ¡Qué extraño! (Se acerca a SEMION y lo coge por un codo. Aquel empieza a gritar.)

PROFESOR.—(A LEONID FIODOROVICH.)
¿Se da cuenta del efecto que le produce la presencia de Grosman? Es un fenómeno nuevo; voy a tomar nota... (Sale precipitadamente de la habitación, y vuelve en seguida.)

LEONID FIODOROVICH.

Bueno... Pero no podemos dejar sin respuesta a Nicolás. Empecemos.

GROSMAN.—(Se acerca a SEMION y le levanta y le baja un brazo.)
Sería interesante producirle una contracción. Está en pleno estado hipnótico.

PROFESOR.—(A LEONID FIODOROVICH.)
¿Lo ve usted? ¿Lo ve?

GROSMAN.
Si quieren...

DOCTOR.
Dejenos actuar a Alexei Vladimirovich. La cosa se está poniendo seria.

PROFESOR.
Deje al médium. Ya está hablando en sueños.

SEÑORA GRUESA.
Cuánto me alegra haberme decidido a presenciar la sesión. Me da miedo, pero estoy contenta. Siempre le decía a mi marido...

LEONID FIODOROVICH.
Les ruego que guarden silencio.
(TANIA pasa el hilo por encima de la cabeza de la SEÑORA GRUESA.)

SEÑORA GRUESA.
¡Ay!

LEONID FIODOROVICH.
¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

SEÑORA GRUESA.
Me ha cogido del pelo.

LEONID FIODOROVICH.—(En un susurro.)
No tema, no es nada; dele la mano; suelen tenerlas frías, pero me gusta su contacto.

SEÑORA GRUESA.—(Esconde las manos.)
¡Por nada del mundo!

SARATOV.
Verdaderamente, es extraño, muy extraño...

LEONID FIODOROVICH.
Está aquí y pide comunicación.
¿Quién quiere preguntar algo?

SARATOV.
Permítame que le haga una pregunta.

PROFESOR.
Con mucho gusto.

SARATOV.
¿Creo o no creo?
(TANIA da dos golpes.)

PROFESOR.
La respuesta es afirmativa.

SARATOV.
Permítame que haga otra pregunta.
¿Tengo un billete de diez rublos en el bolsillo?

(TANIA da varios golpes y pasa el hilo por la cabeza de SARATOV.)

SARATOV.
¡Ay!... (Agarra el hilo y lo rompe.)

PROFESOR.
Ruego a los presentes que no hagan preguntas vagas ni gasten bromas. Al espíritu le desagrada.

SARATOV.
Perdóneme, pero tengo un hilo en la mano.

LEONID FIODOROVICH.
¿Un hilo? No lo suelte. Eso ocurre a menudo. Y no solamente aparecen hilos, sino cordones de seda antihijos.

SARATOV.
Dígame, ¿de dónde procede este hilo?

(TANIA arroja un cojín contra SARATOV.)

SARATOV.
¡Un momento! ¡Un momento! ¡Un objeto blando me ha dado en la cabeza. Hagan el favor de encender la luz. Aquí hay algo...

PROFESOR.
Le ruego que no interrumpa la sesión...

SEÑORA GRUESA.
¡Por Dios, no interrumpa! Yo también quiero preguntar algo, ¿me lo permiten?

LEONID FIODOROVICH.
Desde luego.

SEÑORA GRUESA.
Quiero consultar algo referente a mi estómago. Quisiera saber si debo tomar acónito o belladona.

(Reina el silencio. Los jóvenes cuchichean y, de pronto, VASILI LEONIDOVICH se echa a llorar como un niño recién nacido: "Ua, ua". Risas. Las muchachas y PRITSCHEV salen precipitadamente conteniendo la risa.)

SEÑORA GRUESA.
Seguro que es el monje que ha vuelto a nacer...

LEONID FIODOROVICH.—(Enfurecido, súbita.)
No se puede esperar nada bueno de ti. Si no sabes guardar compostura, vete.
(VASILI LEONIDOVICH sale.)

ESCENA XIX

LEONID FIODOROVICH, el PROFESOR, la SEÑORA GRUESA, SARATOV, GROSSMAN, el DOCTOR, SEMION y TANIA. Reinan la oscuridad y el silencio.

SEÑORA GRUESA.
¡Oh, qué pena! Ahora ya no puedo

mos hacerle preguntas. Ha vuelto a nacer.

LEONID FIODOROVICH.
Nada de eso. Son tonterías de Vovó. "Eh" está aquí. Pregúntele.

PROFESOR.
Estas cosas suceden con frecuencia: las bromas y las burlas son corrientes. Supongo que está aquí. Además, podemos preguntárselo. Leonid Fiodorovich, ¿quiere formular la pregunta?

LEONID FIODOROVICH.
Por favor, fórmílela usted. Esto me ha disgustado. Qué desagradable es esa falta de tacto...

PROFESOR.
Bueno, bueno. Nicolás, ¿estás aquí todavía?

(TANIA da dos golpes y agita la campanilla. SEMION empieza a gritar y a mover los brazos. AGARRA a SARATOV y al PROFESOR y los aprjeta.)

PROFESOR.
¡Es un fenómeno inesperado! El médiúm está influido por alguien. Nunca he visto tal cosa. Leonid Fiodorovich, observe. Yo estoy incómodo. Me está ahogando. Mire a ver qué hace Grossman. Es preciso poner gran atención.

(TANIA arroja el papel de los "muñitos" sobre la mesa.)

LEONID FIODOROVICH.
Algo ha caído sobre la mesa.

PROFESOR.
Mire a ver lo que es.

LEONID FIODOROVICH.
¡Un papel! ¡Una hoja de papel doblada!

(TANIA deja caer un tintero sobre la mesa.)

LEONID FIODOROVICH.
¡Un tintero!

(TANIA arroja una pluma.)

LEONID FIODOROVICH.
¡Una pluma!

(SEMION lanza un grito y abraza al profesor y lo aprjeta con fuerza.)

PROFESOR.—(Con voz ahogada.)
Esto es una manifestación nueva: no es la energía de la médiumidad provocada la que actúa, sino el médium mismo. Abra el tintero y ponga la pluma sobre el papel, ya verá usted cómo escribirá algo.

(TANIA se coloca detrás de LEONID FIODOROVICH y le da un golpe en la cabeza con la guitarra.)

LEONID FIODOROVICH.
¡Alguien me ha dado un golpe en la cabeza! ¡Mira la mesa! La pluma no escribe todavía y el papel sigue doblado.

PROFESOR.
Mire si hay algo escrito en ese papel. ¡Pronto! Sin duda, la doble fuerza, la de él y la de Grossman, produce perturbaciones.

LEONID FIODOROVICH.—(Sale con el papel en la mano y vuelve inmediatamente.)
Es extraordinario. Es el documento de los campesinos que me he negado a firmar esta mañana, y que les devolví. Probablemente, "él" quiere que lo firme.

PROFESOR.
¡Desde luego, desde luego! Pregúnteselo.

LEONID FIODOROVICH.
Nicolás, ¿quieres qué...?
(TANIA da dos golpes.)

248

LEON NIKOLAEVICH TOLSTOI.—OBRAS.—TOMO I

PROFESOR.

¿Lo oye usted? Está claro, está claro.

(LEONID FIODOROVICH coge la pluma y sale. TANIA da golpes, toca la guitarra y el acordeón y después se mete debajo del diván.)

LEONID FIODOROVICH vuelve. SE-

ÑORA GRUESA.

LEONID FIODOROVICH.

Se está despertando. Ya se pueden encender las velas.

PROFESOR.—(Apresuradamente.)

Doctor, doctor, tenga la bondad de tomarme el pulso y compruebe la temperatura; ya verá cómo le ha sido.

LEONID FIODOROVICH.—(Enciende las velas.)

Bueno, ¿qué me dicen los señores Incredulos?

DOCTOR.—(Se acerca a SEMION y le pone el termómetro.)

¿Qué hay, muchacho? ¿Has echado un sueñecito? Ponte el termómetro y dame la mano. (Consulta el reloj.)

SARATOV.—(Encogiéndose de hombros.)

Es evidente que el médium no ha podido hacer estas cosas. Pero ¿y el hijo? Me gustaría encontrar una explicación.

LEONID FIODOROVICH.

¿El hijo? ¡Pero si acabamos de presentar fenómenos más serios!

SARATOV.

No sé. En todo caso... "je réserve mon opinion" (1).

SEÑORA GRUESA.—(A SARATOV.)

¿Cómo puede usted decir "je réserve mon opinion"? ¿Qué me dice del recién nacido con altísimas? ¿Acaso no lo

ha visto? Al principio creí que se me figuraba; pero luego lo vi tan claro como si estuviera vivo.

SARATOV.

Solo puedo hablar de lo que veo con mis propios ojos. Y eso no lo he visto.

SEÑORA GRUESA.

¿Cómo? Si se veía claramente. Y es más, por el lado izquierdo, se inclinó hacia el un monte vestido de negro.

SARATOV.—(Alejándose.)

¡Qué exageración!

SEÑORA GRUESA.—(Dirigiéndose al Doctor.)

Usted sí que lo habrá visto. Se elevó por el lado en que estaba usted. (El Doctor sigue contando las pulsaciones sin hacer caso de la Señora Gruesa.)

SEÑORA GRUESA.—(A GROSMAN.)

Despedía luz, sobre todo su carita... ¡Y qué expresión tan dulce, tan deliciosa! ¡Tenía algo celestial! (Sonríe beatíficamente.)

GROSMAN.

He visto una luz fosforescente y me he dado cuenta de que algunos objetos han cambiado de sitio, pero nada más.

SEÑORA GRUESA.

Eso será usted. Ustedes, los que pertenecen a la escuela de Charcot, en creen en la vida de ultratumba. En lo que a mí se refiere, nadie podría persuadirme de que no existe la otra vida.

(GROSMAN se aleja.)

SEÑORA GRUESA.

Este ha sido uno de los momentos más felices de mi vida. Cuando Saratov empezó a tocar... ¡Oh! ¡Nadie

le hace caso. Entonces se acerca a SEMION.) Dime, amigo mío, ¿qué has experimentado? ¿Has sufrido mucho?

SEMION.—(Se echa a reír.)

Sí, mucho.

SEÑORA GRUESA.

Pero ¿has podido dominarte?

SEMION.

Sí, eso es. (A LEONID FIODOROVICH.)

¿Me permite que me retire?

LEONID FIODOROVICH.

Anda, vete, vete.

DOCTOR.—(Al Profesor.)

Tiene las mismas pulsaciones, pero le ha bajado la temperatura.

PROFESOR.

¿Dice usted que le ha bajado la temperatura? (Se sume en reflexiones y de pronto exclama.) ¡Así debe ser! ¡Tenía que sobrevenir un descenso de temperatura! Al cruzarse la doble energía se ha producido algo así como una interferencia. Sí, sí...

LEONID FIODOROVICH.

Siento que no se haya producido una materialización completa; pero de todas formas... Señores, les ruego que pasen al salón.

(GROSMAN y SEMION se alejan.)

SEÑORA GRUESA.

Lo que más me ha sorprendido fue cuando agitó las altísimas y vimos como se elevaba.

GROSMAN.—(A SARATOV.)

Con el hipnotismo se puede producir una epilepsia en toda regla.

SARATOV.

Es interesante, pero no me convence de un modo absoluto. Es lo único que puedo decir.

ESCENA XX

LEONID FIODOROVICH con el papel en las manos
EJIRA FIODOR IVANOVICH

LEONID FIODOROVICH.

Si vieras, Fiodor, qué sesión tan extraordinaria. Resulta que debo vender las tierras en las condiciones que quieren los campesinos.

FIODOR IVANOVICH.

¿Ah, sí?

LEONID FIODOROVICH.

¿Qué hacer si no? (Le enseña el papel.) Figúrate que el papel que les devolví apareció en la mesa. Lo he firmado.

FIODOR IVANOVICH.

¿Cómo ha venido a parar aquí?

LEONID FIODOROVICH.

Pues así, sin más ni más. (Sale. FIODOR IVANOVICH lo sigue.)

ESCENA XXI

TANIA, sola; después, GARCORI

TANIA.—(Sale de debajo del sofá y se echa a reír.)

¡Madre mía, qué risa! ¡Qué susto me llevé cuando agarró el hijo! (Lanza un grito.) De todos modos, lo he conseguido. ¡Ha firmado!

GARCORI.

Entonces, ¿has sido tú quien les ha gastado esa bromita?

TANIA.

¿Y a usted qué le importa?

GARCORI.

¿Te figuras que eso le va a gustar a la señora? No haces más que tonterías; pero esta vez has caído. Contaré tus enredos si no me haces caso.

TANIA.

No pienso hacerle caso; no le tengo miedo.

TELÓN

ACTO CUARTO

La escena representa el decorado del primer acto.

ESCENA PRIMERA

Des LACAYOS de librea, FIODOR IVANOVICH y GRIGORI

LACAYO 1.º.—(Tiene las patillas entre-
carras.)

Esta es la tercera visita que hacemos hoy. Afortunadamente todas las visitas son en el mismo barrio. Ustedes recibían antes los jueros, ¿verdad?

FIODOR IVANOVICH.

Si; pero los señores cambiaron para el sábado para coincidir con los Goykin, los Grade-von Grabe...

LACAYO 2.º

Menos mal que los Scherbakov obsequian a los lacayos cuando dan balles.

ESCENA II

Dichos. Bajan la PRINCESA y su hija, acompañadas de BERTSY. La PRINCESA consulta un librito de notas y el reloj; después se sienta en un arched. GRIGORI le pone las botas

PRINCESA.
Haz el favor de venir. Si no vienes, tampoco vendrá Vovó y nos estropearás la fiesta.

BERTSY.
No sé qué hacer. Tengo que ir a casa de los Shubbin. Después tenemos ensayo.

PRINCESA.

Te daré tiempo para todo. No dejes de venir, te digo. "Ne nous faites pas faux bond" (1) Estarán Fedta y Kokó.

BERTSY.
"Ten al par dessus la tête de votre Kokó" (2).

PRINCESA.
Esperaba encontrarlo aquí. Generalmente, "il est d'une exactitude" (3).

BERTSY.
Vendrá sin falta.

PRINCESA.
Siempre que lo veo contigo me parece que acaba de declararse o que se va a declarar de un momento a otro.

BERTSY.
Sin duda, tendré que pasar por esta prueba. ¡Y qué desagradable me resulta!

PRINCESA.
¡Pobre Kokó! ¡Está tan enamorado!

BERTSY.
"Cessez, les gens" (4).

(La PRINCESA se sienta en un diván y habla en voz baja mientras GRIGORI continúa poniéndole las botas.)

PRINCESA.
Entonces, hasta luego.

BERTSY.
Procuraré ir.

PRINCESA.
No dejes de decirte a tu papá que, aunque no creo en estas cosas, ven-

(2) Estoy harto de su Kokó.

(3) Es tan puntual.

(4) Es tan puntual.

diré para conocer a su nuevo médium. Que me avise. Adios, "ma toute belle". (Besa a BERTSY y sale acompañada de su hija. BERTSY sube.)

ESCENA III

Los dos LACAYOS, FIODOR IVANOVICH y GRIGORI

GRIGORI.

No me gustia calzarse a las viejas; no pueden doblarse; la barriga les estorba para ver y mecen el pie donde no es. En cambio, cuando se trata de una jovencita da gusto cogerle el pie en la mano.

LACAYO 2.º

¡Anda este! ¡Como si pudiésemos elegir!

LACAYO 1.º

Nosotros no somos quién para hacerlo.

GRIGORI.

¿Por qué? ¿Acaso no somos personas? Eso es lo que se creen ellos, que no comprendemos nada. Hace un momento, me ha mirado y ha dicho: "Les gens."

LACAYO 2.º

¿Y qué quiere decir eso?

GRIGORI.

Eso significa: "No hables, te entenderán." Durante la comida, también hablaban en francés, pero yo me enteré. Decía que hay diferencia entre ellos y nosotros; yo creo que no.

LACAYO 1.º

Hay mucha diferencia para el que la entiende.

GRIGORI.

No hay ninguna. Hoy día soy un criado; pero tal vez mañana viva tan bien como ellos. Se han dado casos de señoritas que se han casado con

lacayos... ¿Acaso no es cierto? Voy a fumar. (Sale.)

ESCENA IV

Dichos, menos GRIGORI

LACAYO 2.º

¡Qué atrevido es este muchacho!

FIODOR IVANOVICH.

¡Tiene muchos pájaros en la cabeza! Estuvo emperrado en una oficina y eso lo ha echado a perder. Aconsejé que no lo tomaran; pero a la señora le gustó. Tiene buena presencia para acompañarla en el coche.

LACAYO 1.º

Pues anda que si estuviese al servicio de nuestro conde... ¡Pronto le pararía los pies! No le gustan esos mozos presumidos. Si uno es criado, que lo sea sin renegar de su condición. Ese orgullo no viene a cuento.

ESCENA V

Dichos. PETRISCHY baja encendiendo un cigarrillo. Entra KOKO KLINGEN con un "pince-nez" puesto

PETRISCHY.—(Enfismado.)

¡Sí, sí... Mi segunda es "Ka". ¡Ah! ¡Kokosha Kartosha! ¿De dónde viene?

KOKO KLINGEN.

De casa de los Scherbakov. Siempre con tus tonterías...

PETRISCHY.

No son tonterías, se trata de una charada. Mi primera es "kin", mi segunda, "ka", y mi todo ahuyenta a las terneras.

KOKO KLINGEN.

No entiendo, no entiendo nada. Ni tengo tiempo.

PETRISCHY.

¿Tienes algo que hacer?

252

LEON NIKOLAEVICH TOLSTOI.—OBRAS.—TOMO I

ESCENA VI

Los dos LACAYOS, FIODOR IVANOVICH y KOKÓ KLINGEN. BERTSY acompaña a una DAMA

KOKÓ KLINGEN.
¡Claro que sí! Formo parte del coro de los IVIN. Y después tengo que ir a casa de los Shubin y al ensayo. Tú también vas, ¿verdad?

BERTSY.—(Le sacude la mano en dirección a la DAMA.)
¿No se conocen ustedes?

PETRISCHEV.
¡Cómo no! Desde luego. Antes solo era salvaje, pero ahora soy salvaje y general.

DAMA.
No.

KOKÓ KLINGEN.
¿Qué tal la sesión de ayer?

BERTSY.
El barón Klingen. ¿Cómo no ha venido ayer?

KOKÓ KLINGEN.
Me fue imposible.

PETRISCHEV.
¡Fantástica! El médium era un "mutjik". Lo magnífico es que todo se hizo en la oscuridad. Voyó imitó el llanto de un niño recién nacido. El profesor explicaba y María Vashlevna aceptaba su disertación. ¡Pue divertidísimo! Es una lástima que no estuvieras.

BERTSY.
Es lástima; la sesión resultó muy interesante. (Se echa a reír.) Hubiera usted presenciado las "manifestations". ¿Cómo va nuestra charrada? ¿Adelante?

KOKÓ KLINGEN.
"mon cher". ¡Tú te des-

Me da miedo, con tus bromas; en cam- envuelves con tus bromas; en cam- bio, yo tengo hablar porque en se- guida interpretan mis palabras como una declaración. "Et ça ne m'arrange pas du tout. Mais du tout, du tout!" (1).

KOKÓ KLINGEN.
Ya lo creo. Están hechos los versos para "mon second". Los ha escrito Nik y yo les puse música.

BERTSY.
Recítelos, ¿quiere?

KOKÓ KLINGEN.
Espere, ¿cómo empiezan? ¡Ah, sí! El caballero canta a Nana. (Canta.)

PETRISCHEV.
Llama a Voyó y vamos juntos al en- sayo.

¡Qué bella es la Naturaleza!
En mi alma nace una esperanza...
Nana, Nana, na, na na.

KOKÓ KLINGEN.
No comprendo cómo puedes tratar con semejante majadero. ¡Es estúpido! ¡Idiota!

DAMA.
"Mon second" es "na", ¿y cuál es "mon premier"?

KOKÓ KLINGEN.
"Mon premier" es "Are", así se llama la salvaje.

PETRISCHEV.
Le tengo afecto. Quiero a Voyó, pero "ese extrajo amor"... (Se va a la habitación de VASILI LEONDOVICH.)

BERTSY.
Se trata de una salvaje que quiere devorar al objeto de su amor... (Ríe.) Pasa tristemente cantando:

KOKÓ KLINGEN.—(Interrumpiéndola.)
Estoy mareada...

BERTSY.—(Continúa.)
Quisiera comerme a alguien...

KOKÓ KLINGEN.
Pero no encuentro...

BERTSY.
Nada para masticar.

KOKÓ KLINGEN.

A lo lejos hay una ruda, con dos generales...

BERTSY.
...que se dirigen hacia nosotros...

KOKÓ KLINGEN.

Los dos generales somos nosotros. El Destino nos ha unido en una sala...

Y luego otra vez al "refrain":
El Destino nos ha unido en una sala...

DAMA.
"Charmant".

BERTSY.
Fíjese bien en la estupidez.

KOKÓ KLINGEN.

En eso está el encanto.

DAMA.
¿Quién hace de Are?

BERTSY.

Yo. Me he encargado un traje especial, pero mamá dice que es "indecente". Yo le aseguro que no lo es más que cualquier traje de baile. (A FIODOR IVANOVICH.) ¿Ha venido el dependiente de la casa Bourdée?

FIODOR IVANOVICH.

Sí; está en la cocina.

DAMA.
¿Cómo será la pista?

BERTSY.

Ya la verá. Si se lo digo, no tendrá interés en verla. "Au revoir".

DAMA.

¡Adiós! (Se despiden. La DAMA se va.)

BERTSY.—(A KOKÓ KLINGEN.)
Vamos a ver a mamá.

(Ambos suben.)

ESCENA VII

FIODOR IVANOVICH, los dos LACAYOS y YAKOV, que atraviesa la antecámara muy sofocado, llevando una bandela con el retrato del re y esultas

YAKOV.—(A los LACAYOS.)
Buenas tardes, señores.

(Los LACAYOS saludan.)

YAKOV.—(A FIODOR IVANOVICH.)

Ya podía usted decir a Grigori Mishalovich que me ayudara. Estoy reventado con tanto preparativo. (Sale.)

ESCENA VIII

Dichos, menos YAKOV

LACAYO 1.º
Parece muy trabajador...

FIODOR IVANOVICH.

Es un buen hombre; pero a la se- hora no le gusta. Dice que no tiene buena presencia. Y por si faltaba algo, ayer ha tenido un disgusto... y le echaron la culpa a él. Alguien dejó entrar en la cocina a unos campesinos... ¡Dios quiera que no le despidan!

LACAYO 2.º

¿Quiénes eran?

FIODOR IVANOVICH.

Unos "mujiks" de Kursk que han venido a comprar unas tierras. Tenían que pasar la noche en la ciudad. Además, son paisanos. Uno de ellos es padre de un criado de la casa. Por eso los llevaron a la cocina. Pero los señores empezaron con su activación de pensamientos. Escondieron una cucharilla en la cocina y fueron

a buscarla. La señora vio a los campesinos, y ¿para que queremos más? Dijo que podían estar contaminados... y se enfadó mucho porque habían tratado el atrevimiento de dejarlos entrar en la cocina... ¡Tiene un miedo al contagio!

ESCENA IX
Dichos y GRIGORI

FIODOR IVANOVICH.
Grigori, vaya a ayudar a Yakov; yo me quedaré aquí. No puede dar abasto solo.

GRIGORI.
Es muy torpe; por eso no da abasto. (Sale.)

ESCENA X
Dichos, menos GRIGORI

LACAYO 1.º
Han inventado una moda nueva con eso del contagio. ¿A la señora también le da miedo?

FIODOR IVANOVICH.
Más que el fuego. Ahora no tenemos más preocupación que limpiar, freír y vaporizar todo.

LACAYO 1.º
Ahora caligo. Por eso notaba yo la atmósfera tan pesada. (Con admiración.) ¡Es un pecado! ¡Qué no inventarán con esos contagios! Olvidan a Dios. A la hermana de nuestro amo, a la princesa Mosolova, se le estaba muriendo una hija. ¿Y qué cree usted que hizo? Ni ella ni el padre entraron en la habitación para despedirse de la muchacha. Por más que la hija lloró y suplicó que fueran, no le hicieron caso. El doctor había encontrado no sé qué contagio. Pero no se vaya a creer, la doncella y la enfermera que la cuidaron están

ESCENA XI
Dichos: VASILI LEONIDOVICH y PETERSCHEV entrando

PETERSCHEV.
Espere un momento, solo quiero recoger a Kokosha-Kartosha.

VASILI LEONIDOVICH.
Tu Kokosha es un badulaque. Te cuento que no lo aguantó. Es tanto que no hace nada y está todo el día de la ceca a la meca.

PETERSCHEV.
Al menos, espere que me despida.

VASILI LEONIDOVICH.
Bueno; mientras tanto, voy a ver a los perros. Uno de ellos es tan fiero, que ha estado a punto de devorar al cochero, según dice.

PETERSCHEV.
¿Quién a quién? ¿Es posible que el cochero haya querido devorar al perro?

VASILI LEONIDOVICH.
Siempre estás igual... (Se pone el abrigo y sale.)

PETERSCHEV.—(Entristecido.)
"A-brí-go, pa-ta-ta"... Sí, sí... (Sube.)

ESCENA XII
Los dos LACAYOS, FIODOR IVANOVICH y YAKOV.
Este último atraviesa la antecámara dos veces, al entrar y al acabar la escena.

FIODOR IVANOVICH.—(A YAKOV.)
¿Qué más quieren?

YAKOV.
Se han acabado los emparedados. Ya decía yo que... (Sale.)

LACAYO 2.º
En casa se puso malo el niño. En seguida lo llevaron a un hospital

con la niñera. Y allí murió, lejos de su madre.

LACAYO 1.º
¿Cómo les dará miedo? A mí se me figura que uno no puede huir de Dios.

FIODOR IVANOVICH.
Eso es lo que creo yo también. (Yakov sube apresuradamente llevando unos emparedados.)

LACAYO 1.º
Si uno empieza a temer a todo el mundo, no le queda más remedio que encerrarse entre cuatro paredes lo mismo que en una cárcel.

ESCENA XIII
Dichos y TANIA; después, YAKOV

TANIA.—(Salida a los LACAYOS.)
Buenas tardes. (Los LACAYOS saludan.)

TANIA.
Fiodor Ivanovich, tengo que decirle una cosa...

FIODOR IVANOVICH.
¿Qué es ello?

TANIA.
Los "muniks" han venido otra vez...

FIODOR IVANOVICH.
Bueno, ¿y qué? Ya le entregué el papel a Semion...

TANIA.
Sí, ya lo tienen ellos. Se lo di yo misma. No se puede imaginar lo agraciados que están. Ahora, lo único que quieren es entregar el dinero.

FIODOR IVANOVICH.
Pero ¿dónde están?

TANIA.
Ahí fuera.

FIODOR IVANOVICH.
Bien; hé a decirlo.

TANIA.
Padrecito, tengo que pedirle otra cosa. Fiodor Ivanovich, ¿qué más quieren?

TANIA.
¿Para qué me voy a quedar aquí ya? Diga a los señores que me den permiso para marcharme. (Yakov entra precipitadamente.)

FIODOR IVANOVICH.—(A YAKOV.)
¿Qué quieres?
YAKOV.
Otro "samovar" y naranjas.

FIODOR IVANOVICH.
Pídeselas al ama de llaves. (Yakov se va corriendo.)

FIODOR IVANOVICH.
¿Y cómo es eso?

TANIA.
Pues... Ya no tengo interés en que-darme.

YAKOV.—(Entra rápidamente.)
Hay muy pocas naranjas.

FIODOR IVANOVICH.
Sí, va las que haya. (Yakov sale.) Has elegido un mal momento. Fíjate qué alboroto...

TANIA.
¡Pero si siempre están igual! Usted lo sabe mejor que nadie. ¡Si me pongo a esperar! Pienso que es muy importante para mí; se trata de mi vida. Fiodor Ivanovich, acaba usted de hacerme un gran favor; sea usted un segundo padre para mí, busque un momento oportuno y dígame... No vaya a ser que la señora se enfada y no quiera pagarme.

FIODOR IVANOVICH.
¿Por qué te han entrado esas prisas?

TANIA.
Ahora que se ha arreglado el asunto... podría ir a casa de mi madrina para prepararme la ropa. Y nos compraríamos por Pascua Florida. ¿Se lo dirá usted, padreco?

FIODOR IVANOVICH.
Vete... no debes estar aquí

ESCEÑA XIV
Un Señor de cierta edad baja la escalera y sale en silencio, seguido del LACAYO 2.º TANIA se reñita. FIODOR IVANOVICH, LACAYO 1.º y YAKOV, que entra

YAKOV.
Eso sí que me duele. Fiodor Ivanovich. Figúrese que quieren despedirme. La señora dice que no hago más que zurrar a "Fifka" y que he sido yo quien ha dejado entrar a los "mujiks" en la cocina. Usted es testigo de que yo no estaba enterado de nada. Tania me dijo que los llevara a la cocina; yo no sabía quien había dado la orden.

FIODOR IVANOVICH.
¿Te han dicho que te van a despedir?

YAKOV.
Sí. Hace un momento. Fiodor Ivanovich, le ruego que interceda por mí. En cuanto mi familia ha empezado a arreglar su situación, la señora quiere echarme. Dios sabe cuando encontraré otro trabajo. Fiodor Ivanovich, le suplico que...

ESCEÑA XV
FIODOR IVANOVICH, LACAYO 1.º y ANA PAVLOVNA, que acompaña a la vieja CONDESA de dientes y bucles postizos. El LACAYO 1.º lo ayuda a ponerse la peluca

ANA PAVLOVNA.
¿Seguro? Verdaderamente, me ha

CONDESA.
Si no fuera por mi falta de salud, vendría a verla más a menudo.

ANA PAVLOVNA.
Llame a Piotr Petrovich. Es rudo, pero nadie podría tranquilizar mejor que él. ¡Dice las cosas con una claridad y una sencillez!

CONDESA.
"Merci, mille fois merci".

ESCEÑA XVI
Dichos y GRIGORI, con el pelo revuelto y muy alterado. Lo sigue SEMION

SEMION.
¡Déjala en paz!

GRIGORI.
¡Canalla! Ya te enseñaré a pegar.

ANA PAVLOVNA.
¿Qué pasa? ¿Os creéis que esto es una taberna?

GRIGORI.
Este grosero me hace la vida imposible.

ANA PAVLOVNA.—(Con impaciencia.)
¿Os habéis vuelto locos? ¿Acaso no veis...? (A la CONDESA.) "Merci, mille fois merci! A mardi".
(La CONDESA y el LACAYO 1.º salen.)

ESCEÑA XVII
FIODOR IVANOVICH, ANA PAVLOVNA, GRIGORI y SEMION

ANA PAVLOVNA.—(A GRIGORI.)
¿Qué pasa?

GRIGORI.
Aunque no soy más que un lacayo, tengo mi orgullo y no permitiré que un campesino cualquiera me zarande.

ANA PAVLOVNA.
Pero ¿qué es lo que pasa?

GRIGORI.
Semion se ha vuelto muy atrevido desde que estuvo en el saloncito con los señores. Me ha pegado.

ANA PAVLOVNA.
Pero ¿por qué? ¿Qué ocurre?

GRIGORI.
¡Y yo qué sé!

ANA PAVLOVNA.—(A SEMION.)
¿Qué significa esto?

SEMION.
¿Por qué se mete él con Tania?

ANA PAVLOVNA.
¿Cuéntame todo lo que ha sucedido.

SEMION.—(Sonriendo.)
Grigori no hace más que acosar a Tania, y a ella le molesta. No he hecho más que apartarlo con la mano... así, con cuidado.

GRIGORI.
¡Sí, con cuidado! Poco faltó para que me rompiese las costillas. Me ha desgarrado el frac y ha estado a punto de ahogarme. Dijo que se había apoderado de él la misma fuerza de ayer.

ANA PAVLOVNA.—(A SEMION.)
¿Cómo te atreves a alborotar en mi casa?

FIODOR IVANOVICH.

Permítame que le explique, señora. Semion quiere a Tania, y se han prometido. La verdad es que... Grigori no se porta bien. Me figuro que Semion se habrá enfadado por eso.

GRIGORI.
¡Qué va! Es por rabia, porque he descubierto sus bribonadas.

ANA PAVLOVNA.
¿De qué bribonadas hablas?

GRIGORI.
Las de la sesión. Fue Tania la que hizo todo eso. La he visto salir de debajo del diván con mis propios ojos.

ANA PAVLOVNA.
Pero ¿qué estás diciendo?

GRIGORI.
Le doy mi palabra de honor. Fue ella la que tiró el papel en la mesa. Por eso lo ha firmado el señor.

ANA PAVLOVNA.
¿Lo has visto tú?

GRIGORI.
Con mis propios ojos. Llámela; ya verá cómo no lo puede negar.

ANA PAVLOVNA.
Llamad a Tania.
(GRIGORI sale.)

ESCEÑA XVIII
Dichos, menos GRIGORI. Se oye bastante alboroto y la voz del PORTEIRO que dice: "No se puede, no se puede." Aparece el PORTEIRO, y los tres MURJIKS irrumpen en la antecámara. El MURJIK 1.º va a la cabeza. El MURJIK 3.º tropieza, se cae y se lleva la mano a la nariz

PORTEIRO.
Os digo que no se puede pasar. ¡Marchaos!

MURJIK 2.º
Ya verás cómo no pasa nada. ¿Acaso venimos a hacer algo malo? Solo queremos entregar el dinero.

MURJIK 1.º
En "cetero", como ya echó la firma, el asunto está concluido. Lo único que queremos es entregar el dinero y demostrar nuestro agradecimiento.

ANA PAVLOVNA.
Esperad, esperad, aún es pronto para dar las gracias. Ha sido un engaño; las cosas no han de quedar así. La tierra no está vendida todavía. ¡Leonid! ¡Llamad a Leonid Fiodorovich.
(El Portero sale.)

ESCENA XIX
Dichos. LEONID FIODOROVICH entra; pero al ver a ANA PAVLOVNA y a los MOTRITS, hace ademán de retirarse

ANA PAVLOVNA.
No te vayas. Ven aquí, por favor. Te dije que no debías vender esa tierra a plazos y todos te aconsejaban lo mismo. Te han engañado como a un chino.

LEONID FIODOROVICH.
No entiendo en qué consiste el engaño.

ANA PAVLOVNA.
Debería darte vergüenza. Peñas canas, pero se rien de ti y te engañan como a un chiquillo. Te da lástima de dar trescientos rublos a tu hijo que los necesita, dada su posición social, y en cambio, te dejas timar varios miles.

LEONID FIODOROVICH.
Annette, serénate.

MURIK 1.º
Solo hemos venido para entregar el dinero, es decir...

MURIK 3.º.—(Sacando los billetes.)
Permítanos que nos retiremos, por favor.

ANA PAVLOVNA.
Esperad, esperad.

ESCENA XX
Dichos, GRIGORI y TANIA

ANA PAVLOVNA.—(A TANIA, con severo juez de paz.

¿Estuviste ayer en el saloncito durante la sesión?
(TANIA suspira y echa una mirada a FIODOR IVANOVICH, y luego a LEONID FIODOROVICH y a SEMION.)

GRIGORI.
No tienes por qué disimular. Te he visto con mis propios ojos.

ANA PAVLOVNA.
Contesta, ¿estuviste en el saloncito? Haz el favor de decirme la verdad; lo sé todo. No te haré nada. Lo único que quiero es convencer a este señor... ¿Arrojaste el papel en la mesa?

TANIA.
No sé qué decirle. Lo único que quisiera es que me dejase marcharme a mi casa.

ANA PAVLOVNA.—(A LEONID FIODOROVICH.)
Ya ves cómo se burlan de ti.

ESCENA XXI
Dichos. Entra BERSY al empezar la escena y permanece inactiva

TANIA.
Permítame que me vaya.

ANA PAVLOVNA.
No, querida. Con eso nos has causado una pérdida de varios miles de rublos. Hemos vendido unas tierras que no teníamos por qué vender.

TANIA.
Permítame que me vaya.

ANA PAVLOVNA.
No; tienes que dar cuenta de tus culpas. No se pueden hacer trampas. Presentaré una denuncia ante el juez de paz.

BERSY.—(Apareciendo.)
Déjala que se vaya, mamá. Si quieres que la juzguen, tendrán que juzgarme a mí también. Lo de ayer lo hicimos las dos juntas.

ANA PAVLOVNA.
Si has intervenido tú, ya se sabe que no se puede esperar nada bueno.

ESCENA XXII
Dichos y el PROFESOR

PROFESOR.
Buenas tardes, Ana Pavlovna. Buenas tardes, señorita. Leonid Fiodorovich, le traigo el informe de la decimotercera reunión de espiritistas en Chicago. La conferencia de Schmidt es asombrosa.

LEONID FIODOROVICH.
¡Ah, qué interesante!

ANA PAVLOVNA.
Es mucho más interesante lo que le voy a contar yo. Resulta que esta chiquilla se ha burlado de usted y de mi marido. Betsy dice que ha sido ella por hacerme rabiar. Se ha reído de ustedes una muchacha analfabeta, pero siguen creyendo. Anoche no hubo ningún fenómeno de mediuinidad; fue ella. (Señala a TANIA.) ¡La que lo hizo todo.

PROFESOR.—(Quitándose la peluca.)
¿Cómo? ¿Quiere decir que...?

ANA PAVLOVNA.
Fue ella quien tocó la guitarra, quien golpeó a mi marido en la cabeza y quien hizo todas las demás majaderías. Acaba de confesarlo.

PROFESOR.—(Sonriendo.)
¿Qué demuestra eso?

ANA PAVLOVNA.
Que su espiritismo es una tontería. Nada más.

PROFESOR.
¿Conque el espiritismo es una tontería porque esta muchacha ha querido engañarnos? (Sonríe.) ¡Qué extraña conclusión! Es posible, en efecto, que quisiera engañarnos (esas cosas ocurren con frecuencia) y hasta que hiciera algo en este sentido; pero no se puede negar que los fenómenos de la energía de la mediuinidad eran independientes de eso. E incluso es probable que los actos de esta muchacha hayan provocado, como si dijéramos, la manifestación de la energía del médium, que le haya dado una forma determinada...

ANA PAVLOVNA.
Otra conferencia...

PROFESOR.—(Con severidad.)
Ana Pavlovna, usted dice que esta joven y tal vez esta simpática señorita nos engañaron; pero ¿y la luz que vimos todos? ¿Y el aumento de temperatura en el primer caso, y el descenso en el segundo? ¿Y la alteración y la vibración de Grosmann? ¿Pretenderá decirnos que también es ella la causante? Son hechos. Son hechos, Ana Pavlovna. Para poder hablar de ciertas cosas, es menester haberlas estudiado y comprendido plenamente... Son cosas serias, muy serias.

LEONID FIODOROVICH.

¿Y la criatura que María Vasilievna vio con toda claridad? Por cierto, también la vi yo... Comprenderás que eso no lo pudo hacer Tania.

ANA PAVLOVNA.
Crees que eres muy inteligente; pero, en resumidas cuentas, es todo lo contrario.

LEONID FIODOROVICH.
Bueno, me voy. Alexei Vladimiro-

260

LEON NIKOLAEVICH TOLSTOI.—OBRAS.—TOMO I

vich, venga conmigo. (Se retira al despacho.)

PROFESOR.—(Se encoge de hombros y sigue a LEONID FIODOROVICH.)
¡Qué lejos estamos aún de Europa!

ESCENA XXIII

ANA PAVLOVNA, los tres MURJKS, FIODOR IVANOVICH, TANIA, BERTSY, GRIGORI SEMION Y YAKOV, que entra

ANA PAVLOVNA.—(A LEONID FIODOROVICH, que se va.)
Te acaban de engañar como a un tonfo, y ni te das cuenta. (A YAKOV.)
¿Qué quieres?

YAKOV.
¿Para cuántas personas manda la señora que ponga la mesa?

ANA PAVLOVNA.

Fiodor Ivanovich, quitele los cubiertos de plata. ¡Fuera ahora mismo! ¡Quitele las cosas! Este hombre me llevará a la tumba. Ayer estuvo a punto de matar de hambre a la perrita, que no le ha hecho ningún daño. Y por si fuera poco, dejó entrar en la cocina a esos "mujiks" contaminados. ¡Quitele las cosas! ¡Lárguese! ¡Lárguese inmediatamente! ¡Déje la cuenta y que se vaya! (A SEMION.) Y tú, ¿cómo te atreves a alborotar en mi casa? ¡Bandido!

MURJK 1.º
Si lo trata de bandido, no quiero que se quede aquí. Págueme, y asunto concluido.

ANA PAVLOVNA.—(Mientras escucha al MURJK 2.º, se fija en el tercero.)

¡Este hombre tiene una erupción en la nariz! ¡Tiene una erupción! Está enfermo, es un foco de infección. Ayer dije que no se les dejara entrar, v heios aquí de nuevo. ¡Echados!

FIODOR IVANOVICH.
¿Cogemos el dinero?

ANA PAVLOVNA.
¿El dinero? Sí, sí, cógelo. Pero ellos ¡que se vayan inmediatamente! Sobre todo el que está enfermo. Este hombre está podrido.

MURJK 3.º
Hace mal, madre mía, en decirme esas cosas. Puede preguntar a mi vieja. Estoy más sano que una manzana.

ANA PAVLOVNA.
¡Y aún se atreve a hablar!... ¡Lárguese! ¡Lárguese! Esto también lo han hecho adrede... ¡No puedo más, no puedo más! ¡Llamad a Piotr Petrovich! (Empieza a llorar y sale corriendo.)
(YAKOV y GRIGORI salen.)

ESCENA XXIV

Dichos, menos ANA PAVLOVNA, YAKOV y GRIGORI

TANIA.—(A BERTSY.)
Señorita, ¿qué voy a hacer ahora?
BERTSY.
No te preocupes. Márchate con ellos. Yo lo arreglaré todo.

ESCENA XXV

FIODOR IVANOVICH, los tres MURJKS, TANIA y el PORTERO

MURJK 1.º
Por fin, ¿quién se encarga de coger el dinero?

MURJK 2.º
Quisieramos irnos ya.

MURJK 3.º.—(Dando vuelta a los billetes.)
De haberlo sabido, en mi vida me hubiera encargado de esto.

FIODOR IVANOVICH.—(Al PORTERO.)
Acompáñalos a mi habitación. Echaremos las cuentas con un ábaco. Marchaos, marchaos.

PORTERO.
Vendí conmigo.

FIODOR IVANOVICH.
Se lo tenéis que agradecer a Tania. A no ser por ella, os hubieseis quedado sin la tierra.

MURJK 1.º
En "efeto", hizo lo que nos prometió.

MURJK 3.º
Nos ha puesto en pie; si no, ¿qué hubiéramos hecho? Tenemos tan pocas tierras que, sin hablar del ganado, no tenemos donde echar las gallinas. Adios, muchacha. Cuando vengas a la aldea, te obsequiaremos con buena miel.

MURJK 2.º
Al llegar a casa, prepararé cerveza para la boda. A ver si vienes pronto.

TANIA.
¡Claro que sí! (Lanza un grito.)
Señor, ¡qué alegría!
(Los MURJKS salen.)

ESCENA XXVI

FIODOR IVANOVICH, TANIA y SEMION

FIODOR IVANOVICH.
¡Con Dios! Tania, cuando tengas tu propia casa, iré a hacerte una visita. ¿Me recibirás?
TANIA.
Ya lo creo, lo recibiremos como a un padre. (Lo abraza y le da un beso.)

TELÓN

FIN DE
"LOS FRUTOS DE LA CIVILIZACION"

EL VAGABUNDO

PERSONAJES

La VIEJA AKULINA, 70 años, madre de Misha. MISHA, su hijo, 35 años, hombre robusto, vivaracho, voluntarioso, vaño.

MARTA, mujer de Misha, 30 años; había mu-

cho y muy de prisas. TARAS, guarda rural, 50 años, hombrecillo que tiene costumbre de hablar lenta y sentenciosamente.

IGNATI, 40 años, campesino jovial y borracho.

EL VECINO, 40 años. PARASHKA, 10 años, hija de Misha y de Marta.

Un VAGABUNDO, 40 años, delgado y harapiento.

ACTO PRIMERO

Es otoño. Una casa de campesinos en una aldea.

ESCENA PRIMERA

La VIEJA AKULINA, MARTA y PARASHKA. La VIEJA AKULINA está hilando; su nieta, MARTA, la dueña de la casa, amasa el pan; PARASHKA mece una cuna.

MARTA.

Mi corazón presiente algo malo. ¿Qué ha podido pasarle? Habrá hecho como la última vez que fue a vender madera. Gasto más de la mitad del dinero en beber. Y, a fin de cuentas, soy yo la que pago las consecuencias.

AKULINA.

¿Por qué pensar siempre en lo malo? Aún es temprano, y ha ido lejos.

MARTA.

¿Dices que es temprano? Pues AKI-mich ha vuelto ya. Y eso que se fue después de mi marido. No tengo nada más que preocupaciones, siempre preocupaciones. ¡Qué vida la mía!

AKULINA.

AKimich había vendido ya su madre, no tenía más que entregarla, mientras que nuestro hombre habrá tenido que esperar a un comprador.

MARTA.

No temería si se hubiese ido solo:

con tanta gente alrededor y, por sí fuera poco, me trae vagabundos.

TARAS.

Perdon; los llevo a todas las casas por turno.

MARTA.

¿Por turno? Sí, verdaderamente. Pero yo tengo hijos y mi marido está fuera.

TARAS.

Si este hombre pasa la noche aquí, no creo que desgaste el lugar en que duerma.

AKULINA.—(Al VAGABUNDO.)

Entra y siéntate. Dispon de la casa como si fuese tuya.

VAGABUNDO.

Gracias. Me gustaría que me dieras algo de comer, si es posible.

MARTA.

Aún no ha tenido tiempo de respirar, y ya está pidiendo de comer. ¿Acaso no has pedido en la aldea antes de venir aquí?

VAGABUNDO.—(Suspirando.)

¡Ay! Por mi condición no estoy acostumbrado a estas cosas. Pero como no poseo nada en el mundo...

(AKULINA se levanta, coge un pan, corta una tabanada y se la da al VAGABUNDO.)

VAGABUNDO.—(Cogiendo el pan.)

Gracias. (Se sienta en un banco y come con avidez.)

TARAS.

¿Y Misha, dónde está?

MARTA.

Ha ido a la ciudad a vender el heno. Ya es hora de que estuviere de vuelta. Pero nada, no se le ve el pelo, y

no puedo por menos de figurarme que le ha ocurrido algo malo.

TARAS.

¿Qué ha podido ocurrirle?

MARTA.

Nada bueno. Una siempre puede esperar cosas malas.

AKULINA.—(Que ha vuelto a la rueda, se dirige a TARAS, señalando a MARTA.)

No puede tener la lengua quiete. Ya sé que las mujeres somos estúpidas y nos preocupamos por nada, pero es verdad que una vez que sale de casa Misha no piensa en nada. Yo también creo que volverá borracho.

MARTA.

Si se hubiese ido solo, no temería nada; pero se fue con Ignati.

TARAS.—(Sonriendo.)

¡Oh! ¡Tocante a la bebida, no hay quien se ignore a Ignati!

AKULINA.

¡No vaivais a comparar a mi hijo con Ignati!

MARTA.

Eso lo dices tú, que eres su madre. A mí me pone mala con su manía de beber. Sería un pecado que me quejara de él cuando está en sus cabales; pero cuando bebe, bien sabes cómo se pone... ¡No hablemos más!

TARAS.

¡Qué gracia me hacéis! Un hombre se emborracha. ¿Y qué? ¿Que arma un poco de jaleo? No tenéis más que acostarlo. Una vez que ha dormido, todo marcha a las mil maravillas. Pero no, las mujeres siempre tienen que armar líos.

MARTA.

No me interesa tu parecer. Desde

el momento en que un hombre bebe, todo va mal.

TARAS.

Ten en cuenta que los hombres deben beber de cuando en cuando. A vosotros, los quehaceres os retienen en casa. En cuanto a nosotros, ¿cómo no tomar una copita si hemos de tratar de alguna asunto o si nos encontramos en una reunión? ¿Qué de particular tiene que un hombre beba un poco?

MARTA.

Puedes decir todo lo que te venga en gana, que no me convencerás. Te aseguro que para vosotros es muy penoso que un hombre beba. Si estuvierais en nuestro lugar, aunque solo fuese una semana, cantaríais de otro modo. Nosotras tenemos que amasar el pan, guisar, hilar, tejer, lavar, vestir y dar de comer a los niños... Y si nos descuidamos en la menor cosa, se ponen furiosos, sobre todo cuando han bebido. ¡Ay! ¡Qué vida la nuestra!

VAGABUNDO.—(Comiendo.)

Es verdad. La bebida es la causa de todo el mal, y todas las miserias provienen de ella.

TARAS.

En cuanto a ti, bien se ve que es la bebida la que ha echado a perder tu vida.

VAGABUNDO.

No del todo, aunque me haya hecho sufrir mucho. Ciertamente es que no haber bebido, el curso de mi existencia hubiera podido ser diferente.

TARAS.

Te aseguro que, si se bebiese con moderación, no sería malo.

VAGABUNDO.

Pues yo sostengo que el alcohol tiene poder suficiente para arruinar a un hombre.

MARTA.

Lo mismo digo yo. Una se afana, pasa fatigas, y la única recompensa que tiene es que la ríñan o le peguen como a un perro.

VAGABUNDO.

Y no solo eso. Hay hombres esclavos de la bebida que pierden la cabeza hasta el punto de cometer actos reprensibles. Mientras un hombre no ha bebido, se le puede confiar lo que sea, y jamás se quedaría con lo que no le pertenece. Pero, una vez que ha bebido, echa mano a todo lo que ve. Ya puede uno ser honrado...

AKULINA.

A mí parecer, uno es dueño de sí mismo.

VAGABUNDO.

Mientras goza de salud; pero la bebida es una enfermedad.

TARAS.

¿Una enfermedad? ¡Qué cosas dice! No tienes más que darle su merecido a un borracho, y la enfermedad desaparece como por encanto. Bueno, hijos míos, adios.
(Sale. MARTA, después de haberse secado las manos, se dispone a salir también.)

ESCENA III

Dichos, menos TARAS

AKULINA.—(Mira al VAGABUNDO y se acerca al pan.)

¡Marta! ¡Marta, hija mía, dale otra rebanada de pan!

MARTA.

¡No faltaba más que eso! Me voy a ver al "samovar".

(AKULINA se levanta, coge el pan, corta una rebanada y se la da al VAGABUNDO.)

VAGABUNDO.

Gracias. Tengo un apetito terrible.

AKULINA.

¿Trabajabas en alguna fábrica?

VAGABUNDO.

He sido fogonero.

AKULINA.

¿Y ganabas bastante?

VAGABUNDO.

De cincuenta a sesenta rublos al mes.

AKULINA.

¡Dios mío! ¿Qué has hecho para caer tan bajo?

VAGABUNDO.

No soy el único. Vivimos en una época en que un hombre honrado no puede seguir su camino.

MARTA.—(Viene con el "samovar".)

¡No ha vuelto aún! Seguro que vendrá borracho. Me lo dice el corazón.

AKULINA.

Empiezo a pensar que habrá bebido lo suyo.

MARTA.

¿Lo ves? En cambio, yo siempre trabajando. Tengo que atender a todo, y con el pequeño enchina.
(Mirando a la cuna.) Parashka, mece al niño. ¡Oh! ¡Qué vida la de una mujer! Si viene borracho, menudase va a armar. Habrá que tener cuidado de no decir una palabra que le disguste...

AKULINA.—(Preparando el té.)

Pongo la última cucharada de té. ¿Le has dicho que traiga más?

MARTA.

¡Claro! Y me lo prometió. Pero no sé si lo hará. ¡Ni se habrá acordado de su casa! (Coloca el "samovar" en la mesa.)

AKULINA.—(Al VAGABUNDO, que se ha levantado.)

¿Por qué te levantas? Espera, vamos a tomar té.

VAGABUNDO.

Os doy mil gracias por vuestra hospitalidad. (Tira el cigarrillo que estaba fumando y se acerca a la mesa.)

MARTA.

¿Eres campesino o...?

VAGABUNDO.

No soy ni campesino ni noble. Pertenezco a una clase mixta.

MARTA.

¿Qué cuento es ese? (Le da una taza de té.)

VAGABUNDO.

Gracias. Quiero decir que mi padre era un conde polaco y que, además de él, he tenido otros muchos. Incluso tuve dos madres.

AKULINA.

¡Señor! ¡Qué cosas dices!

VAGABUNDO.

Verás. Mi verdadera madre llevaba una vida galante, por eso he tenido toda clase de padres. Y tuve dos madres, porque la que me echó al mundo me abandonó cuando era niño. La mujer de un portero, que se había apiadado de mí, me recogió para criarme.

MARTA.
Toma un poco más de té. ¿Aprende algún oficio?

VAGABUNDO.
Sí, pero tuve poca suerte. Mi segunda madre me colocó en casa de un herrero. Fue mi primer maestro. Y su enseñanza consistía sobre todo en pegarme, tanto que si un martillo golpeaba menos veces en el yunque que en mi cabeza. Pero, por más que hizo, no logró arrebatarme el talento que había en mí. Después, estuve en casa de un cerrajero; allí tuvieron aprecio de mí, y empecé a hacer mi carrera. Me puse en relación con hombres instruidos; me alisté a un partido político, y aprendí a hablar con elocuencia. Hubiera podido llegar muy alto, ya que tenía el don de la palabra.

ARKULINA.
¡Bien se ve!

VAGABUNDO.
Posteriormente hubo revueltas. La tiranía que oprime la vida del pueblo recayó sobre mí. Me metieron en la cárcel, privándome de libertad.

MARTA.
¿Por qué?

VAGABUNDO.
Por el derecho.

MARTA.
¿Qué derecho?

VAGABUNDO.
El que exige que el rico no permancea eternamente sin hacer nada, y que el proletario, el trabajador, reciba una recompensa por sus fatigas.

ARKULINA.
¿Te referes a los campesinos?

VAGABUNDO.
No; pero realmente es lo mismo para la cuestión agraria.

ARKULINA.
¡Dios y la Reina de los Cielos te oigan! ¡Pasamos tantas fatigas!...
VAGABUNDO.
De esta forma, mi barca ha sido llevada por las olas del océano de la vida.

ARKULINA.
¿Qué vas a hacer ahora?

VAGABUNDO.
¿Ahora? Pienso ir a Moscú. Me colocaré en alguna casa. No hay modo de evitar eso. Me verá obligado a humillarme, pedir el trabajo que sea...

ARKULINA.
Toma un poco más de té.

VAGABUNDO.
No, gracias. He tomado bastante.

ARKULINA.
Aquí tenemos a Mishá. Llega a punto para el té.

MARTA.—(*Levantándose.*)
¡Oh! ¡Qué desgracia! Viene con Ignatí, seguro que está borracho.

ESCENA IV
Dichos y MISHA e IGNATÍ, que entran en la habitación. Vienen borrachos

IGNATÍ.
¿Qué tal andáis por aquí? (*Se sienta ante el icono.*) ¡Vaya! ¡Qué bien! Llegamos justo para el té.

Primos a la iglesia, y acababa de terminar la misa; fuimos a comer, y acababan de quitar la mesa; entonces nos dirigimos a la taberna. Allí se llega siempre en un momento oportuno. ¡Ja, ja, ja! Nos ofrecéis té, pero nosotros ofrecemos vodka. ¡Qué bien! ¿Verdad? (*Ríe.*)

MISHA.
¿De dónde ha salido este huésped tan elegante? (*Saca una botella del bolsillo del abrigo y la coloca en la mesa.*) ¿Dónde están las tazas?

ARKULINA.
¿Habéis tenido buen viaje?

IGNATÍ.
Inmejorable, madrecita. Hemos bebido, ha hecho buen tiempo, y aquí estamos de vuelta.

MISHA.—(*Después de haber llenado las tazas y de haber ofrecido a su madre, tiende una al VAGABUNDO.*)
VAGABUNDO.—(*Tomando la taza.*)
Te lo agradezco con toda mi alma. ¡A tu salud! (*Aparte la taza.*)

IGNATÍ.
Eres todo un hombre para poder beber así. (*Echta vodka en la taza del VAGABUNDO.*)

VAGABUNDO.—(*Bebiendo.*)
Os deseo mucha suerte en todas vuestras empresas...

ARKULINA.
¿Te han pagado bien el heno?

IGNATÍ.
¡Qué más da! Todo se ha gastado en beber, madrecita. ¿No es verdad, Mishá?

MISHA.
¡Claro que sí! ¿Para qué guardar el dinero? No se tienen a menudo ocasiones para divertirse.

MARTA.
No tenemos qué comer, y así es como te conduces...

MISHA.—(*En tono de amenaza.*)

¡Marta!

MARTA.
¿Por qué dices Marta? Sé perfectamente, que me llamo así. Solo de verte me pongo mala. ¡Borracho, sinvergüenza!

MISHA.
Marta, ten cuidado.

MARTA.
¿Que tenga cuidado? ¿Por qué?

MISHA.
Sirve vodka a los invitados.

MARTA.
Tienes los ojos turbios como un perro; no quiero hablar contigo.

MISHA.
¿Qué has dicho?

MARTA.—(*Acunando al niño.*)
¿Me preguntas lo que he dicho? ¡Que no quiero hablar contigo!

MISHA.
¿Olvidaste lo del otro día? (*Se pone en pie de un salto y le asesta un puñetazo en la cabeza.*)

MARTA.
¡Ay! ¡Ay! (*Corre hacia la puerta.*)

MISHA.
No te irás, mal bicho. (*Se precipita en pos de ella.*)

VAGABUNDO.—(*Se ha levantado también y agarrado a MISHA por un brazo.*)
No tienes derecho, no tienes derecho...
MISHA.—(*Se vuelve y mira al VAGABUNDO con sorpresa.*)
¿Hace mucho que no te han alizado? ¿En?

270

LEON NIKOLAEVICH TOLSTOL.—OBRAS.—TOMO I

VAGABUNDO.
No tienes derecho a ofender al sexo femenino.

MISHA.
Hijo de perra, ¿ves esto? (*Le amaneza con el puño.*)

VAGABUNDO.
No consentiré que se trate así al sexo femenino.

MISHA.
Espera. Ahora verás lo que es bueno...

VAGABUNDO.
Puedes pegarme, ¿Por qué no me pegas? ¡Anda! (*Le presenta una muñeca.*)

MISHA.—(*Se encoge de hombros y alza la mano.*)
¿Y si te pegara de veras?

VAGABUNDO.
Pégame, te digo.

MISHA.
¡Qué hombre tan extrano! Verdaderamente, es digno de verse. (*Baja la mano y levanta la cabeza.*)

IGNATI.—(*Al VAGABUNDO.*)
¡Cerdo! Bien se ve que te gustan las mujeres.

VAGABUNDO.
Defiendo el derecho.

MISHA.—(*A MARTA, volviendo la cabeza hacia la mesa.*)
Marta, tendrás que poner un cirio en su memoria. A no ser por él, te hubiera apalando.

MARTA.
¿Acaso puedo esperar otra cosa de tí? Trabajo como una bestia, hago la comida...

MISHA.
¡Basta, basta! (*Ofreciendo vodka al VAGABUNDO.*) Toma, bebe. (*A su mujer.*) ¿Qué es lo que te pasa? ¿No puede uno gastar una bromita? Toma, aquí tienes el dinero, guárdalo. Son dos billetes de tres rublos y dos monedas pequeñas.

MARTA.
¿Y el té y el azúcar que te hemos pedido?

MISHA.—(*Sacando un paquete del bolsillo y entregandoselo a su mujer.*) ¡Ay! ¡Qué mujeres estás! ¡Qué charlatanas! (*Vuelve a ofrecer vodka al VAGABUNDO.*) Toma, bebe.

VAGABUNDO.—(*Rechazandoselo.*)
No, bebe tú.

MISHA.
No te andes con cumplidos.

VAGABUNDO.—(*Bebiendo.*)
A tu salud.

IGNATI.—(*Al VAGABUNDO.*)
Por lo que veo, has corrido mucho mundo... ¡Menuda chagueta llevas! (*Palpeando la chagueta destrorada del VAGABUNDO.*) Guárdale de remendarla, está muy bien así. Si yo tuviese una prenda como esta, menudas conquistas haría. (*A MARTA.*) ¿Verdad, madreita?

AKUTINA.
Vergetenza debía darte, Ignati. No debe uno burlarse de un hombre a quien no conoce.

VAGABUNDO.—(*Con indulgencia.*)
Es por falta de educación.

IGNATI.
Pero si no le deseo ningún mal. Anda, bebe. (*Levanta la taza; el VAGABUNDO bebe también.*)

AKUTINA.—(*Al VAGABUNDO.*)
Acabas de decir que la bebida es la causa de todos los males, que por ella estuviste en la cárcel...

MISHA.
¡En la cárcel! ¿Por qué?

VAGABUNDO.—(*Acidorradamente.*)
Pues porque quise hacer una explotación.

MISHA.
¿Cómo?

VAGABUNDO.
Verás. Llegamos a casa de un señor barrigudo y le dijimos: "Damos dinero; de lo contrario, aquí tenemos un revolver." El animal ese se resistió todo lo que pudo, pero al fin nos dio dos mil rublos.

AKUTINA.
¡Dios mío! ¡Valgame el Señor!

VAGABUNDO.
¡Bamos a repartirnos el dinero como correspondía, cuando acudió gente. Y unos policías nos llevaron a la comisaría y después a la cárcel.

IGNATI.
¿Y el dinero? ¿Os lo quitaron?

VAGABUNDO.
Desde luego. Yo, por mi parte, no conté. El fiscal me dijo que había robado dinero. Le conté: "Los

que roban son ladrones; nosotros solo hemos procedido a una explotación para nuestro partido." Y el animal no supo qué replicar.

IGNATI.—(*A MISHA.*)
¡Qué asuto es ese hijo de perra! ¡Es un hombre de una vez! (*Escanciando vodka al VAGABUNDO.*) Toma, amigo.

(MARTA se acerca a la mesa y sirve té.)

MISHA.
¡Enhorabuena! ¡Tuviste razón al enfadarte, Marta. (*La Besa.*) Luego se vuelve hacia el VAGABUNDO.) No sabes lo que respeto a esta mujer. No la cambiaría por nada del mundo.

IGNATI.
Eso está muy bien. Madreita Akulina, bebe tú también. Soy yo quien obsequia.

VAGABUNDO.
¡Fijos en el poder que tiene el alcohol. Hace un momento estaban enfadados, y ahora ¡hay que ver lo unidos que están! Madreita, te quiero, quiero a toda la Humanidad. Queridos hermanos... (*Entona una canción revolucionaria.*)

MISHA.
¡Pobre hombre; Está excitado por el hambre.

TELON

ACTO SEGUNDO

El mismo decorado. Es al día siguiente por la mañana.

ESCENA PRIMERA
AKUTINA, MARTA y MISHA. Este duerme encima de la estufa

AKUTINA.—(*Con un cubo en la mano.*)
Te habría pegado de lo lindo anoche, a no ser por ese hombre. Por cierto, no se le ve. ¿Es que se ha marchado ya?

(*Las mujeres salen.*)

MISHA.—(*Baja de la estufa.*)
¡Que alto está ya el sol! (*Empieza a vestirse.*) Las mujeres habrán ido a buscar agua. Me duele la cabeza. Pero no importa. ¡Que diablos! (*Recita unas oraciones según va vistiéndose.*) Bueno: voy a enganchar. (*Al salir se encuentra con MARTA en el umbral.*)

MARTA.
¿Y el mendigo? ¿Se fue?

MISHA.
Creo que sí. No se le ve.

MARTA.
¡Que Dios lo proteja! Es un hombre muy sabio.

MISHA.
¿Te gustó porque ha salido en tu defensa?

MARTA.
¡Bah! ¿Qué tiene que ver esto? Oye, ¿has guardado el té y el azúcar? ¿car?

MISHA.
No, creí que lo habías recogido tú. (*Vuelve AKULINA con el cubo lleno de agua.*)

MARTA.—(*A AKULINA.*)
¿Cogiste las compras que ha traído Mishá?

AKULINA.
No; no me acordé.

MARTA.
Las dejó en el alféizar de la ventana anoche.

AKULINA.
No las he visto.

MARTA.
¿Dónde diablos pueden estar? (*Empieza a buscar.*)

AKULINA.
No quisiera pecar...

ESCENA II
Dichos y el Vecino

VECINO.—(*Entrando.*)
Mishá, nos vamos, ¿sí o no?

MISHA.
En seguida. Voy a enganchar los calaballos. Es que se nos ha perdido una cosa.

VECINO.
¿Qué es ello?

MARTA.
Mi hombre trajo ayer unas compras de la ciudad. Dejé el paquete en la ventana; pero esta mañana no hay ni rastro.

MISHA.
Sospechamos de un vagabundo que ha dormido en nuestra casa.

VECINO.
¿Qué trazas tenía?

MARTA.
Es un hombre delgado, de barba afeltada.

VECINO.
¿Con el pelo rizado y la nariz gan-chuda?

MISHA.
Sí.

VECINO.
Acabo de encontrarme con él. Me sorprendió que corriera tanto.

MISHA.
¿Estará lejos?

VECINO.
Estoy seguro de que aún no ha podido atravesar el puente.

MISHA.—(*Se ha peinado y se dispone a salir con el Vecino.*)
¡Hay que coger a ese canalla! Desde luego, ha sido él. (*Salen.*)

ESCENA III
MARTA y AKULINA

MARTA.
¡Qué pecado! ¡No cabe duda de que ha sido él.

AKULINA.

No debemos asegurarlo. Hace veinte años, se acusó a un hombre de haber robado un caballo. Se reunió toda la aldea. Uno dijo que lo había visto con sus propios ojos, poniendo una cuerda al animal; otro aseguró haber visto cómo se llevaba el caballo, que era pío, y, por tanto, muy fácil de reconocer. Buscaron al ladrón. Encontraron en el bosque al hombre de quien sospechaban. Juró por Dios que no había sido él. Al ver que no le creían se exasperó y habló de malos modos. Entonces, Yuri Lopushkin, Dios lo tenga en la gloria, le dio un puntetazo, gritando: "Has sido tú." Y todo el mundo la emprendió a golpes con él. Escrutaron a punto de matarlo. Figúrate que al día siguiente encontraron al verdadero ladrón. El otro era un hombre que había ido al bosque a talar un árbol...

MARTA.
Es posible equivocarse; pero ¿qué puede esperarse de un hombre como este, con todo lo que nos contó anoche?

AKULINA.
¿Qué alboroto es ese? Escucha. Me parece que lo traen.

ESCENA IV
MARTA y AKULINA. Entran MISHA, el Vecino, un Vecino y un Muchacho, que traen a la trasti-
ra el VAGABUNDO

MISHA.—(*Da el té y el azúcar a su mujer y le dice con voz excitada.*)
Toma; lo hemos encontrado en sus bolsillos. ¡Ladron! ¡Hijo de perra!

MARTA.
Entonces anoche se refería a sí mismo al decir que un borracho se lleva todo lo que le cae bajo la mano.

VAGABUNDO.

No soy ladrón. Soy un expropiador, un trabajador, y es preciso que viva. Esto es lo que no podéis comprender. Haced lo que queráis conmigo.

VECINO.—(*A MISHA y a MARTA.*)
¿Voy a buscar al "starosta"? (1).

VAGABUNDO.

Ya os he dicho que podéis hacer lo que queráis. No tengo miedo a nada, y estoy dispuesto a sufrir por mis ideas. Si fuerais personas civilizadas, podríais comprenderme...

MARTA.—(*A su marido.*)
¿Y si lo dejáramos marchar por las buenas? Hemos recobrado las compras. ¿No te parece que deberíamos dejarlo marchar sin cometer un pecado?

MISHA.—(*Repitiendo las últimas palabras de su mujer.*)
Sin cometer un pecado... ¿Pretendes enseñarme? ¿Crees que no sé lo que debo hacer sin tus consejos?

MARTA.
Te digo esto sencillamente porque...

MISHA.
Sencillamente porque... Como que no

(1) Primera autoridad municipal en las aldeas rusas.

sé lo que debo hacer sin t... ¡Qué estúpida eres! ¿Dejarlo marchar? Sí, me parece muy bien que se vaya; pero antes hay que decirle algo para que se dé cuenta de lo que ha hecho. (Al Vagabundo.) Escúchame, Ambrósio, que te encuentres en mala situación, tu conducta no deja de ser muy fea. Otro, en mi lugar, te hubiera atizado bien y te hubiera llevado a casa del "starosta". Entérate bien. Lo que has hecho es horrible. Pero no quiero hacerte daño. (Después de un silencio.) Vete con Dios y no vuelvas a las andadas. (Mira a su mujer.) ¡Prendías enseñarme!

VECINO.

No tienes razón, Misha; con eso lo incitas a seguir haciendo el mal. No tienes razón.

MISHA.—(Con los paquetes en la mano.)

La verdad es que esto solo me incumbe a mí. (A su mujer.) Te gustaría enseñarme, ¿verdad? (Se interrumpen, echando una ojeada a los paquetes y se los entrega al Vagabundo con ademán resuelto, mientras mira a su mujer.) Toma, coge esto para

beber té en el camino. (A Marta.) ¡Y tú quieras enseñarme!

VAGABUNDO.—(A Misha, tras un silencio.)

A lo mejor crees que no te comprendo. (Con voz trémula.) Pero te comprendo perfectamente. Si me hubieses pegado como a un perro, no tendría el corazón tan oprimido como ahora. ¿Te figuras que me sé quién soy? ¡El último de los últimos! ¡Un miserable! ¡Dios mío! En nombre de Cristo... (Estalla en sollozos, tira el té y el azúcar en la mesa y se precipita fuera de la isba.)

MARTA.

Al fin y al cabo, me alegro de que no se haya llevado el té, porque no tendríamos nada para tomar.

VECINO.

¿Os habéis fijado con qué sentimiento se ha echado a llorar?

ARQUINA.

¡Es que también es un hombre!

TELÓN

EL MUJIK Y EL OBRERO

COMEDIA EN SEIS CUADROS

NOTA PRELIMINAR

Como verá el lector que siga pieza por pieza las obras teatrales de Tolstoi, esta comedia es, sencillamente, el cuento del mismo título puesto en forma dialogada, para ser llevado, con este sencillo artificio, al teatro. Este autor fue creado expresamente para un grupo de campesinos alicados a las tablas. ¿Ganó la obra con esto, o salió perdiendo? Seguramente, desdichas.

EL MUJIK Y EL OBRERO

PERSONAJES

EL MUJIK.	EL DIABILLO ELEGANTE.	ANGARROS de la aldea.
SU MUJER y su hija.	EL DIABILLO DE LOS BO-	ANGIANO 1.º
EL ASUSTO, padre del	VARDOS.	ANGIANO 2.º
MUJIK.	EL DIABILLO DE LOS	ANGIANO 3.º
LA AUSTRIA, madre del	HOMBRES DE NEGOCIOS.	ANGIANO 4.º
MUJIK.	EL DIABILLO DE LOS CO-	UN ESCRIBIENTE.
EL OBRERO.	MERCANTILES.	UN UJER.
EL VICINO.	EL DIABILLO DE LOS MA-	VIENOS, Campesinos, Mu-
SATANAS.	DISTRIBUIDOS.	jejes, Muchachos y
EL DIABILLO DE LOS MU-	EL DIABILLO DE LAS MU-	Muchachos.
JIKS.	JIKS.	

CUADRO PRIMERO

Un campo. Un caballo enganchado a un arado.

ESCENA PRIMERA

El Mujik, solo

El Mujik.—(Arta, después contempla el cielo.)
Ya es mediodía; ya es hora de des-

enganchar. (Se dirige al caballo.) Vamos a hacer otro surco, amigo, y comeremos después. Afortunadamente, he tenido la precaución de traerme una rebanada de pan. No tengo que

EL MUJIK Y EL OBRERO

COMEDIA EN SEIS CUADROS

NOTA PRELIMINAR

rá el lector que siga pieza
teza las obras teatrales de
la comedia es, sencillamen-
to del mismo título puesto
dialogada, para ser llevado,
sencillo artificio, al teatro.
er fue creado expresamente
mpio de campesinos ajicio-
s tablas. ¿Ganó la obra con
tó perdiendo? Seguramente,

toda la diferencia estribó en el arte con-
que pudo ser representada, como quiera
que sea, ante los ojos ingenios de los
campesinos, la lectura, que tiene siem-
pre algo de abstracto, cobró vida y cor-
poridad en la comedia. Además, con-
plia este espectáculo un fin moral: el
de despertar en el hombre del pueblo
el odio al vodka, fuente de tan atroces
desdichas.

EL MUJIK Y EL OBRERO

PERSONAJES

MUJIK. Mujer y su hija. Apuvilo, padre del Mujik. Apuvita, madre del Mujik. OBRERO. VACHNO. TANAS. DIABILLO DE LOS MU- JIKS.	El DIABILLO ELEGANTE. El DIABILLO DE LOS DO- YARDOS. El DIABILLO DE LOS HOMBRES DE NEGOCIOS. El DIABILLO DE LOS CO- MERCIENTES. El DIABILLO DE LOS MA- GISTRADOS. El DIABILLO DE LAS MU- JIKS.	ANCIANOS de la aldea. ANCIANO 1.º ANCIANO 2.º ANCIANO 3.º ANCIANO 4.º UN ESCRIBIENTE. UN UJIER. Viejos, Campesinos, Mu- jeres, Muchachos y Muchachos.
--	--	--

CUADRO PRIMERO

Un campo. Un caballo enganchado a un arado.

ESCENA PRIMERA

El MUJIK, solo

—(Ará, después contempla el

ediotia; ya es hora de des-

enganchar. (Se dirige al caballo.) Va-
mos a hacer otro surco, amigo, y co-
meremos después. Afortunadamente,
he tenido la precaución de traerme
una rebanada de pan. No tengo que

volver a casa. Me comere el pan junto al pozo y me echaré a dormir un ratito; el caballo comerá un poco de hierba, y luego, con la ayuda de Dios, volveremos a la tarea. Terminaré pronto...

ESCENA II

EL MUJIK Y EL DIABILLO

EL DIABILLO.—(Se oculta en un matrazo.)

¡Fijaos qué bueno es! No hace más que invocar a Dios. Espera un poco, que ya invocará al diablo... Le voy a arrebatár la rebanada de pan; cuando quiera comerla, la buscará... Tendrá hambre, se encojeterará y terminará por darse a los diablos... Le quita el pan y se sienta detrás del matrazo. De cuando en cuando asoma la cabeza para observar al Mujik.)

EL MUJIK.—(Dejando de arar.)

¡Bendito sea el Señor! (Desengancha el caballo y lo deja donde ha dejado se dirige al lugar donde ha dejado el cántaro.) ¡Tengo un hambre espantosa! Por fortuna mi mujer me ha puesto una gran rebanada de pan y me sobran ganas para comerme la toda. (Se acerca al cántaro.) ¡Pero si no hay nada! Seguramente la habré dejado aquí debajo... (Levanta el cántaro.) Tampoco. ¡Qué raro!... (Lo sacude.)

EL DIABILLO.—(Desde el matrazo.)

¡Ya puedes buscarlo! ¡Ya puedes buscarlo! ¡Mira lo que hago con tu pan...! (Se sienta sobre la rebanada.)

EL MUJIK.—(Sigue sacudiendo el cántaro.) ¡Es un milagro! ¡Un verdadero

CUADRO SEGUNDO

EL INFIERNO.

milagro! ¡Nadie ha venido aquí, y me ha desaparecido el pan! Si se lo hubiera comido los pájaros, habría migas; pero ni migas siquiera... ¡No he visto a nadie, y, sin embargo, alguien me ha quitado el pan!

EL DIABILLO.—(Incorporándose, mira al Mujik.)

Ahora es cuando va a empujar.

¡Ahora!

EL MUJIK

¡Vaya! ¡Estaría de Dios! Bueno; no me voy a morir de hambre por eso. Se han llevado mi pan; pues bien: ¡que se lo coman y que les aproveche!

EL DIABILLO.—(Escupiéndolo.)

¡Oh!... ¡Condenado mujik!, en lugar de irriarse, de maldecir, dice: "¡Que les aproveche!" Con esta gente no puede uno...
(El Mujik se acuesta en el suelo, se persigna, bosteza y se duerme.)

EL DIABILLO.—(Saliendo del matrazo.)

¡Que me diga ahora mi jefe: "¡No me traes bastantes mujiks! Todos los días llegan muchos comerciantes, grandes señores y otras gentes, pero grandes señores y otras gentes, pero tan pocos mujiks, que casi no tenemos ninguno." ¿Qué hacer para ganarse a un mujik? Ahí está ese. ¡No hay manera de hacerlo caer! Le he quitado el único menadruco de pan que tenía, y no ha proferido el más pequeño juramento. No sé qué hacer. Al menos, voy a dar cuenta de mis tentativas. (Desaparece bajo la tierra.)

ESCENA PRIMERA

SATANÁS se halla sentado en un trono; el Escritor está situado más bajo, ante una mesa llena de plumas y carpetas. Varios Diablos forman a ambos lados. A la derecha, cinco Diablos de distintas formas; a la izquierda, al lado de la puerta, el Ujere. El Diabullo escribe en un libro.

GENTE SE HALLA ENTRE A SATANÁS

EL DIABILLO ELEGANTE.

Mi presa de los últimos tres años asciende a doscientos sesenta y tres mil setecientos cincuenta y tres hombres. Ahora, todos están en mi poder.

SATANÁS.

Muy bien, gracias. Retírate. (El Diabullo elegante sale por la derecha. Al Escritor le sale un sudor.) ¿Qué da todavía mucho que despachar? ¿Cuáles son los expedientes que hemos resuelto, y a quién hay que recobrar?

EL ESCRIBIENTE.—(Contando con los dedos a la par que señala, sin cesar en sus cálculos, a los Diabulos que se hallan en fila del lado derecho. Sigue a hablar en fila del lado izquierdo, los Diabulos saludan.)

Se han despachado ya los siguientes informes: primero, los del Demonio de los Boyardos, con un total de mil ochocientos treinta y seis condenados; segundo, el de los Comerciantes, con nueve mil seiscientos cuarenta y tres; tercero, el de los Magistrados, con tres mil cuatrocientos veinticuatro; cuarto, el de las Mujeres, que nos ha traído un contingente de ciento ochenta y seis mil trescientas casadas y setenta y siete mil cuatrocientas treinta y ocho solteras, doscientas sesenta y nueve mil

setecientas cincuenta y tres en total. Solo nos quedan dos demonios por despachar: el de los Hombres de Negocios y el de los Mujiks.

ESCENA II

DICHOS Y EL DIABILLO DE LOS HOMBRES DE NEGOCIOS

SATANÁS.

¡Bueno! En este caso, podremos terminar hoy. (Dirigiéndose al Ujere.) Que pase. (Entra el Diabullo de los Hombres de Negocios.) Bueno, ¿qué tal marchan tus asuntos?

EL DIABILLO DE LOS HOMBRES DE NEGOCIOS.—(Sin dejar de retirarle las manos.)

Admirablemente. Tengo una bolsa muy grande; no recuerdo otra igual desde que se ha creado el mundo.

SATANÁS.

¿Entonces has acaparado muchos?

EL DIABILLO DE LOS HOMBRES DE NEGOCIOS.

¡Oh! ¡No se trata únicamente de la cantidad! El número no es muy elevado, tan solo mil trescientas cincuenta almas; pero lo importante es la calidad. Las personas que he apresado son jóvenes; podrían pasar perfectamente por unos diablos e incluso ser más hábiles que nosotros mismos para tentar a la gente. He inventado una moda nueva.

SATANÁS.

¿Qué moda es esa?

EL DIABILLO DE LOS HOMBRES DE NEGOCIOS.

Verás; antes, los hombres de nego-

cios, unidos a los jueces, engañaban a todo el mundo. Ahora les he enseñado a obrar por su propia cuenta: dedican todo su tiempo a los que les dan más dinero. Hay algunos que saben sembrar la discordia entre los hombres mejor que los diablos mismos.

SATANÁS.

Examinare todo eso. Retírate. (El Diabullo de los Mujiks se va por la derecha. Al Utrer.) Que entre el último.
(Entra el Diabullo de los Mujiks, con una rebanada de pan en la mano, y hace una profunda reverencia.)

ESCENA III

Diabos y el Diabullo de los Mujiks.

El Diabullo de los Mujiks.

¡No puedo más! ¡Encárgame de otra misión!

SATANÁS.

¿De qué quieres que te encargue? ¿Que es lo que masculias? ¡Vamos! Levántate y habla con claridad. Dame el informe: ¿Has apresado a muchos mujiks esta semana?

El Diabullo de los Mujiks.—(Llorando.)

¡Ni uno solo!

SATANÁS.

¿Que dices? ¿Que dices? ¿Ni uno? ¿Cómo es eso? ¡Ni uno solo! ¿Qué has estado haciendo entonces? ¿En qué te has entretenido?

El Diabullo de los Mujiks.—(Soltando.)

Hice todo lo que estaba en mi mano, pero no he podido conseguir nada. A uno de ellos, le robé el último mendrugo de pan ante sus propias

narices, y ni siquiera me ha injuriado. Por el contrario, me ha deseado buen provecho.

SATANÁS.

Pero ¿qué es lo que fartullas? Serénale y habla más bajo. No entiendo lo que dices.

El Diabullo de los Mujiks.

Verás: el mujik estaba arando y yo sabía que lo único que tenía para comer era una rebanada de pan. Entonces se la robé. Aunque debía haberse enfurecido, solamente dijo: "¡Algún se ha llevado mi pan!"; aquí se lo coma y que le aproveche." Aquí tienes la rebanada que le quité.

SATANÁS.

Bueno: ¿y los demás?

El Diabullo de los Mujiks.

¡Todos son iguales! No he conseguido apresar a ninguno.

SATANÁS.

¿Cómo? ¿Te atreves a presentarte ante mí con las manos vacías? ¡Lo único que se te ocurre traer es ese repugnante pedazo de pan? ¿Que burlas son esas? ¿Es que pretendes comer en el infierno sin haberle ganado el pan? Los demás trabajan, se cansan... Mira, fíjate en esos. (Señala a los Diabullos.) Uno me ha tratado diez mil; otro, veinte mil, y aquel, hasta doscientas mil almas. Tú, en cambio, te presentas ante mí con las manos vacías, solo con ese repugnante pedazo de pan. No me vengas con historias... Te diviertes en lugar de trabajar, y por eso se te escapan los mujiks. ¡Ya te enseñaré a ser holgazán!

El Diabullo de los Mujiks.

Antes de castigarme, déjame hablar. Esos diablos tienen que tratar con boyardos, comerciantes o mujeres y,

por tanto, el asunto es muy fácil. Basta enseñar a un boyardo un gorro de cibelina o una finca para contentarlo en el acto y llevarlo a donde a uno le plazca. Con el comerciante tampoco es difícil; en cuanto se le enseña dinero y se excita su codicia, se deja llevar como por un cordoncillo y nunca se escapa. Con las mujeres es facilísimo. Con vestirlas bien y adularlas uno joera lo que quiere. Pero no hay diablo que pueda tratar con los mujiks; estos trabajan todo el día y, a veces, parte de la noche, y no emprenden ninguna labor sin invocar a Dios. ¡No es fácil encontrar un medio de ganarse!... ¡Padreco, librame de los mujiks; no puedo más, y tú tampoco estás satisfecho!...

SATANÁS.

¡Mientes, holgazán! Si los demás apresan boyardos, comerciantes y mujeres, es que se las ingenian para hacerlo. Buscan nuevos métodos. Fíjate en el Diablo de los Hombres de Negocios: ha inventado un medio muy original. Tú también deberías discutir algo. En cambio, te contentas con arrebatlar un mendrugo de pan, y encima te jactas de ello. ¡Si los envolvieras bien, acabarían por caer! Se te escapan porque no haces más que pasear y descuidas las redes. Así los mujiks se vuelven fuertes y ni siquiera lamentan la pérdida de un pedazo de pan. Como lleguen a adquirir esa costumbre y se la enseñen a sus mujeres, se nos escaparán para siempre. Inventa algo, despabláte...

El Diabullo de los Mujiks.

No sé qué inventar. Relévanme de mi cargo; no puedo más.

SATANÁS.—(Colérico.)

¿Que no puedes más? Espera un poco... Ahora verás, ¡T'ased verjajos! ¡Azotado!
(Los Guardias agarran al Diabullo de los Mujiks y le persiguen.)

El Diabullo de los Mujiks.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

SATANÁS.

¿Se te ocurre algo nuevo?

El Diabullo de los Mujiks.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!... No, nada.

SATANÁS.

¡Acótadle más! (Lo acotan.) ¿Se te ocurre ya?

El Diabullo de los Mujiks.

¡Yai! ¡Yai! ¡Ya se me ha ocurrido algo!

SATANÁS.

Bueno, ¿qué es ello?

El Diabullo de los Mujiks.

Tengo una idea para cogernos a todos en mis garras. Permítame que me coloque de obreiro con los mujiks. No puedo revelarles aún mi invento.

SATANÁS.

Éstá bien; pero no olvides que si dentro de tres años no te has ganado el pan, te quitaré el pellejo...

El Diabullo de los Mujiks.

Dentro de tres años serán míos.

SATANÁS.

Perfectamente. Entonces iré en persona a ver tu obra...

CUADRO TERCERO

Una granja. Carros llenos de trigo.

ESCENA PRIMERA

El Obrero y el Mujik

El Obrero.
¡Siete.El Mujik.
¿Cuántos hectolitros?El Obrero.—(Mira la cantidad escrita en la puerta.)
Veintiseis. Y aquí está la séptima medida para completar los veintiseiete.El Mujik.
No va a caber todo; está lleno.El Obrero.
Apríetalo bien.El Mujik.
Probaré. (Se lleva la medida.)

ESCENA II

El Obrero, solo

El Obrero.—(Se quita la gorra dejando al descubierto los cuernecillos.)

Como tardará un poco en volver, aprovecharé para enderezarme los cuernos (Se le enderezan.) y quitar-me las botas. Cuando está conmigo me las botas. Cuando está conmigo es imposible. (Sece los pies de las botas y aparecen sus puntas de macho cabrío. Se sienta en el umbral.)

Se acerca el plazo y tengo que ir pensando en ajustar las cuentas. Ya no sabe el mujik dónde amontonar más trigo; solo me queda tiempo para ponerle la última zarcadilla. Entonces podrá venir Salamas a contarme todo lo que me enseñaste. ¡Tendré que enseñarte todas las cosas! ¡Ah, mujik! ¡Me pagarás bien cara aquella rebana de pan! (Se acerca el vecino.)

ESCENA III

El Obrero y el vecino. El Obrero oculta los cuernos

El vecino.
Buenos días.El Obrero.
Muy buenos.El vecino.
¿Dónde está el amo?El Obrero.
Almacenando el trigo. Tiene tanto, que no le cabe en el granero.

El vecino.

Verdaderamente, es una bendición para tu amo. Ya no sabe dónde guardar el trigo. Estamos sorprendidos. ¡Menudas cosechas tiene desde hace tantos años! Enteramente como si alguien lo protegiera. El año pasado, por ejemplo, con una sequía tan grande, hubo la ocurrencia de sembrar en tierras pantanosas. Los demás no cosecharon nada, y vosotros llenasteis el granero. Y este año, que ha sido muy húmedo, sembró en los cerros; la humedad pudo todas las cosechas; en cambio, en nuestros terrenos las espigas se venían bajo el peso. ¡Y qué trigo! (Sacude unos granos y los mordisquea.)

ESCENA IV

Dichos y el Mujik

El Mujik.—(Sale del granero con una medida vacía.)
¡Hola, compadre!

El vecino.

¡Muy buenas! Estaba preguntando a

tu criado cómo podéis prever dónde se debe sembrar. Todo el mundo te envidia. ¡Vaya cosecha! No le darás fin ni en diez años!

El Mujik.

Es gracias a Potap. (Señala al Obrero.) El me ha traído la suerte. El verano pasado, cuando le mandé arar, labró un lodazal. Le reñí; sin embargo, me aconsejó que sembrara en él. Me desobedí a hacerlo, y ya ves el resultado. Este año ha vuelto a adivinar, ha sembrado en los altozanos.

El vecino.

Es cierto; enteramente parece que advina el tiempo que va a hacer. ¡Menuda cosecha has tenido! (Silencio.) Venía a pedirte una medida de centeno; el año que viene te la devolveré.

El Mujik.
Bueno; llévatela.El Obrero.—(Dando un codazo a su amo.)
No le des nada.

El Mujik.

¡Déjame en paz!... Ve a buscar el centeno.

El vecino.

Gracias. Voy a buscar un saco.

El Obrero.—(Aparte.)

No ha olvidado todavía sus antiguas costumbres. Sigue dadivoso. Aún no me hace caso en todo. Bueno; paciencia... Dentro de poco, no dará nada. (El vecino se aleja.)

ESCENA V

El Mujik y el Obrero

El Mujik.—(Sentándose en el umbral.)
¿Por qué iba a negar a este buen hombre lo que me pide?

El Obrero.

Está bien dar, pero prestar es muy distinto. Prestar es tirar desde lo alto de una montaña, recuperar es trepar por ella. Eso es lo que dicen los viejos.

El Mujik.

¡No te preocupes! ¡No nos han de faltar cereales!

El Obrero.

Cierto que tenemos mucha cantidad; pero ¿y luego?

El Mujik.

No solo nos bastará hasta la próxima cosecha, sino también para otros dos años. ¿Qué quieres que hagamos con tanto grano?

El Obrero.

Ya verás. Con el trigo y el centeno haré una cosa que te satisfará hasta el fin de tu vida.

El Mujik.

¿Qué es lo que vas a hacer?

El Obrero.

Prepararé una bebida magnífica. Si te flaguean las fuerzas, ella te las devolverá; si tienes hambre, te saciará; si estás desvelado, te dará sueño; si estás triste, te alegrará; y si tienes miedo, te infundirá valor... Esta es la bebida que te voy a hacer.

El Mujik.

Eso no puede ser verdad.

El Obrero.

¡Ah! ¿Conque no puede ser verdad? ¿No tenía yo razón cuando te aconsejé que sembraras en los pantanos y después en los cerros? Ya lo has visto; pues lo mismo sucederá con la bebida.

El Mujik.

Pero ¿con qué la vas a preparar?

El OBRERO.
Con trigo.

El MUJIK.
¿No será pecado?

El OBRERO.
¡No, hombre! ¿Qué pecado va a haber en eso? ¡Todo le ha sido dado al ser humano para que disfrute de ello!

El MUJIK.
Dime, Potap, ¿cómo tienes tanto ingenio? Al verde, nadie pensaría que eres tan astuto, sin dejar de ser un buen obrero. Hace dos años que estás en mi casa y aún no te has quitado las botas ni una sola vez. Sin embargo, sabes muchísimas cosas. ¿Cómo has conseguido eso?

El OBRERO.
He rodado bastante por el mundo...

El MUJIK.
¿Dices que esta bebida da fuerzas?

El OBRERO.
Ya lo verás; es buena para todo.

El MUJIK.
¿Como vamos a fabricarla?

El OBRERO.
Uno no es tan torpe como parece. Necesitamos una caldera y dos alambiques.

El MUJIK.
¿Sabe bien?

El OBRERO.
Es dulce como la miel. Cuando la hayas probado una vez, no podrás prescindir de ella.

El MUJIK.
¿De veras? Bueno; voy a casa de mi compadre a pedirle los alambiques; quiero probar.

TELÓN

CUADRO CUARTO

En el centro de una cuadro, un alambique con un tubo y dos grifos, colocado sobre la lumbre.

ESCENA PRIMERA

El MUJIK y el OBRERO

El OBRERO.—(Sostiene un vaso debajo del grifo y después bebe.)
Bueno, amo; ¡ya estás!

El MUJIK.—(Actuacado al lado del fuego, observa.)
¡Qué sorpresa! Ha salido agua de la pasta. ¿Por qué habrá salido tan clara? Creí que sería dorada como la cerveza, pero es transparente como el agua.

El OBRERO.
¡Decídete a probarla!

El MUJIK.—(Oliendo la bebida.)
¡Uf! ¡Qué fuerte es! Vamos a ver qué sabor tiene; déjame probarla. (Le arrebatada el vaso de las manos.)

El OBRERO.
Esperate. ¡Que me la vas a tirar! (Cierra el grifo y prueba la bebida chascando la lengua.) ¡Está en su punto! Toma, bebe.

El MUJIK.—(Humedeciéndose apenas los

labios, luego, bebe poco a poco hasta apurar el contenido y adelanta el vaso.)
Dame un poco más. Bebiendo tan poco apenas se da uno cuenta del sabor.

El OBRERO.—(Echándose a reír.)
¡Ah!... Te ha gustado, ¿verdad? (Le stre mds.)

El MUJIK.—(Bebiendo.)
¡Esta bebida es maravillosa! Voy a llamar a mi mujer... ¡Eh!... ¡Marta!... Ven. Estamos aquí. Ven en seguida.

ESCENA II

Dichos, la MUJER del MUJIK y su hija

La MUJER.

¿Qué te ocurre? ¿Por qué gritas así?

El MUJIK.
Ante todo, prueba la bebida que acabamos de hacer. (Le da el vaso.)
¡Huele! ¡Fíjate qué olor!

La MUJER.—(Oliendo el contenido del vaso.)
¡Qué bien huele!...

El MUJIK.
Bebe.

La MUJER.
¿No me sentará mal?...

El MUJIK.
No seas tonta; bebe.

La MUJER.—(Bebiendo.)
Está bastante buena.

El MUJIK.—(Ligeramente achispado.)
¡Ya lo creo que está buena! Potap me ha dicho que mitiga el cansancio, que vuelve viejos a los jóvenes... No, no; quiero decir jóvenes a los viejos. Solo he bebido dos veces, y ya me siento rejuvenecido. (Se yer-

que.) ¿Lo ves? Beberemos juntos todos los días y terminaremos siendo jóvenes. ¡Vamos, vamos, Masha! (La abraza.)

La MUJER.
¡Déjame! Esta bebida te ha puesto como loco.

El MUJIK.
¡Ah!... ¡Decías que Potap y yo echábamos a perder el trigo! ¡Fíjate lo que hemos sacado! ¿Qué te parece? ¿Está bueno? Ya lo creo, sobre todo si vuelve jóvenes a los viejos. Hay que ver lo alegre que me ha puesto; estoy muy contento. ¡Ven! ¡Vamos a cantar! (Canta.)

La MUJER.

Voy a llamar a mi suegra, que siempre está de mal humor. Tiene que probar la bebida; así se rejuvenecerá y será más amable.

El MUJIK.—(Borracho.)
¡Anda, llama a mi madre, díle que venga! (A su hija.) Oye, Masha, corre a llamar a la abuela. Y dí al abuelo que venga también. Quiero que abandone el rincón de la estufa donde está metido siempre; lo vamos a volver joven de nuevo. ¡Anda, de prisa! ¡Corre en un vuelo! (La niña sale corriendo.)

ESCENA III

El MUJIK, la MUJER y el OBRERO

El MUJIK.—(A su MUJER.)
Vamos, mujer, otro vasito. (El Obrero llena el vaso y lo alza. El MUJIK bebe.) He empezado a rejuvenecerme por arriba. Primero, la lengua; luego, ha ido bajando hasta llegar a las manos, y ahora ya ha llegado a las piernas. Me doy cuenta de que se me han rejuvenecido las piernas. Mira, mira, bailan solas. (Se pone a bailar.)

La Mujer.—(Bebiendo otro vaso.) ¡Qué cosas inventas, Polapi! Anda, toca la balalaika.

(Ponap toca y la Mujer y el Mujik bailan.)

El Obrero.—(En primer término, sigue tocando mientras contempla a los que bailan. Sonríe burlescamente.) Me las pagará por aquel pedazo de pan. Ya los he cogido. Ya los he cogido. ¡Desgraciados! Esta vez no se me escaparán; ahora ya puede venir el jefe cuando quiera (Deja de tocar, pero el Mujik y la Mujer continúan bailando.)

ESCENA IV

Dichos, la ABUELA, que está bien conservada, y el ABERO, un anciano de cabello blanquistimo

El ABERO.

¿Qué ocurre? ¿Os habéis vuelto locos? ¡Todo el mundo trabaja, y vosotros estáis bailando!

La Mujer.—(Baila dando palmadas y cantando.) ¡Ah! ¡Ah! ¡Qué pecado ante Nuestro Señor...! ¡Sólo Dios está libre de pecado!

La ABUELA.

¡Vaya con la holgazana! ¡Todavía no ha encendido la lumbre, y ahí la tenéis bailando!

El Mujik.

¡Espera, espera, abuelita! ¡Si supieras lo que ocurre!... Los viejos se vuelven jóvenes. (Le tiende un vaso.) Toma, bebe.

La ABUELA.

Mis agua hay en los pozos. (Lo huele.) ¿Qué le has echado? ¡Qué perfume!...

El Mujik y la Mujer.

¡Anda, prueba! ¡Prueba!

La ABUELA.—(Lo prueba.) ¡Qué sabor!... ¿No nos mortremos?

La Mujer. Al contrario. Volverás a nacer. Te volverás joven.

La ABUELA.

Está muy bueno, mejor ¿De veras?... Está muy bueno, mejor que la cerveza. Anda, abuelo, prueba también.

(El ABERO, se sienta haciendo un movimiento de cabeza negativo.)

El Obrero. ¡Dejado! Es mejor que le des otro vaso a la abuela. (Le tiende un vaso.)

La ABUELA. Con tal que no me haga daño. Es fuerte, pero me gusta.

La Mujer. Bebe; verás cómo te penetra en las venas.

La ABUELA. Bueno, dame más (Bebe.)

La Mujer. Bueno, dame más (Bebe.)

La ABUELA.

Si, ya lo creo. Ahora ya está en las piernas. ¡Y qué agilidad le entra a una! Dadme más, dadme más (Si que bebiendo.) ¡Qué raro...! Al to-mar este último vaso, de pronto me he vuelto joven.

El Mujik.

¿No te lo decía yo?

(El Obrero toca la balalaika. El Mujik y la Mujer bailan. La ABUELA danza al centro de la escena.)

La ABUELA.

¿Cómo? ¿Es así como bailáis? (Se

pone a imitarlos.) Primeramente hacéis así después así y luego así. ¡Eso es! ¿Habéis visto?

(El ABERO se acerca al alambique y vuelca su contenido en el suelo.)

El Mujik.—(Se vuelve hacia el ABERO.)

¿Qué has hecho, infame? ¡Mira que haber derramado este tesoro! ¡Estúpido! (Lo apunta bruscamente y acerca su vaso.) Nada; lo ha tirado todo.

CUADRO QUINTO

Interior de la isba del mujik

ESCENA PRIMERA

El Obrero está solo, con sus cuernos y sus patas de macho cabrío

El Obrero.

Tiene mucho trigo, no sabe dónde guardarlo, y se ha aficionado a la bebida. Por de pronto, hemos fabricado una gran cantidad y la hemos echado en un tonel, al resguardo de las miradas de los hombres. Es natural que no demos de beber de balde; pero si necesitamos a alguien, lo emborracharemos. Por eso, hoy le he aconsejado que convidara a los viejos de la aldea. Hay que emborracharlos para que lo obliguen a separarse del abuelo sin darle nada.

Además, hoy termina el plazo de los tres años, y mi obra ha de estar lista. Ya puede venir mi jefe; no tendrá que avergonzarme.

ESCENA II

El Obrero y SATANÁS

SATANÁS.—(Surge del suelo.)

¡Aquí me tienes! Hoy expira mi plazo. ¿Te has ganado tu pan? Te

El ABERO.

Esta bebida representa el mal... Dios ha querido concederte buenas cosechas para que os alimentéis tú y los tuyos, y tú has preparado una bebida endemoniada. Esto te traerá una desgracia. Olvida este invento; si no, perecerás y harás que perezcan los demás. ¿Te figuras que es una bebida? Es fuego y te abrasará. (Sacada del fuego una brasa y prende el vodka. Todos se quedan mudos.)

TELON

prometi que vendría personalmente. ¿Has transformado al mujik?

El Obrero.

Por completo. Podrás verlo con tus propios ojos. Pronto se van a reunir. Méfete en la estufa y observa lo que hacen; quedarás satisfecho.

SATANÁS.—(Entra en la estufa.) Ya lo veremos.

ESCENA III

Dichos, el Mujik, cuatro Viejos y, después, la Mujer. Se sientan en torno a la mesa. La Mujer va colocando los cubiertos y fuentes con flambes y dulces. Los Viejos saludan al Obrero

Viejo. 1.º

¿Has fabricado bastante vodka?

El Obrero.

La cantidad necesaria. ¿Para qué desperdiciar ese tesoro?

Viejo 2.º

¿Y ha salido bien?

El Obrero.

Mejor que el otro.

VIERO 2.^o
¿Dónde has aprendido eso?

El OBRERO.
Recorriendo el mundo se aprende de todo.

VIERO 3.^o
Ya, ya; eres un auténtico picaro.

El MURUK.
Probadlo.

La MUJER.—(True un jarro y sirve la bebida.)
Haced el favor de probarlo...

VIERO 1.^o—(Bebiendo.)
¡A vuestra salud! ¡Oh, es riquísima! Me ha penetrado hasta la medula de los huesos. ¡Esto sí que es una bebida!

(Los demás viejos lo imitan sucesivamente. SARANÁS aparece sacando del interior de la estufa y el OBRERO se coloca a su lado.)

El OBRERO.—(A SARANÁS.)

¡Fíjate en lo que va a suceder. Pondré la zancadilla a la mujer y verteré la bebida. Verás cómo se va a poner este mujik que no se apuraba al perder su único mendrugo de pan.

El MURUK.

Anda, mujer, vuelve a llenar los vasos y repártelos por orden. A mi padreño, al tío Misha...

La MUJER.—(Da la vuelta en torno a la mesa, sirviendo a los viejos. El OBRERO le pone la zancadilla. La MUJER se tambalea y vuelca un vaso.) ¡Ay padrecito! He derramado el vodka. Enternamente parece obra del diablo...

El MURUK.
¡Tú sí que eres el diablo, vieja coji-

tranca! Estás contrachecha, y culpas a los demás. ¡Mira que tirar ese tesoro por los suelos!

La MUJER.
Ha sido sin querer...

El MURUK.
Sin querer, sin querer... Espera un momento a que me levante, y ya te enseñaré a tirar el vodka por los suelos. (Al OBRERO.) Y tú, condenado, ¿por qué das vueltas en torno a la mesa? ¡Vete al diablo!

(La MUJER sigue llenando los vasos.)

El OBRERO.—(Se acerca a la estufa y habla con SARANÁS.)
No se quejó al perder el último mendrugo de pan; en cambio, ahora ha estado a punto de pegar a su mujer y me envía al diablo por un vasito de vodka.

SARANÁS.
¡Muy bien; te mereces una recompensa!

El OBRERO.
Espera a que se beban la botella. Ya verás lo que va a pasar; hasta ahora solo han pronunciado palabras dulces y sencillas. Después, empezarán haciéndose muchos cumplidos y terminarán con astucias de zorro.

El MURUK.
Amigos míos, ¿cómo vais a fallar mi causa? Mi padre ha vivido siempre conmigo, a costa mía; lo he mantenido y alimentado muy bien. De pronto, se ha ido a casa de mi tío y pretende despojarme de una parte de nuestros bienes para entregársela a él. Jugad como mejor os parezca. Sois prudentes; sin vosotros, virrija, nos como sin cabeza. Iván Fedotich, todos reconocen en ti el mejor de los hombres y eres para mí más que

mis propios padres. Ni que decir tiene, Misha Stepanich, mi antiguo amigo...

VIERO 1.^o
Esta bien hablar con un hombre bueno; se vuelve uno más inteligente. Te aseguro que no es fácil encontrar hombres como tú.

VIERO 2.^o
¡Si supieras cuánto te estimó! Me faltan palabras para expresártelo. Hoy mismo lo comentaba con mi mujer.

VIERO 4.^o
¡Eres un buen amigo, un verdadero amigo!

El OBRERO.—(Empujando con el codo a SARANÁS.)
¿Te das cuenta de cómo mienten? Cuando no están juntos, se injurian unos a otros, y, en cambio, ¡fíjate qué arrumacos tan tiernos ahora! Y todo esto se debe a la bebida.

SARANÁS.
Es una bebida magnífica. Si continúan mintiendo así, nos los llevarémos a todos. ¡Muy bien, muchacho!

El OBRERO.
Espera a que hayan bebido la segunda botella... Entonces habrá que verlos.

La MUJER.
Brindo por tu salud.

VIERO 1.^o
¿No será demasiado? ¡A tu salud! (Bebe.) Es agradable beber con un hombre tan bueno.

VIERO 2.^o
No puedo despreciarla. ¡A la salud de los años de la casa!

VIERO 3.^o
¡Amigos, a la salud de todos!

VIERO 4.^o
¡Qué bebida tan deliciosa! Disfrutemos! Haremos cuanto sea necesario; tal es mi voluntad.

VIERO 1.^o
¿Tu voluntad? ¡De ninguna manera! Habrá que ver lo que opinan los que son mayores que tú.

VIERO 4.^o
Son más viejos, pero más idiotas. ¡Déjame en paz!

VIERO 2.^o
¿Por qué te enfureces, imbecil?

VIERO 3.^o
Si nuestro sufrimiento nos obsequia, por algo será; nos necesita. Nosotros hemos de decidir: por eso se muestra amable. (Al MURUK.) ¡Obséquianos! Yo te soy útil, y tú a mí, no. ¿Quién eres? ¿Hermano de un cerdo?

El MURUK.
¡El cerdo lo serás tú! ¿Qué te pasa para alborotar así? Hay otros mejores que tú; pero para engullir todos sois buenos.

VIERO 1.^o
¿Qué dices? Como sigas así, te retorceré el pescuezo.

El MURUK.
¡Retorcerme el pescuezo!... Más despacio. Eso ya lo veremos.

VIERO 2.^o
¡Al diablo! ¡No quiero hablar más con vosotros! ¡Me voy!

El MURUK.
¿Por qué nos dejas?

VIERO 2.^o
Suelítame, o te pego...

El MURUK.
No te saltaré. ¿Qué derecho tienes?

Viejo 2.º
¿Qué derecho tengo? Este, ¡toma!
(Lo abofetea.)

El Murik.—(A los Viejos.)
¡Auxílladme!
(Confusión general. El Murik y los otros Viejos hablan a la vez.)

Viejo 1.º
¿Por qué...? Este... quiere decir...
Nosotros, nosotros...

Viejo 2.º
¡Yo lo puedo todo!

Viejo 3.º
¡Danos más de beber!

El Murik.—(A su Mujer.)
¡Trae otra botella!

(Todos vuelven a sentarse en torno a la mesa.)

El Obrero.—(A su jefe.)
¿Has visto? La sangre de lobo habla en ellos. Se han vuelto malvados como unos lobos.

SATANÁS.
¡Maravillosa bebida! Te doy mi anhelo.
¡horabuena.

El Obrero.
Espera a que acaben la tercera botella; verás lo que va a ocurrir.

TELÓN

CUADRO SEXTO

Una calle.

ESCENA II

Dichos y varios borrachos

Las MUCHACHAS.
¡Dejamos en paz, tío Karp! ¿Estás loco?

Los JÓVENES.
Vamos al callejón. Aquí no puede uno divertirse a gusto. (Se van.)

ESCENA III

Los Viejos Llegan borrachos, el Avuelo y el Murik

El Murik.—(Dirigiéndose a su padre.)
Qué, ¿estás contento? Los Viejos me han prometido que me darán la ración. Y a ti... ¡mira! (Le hace burla riéndose la mano a la nariz.) ¡Ahí tienes! Me lo han adjudicado todo a mí, y a ti, nada! Ellos mismos te lo ditan. (Los cuatro Viejos hablan a la vez.)

Viejo 1.º
Si he de ser yo quien decida, teniendo en cuenta la justicia...

Viejo 2.º
Yo soy más fuerte que los demás...

Viejo 3.º
Cuidado, amigo mío...

Viejo 4.º
¡Ahí va la isla! ¡Ahí va la estufa!... El ama no tendrá donde acostarse... ¡Qué feñini!...

(Los Viejos se cogen de dos en dos y salen tambaleándose. El Murik quiere entrar en la isla, pero vacía y cae. Pronuncia palabras ininteligibles semejantes a unos gruñidos. El Avuelo se levanta y se va.)

ESCENA IV

SATANÁS, el Obrero y el Murik, tendido en el suelo

El Obrero.
¿Has visto? Ahora es la sangre del cerdo la que ha hablado. Los lobos se han convertido en cerdos. (Señala)

(A el Murik.) Mira: está turbado en el fango y erúne como un cerdo.

SATANÁS.
Te lo has ganado. Al principio eran zorros, después lobos y ahora cerdos. ¡Vaya una bebida! Dime, ¿cómo la has hecho? Por lo que veo, has puesto en ella sangre de zorro, de lobo y de cerdo.

El Obrero.
No; solo hice cosechar demasiado trigo al mujik. Cuando tenía poco, no lloraba ni siquiera por el último mendrugo de pan. Pero cuando empezó a tener más de la cuenta, cuando ya no sabía dónde guardarlo, triunfó en él la sangre de zorro, de lobo y de cerdo. Siempre ha tenido sangre de esos animales, pero permanecía impotente. Hasta el momento en que la bebida la despertó.

SATANÁS.
¡Muy bien! Eres muy ingenioso. Te has ganado el pan. Que se acostumbren a beber vodka, y serán nuestros para siempre.

TELÓN

FIN DE "EL MURIK Y EL OBRERO"

1306734

ESCENA PRIMERA
A la derecha de la calle, unos cuantos viejos sentados junto a las puertas de sus casas. Entre ellos, el Avuelo. En el centro de la escena, las Muchachas, las Muchachas y los Jóvenes bailan en corro. Dos Muchachos tocan las balalajas y todos bailan. Desde la isla se oye el ruido y gritos de borracho. Sale uno de los cuatro Viejos, gritando con voz ahogada. El Murik lo sigue con intención de detenerlo.
El Avuelo.
¡Pecados! ¡Pecados! ¿Adónde vamos a llegar? Durante la semana se debe trabajar, y en los días festivos, rezar, descansar, limpiar las herramientas del trabajo, estar en compañía de los padres, salir de paseo con los vecinos, ocuparse de los asuntos de la aldea, y, si uno es joven, divertirse. Así da gusto, es lo honrado, lo decente. (Se oye un grito desde la isla.) Mientras que eso... no sirve más que para amargar a los hombres de bien y alegrar al diablo. Todo eso nace de la holgazanería y del abuso de lo incesario...

EL CADAVER VIVIENTE

PERSONAJES

PRODOR VASILIEVICH PROTASOV.	NASTASIA IVANOVNA, vijejada, madre de Mashá.	PETRUSHIN, abogado.
ELIZAVETA ANDREIEVNA PROKOPOVA (Liza), su mujer.	MITAIL ANDREIEVICH AVERKOV, amigo de Fedia.	Un Doctor.
Mirka, hijo del matrimonio.	Amigos de Fedia.	Un Oficial, en casa de los gitanos.
ANA PAVLOVNA, madre de Liza.	Butkevich ... de Korotkov ...	Katya Gasha, en el juzgado.
SASHA, hermana de Liza.	IVAN PETROVICH ALEXANDROV, otro amigo de Fedia.	Un Oficial, en el juzgado.
VICTOR MITALOVICH KARENIN.	PETRUSHKOV, pintor.	El Ama de los Protasov.
ANA DIMITRIEVA KARENINA, su madre.	ARTEMIEV VOLNSENSEKY, secretario de Karenin.	Crudo de los Karenin.
SERGEI DIMITRIEVIC ABRÉZKOV, príncipe.	Juez de Instrucción.	Mozo en una taberna.
MASHA, gitana.	Secretario del juez de Instrucción.	Un Urtin.
IVAN MAKAROVICH, viejo gitano, padre de Mashá.	MALINIKOV.	Jueces, Acusados, Testigos.
		Un Corso de Gitanos y Gitanas.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

ESCENA PRIMERA
ANA PAVLOVNA, señora gruesa, de pelo eris, muy encorsetada, está sentada ante la mesa del té, y el AMA, que entra trayendo una tetera; después, SASHA

AMA.
¿Puedo coger agua?

ANA PAVLOVNA.
Sí. ¿Qué tal está Mika?

AMA.
Está tranquilo. Se encuentra peor cuando lo cría la señora. Ella tiene disgustos, y es el niño quien lo paga. ¿Cómo quiere que le sienta bien la leche de la señora, que se pasa las noches llorando?

ANA PAVLOVNA.
Me parece que se ha tranquilizado ya.

AMA.
¿Tranquilizado? Da pena verla. Ha estado escribiendo algo y ha vuelto a llorar.

SASHA.—(Entrando, al AMA.)
La llama Liza.

AMA.
Voy, voy. (Sale.)

ANA PAVLOVNA.
El ama dice que no hace más que llorar. ¿Cómo podrá calmarse?

SASHA.
¡Qué graciosa eres, mamá! Se ha separado de su marido, del padre de su hijo, y quieres que esté tranquila.

ANA PAVLOVNA.
No digo que esté tranquila; pero lo

hecho, hecho está. Si yo, que soy la madre, he consentido que se separe de su marido, y hasta me alegro de ello, es que él no merece otra cosa. Hay que alegrarse de que se haya librado de un hombre tan malvado. ¡Menudo tesoro!

SASHA.
¿Por qué dices eso? Sabes perfectamente que no es verdad. A pesar de sus faquezas, es un ser extraordinario.

ANA PAVLOVNA.
Eso es, un ser extraordinario. En cuanto tiene dinero, suyo o ajeno...

SASHA.
Nunca ha gastado dinero ajeno...

ANA PAVLOVNA.
Pero sí el de su mujer...

SASHA.
Pero sí fue el quien entregó toda su fortuna a Liza.

ANA PAVLOVNA.
Claro. Lo hizo porque le constaba que la despillataría...

SASHA.
La despillatarase o no, lo único que sé es que una mujer no debe separarse del marido, sobre todo de un marido como Fedia.

ANA PAVLOVNA.
Entonces, ¿crees que hubiera sido mejor que gastase todo el dinero y trajese aquí, a su propia casa, a sus queridas, a las gitanas?

SASHA.
Fedia no tiene queridas.

ANA PAVLOVNA.
La desgracia está en que os ha entorpecido a las dos. Pero a mí, no. ¡Es un loco! Lo conozco, y él lo sabe.

Si yo estuviese en el lugar de Liza, hace ya un año que me hubiera separado.

SASHA.
¡Con qué facilidad lo dices!

ANA PAVLOVNA.
No lo creas. No es nada agradable para una madre ver a su hija separada del marido. Créeme. Pero cualquier cosa es mejor que echar a perder la vida de una mujer joven. Doy gracias a Dios porque Liza se haya decidido al fin; así todo ha terminado.

SASHA.
Tal vez no haya terminado aún.

ANA PAVLOVNA.
Con tal que Fedia consienta divorciarse...

SASHA.
¿Qué ventajas ves en eso?

ANA PAVLOVNA.
Liza es joven y todavía puede ser feliz.

SASHA.
¡Oh mamá, es espantoso lo que dices! Liza no puede querer a otro.

ANA PAVLOVNA.
¿Por qué no, si es libre? Hay hombres mil veces mejores que nuestro Fedia, que se considerarían dichosos casándose con ella.

SASHA.
Eso no está bien, mamá. Sé que pienso en Víctor Karenin.

ANA PAVLOVNA.
¿Y por qué no? Hace diez años que la quiere. Y es correspondido.

SASHA.
Liza lo quiere, es cierto, pero no

294

LEON NIKOLAEVICH TOLSTOI.—OBRAS.—TOMO I

como a su marido. Es una amistad de la infancia.

ANA PAVLOVNA. ¡Conozco muy bien esa clase de amistad! Si no hubiera habido obstáculos...

ESCENA II

Dichas. Entra la DONCELLA

ANA PAVLOVNA. ¿Qué quiere?

DONCELLA. La señora ha enviado al portero con una nota a casa de Víctor Mijaliovich.

ANA PAVLOVNA. ¿La señora?

DONCELLA. Sí, Lizaveta Andreievna.

ANA PAVLOVNA. Bueno; ¿y qué?

DONCELLA. Víctor Mijaliovich ha dicho que vendrá en seguida.

ANA PAVLOVNA.—(Sorprendida.) En este momento estábamos hablando precisamente de él. Lo que no comprendo es por qué... (A SASHA.) ¿No lo sabes tía?

SASHA. Tal vez lo sepa, tal vez no.

ANA PAVLOVNA. Siempre con secretos.

SASHA. Liza te lo dirá.

ANA PAVLOVNA.—(Mueve la cabeza; se dirige a la DONCELLA.) Hay que calentar el "samovar". Llévatele, Dunisha.

(La DONCELLA sale, llevándose el "samovar".)

ESCENA III

ANA PAVLOVNA y SASHA

ANA PAVLOVNA.—(A SASHA, que se ha levantado y se dispone a salir de la habitación.) Ya te lo decía yo: ha mandado a buscarlo en seguida.

SASHA. Sí, pero no para eso.

ANA PAVLOVNA. ¿Para qué, entonces?

SASHA. En este momento Karenin representaba para Liza lo que Trifonovna...

ANA PAVLOVNA. Te convencerás de lo contrario. Conozco a Liza. Lo llama porque busca consuelo.

SASHA. ¡Oh mamá! ¡Qué poco la conoces, si puedes pensar...!

ANA PAVLOVNA. Ya lo verás. Y estoy contentísima.

SASHA. Veremos. (Se va canturreando.)

ESCENA IV

ANA PAVLOVNA, sola; después, la DONCELLA

ANA PAVLOVNA.—(Mueve la cabeza tras culliendo.) Muy bien. Magnífico... Muy bien. Sí...

DONCELLA.—(Entrando.) Ha llegado Víctor Mijaliovich.

ANA PAVLOVNA. Pues... díle que pase y avisa a la señora.

(La DONCELLA sale por la puerta lateral.)

ESCENA V

ANA PAVLOVNA y VÍCTOR KARENIN

KARENIN.—(Entra y saluda a ANA PAVLOVNA.) Lizaveta Andreievna me ha mandado una nota llamándome. De todas formas, pensaba venir a verlas esta noche; así es que me alegro mucho.

ANA PAVLOVNA. Bien. El que está algo inquieto es el niño. Liza vendrá en seguida. (Con expresión triste.) ¡Qué momento tan duro! ¿Está enterrado?

KARENIN. Sí. Precisamente me encontraba aquí anteayer cuando se recibió la carta. Pero ¿es posible que se haya decidido irrevocablemente?

ANA PAVLOVNA. ¡Desde luego! ¡Pues no faltaría más! Sería horrible pasar lo mismo por segunda vez.

KARENIN. Sí, verdaderamente. Estas cosas debían medirse diez veces, antes de lanzarse a votar. Es muy difícil cortar en lo vivo.

ANA PAVLOVNA. Ya se sabe. Pero este matrimonio estaba hendido desde hace mucho tiempo. De manera que ha sido más fácil cortarlo de lo que parece. El mismo comprende que no puede volver después de lo ocurrido.

KARENIN. ¿Por qué?

ANA PAVLOVNA. ¿Cómo quiere que venga después de todas las injurias que ha cometido? Ha jurado no volver a las andadas; juró que, de hacerlo, se privaría de su derecho de marido, concediéndole a Liza una libertad absoluta.

KARENIN. ¿Qué libertad puede tener una mujer vinculada por el matrimonio?

ANA PAVLOVNA. Puede divorciarse. Su marido le prometió que accedería al divorcio. Y queremos lograrlo a toda costa.

KARENIN. Sí; pero Lizaveta lo amaba tanto...

ANA PAVLOVNA. ¡Oh! Su amor ha estado sometido a tantas pruebas, que apenas si queda algo. Ha soportado sus borracheras, sus engaños y sus infidelidades. ¿Acaso se puede querer a un marido así?

KARENIN. Todo es posible en el amor.

ANA PAVLOVNA. Dice usted que Liza lo quiere. ¿Cómo es posible? ¿A un hombre así?... ¿A un guñapo con el que no se puede contar para nada? Lo que acaba de ocurrir es... (Se vuelve hacia la puerta y se apresura a poner al tanto de las cosas a KARENIN.) Los asuntos marchan mal, las fincas están hipotecadas, y no tiene con qué pagar. Por fin, el tío les envía dos mil rublos para salvar la situación. El se va con el dinero, y desaparece. La mujer se queda con el niño enfermo, esperando. Por fin, recibe una noticia, le escribe que le envíe la ropa y sus objetos personales.

KARENIN. Sí, sí, ya lo sé.

ESCENA VI

Dichos: Entran SASHA y LIZA

ANA PAVLOVNA.
Aquí está Victor Mijallovich; ha
acudido a tu llamada.

KARENIN.
Me han entretenido un poco... *(Se-
liza a las hermanas.)*

LIZA.
Buenos días. Quiero pedirle un gran
favor. No tengo a nadie más que a
usted.

KARENIN.
Haré lo que pueda.

LIZA.
¿Está enterado de lo que pasó?

KARENIN.
Sí, sí.

ANA PAVLOVNA.
Los dejo. *(A SASHA.)* Vámonos. Que
hablen a solas. *(Sale acompañada de
SASHA.)*

ESCENA VII

LIZA y KARENIN

LIZA.
Me ha escrito; dice que todo ha aca-
bado entre nosotros. Me sentí tan
*(Hace grandes esfuerzos por contener
las lágrimas.)* ofendida, tan... En una
palabra, he consentido que nos sepa-
remos. Le he contestado que estoy
de acuerdo.

KARENIN.
¿Y ahora se arrepiente?

LIZA.
Sí; de pronto he comprendido que
esto está mal por mi parte, que no
puedo... Cualquiera cosa es mejor que
separarme de él. Entreguele esta car-
ta. Por favor, Victor, entreguele esta
carta y dígame... ¡Tráigalo!

KARENIN.
Bueno. *(Sorprendido.)* Pero ¿cómo?

LIZA.
Dígame que le ruego que olvide todo
y que vuelva. Podría enviarme la car-
ta con un criado; pero lo conozco.
Su primer impulso será bueno como
siempre; pero después se dejará in-
fluir por alguien, cambiará de pa-
cer y procederá en desacuerdo con su
voluntad...

KARENIN.
Haré lo que pueda.

LIZA.
¿Le sorprende que se lo pida preci-
samente a usted?

KARENIN.
No... Aunque, a decir verdad... sí,
me sorprende...

LIZA.
Pero ¿no se enfada?

KARENIN.
¿Acaso podría enfadarme con usted?

LIZA.
Se lo pido porque sé que lo estima.

KARENIN.
A él y a usted. Ya lo sabe. Y no por
egoísmo. Le agradezco que tenga
confianza en mí. Haré lo que pueda.

LIZA.
Lo sabía. Quiero decirse todo. Esta
mañana fui a casa de Atramov para
enterrarme donde está Fedia. Me di-
jeron que se había ido con las gita-
nas. Eso es lo que me asusta. Tem-
que se deje arrastrar si no lo sujeta-
mos a tiempo. ¿Irás usted a bus-
carlo?

KARENIN.
Naturalmente, ahora mismo.

LIZA.
Dígame que lo he olvidado todo, que
lo espero.

KARENIN.—*(Se levanta.)*
Pero... ¿dónde buscarlo?

LIZA.
Se fue con las gitanas. He estado allí
en persona. Llegué hasta la escalina-
ta de la casa. Quise enviarme una
carta; pero luego cambié de parecer
y decidí que la llevara usted... Aquí
tiene las señas. Dígame que vuelva,
que lo olvidaremos todo. Hágalo
por él y por la amistad que nos une.

KARENIN.
Haré todo cuanto pueda. *(Guarda si-
lencio, luego se despidió y se va.)*

ESCENA VIII

LIZA, sola; después, SASHA

LIZA.
No puedo, no puedo. Cualquier cosa
es mejor que... No puedo...

SASHA.—*(Entrando.)*
¿Qué? ¿Lo has mandado?
*(Liza hace un gesto afirmativo
con la cabeza.)*

SASHA.
¿Y ha accedido?

LIZA.
Naturalmente.

SASHA.
Lo que no entiendo... es por qué ha
de ser él.

LIZA.
¿Y quién si no?

SASHA.
Ya sabes que está enamorado de ti.

LIZA.
Eso era antes, todo pasó ya. Dime,
¿crees que volverá?

SASHA.
Estoy segura. Porque...

ESCENA IX

Dichos y ANA PAVLOVNA. Al entrar esta última, SASHA se interrumpe

ANA PAVLOVNA.
¿Dónde está Victor Mijallovich?

LIZA.
Se ha marchado.

ANA PAVLOVNA.
¿Adónde?

LIZA.
Le he pedido un favor.

ANA PAVLOVNA.
¿De qué se trata? ¿Otro secreto?

LIZA.
No es ningún secreto, le he pedido
que entregue personalmente una car-
ta a Fedia.

ANA PAVLOVNA.
¿A Fedia? ¿A Fedia Vasilievich?

LIZA.
Sí, a Fedia...

ANA PAVLOVNA.
Ciel que hablas roto por completo.

LIZA.
No puedo separarme de él.

ANA PAVLOVNA.
¿Cómo? ¿Quieres empezar todo de
nuevo?

LIZA.
He querido romper, he tratado de
hacerlo, pero no puedo. Haré lo que
quieras, pero me es imposible sepa-
rarme de él.

ANA PAVLOVNA.
Entonces, ¿quieres que vuelva?

298

LEON NIKOLAEVICH TOLSTOI.—OBRAS.—TOMO I

LIZA.
Sí.
ANA PAVLOVNA.
¿Que vuelva a tu casa ese ganalla?

LIZA.
Mamá, te ruego que no hables así de mi marido.

ANA PAVLOVNA.
Del que era tu marido.

LIZA.
Nada de eso, es mi marido.

ANA PAVLOVNA.
Es un derrochador, un borracho, un libertino, ¿y no puedes separarte de él?

LIZA.
¿Por qué me atormentas? Sufro bastante sin eso; es como si quisieras...

ANA PAVLOVNA.
¡Ah! ¿Conque soy yo quien te atormenta? ¡Me tré! No puedo oír eso. (Liza guarda silencio.) Veo que lo estás deseando. Os estorbo. No puedo vivir así. No entiendo nada de lo que hacéis. Habías decidido separarte, y, de repente, llamas al hombre que está enamorado de ti para...

LIZA.
No hay nada de eso...

CUADRO SEGUNDO

Una habitación en casa de unos gitanos. El coro canta.

ESCENA PRIMERA

FEDIA, en mangas de camisa, echado boca abajo en un diván. AFRÉMOV, sentado a horcajadas en una silla frente a la gitana que canta el solo. El Oficial, está junto a la mesa, en la que hay botellas de champán y varios vasos. El Músico, a su lado, transcribe las canciones

ANA PAVLOVNA.
Karentin pidió tu mano en tiempos... Y ahora lo mandas a buscar a tu marido. ¿Qué es eso? ¿Quieres provocar sus celos?

LIZA.
Mamá! Es horrible lo que dices. ¡Déjame!

ANA PAVLOVNA.
Puedes echar a tu madre y permitir que vuelva ese hombre depravado. Pero yo no esperaré a que esto ocurra. Que Dios os proteja. Haced lo que mejor os parezca. ¡Adios! (Sale, dando un portazo.)

ESCENA X

LIZA y SASHA; después, ANA PAVLOVNA

LIZA.—(Desplomándose en una silla.)
¡Era lo único que me faltaba!

SASHA.
No importa. Todo se arreglará. Ya la apaciguaremos.

ANA PAVLOVNA.—(Pasa en silencio. Luego, llama a la DONCELLA.)
Dmitasha, mi maleta.

SASHA.
Mamá, escucha. (Hace un guiño a su hermana y sale tras ANA PAVLOVNA.)

TELÓN

FEDIA.
Bueno, bueno. Y después "No es el atardecer". (Vuelve a echarse.)

OFICIAL.
"La hora fatal". (A AFRÉMOV.) ¿De acuerdo?

AFRÉMOV.
Bueno.

OFICIAL.—(Al Músico.)

¿Qué? ¿La ha transcritto?

Músico.
Imposible. Cada vez lo cantan de una manera distinta. Aquí, por ejemplo, (Llama a una gitana.) ¿Cómo es eso? (Entona "La rochetta".)

GITANA.
Está bien. Así es.

FEDIA.—(Incorporándose.)
No la transcribirá. Y si lo hace, estropeará la canción convirtiéndola en una ópera. Masha, canta "La hora". Coge la guitarra. (Se levanta, se sienta ante la muchacha y la mira a los ojos. Masha empieza a cantar.) Es bonita esta canción. ¡Ay Masha! Bueno, ahora... "No es el atardecer".

AFRÉMOV.
No, espera. Antes tiene que cantar mi canción fúnebre.

OFICIAL.
¿Por qué una canción fúnebre?

AFRÉMOV.
Porque cuando me muera... ¿comprendes? Cuando me muera y esté en el altar, vendrán los gitanos... ¿comprendes? Dejaré dicho a mi mujer... me levantaré de un salto... ¿comprendes? (Al Músico.) Apunta eso. ¡Vamos, empezad! (Los gitanos cantan.)

¿Eh? ¿Que os parece? Ahora cantad "Muchachos valientes".

(Cantan. AFRÉMOV inicia unos pasos de baile. Los Gitanos sonríen y, sin dejar de cantar, batien palmas. AFRÉMOV se sienta. La canción termina.)

Los GITANOS.
¡Mijail Andreievich es un auténtico gitano!

FEDIA.
Bueno; ahora: "No es el atardecer".

ESCENA II

Dichos. Entra un GITANO; después, KARENTIN GITANO.—(A FEDIA.)
Un señor pregunta por usted.

FEDIA.
¿Quién es?

GITANO.
No lo sé. Es muy elegante. Trae una pelliza de cibelina.

FEDIA.
Dile que pase.

AFRÉMOV.
¿Quién puede venir a verte aquí?

FEDIA.
¡El diablo sabrá! ¿Quién puede necesarllarme? (Entra KARENTIN mirando en torno suyo.) ¡Ah, Víctor! A ti sí que no te esperaba. Quitate la pelliza.

FEDIA. ¿Qué te trae por aquí? Anda, siéntate. Van a cantar "No es el atardecer". (Los Gitanos empiezan a cantar.) Esta canción es extraordinaria. ¿Dónde ocurrirá lo que dice? ¡Oh, qué hermosa! ¿Para que llegará el hombre a este entusiasmo si luego no puede seguir?...

Músico.—(Apuntando.)
Esto es muy original.

AFRÉMOV.

¿Duermes, Fedia?

OFICIAL.

No, Fiodor Vasilievich; ahora que cante Masha sola.

FEDIA.
No es que sea original, sido verda-
dero...

ARREMOV.
Bueno, muchachos, descansad un po-
co ahora. (*Coge la guitarra y se sienta
junto a KARIA.*)

Músico.
En el fondo, es sencillísimo. Lo únt-
co, el ritmo.

KARENIN.
"Je voudrais te parler sans té-
moins" (1).

FEDIA.
¿De qué?

KARENIN.
"Je viens de chez toi. Ta femme m'a
chargé de cette lettre, et puis..." (2).

FEDIA.—(*Toma la carta, la lee, frunce
el ceño y después sonríe con dulzura.*)
Oye, Karenin, tú sabes lo que me
dice en esta carta, ¿verdad?

KARENIN.
Sí. Y quiero decirte...

FEDIA.
Espera, espera. Te ruego que no
pienses que estoy borracho, que mis
palabras son inconscientes, es decir,
que estoy inconsciente. He bebido,
pero este asunto lo veo claro. ¿Qué
te ha dicho que me digas?

KARENIN.
Me ha encargado que te busque y
que te diga que... te espera. Te pide
que lo olvides todo y que vuelvas.

FEDIA.—(*Escucha en silencio, mirando
a KARENIN.*)
¿Por qué has venido tú precisa-
mente?

(1) Quisiera haberte sin testigos.
(2) Vengo de tu casa. Tu mujer me ha dado
esta carta, y además...

KARENIN.
Lizaveta, Andreievna envió a buscar-
me y me ha rogado...

FEDIA.
Entonces...

KARENIN.
Pero te pido que vuelvas a tu casa,
no tanto en nombre de tu mujer co-
mo en el mío propio.

FEDIA.
Eres mejor que yo. ¡Qué absurdo!
No es difícil ser mejor que yo. Soy
un miserable, y tú, un hombre bueno,
un hombre muy bueno. Por eso pre-
cisamente es por lo que no cambiaré
de decisión. Y no sólo por eso. Sino
también porque no puedo ni quiero.
¿Cómo podría volver?

KARENIN.
Venle a mi casa. Iré a decir a tu mu-
jer que volverás, y mañana...

FEDIA.
¿Y mañana qué? Yo seguiré siendo
yo, y ella, seguirá siendo ella. (*Se
acerca a la mesa y bebe.*) Es mejor
cortar por lo sano. Le dije que me
abandonara si no mantenía mi pala-
bra. No la he mantenido, y por eso,
todo ha acabado.

KARENIN.
Para tí, pero no para ella.

FEDIA.
Es asombroso que te preocupes de
que no se deshaga nuestro matri-
monio.
(KARENIN se dispone a decir
algo. Se acerca MASHA.)

ESCENA III

Dichos y MASHA. Después, los GRANOS

FEDIA.—(*Lo interrumpo.*)
Espera, espera. Masha, cámbanos al-
go. (*Los GRANOS se retiran.*)

MASHA.—(*En un susurro.*)
Cantáremos en honor de este señor.

FEDIA.—(*Riendo.*)
Bueno. Se llama Victor Mijailovich.
(*Los GRANOS cantan.*)

KARENIN.—(*Los escucha turbado; luego
pregunta.*)
¿Cuánto les doy?

FEDIA.
Veinticinco rublos.
(KARENIN entrega el dinero.)

ESCENA IV

Dichos, dichos KARENIN

FEDIA.
¡Maravilloso! Ahora "El feudo".
(*Vuelve la cadenza.*) Karenin se ha es-
capado. ¡Al diablo, pues!

MASHA.
¿No se acuerda de lo que le pedí?

FEDIA.
¿Qué? ¿Dinero? (*Saca unos billetes
del bolsillo del pantalón.*) Toma, to-
ma. (*Masha se echa a reír, coge el
dinero y se lo guarda en el pecho. A
los GRANOS.*) ¡Cualquiera entiende
esto! Me descubre el cielo y me pide
dinero para perfumes. (*A Masha.*) No
sabes lo que haces.

MASHA.
¿Cómo no he de saberlo! Cuando
quiero a alguien, me esfuerzo en
agradarle y en cantar mejor para él.

FEDIA.
Y a mí, ¿me quieres?

MASHA.
Por lo visto, sí.

FEDIA.
¡Es extraordinario! (*La besa. Los
GRANOS se van. Quedan tres parejas.*)

FEDIA y MASHA, ARREMOV y KARIA
y el OFICIAL y GASHA. El MÚSICO es-
cribe. Un GRANO coge la guitarra y
toca un vals. Yo soy casado y tú
dependes del coro. ¿Estás bien aquí?

MASHA.
Claro que sí. Cuando vienen buenos
visitantes, nos divertimos.

FEDIA.
¿Sabes quién es ese señor que ha ve-
nido?

MASHA.
Lo he oído nombrar.

FEDIA.
Es un hombre excelente. Ha venido
a instarme a que vuelva con mi mu-
jer. Ella me quiere, y, en cambio, ya
ves lo que hago yo.

MASHA.
Eso no está bien. Debes volver. Hay
que compadecerla.

FEDIA.
¿Crees que es preciso compadecerla?
Pues yo creo que no.

MASHA.
Claro que sí no la quieres...

FEDIA.
¿Y tú qué sabes?

MASHA.
Más de lo que usted cree, probable-
mente.

FEDIA.
Dame un beso. Muchachas, cantad
otra vez "El feudo", y será la última.
(*Empiezan a cantar.*) ¡Oh, qué bien
se está aquí! Si no se despertara uno,
Si pudiese morir así...

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

La casa de Liza. Han transcurrido dos semanas desde el primer acto.

ESCENA PRIMERA

LIZA, KARENIN y ANA PAVLOVNA, sentados en el comedor. Entra SASHA

KARENIN.

¿Cómo sigue?

SASHA.

El doctor dice que está fuera de peligro. Pero hay que tener cuidado de que no se enfrie.

ANA PAVLOVNA.

Gracias a Dios, ya es algo.

KARENIN.

¿Y Liza? Debe de estar agotada.

SASHA.

El doctor dice que ha debido de ser barrullo en una forma leve o farrullito falso. ¿Qué es esto? *(Señala una cestilla.)*

ANA PAVLOVNA.

Uvas que ha traído Víctor.

KARENIN.

¿Quiere probarlas?

SASHA.

A Liza le gustan mucho. ¡Se ha vuelto tan nerviosa!

KARENIN.

Pasarse dos días y dos noches sin comer y sin dormir.

SASHA.—*(Sonriendo.)*

Usted también...

KARENIN.

Lo mío... es distinto.

ESCENA II

Dichos.—Bastara Liza y el Doctor

DOCTOR.—*(En tono persuasivo.)*

Ya lo sabe. Se las tiene que cambiar cada media hora si no duerme. Si duerme, no lo moleste. No hay que darle toques en la garganta. Mantenga la misma temperatura en la habitación...

LIZA.

¿Y si se ahoga como antes?

DOCTOR.

No es probable; pero si le ocurre, que haga inhalaciones. Debe tomar también los papellitos. Uno por la mañana y otro por la noche. Voy a recetárselos.

ANA PAVLOVNA.

Doctor, ¿quiere una taza de té?

DOCTOR.

No, gracias. Me esperan los enfermos. *(Se sienta ante la mesa.)*
(SASHA trae unas hojas de papel y un lintero.)

LIZA.

Entonces, ¿no es ditteria? ¿Seguro?

DOCTOR.—*(Sonriendo.)*

Completamente. *(Escribe.)*
(ANA PAVLOVNA se acerca al DOCTOR.)

KARENIN.

Bueno; ahora, tome una taza de té, o mejor, vaya a dormir un poco. Tiene muy mala cara.

LIZA.
Ya he revivido. Y ha sido gracias a usted. Es un verdadero amigo. *(Le estrecha la mano.)*

SASHA.—*(Se retira con un gesto de impaciencia y se acerca al DOCTOR.)*
Gracias, amigo mío. En estos casos se aprecia mucho la ayuda.

KARENIN.

¿Que he hecho? No tiene por qué darme las gracias.

LIZA.

¿Quién ha pasado noches enteras sin dormir? ¿Quién ha traído a este médico emhmente? Usted...

KARENIN.

Estoy recompensado por el hecho de que Mika esté fuera de peligro, y, sobre todo, por su bondad de usted. *(Le estrecha la mano y ríe al ver que Liza tiene un billete.)*

LIZA.—*(Sonríe.)*

Es para el doctor. Pero no sé cómo dárselo.

KARENIN.

Yo tampoco puedo...

ANA PAVLOVNA.

¿Qué es lo que no puedes?

LIZA.

Dar el dinero al doctor. Ha salvado algo que para mí es más que la vida, y a cambio le ofrezco dinero. Resulta desagradable.

ANA PAVLOVNA.

Tráe, yo se lo daré. Sé hacerlo. Es muy sencillo.

DOCTOR.—*(Se levanta y entrega la receta.)*

Esos papellitos los tiene que disolver en una cucharada de agua hervida.

Una vez bien disueltos... *(Continúa explicando la prescripción.)*
(KARENIN toma té, ANA PAVLOVNA y SASHA se retiran al fondo.)

SASHA.

No puedo ver esas relaciones. Entendiblemente parece que Liza está enamorada de él.

ANA PAVLOVNA.

¿Que tiene eso de particular?

SASHA.

Me repugna.
(El Doctor se va después de despedirse de todos. ANA PAVLOVNA sale a acompañarlo.)

ESCENA III

LIZA, KARENIN y SASHA

LIZA.—*(A KARENIN.)*

¡Se ha vuelto tan simpático! En cuanto ha mejorado, no hace más que sonreír y charlar. Me voy con él, aunque le aseguro que no tengo gana de separarme de usted.

KARENIN.

Tome una taza de té y coma algo.

LIZA.

En este momento no necesito nada. Me encuentro muy bien después del susto que he pasado. *(Soltóse.)*

KARENIN.

¿Se da cuenta de lo débil que está?

LIZA.

Soy feliz. ¿Quiere ver a Mika?

KARENIN.

Claro.

LIZA.

Venga conmigo. *(Sale.)*

ESCENA IV
SASHA Y ANA PAVLOVNA

ANA PAVLOVNA.—(Volviendo.)
¿Por qué estás triste? Se lo di y lo tomé. Todo ha salido perfectamente.

SASHA.
¡Es vergonzoso! Lo ha llevado a la habitación del niño como si fuera su novio o su marido.

ANA PAVLOVNA.
¿Y a ti qué te importa? ¿Por qué te alteras? ¿O es que te proponías casarte con él?

SASHA.
¿Yo? ¿Con ese estúpido? Nunca se me ha ocurrido tal cosa. Me casaría con cualquiera antes que con él. Me repugna que Liza pueda intimar con un hombre extraño después de haber estado casada con Fedia.

ANA PAVLOVNA.
No es ningún extraño, sino un amigo de la infancia.

SASHA.
Por sus sonrisas y por sus ojos veo que están enamorados.

CUADRO SEGUNDO
Despacho de Afremov. Vasos con vino en la mesa.
Invitados.

ESCENA PRIMERA
AFREMOV, FEDIA, STRAJOVICH (lleva barba), BURKOVICH (va afeitado) y KOROTKOV. Este es un hombre importante

KOROTKOV.
Pues yo les aseguro que no llegará a la meta. La "Belle Bois" es el mejor caballo de Europa. ¿Apostamos?

STRAJOVICH.
No desvirtues. Ya sabes que nadie te cree, ni apostaré contigo.

ANA PAVLOVNA.
¿Qué tiene eso de particular? Victor se ha tomado gran interés por la enfermedad del niño. Ha comprado y ayudado a Liza, y ella le está agradecida. Además, ¿por qué no iba a enamorarse de él? ¿Y por qué no se iban a casar?

SASHA.
Sería horrible, vergonzoso...
(Entra KARENIN y LIZA; el primero se despidió en silencio.)
SASHA sale enojada.)

ESCENA V
ANA PAVLOVNA Y LIZA

LIZA.—(A su madre.)
¿Qué le pasa?

ANA PAVLOVNA.
No lo sé. De veras.
(Liza suspira en silencio.)

TELON

KOROTKOV.
Te digo que "Cartouche" no llegará a la meta.

AFREMOV.
No discutáis más. Os pondré de acuerdo. Preguntádselo a Fedia. Lo sabe con toda seguridad.

FEDIA.
Los dos caballos son buenos. Todo depende del jinete.

STRAJOVICH.
Gusev es un canalla. No se le puede soltar de la mano.

KOROTKOV.—(Gritando.)
¡No!

FEDIA.
¡Esperad! Os reconciliaré. ¿Quién ganó el Derby?

KOROTKOV.
Lo ganó él, desde luego; pero eso no significa nada. Ha sido por casualidad. Si el Kronprinz no se hubiera puesto malo, ya verías.
(Entra un CRILADO.)

ESCENA II
DICHOS Y EL CRILADO

AFREMOV.
¿Qué quieres?

CRILADO.
Una señora pregunta por Fiódor Vasílievich.

AFREMOV.
¿Quién es?

CRILADO.
No sé. Pero le aseguro que se trata de una auténtica dama.

AFREMOV.
Fedia, una señora pregunta por ti.

FEDIA.—(Asustado.)
¿Quién es?

AFREMOV.
No lo sabe. (Al Crilado.) Dile que pase a la sala.

FEDIA.
Espera, voy a salir yo mismo. (Sale.)

ESCENA III
DICHOS, MENOS FEDIA Y EL CRILADO

KOROTKOV.
¿Quién habrá venido a verlo? Será Masha, sin duda.

STRAJOVICH.
¿Qué Masha?

KOROTKOV.
Masha, la gitana. No se despega de él ni a sol ni a sombra. Parece una gata enamorada.

STRAJOVICH.
¡Qué guapa es y qué bien canta!

AFREMOV.
Es preciosa. Y también Taniuska. Aunque estuvieron cantando con Piotr.

STRAJOVICH.
Qué feliz es este...
AFREMOV.
Tiene la suerte de que lo quieren las mujeres.

KOROTKOV.
No puedo soportar a las gitanas. Carecen de elegancia.

BURKOVICH.
No lo creas.

KOROTKOV.
Te las regalo todas a cambio de una francesa.

AFREMOV.
Ya se sabe, a ti te preocupa mucho la estética. Voy a ver quién es. (Sale.)

ESCENA IV
DICHOS, MENOS AFREMOV

STRAJOVICH.
Si es Masha, tráela aquí para que nos cante algo. Estos gitanos no son como los de antes. Taniuska era otra cosa. ¡Qué diablitos!

BURKOVICH.
Pues yo opino que todos son iguales.

STRAJOVICH.
¿Cómo van a ser iguales? Estos cantan trivolas romanzas en lugar de aquellas bonitas canciones.

mano al pecho.) desaparezca. Y yo haré que desaparezca, y entonces serán felices. (Le tiembla la voz.)

SASHA.
No hables así!

FEDIA.
Bien sabes que es verdad. Me alegraré mucho de que sean felices. No puedo hacer nada mejor. Así es que no he de volver, con lo cual serían libres. Puedes decirselo. No hables más, no hables más. ¡Adiós! (Le da un beso en la frente y abre la puerta.)

SASHA.
Fedia, te admiro. Adiós, adiós. (Sasha sale.)

ESCENA VII

FEDIA, solo; después, el Criado

FEDIA.
¡Es magnífico, maravilloso! (Agita la campanilla y se presenta el Criado.) Llame al señor. (Solo.) ¡Es verdad, es verdad!

ESCENA VIII

FEDIA Y AFRIMOV

AFRIMOV.—(Entrando.)
¿Cómo lo has arreglado?

FEDIA.
Maravillosamente. Maravillosamente. ¿Dónde están los demás?

AFRIMOV.
Allí, jugando.

FEDIA.
¡Magnífico! Vamos un ratito con ellos.

TELÓN

BURKEVICH.
Hay algunas romanzas que están bien.

KOROTKOV.
¿Que te apuestas a que no eres ca-
paz de distinguir si se trata de una
romanza o de una canción, si hace-
mos cantar a Masha?

SNAJOVICH.
Korotkov está siempre con sus apues-
tas.

ESCENA V
DICHOS Y AFRIMOV

AFRIMOV.—(Entrando.)
Señores, no es Masha. Y no tenemos
más que esta habitación para recibir
a una dama. Pasemos a la sala de
billar. Señores, pasemos a la sala de
billar, porque Protasov tiene que re-
cibir a esa visita.

KOROTKOV.
Me apuesto cualquier cosa a que te
has intimidado.

STAJOVICH.
Bueno; salgamos de aquí.

KOROTKOV.
Perderás una botella.
Bueno, bueno. Coge el vino. (Sale
hablando.)

ESCENA VI
ENTRAN FEDIA Y SASHA

FEDIA.
Pasa aquí. Pero ¿cómo has venido?

SASHA.—(Turbada.)
Fedia, perdóname si esto te resulta
desagradable; pero te ruego que me
escuches, por Dios. (Le tiembla la
voz.)

FEDIA.—(Se pasea por la habitación.
Sasha se ha sentado y lo mira.)
Te escucho.

SASHA.
Fedia, vuelve a casa.

FEDIA.
Te comprendo perfectamente, Sasha
querida. En tu lugar, haría lo mismo
que tú. Trataría de que las cosas se
arreglaran. Pero, por extraño que pa-
rezca, si estuviéras en mi situación,
tú, que eres una muchacha buena y
sensibla, con toda seguridad, harías
lo que yo, es decir, te irías y deja-
rías de estorbar...

SASHA.
Pero ¿qué dices? Liza no puede vivir
sin ti.

FEDIA.
¡Ay, mi querida Sasha! Claro que
puede, y, además, será feliz. Será
mucho más feliz que conmigo.

SASHA.
¡Nunca!

FEDIA.
Eso es lo que crees tú. (Arruga una
carita que tiene en la mano.) Pero no
se trata de eso; bueno, quiero decir
que lo importante del caso es que
yo no puedo volver. Y sabes que se
puede doblar un papel grueso para
uno y otro lado hasta cien veces sin
que se rompa; pero basta que lo
hagas una vez más para que se par-
ta. Eso es lo que ha ocurrido entre
Liza y yo. Me resulta demasiado do-
loroso mirarla a los ojos. Y a ella
también... Créeme.

SASHA.
No, no...

FEDIA.
Dices que no, pero sabes que sí.

SASHA.
Puedo juzgar por mí misma... Si es-
tuviera en su lugar y me contestaras
de este modo, sería horrible para mí.

FEDIA.
Sí, para ti. (Silencio. Ambos están
turbados.)

SASHA.
¿Es posible que las cosas queden
así?

FEDIA.
Tal vez.

SASHA.
¡Fedia, vuelve!

FEDIA.
Gracias, querida Sasha. Siempre se-
rás para mí un recuerdo inaprecia-
ble... Adiós, querida. Permíteme que
te bese. (La besa en la frente.)

SASHA.—(Allegada.)
No; no me despidó. No creo, no
quiero creer... Fedia...

FEDIA.
Escucha una cosa, pero dame tu pa-
labra de que no se lo dirás a nadie.
¿Me das tu palabra?

SASHA.
Desde luego.

FEDIA.
Entonces, escucha. Soy su marido y
el padre de su hijo, ego es verdad;
pero estoy de más. ¡Despera, espera!
¡No me repliques! ¿Crees que sien-
to celos? En absoluto. No tengo de-
recho ni motivos. Víctor Karenin es
un antiguo amigo suyo y mio tam-
bien. El la ama y ella le corresponde.

SASHA.
No es verdad.

FEDIA.
Lo quere como una mujer honesta,
que no puede permitirse amar a un
hombre que no sea su marido. Pero
lo cierto es que lo quiere y lo querrá
cuando este obstáculo (Se lleva la

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Despacho de Ana Dimitrievna: sencillo, elegante y lleno de recuerdos.

ESCENA PRIMERA

En *petits* y *petits* elegante solieron de sesenta años. Va atestado y lleva bigote. Es un militar a la antigua, de porte muy digno y expresión triste. ANA DIMITRIEVNA KARENINA, madre de Victor, "gran dame" de cincuenta años, que se rejuvenece. Suele intercalar palabras en francés en su conversación. ANA DIMITRIEVNA está escribiendo una carta. Entra el Criado anunciando

Criado.

El príncipe Serguei Dimitrievich.

ANA DIMITRIEVNA.

¡Que pase! (*Se vuelve y se correponde ante un espejo.*)

PRÍNCIPE ABREZKOV.—(*Entrando.*)

"¡Espere que je ne force pas la consigne" (1). (*Besa la mano a ANA DIMITRIEVNA.*)

ANA DIMITRIEVNA.

Ya sabe usted que "vous êtes toujours le bienvenu" (2). Y hoy más que nunca. ¿Recibió mi esquela?

PRÍNCIPE ABREZKOV.

Sí, y he aquí mi respuesta.

ANA DIMITRIEVNA.

¡Ay, amigo mío! Empiezo a desesperarme. "Il est ensorcelé, positivement ensorcelé" (3). Nunca lo he visto tan terco, tan despiadado e indiferente hacia mí. Ha cambiado por completo desde que esta mujer abandonó a su marido.

(1) Espero no quebrantar la orden.

(2) Siempre es usted bien venido.

(3) Está embrujado, positivamente embrujado.

PRÍNCIPE ABREZKOV.

En resumidas cuentas, ¿cómo están las cosas?

ANA DIMITRIEVNA.

Está empuñado en casarse.

PRÍNCIPE ABREZKOV.

¿Y el marido?

ANA DIMITRIEVNA.

Consistente en divorciarse.

PRÍNCIPE ABREZKOV.

¡Vaya!

ANA DIMITRIEVNA.

Victor accede a todo, a todas esas vilezas de abogados y pruebas de culpabilidad... "Tout ça c'est degolant" (1). Pero nada le hace retroceder. No lo comprendo. El, con su sensibilidad, con su dulzura...

PRÍNCIPE ABREZKOV.

Es que ama. ¡Oh! Cuando un hombre quiere de veras...

ANA DIMITRIEVNA.

Sí; pero ¿por qué en nuestros tiempos el amor podía ser puro? Era un amor basado en la amistad, que duraba toda la vida. Comprendo y apruebo un amor así...

PRÍNCIPE ABREZKOV.

La nueva generación no puede contentarse con unas relaciones idealistas. "La possession de l'âme no leur

(1) Todo esto es repulista.

suffit plus" (1). ¡Qué le hemos de hacer! Entonces, ¿qué arreglo tiene el asunto de Victor?

ANA DIMITRIEVNA.

No me hable de él. Parece una brujería. Está completamente cambiado. ¿Sabe que he ido a verla? Victor me lo pidió con tal insistencia... Pui a su casa y, como no estaba, le deje mi tarjeta. "Elle m'a fait demander quand je pourrai la recevoir" (2). Va a venir a las dos. (*Consulta el reloj.*) Es decir, ahora mismo. Prometi a Victor que la recibiría; pero comprenda mi situación. He perdido la cabeza. Siguiendo mi antigua costumbre, envíe a buscarle a usted. Necesito su ayuda.

PRÍNCIPE ABREZKOV.

Gracias.

ANA DIMITRIEVNA.

Esta visita lo decidirá todo... decidirá la suerte de Victor. No sé si debo o no debo acceder. ¿Y cómo podría...?

PRÍNCIPE ABREZKOV.

¿La conoce usted?

ANA DIMITRIEVNA.

Nunca la he visto. Pero la temo. Una mujer como es debido no puede abandonar a su marido, y menos tratándose de un hombre bueno. Solía venir a nuestra casa, es comparátero de Victor, y muy simpático. Pero ya podía ser como fuese... "Quels que solent les tortis qu'il ais vis-à-vis d'elle" (3). No debía haberlo abandonado. Cada cual debe llevar su cruz. Lo que no entiendo es cómo puede Victor, dadas sus convicciones, casar-

(1) La posesión del alma no les basta ya.

(2) Me ha preguntado cuándo podré recibirle.

(3) Sean cuales fuesen los agravios que le haya hecho.

se con una mujer separada. ¡Cuántas veces, y no hace mucho de eso, ha discutido con Spitsin, tratando de demostrarle que el divorcio está en desacuerdo con el verdadero cristianismo. Y ahora va a caer en ello. Precisamente, "si elle a pu le charmer à un tel point" (1). la temo. Pero lo he llamado para oír su opinión, y no hago más que charlar. Dígame, ¿qué opina de eso? ¿Qué debemos hacer? ¿Ha hablado con Victor?

PRÍNCIPE ABREZKOV.

Sí. Y creo que la ama. Se ha acostumbrado a quererla, y ese amor lo domina... Se trata de un hombre que tarda en tomar una decisión; pero una vez que lo hace, no se vuelve atrás. Lo que ha penetrado en su corazón, no ha de salir ya. Solo amará a Liza y no podrá ser feliz sin ella ni con otra mujer.

ANA DIMITRIEVNA.

¡Varia Kasantseva está deseando casarse con él! Es una muchacha extraordinaria y lo quiere tanto...

PRÍNCIPE ABREZKOV.—(*Sonriendo.*)

"C'est complot sans son hôte" (2). Esto es imposible ahora. Me parece que es mejor someterse y ayudarle a que se case.

ANA DIMITRIEVNA.

¿Con una mujer separada? ¿Para que se encuentre por ahí con el marido? No comprendo cómo puede hablar de esto con serenidad. ¿Acaso una madre puede desear una mujer así para su único hijo, para un hijo como él?

PRÍNCIPE ABREZKOV.

¡Qué hacer, querida amiga! Sería mejor, naturalmente, que se casara

(1) Si ha podido cautivarlo hasta tal punto...

(2) Eso es no contar con la inespada.

con una muchacha que usted conoce y aprecia... Pero si no es posible... Si tuviera la pretensión de tomar por esposa a una gitana o a una cualquiera... Liza Andreievna es una mujer buena y agradable. La conozco por mi sobrina Nelly. Es dulce, sensible, cariñosa y de elevada moral.

ANA DIMITRIEVNA.—Una mujer de elevada moral que abandona a su marido!

PRINCIPE ABREZKOV.—Ana Dimitrievna. No la reconozco. Ana Dimitrievna. Se muestra usted desplazada y cruel. El marido de Liza es un hombre de los que suele decir que son sus propios enemigos. Y, además, es enemigo de su mujer. Es un borracho sin voluntad, ha caído muy bajo. Ha de trochado su propia fortuna, así como la de su esposa, y ella tiene un hijo. ¿Cómo puede usted censurar a una mujer que se ha separado de un hombre así? Y por si fuera poco, es el quien la ha abandonado.

ANA DIMITRIEVNA.—Oh, que porquería, qué porquería! Y pensar que debo mancharme con ese lodo.

PRINCIPE ABREZKOV.—¿Y su religión?

ANA DIMITRIEVNA.—Sí, es verdad, hay que perdonar "cosas de nosotros perdonamos a nuestros deudos". "Mais c'est plus fort que moi" (1).

PRINCIPE ABREZKOV.—¿Cómo vivir con un hombre así? Aun cuando no anara a otro, hubiera tenido que separarse pensando en su hijo. Incluso el mismo ha mostrado tener sensatez y corazon cuando, en

un rapto de lucidez, le ha aconsejado que lo hiciera.

ESCENA II

ANA DIMITRIEVNA y el PRINCIPE ABREZKOV. Entra KARENIN, besa la mano a su madre y saluda al príncipe

KARENIN.—Mamá, he venido a decirte que Elizaveta Andreievna no tardará en llegar. Te suplico una cosa: si confías en desacuerdo conmigo reterente a mi boda...

ANA DIMITRIEVNA.—(Interrumpiéndolo.) Naturalmente, claro que sígo en desacuerdo contigo.

KARENIN.—(Continúa hablando con el príncipe.)... le suplico una cosa: no le digas que no estás conforme, no decidas la cuestión de un modo negativo.

ANA DIMITRIEVNA.—No creo que hablemos de eso. Al menos, yo no tocaré ese tema.

KARENIN.—Y ella, mucho menos. Solo deseo que la conozcas.

ANA DIMITRIEVNA.—Lo que no comprendo es cómo concillas tu deseo de casarte con la señora Protasova, cuyo marido vive, con tu convicción de hombre religioso. ¿No decías que el divorcio es contrario al cristianismo?

KARENIN.—Mamá, esto es una crueldad. ¿Acaso somos infalibles? ¿Cómo no cambiar de convicción, cuando la vida es tan complicada? ¿Por qué eres tan dura conmigo?

ANA DIMITRIEVNA.—Te quiero y deseo que seas feliz.

KARENIN.—(A Abrezkov.) Serguei Dimitrievich...

(1) Pero esto está por encima de mis fuerzas.

PRINCIPE ABREZKOV.—Ya se sabe, le desea que sea feliz. Pero a nosotros, que peñamos canas, nos es difícil comprender a la juventud. Y sobre todo, si se trata de una madre, acostumbra a hacer la felicidad de su hijo a su manera. Las mujeres son así.

ANA DIMITRIEVNA.—

Eso es, eso es. Puedes estar segura. Como comprenderás, puedes hacer lo que quieras. "Vous êtes maître"... (1). Pero acabará conmigo.

KARENIN.—No te reconozco. Esto sobrepasa los límites de la crueldad.

PRINCIPE ABREZKOV.—(A Víctor.) Cállate, Víctor. Ya sabes que tu mamá había mucho, pero en el fondo no es capaz de hacer nada malo.

ANA DIMITRIEVNA.—Le diré lo que pienso y lo que siento sin ofenderla.

PRINCIPE ABREZKOV.—Esto es indudable.

ANA DIMITRIEVNA, el PRINCIPE ABREZKOV, KARENIN y el CRUDO, que entra

PRINCIPE ABREZKOV.—

Ha debido de llegar.

KARENIN.—Me voy.

CRUDO.—Elizaveta Andreievna Protasova.

KARENIN.—Me voy. Mamá, por favor... (Sale.) (El Príncipe Abrezkov se levanta también.)

(1) Eres mayor de edad.

ANA DIMITRIEVNA.—Dígame que pase. (Al Príncipe Abrezkov.) No, usted quédese.

ESCENA IV

ANA DIMITRIEVNA y el PRINCIPE ABREZKOV

PRINCIPE ABREZKOV.—Creí que le sería más cómodo charlar "tête-à-tête".

ANA DIMITRIEVNA.—No; me da miedo. (Recorre la estancia, presta de gran atención.) Si quiero quedarme con ella "tête-à-tête", le haré una seña. "Ça dépendra"... El quedarnos a solas me comprometerá. En todo caso, le haré así.

PRINCIPE ABREZKOV.—La entenderé. Estoy seguro de que Liza le ha de gustar; pero sea usted justa.

ANA DIMITRIEVNA.—Decididamente, todos están contra mí.

ESCENA V
Díchoe. Entra Liza. Lleva sombrero y traje de vestir

ANA DIMITRIEVNA.—(Haciendo ademán de levantarse.) Sentí mucho no haberla encontrado en su casa. Ha sido muy amable viniendo.

Liza.—Le estoy agradecidísima por su deseo de verme. Nunca me hubiera atrevido a esperar.

ANA DIMITRIEVNA.—¿Se conocen ustedes? (Señala al Príncipe Abrezkov.)

PRINCIPE ABREZKOV.—¿Cómo no? He tenido el honor de serle presentado. "Shake hands" (1).

(1) (Se estrechan las manos). En inglés es el original.

bebido otra vez? Me prometiste no beber...

FEDIA. Ya sabes que no tengo dinero.

MASHA. ¿Por qué me habré enamorado de ti?

FEDIA. ¡Masha!

MASHA. Sí, Masha, Masha... Pero si me quieres, hace mucho que te hubieras divorciado. También te lo pidieron ellos. Dices que no la quieres; pero no te decides a dejarla. Se ve que no te da la gana.

FEDIA. Tú sabes por lo que es.

MASHA. ¡Qué tontería! Tienes razón al decir que eres estúpido.

FEDIA. ¿Quieres que te diga que me duele lo que dices? Ya lo sabes tú misma.

MASHA. A ti no te duele nada...

FEDIA. La única alegría de mi vida es tu amor.

MASHA. Sí, eso es, el mío. Pero el tuyo no existe.

FEDIA. No trataré de convencerte. Además, no tengo por qué hacerlo... Lo sabes.

MASHA. Fedia, ¿por qué me atormentas?

FEDIA. ¿Quién atormenta a quién?

MASHA.—(Se echa a llorar.) Eres duro.

FEDIA.—(Se acerca a ella y la abraza.) Masha, ¿por qué lloras? ¡Serénate! Es preciso vivir y no lamentarse. En todo caso, a ti no te conviene, hermosa mía.

MASHA. ¿Me quieres?

FEDIA. ¿A quién si no?

MASHA. ¿Solamente a mí? Léeme lo que has escrito.

FEDIA. Te aburriré.

MASHA. Basta que lo hayas escrito tú para que me guste.

FEDIA. Entonces, escucha. (Empieza a leer.) 'Entrado el otoño, mi amigo y yo convivimos en encontrarnos en el bosque de Murghin. Era una gran isla en la que había innumerables camedas. Hacía un día gris, calido y sereno...'

MASHA. Bastante bien escrito.

FEDIA. Entonces, escucha. (Empieza a leer.) 'Entrado el otoño, mi amigo y yo convivimos en encontrarnos en el bosque de Murghin. Era una gran isla en la que había innumerables camedas. Hacía un día gris, calido y sereno...'

MASHA. Bastante bien escrito.

FEDIA. Entonces, escucha. (Empieza a leer.) 'Entrado el otoño, mi amigo y yo convivimos en encontrarnos en el bosque de Murghin. Era una gran isla en la que había innumerables camedas. Hacía un día gris, calido y sereno...'

MASHA. Bastante bien escrito.

FEDIA. Entonces, escucha. (Empieza a leer.) 'Entrado el otoño, mi amigo y yo convivimos en encontrarnos en el bosque de Murghin. Era una gran isla en la que había innumerables camedas. Hacía un día gris, calido y sereno...'

MASHA. Bastante bien escrito.

FEDIA. Entonces, escucha. (Empieza a leer.) 'Entrado el otoño, mi amigo y yo convivimos en encontrarnos en el bosque de Murghin. Era una gran isla en la que había innumerables camedas. Hacía un día gris, calido y sereno...'

MASHA. Bastante bien escrito.

FEDIA. Entonces, escucha. (Empieza a leer.) 'Entrado el otoño, mi amigo y yo convivimos en encontrarnos en el bosque de Murghin. Era una gran isla en la que había innumerables camedas. Hacía un día gris, calido y sereno...'

te has escapado? ¿Qué diré en el coro? ¡Mira que entenderélas con ese pobretón! ¿Crees que vas a sacar algo en limpio?

MASHA. No me las entiendo con él. Le quiero, y asunto concluido. No he abandonado el coro. Seguiré cantando, y él que...

Iván Makarovich. ¡No sigas, que te arranco la trenza! ¡Zorra! (A Fedia.) ¿A quién has visto hacer estas cosas? ¿A tu padre? ¿A tu madre? ¿A tu tía? Eso está muy mal, señor. Te hablamos tomado cariño, y muchas veces hemos cantado gratis para ti, porque nos dabas lástima. ¿Este es el pago?

NASTASIA IVANOVNA. Has echado a perder a mi única hija. Esa hija preciosa, ese tesoro, esa joya... La has deshonrado. Eres un hereje.

FEDIA. Nastasia Ivanovna, te equivocas al pensar mal de mí. Trato a tu hija como si fuese mi hermana. He venido por su honor, y no voy a creer que no la quiero. Pero ¿qué hacer?

Iván Makarovich. ¡Que poco la querías cuando eras rico! Si hubieras dado diez mil rubios al coro, te la habrían llevado con todos los honores. Pero no. En cambio, ahora que lo has desfilarrado todo, quieres robarla. ¡Es una vergüenza, señor, una vergüenza!

MASHA. No ha sido él. He venido aquí por mi propia voluntad. Si me lleváis con vosotros ahora, vendré otra vez. Le quiero, y asunto concluido. Mi amor es más fuerte que vuestros cuidados... No consentiré...

NASTASIA IVANOVNA. Mashenka, hija mía, no sigas. Te has portado mal; pero ya pasó. Ahora, vámonos.

Iván Makarovich. ¡Basta ya! (Coge a Masha de la mano.) Adios, señor. (Sale.)

ESCENA III

FEDIA. Entre el PRINCIPRE ABREZKOV.

PRINCIPRE ABREZKOV. Perdóneme, involuntariamente he sido testigo de una escena desagradable...

FEDIA. ¿Con quién tengo el honor...? (Lo reconoce.) ¡Ahí! Pero si es usted el príncipe Serguei Dimitrievich! (Lo saluda.)

PRINCIPRE ABREZKOV. ...he sido testigo involuntario de una escena desagradable. Me hubiera gustado evitarlo; pero, ya que no he podido, considero como un deber de consejo a usted. Me indicaron que lo encontraría aquí, y he tenido que esperar junto a la puerta a que salieran estos señores. Estaban dando voces y no me ha oído llamar...

FEDIA. Bueno, bueno. Haga el favor de sentarse. Le agradezco que me lo haya dicho. Ello me permite explicarle esta escena. Me tiene sin cuidado lo que va a pensar de mí. Pero, de todas formas, quisiera decirle que los reproches de los padres a esta muchacha son injustos. Es inocente como una paloma, y nuestras relaciones son puramente amistosas. Si tienen un matiz poético, este no mancha en modo alguno la pureza... ni la honestidad de esta joven. Esto es lo único que quería dejar sentido. ¿Qué se le ofrece? ¿En qué puedo servirle?

316

LEON NIKOLAEVICH TOLSTOI.—OBRAS.—TOMO I

PRÍNCIPE ARREZKOV.
En primer lugar, yo...

FEDIA.

Perdóneme, príncipe. Mi situación ha llegado a un punto en que nuestro antiguo conocimiento no me concede el derecho de recibir su visita, a no ser que tenga usted un motivo para haber venido. ¿En que consistir?

PRÍNCIPE ARREZKOV.

Es un asunto serio, en efecto, el que me ha traído aquí. No obstante, le ruego que crea que el cambio de su vida no influye en absoluto en lo que a mí se refiere.

FEDIA.

Estoy seguro de ello.

PRÍNCIPE ARREZKOV.

El hijo de mi antigua amiga Ana Dimitrievna Karenina, y ella también, me han encargado me enterase bien, me han encargado... (Perdóneme que le hable de eso) con doneme que le hable de eso) con su esposa, con Lizaveta Andreievna Protasova.

FEDIA.

Mis relaciones con mi mujer, podría decir que mi ex mujer, han cesado por completo.

PRÍNCIPE ARREZKOV.

Así lo esperaba. Por eso he asumido esta difícil misión.

FEDIA.

Me apresuro a comunicarle que han cesado, no por ella, sino por mí... Mejor dicho, por mis infinitas culpas. Ella, en cambio, sigue siendo una mujer intachable, lo mismo que antes.

PRÍNCIPE ARREZKOV.

Muy bien. Victor Karenin y, sobre todo, su madre me han rogado que me entere también de los proyectos de usted.

FEDIA.—(Acclorándose.)

¿De mis proyectos? No tengo ninguno. La dejo en plena libertad. Sé que ama a Victor Karenin, y no me opongo a ello. Considero que es un hombre muy aburrido, pero bueno y honrado, y creo que será feliz con él, como vulgarmente se dice. "Que le bon Dieu les bénisse" (1). Esto es todo.

PRÍNCIPE ARREZKOV.

Sí, pero quisieramos que...

FEDIA.—(Interrumpiéndolo.)

No creo que tengo el menor sentimiento de celos. Acabo de decir que Victor es aburrido; pero retiro mis palabras. Es un hombre magnífico, honrado, de elevada moral, casi mil antitesis. Y ama a Liza desde su adolescencia. Quizá ella lo quisiera ya cuando se casó conmigo. Estas cosas suelen ocurrir. El mejor amor es el que uno mismo ignora. Creo que siempre lo ha querido. Pero, como mujer honesta, ni siquiera se lo confesaba a sí misma. Sin embargo, esa sombra se cernía sobre nuestra vida conyugal... Pero ¿para qué le hago esta confesión?

PRÍNCIPE ARREZKOV.

Siga, por favor. Créame que el motivo principal de esta visita es mi deseo de comprender a fondo estas relaciones. Le entiendo perfectamente; comprendo que esta sombra, como bien acaba de decir, haya podido ser...

FEDIA.

Y lo era. Quizá por eso precisamente no me sintiera satisfecho de la vida que ella me ofrecía, y buscaba algo. Pero parece que trato de justificarme, y le aseguro que no quiero ni puedo hacerlo. Puedo decir con toda certeza...

(1) que Dios los bendiga.

za que "he sido" un mal marido. Digo que lo he sido porque hace mucho que no me considero como tal, y que la he dejado en plena libertad. Por tanto, esta es la respuesta que le doy.

PRÍNCIPE ARREZKOV.

Usted conoce a Victor y a su familia. Su trato hacia Lizaveta Andreievna ha sido y es de lo más respetuoso. Le ha prestado ayuda en momentos difíciles.

FEDIA.

Sí, mi libertinaje ha contribuido a que intimen. Pero ¿qué se le va a hacer? Tenía que ser así.

PRÍNCIPE ARREZKOV.

Probablemente, conoce usted la manera de pensar de Victor y de su familia. No la comparto. Tengo un criterio más amplio para juzgar las cosas. Pero los respeto y los comprendo. Comprendo que Victor y, sobre todo, su madre no conciben la unión con una mujer fuera del matrimonio eclesiástico.

FEDIA.

Sí, conozco su cerra... su unilateralidad, sus ideas conservadoras en este sentido. Pero ¿qué es lo que necesitan? El divorcio. Hace mucho que he dicho que estoy dispuesto a concedérselo. Pero me es muy penoso aceptar la culpabilidad que es necesaria en este caso.

PRÍNCIPE ARREZKOV.

Estoy de acuerdo; tiene usted razón. ¿Qué hacer? Tal vez las cosas se arreglen sin eso... Es horrible para usted; lo comprendo.

FEDIA.—(Le estrecha la mano.)

Gracias, querido príncipe. Siempre lo he considerado como a un hombre bueno. Dígame, ¿qué me aconseja?

Póngase en mi lugar. Soy un infame. No intento ser mejor. Sin embargo, hay cosas que no puedo hacer. No puedo mentir a sangre fría.

PRÍNCIPE ARREZKOV.

No le entiendo. Usted, que es un hombre capacitado e inteligente, un hombre tan sensible al bien, ¿cómo es posible que se haya dejado arrastrar hasta el punto de no cumplir con sus propias exigencias? ¿Cómo ha podido destruir su vida?

FEDIA.—(Venciendo las lágrimas provocadas por la emoción.)

Hace diez años ya que llevo esa vida. Y es la primera vez que una persona como usted se compadece de mí. Inspire lástima a mis compañeros de juego, a algunas mujeres, pero no a un hombre bueno y sensato como usted... Gracias, príncipe. ¿Me pregunta cómo he llegado a eso? En primer lugar, por la bebida. No crea que el vino sabe bien. Lo que me ocurre es que, haga lo que haga, siempre tengo la sensación de que no es lo que debería hacer, y me siento avergonzado. En este momento hablo con usted y me da vergüenza. Solo me libero de esa sensación cuando bebo. La música, pero no la ópera, ni Beethoven, sino la de los gitanos, da la vida y llena a uno de energía. Y también esos simpáticos ojos de ellos y esas sonrisas... Pero cuanto más me apasiono con esto, más vergüenza me da.

PRÍNCIPE ARREZKOV.

¿Y el trabajo?

FEDIA.

Ya he probado. Nada me satisface. Pero ¿para qué hablar de mí? Gracias, príncipe.

PRÍNCIPE ARREZKOV.

¿Qué les digo, entonces?

LEON NIKOLAIÉVICH TOLSTOL.—OBRAS.—TOMO I

318

FEDIA. Dígales que haré lo que quieran. Lo que les interesa es que nada les impida casarse. ¿No es eso?

PRÍNCIPE ABREZKOV. Naturalmente.

FEDIA. Dígales que lo arreglaré, que lo arreglaré sin falta.

PRÍNCIPE ABREZKOV. ¿Cuándo?

FEDIA. Espere. Pongamos... dos semanas. ¿Es bastante?

PRÍNCIPE ABREZKOV.—(Levantándose.) ¿Puedo decirselo así, entonces?

FEDIA. Sí. Adiós, príncipe, gracias otra vez. (El Príncipe Abrezkov sale.)

ESCENA IV

Fedia, solo

FEDIA.—(Permanece sentado durante largo rato en silencio. Luego sonríe.) Está bien. Muy bien. Esto es lo que hay que hacer. Esto es lo que hay que hacer. ¡Maravilloso!

TELÓN

ACTO CUARTO
CUADRO PRIMERO

Un cuarto reservado en un restaurante. El mozo introduce a Fedia y a Iván Petrovich Alexandrov.

ESCENA PRIMERA

Fedia, Iván Petrovich y el Mozo

MOZO. Hagan el favor de pasar. Aquí nadie los molestará; ahora mismo les traereé papel.

IVÁN PETROVICH. ¡Protasov! ¿Entro?

FEDIA.—(En tono serio.) Entra, si quieres; pero tengo que hacer, y... Entra, si quieres.

IVÁN PETROVICH.

¿Vas a contestar a sus exigencias? Te indicaré cómo debes hacerlo. Yo lo haré de un modo distinto. Suéalo hablar lisa y llanamente y procedo con decisión. (Al Mozo.) Una botella de champaña. (El Mozo sale.)

ESCENA III

Dichos y el Mozo. Fedia oculta el revólver tapándolo con una servilleta

IVÁN PETROVICH. Descórchela. Bebamos.

FEDIA.—(Escribiendo.) Espera un poco.

IVÁN PETROVICH.

Por tu... gran viaje. Estoy por encima de eso. No trataré de disuadirte. Para un genio, la vida y la muerte son indiferentes. Muero en la vida y vivo en la muerte. Te suicidará para que ellos, esos dos seres, te compadezcan. Y yo... me mataré para que el mundo comprenda que ha perdido. No pensaré ni vacilaré. Lo cojo. (Agarra el revólver.) Y asunto concluido. Pero aún es pronto. (Deja el revólver.) Además, no tengo por qué dejar nada escrito; deben comprender... ¡Oh, vosotros...!

FEDIA.—(Escribiendo.) Espera un poco.

IVÁN PETROVICH.

Los seres humanos son dignos de lástima. Se aman, se desviven... Pero no comprenden... no comprenden nada... No hablo contigo. Expongo mis ideas sin más ni más. ¿Que necesita la Humanidad? Muy poca cosa: ¡han solo debería apreciar a sus genios; sin embargo, lo que ha hecho siempre ha sido atormentarlos, ajus-ticiarlos. ¡No! No he de ser juguete vuestro. Pondré las cosas en claro. ¡No-o-o-o-o-o! ¡Hipócritas!

FEDIA.—(Ha terminado de escribir, apurta la copa y lee.) Haz el favor de marcharte.

IVÁN PETROVICH. ¿Que me marche? Bueno; ¡adiós!

No pienso disuadirte. Y haré lo mismo que tú; pero aún es pronto. Solo quiero que sepas...

FEDIA. Bueno. Me dirás lo que sea después. Ahora, escuchame, amigo mío. Haz el favor de entregarme esto al dueño. (Le da dinero.) Y pídele una carta y un paquete que han traído para mí. Hazme este favor.

IVÁN PETROVICH.

Bueno. Entonces, ¿me esperarás? Tengo que decirte una cosa muy importante. Algo que no has de oír en este mundo, ni en el otro tampoco. Al menos, hasta el momento en que yo llegue. ¿Se lo entrego todo?

FEDIA. Lo que sea preciso. (Iván Petrovich sale.)

ESCENA IV

Fedia, solo; después, Masha

FEDIA.—(Suspira aliviado, cierra la puerta tras Iván Petrovich, toma el revólver, y, después de quitar el seguro, se lo aplica a la sien, se estremece y lo baja con cuidado. Guarda silencio.) ¡No! ¡No puedo, no puedo, no puedo!

UNA VOZ.—(Desde el otro lado.) Soy yo.

FEDIA. ¿Quién? ¡Ah, Masha!... (Abre la puerta.)

MASHA.

He estado en tu casa, en la de Popov y en la de Atremov, y he supuesto que estarías aquí. Pero ¿es posible que realmente...?

320

LEON NIKOLAEVICH TOLSTOI.—OBRAS.—TOMO I

FEDIA. No; no he podido.

MASHA. Yo no existo, ¿verdad? ¡Eres un hereje! ¡No tienes compasión de mí! ¡Ay Píodor Vashilevich, qué pecado, qué pecado! ¡Por mi amor...

FEDIA. He querido dejarlos en libertad, lo he prometido. No puedo mentir.

MASHA. ¿Y yo?

FEDIA. ¿Tú? Así te dejaría libre también. ¿Acaso es mejor para ti padecer a mi lado?

MASHA. Desde luego. No puedo vivir sin ti.

FEDIA. ¿Qué vida puedo ofrecerte? En camino, así me lloraras un poco, y luego me echarías en olvido.

MASHA. No te lloraría en absoluto. ¡Que el diablo te lleve! ¡Ya que no te complaceces de mí...! (Solloza.)

FEDIA. ¡Masha, querida! Me proponía arreglar las cosas del mejor modo posible.

MASHA. Para ti.

FEDIA.—(Sonriendo.) ¿Cómo iba a ser mejor para mí si pensaba suicidarme?

MASHA. Claro que hubiera sido mejor. Pero ¿qué quieres? Dímelo.

FEDIA. ¿Lo que quiero? Muchas cosas.

MASHA. Pero ¿qué?, ¿qué?

FEDIA. En primer lugar, mantener mi palabra. Esto es lo primero, y ya es bastante. No puedo mentir ni cometer las bajezas necesarias para obtener el divorcio.

MASHA. Tienes razón. Yo misma...

FEDIA. En segundo lugar, necesario dejar en libertad a mi mujer y a Karenin. Ellos son buenos, ¿por qué sufren?

MASHA. Ella no debe de ser tan buena, cuando te ha abandonado.

FEDIA. Soy yo quien la abandonó.

MASHA. Bueno, bueno. Siempre eres tú el culpable. Ella es un ángel. ¿Qué más?

FEDIA. Lo tercero es que te quiero a ti, que eres una muchacha honrada, y si continúo viviendo, te perderé.

MASHA. Eso no te incumbe. Ya sé andar sola por el mundo.

FEDIA.—(Suspirando.) Y lo principal, lo principal... ¿Qué representa mi vida? ¿Acaso no me doy cuenta de que estoy perdido y que no sirvo para nada? Soy una carga para los demás y para mi mismo, como decía mi padre. Soy un miserable...

MASHA. ¡Qué tontería! No pienso separarme de ti. Me pegaré a tu lado, y asunto concluido. Llevas una vida desordenada.

nada, debes y te diviertes, eso es cierto; pero como estás vivo, puedes dejar de hacerlo. Y asunto concluido.

FEDIA. Fácil es decirlo.

MASHA. Si te lo propones, lo harás.

FEDIA. Cuando te miro, enternamente me parece que sería capaz de ello.

MASHA. Y lo harás. Lo harás. (Se fija en la carta.) ¿Qué es? ¿Les has escrito? ¿Qué les dices?

FEDIA.—(Toma la carta y quiere romperla.) Ahora ya no hace falta.

MASHA.—(Se la arrebató.) ¿Les decías que te ibas a suicidar? ¿Eh? ¿Les habías del revolver?

FEDIA. Les he escrito que dejaría de existir.

MASHA. ¡Trae, trae! ¿Has leído "Qué hacer"?

FEDIA. Me parece que sí.

MASHA. Es una novela triste, pero tiene una cosa que está bien. El protagonista... ¿Cómo se llama? Rajmahov... Finge que se ahoga. Y tú no sabes nadar, ¿verdad?

FEDIA. No.

MASHA. ¡Magnífico! Dame tu ropa. Y la cartera también.

FEDIA. Pero ¿para qué?

MASHA. Espera, espera... Vamos a tu casa. Allí te cambiarás de traje.

FEDIA. Sería un absurdo.

MASHA. Eso es lo que conviene precisamente. Es como si te hubieras ido a bañar. Tu ropa quedará en la orilla. Dejarás en el bolsillo la cartera y esta carta.

FEDIA. ¿Y después?

MASHA. Después... después nos iremos juntos y viviremos felices.

ESCENA V
Dichos. Entra IVAN PÉTROVICH

IVÁN PÉTROVICH. ¡Vaya! ¿Y el revolver? Me lo voy a llevar.

MASHA. Levátelo, levátelo; nosotros nos vamos.

CUADRO SEGUNDO
Salón en casa de Liza.

LIZA.

Me da vergüenza; pero debo reconocer que el haberme enterado de la existencia de esa gitana me devuelve la libertad. No creas que son celos.

No es eso, sino... la liberación. ¿Cómo decirle...?

KARENIN.
¿Otra vez me habías de "usted"?

Liza.—(Sonriendo.)

Decítele. Pero no me impida... no me impidas decir lo que siento. Lo que más me atormentaba era sentir que quería a dos hombres. Porque esto significaba que soy una mujer inmoral.

KARENIN.
¿Tu, una mujer inmoral?

Liza.

Pero en el momento en que me he enterado de que tiene otra mujer y que, por tanto, no me necesita, me he sentido libre. También puedo decir, y le aseguro que es verdad, que le quiero a usted... que le quiero. Ahora todo está claro en mi alma; sólo me hace sufrir mi situación. El divorcio... La espera... Esto es an-gustioso.

KARENIN.
Todo se decidirá en breve. A pesar de su promesa, he pedido al secretario que le lleve la solicitud. Le he dicho que no se vaya hasta que la firme. Si no lo conociera, pensaría que lo hace adrede.

Liza.

¿Eh? No; todo eso es por debilidad y por una honradez excesiva. No quiere mentir. Pero no debiste enviarle dinero.

KARENIN.
No podía proceder de otro modo. Hubiera podido ser un motivo de demora.

Liza.
Verdaderamente, lo del dinero no ha estado bien.

KARENIN.
Ya es hora de que sea menos "pointilleux".

Liza.
¿Qué egoístas nos estamos volviendo!

KARENIN.
Sí, lo confieso. Pero tú tienes la culpa. Después de esa espera, de esa desesperación, ¡me siento tan feliz! Y la felicidad hace que uno se vuelva egoísta. Tú tienes la culpa.

Liza.
¿Crees que tú sólo eres feliz? También lo soy yo. Reboso de felicidad. Todo se ha reunido: Mika está bien de salud, tu madre me quiere, tú también, y lo principal es que yo te quiero a ti.

KARENIN.
¿Sin arrepentimientos? ¿Irrevocablemente?

Liza.
Desde aquel día todo ha cambiado para mí.

KARENIN.
¿Y no podrá volver aquello?

Liza.
Nunca. Lo único que deso es que haya acabado para ti tan radicalmente como para mí.

ESCENA II

Dichos. Entran el Ama y el Niño. Mika se acerca a su madre, que lo coge en brazos.

KARENIN.
¿Qué desgraciados somos los hombres!

Liza.
¿Por qué? (Besó al niño.)

KARENIN.
Cuando te casaste y volviste del ex-

tranjero, noté que te había perdido y me sentí muy desgraciado. Lo único que me alegraba era saber que te habías acordado de mí. Eso me bastaba. Después, al reanudar nuestra amistad, noté que eras cariñosa conmigo, que había una chispa de algo más que amistad, y me sentí casi feliz. Solo sufría por temor de no ser honrado respecto de Fedia. Aun-

que, por otra parte, siempre tuve la firme convicción de que sólo podía tener unas relaciones puramente amistosas con la mujer de mi amigo. Y, como te conocía, estaba satisfecho. Posteriormente, cuando Fedia empezó a hacerte sufrir y yo sabía que era un apoyo para ti y que contabas con mi amistad, fui completamente feliz. Y hasta empecé a vislumbrar vagas esperanzas. Luego... cuando Fedia se volvió intolerante y decidiste separarte de él, te dije por primera vez todo lo que sentía. Te humillaste a apartarte de mí, deshecha en llanto; pero no dijiste "no". Mi felicidad fue tal, que, si me hubiesen preguntado lo que quería, habría contestado que nada. Ahora que se ha presentado la posibilidad de que unamos nuestras vidas, que maná te ha tomado cariño, que esa posibilidad empieza a realizarse, ahora que dices que me has querido y que me quieres, y que él no existe para tí, ¿qué más puedo desear? Sin embargo, me atormenta el pasado, me gustaría que no hubiese existido, que no existiera nada que lo recuerde.

Liza.—(En tono de reproche.)
¡Victor!

KARENIN.

Perdoname, Liza. Si te digo eso, es porque no quiero pensar nada que se refiera a ti sin que lo sepas. Te lo digo a propósito para demostrarte lo malo que soy. Me consta que debo

luchar conmigo mismo y vencerme. Y me he vencido ya. Lo estimo.

Liza.

Así debe ser. Por mi parte, he hecho todo lo que he podido. En mi corazón ha habido un cambio, independientemente de mi voluntad, y ha sucedido lo que deseabas: ha desaparecido todo, excepto tú.

KARENIN.
¿Todo?

Liza.

Sí, sí. Si no fuera verdad, no te lo diría.

ESCENA III

Dichos y el Criado

El Criado.

El señor Voznesiensky.

KARENIN.

Es el secretario; viene con la contestación de Fedia.

Liza.—(A KARENIN.)

Dile que pase aquí.

KARENIN.—(Se levanta y se dirige hacia la puerta.)

Ya llegó la contestación.

Liza.—(Entrega el niño al ama, que sale.)

¿Es posible que todo se decida? ¡Victor! (Le besó.)

ESCENA IV

KARENIN y Liza. Entra VOZNESIENSKY

KARENIN.

¿Qué hay?

VOZNESIENSKY.

No está.

KARENIN.

¿Cómo? ¿No está? Entonces, ¿no ha firmado la solicitud?

VOZNESIENSKY.
No; pero ha dejado una carta para usted y para Lizaveta Andreievna. *(Sacó una carta del bolsillo. Se la entrega á KARENIN.)* Fue a su casa. Me dijeron que estaba en un restaurante. Me dirigí allí. Fiodor Vasiliévich me rogó que volviera por la contestación al cabo de una hora. ¡Voi!, y esto es...

KARENIN.
¿Será posible que empiece de nuevo con demoras y disculpas? Verdaderamente, es terrible. ¡Qué bajo ha caído!

Liza.
Pero lee la carta a ver lo que dice. *(KARENIN rasga el sobre.)*

VOZNESIENSKY.
¿Me necesita?

KARENIN.
No. Adios. Muchas gracias... *(Se interrumpe y lee con expresión de asombro.)* *(VOZNESIENSKY sale.)*

ESCENA V
KARENIN Y LIZA

Liza.
¿Qué dice? ¿Qué dice?

KARENIN.
¡Esto es horrible!

Liza.—*(Asiendo la carta.)*
¡Lee!

KARENIN.—*(Empieza a leer.)*
"Liza y Victor, me dirijo a los dos. No he de mentir llamándoos apremiados o queridos. No puedo dominar un sentimiento de amargura y de reproche, de reproche hacia mí mismo, pero no por eso menos atormentador cuando pienso en vosotros, en

vuestro amor y en vuestra felicidad. Lo sé todo. Me consta que, a pesar de ser yo el marido, os he molesto por una serie de circunstancias. "C'est moi qui suis l'intrus" (1). No obstante, me es imposible reprimir ese sentimiento de amargura y de frialdad hacia vosotros. En teoría, os quiero a los dos, sobre todo a Liza, a Lizanka, pero en realidad siento una gran indiferencia por vosotros. Me consta que no tengo razón, y, sin embargo, no puedo cambiar."

Liza.
¿Cómo es posible...?

KARENIN.—*(Sigue leyendo.)*
"Pero iré al asunto. Ese mismo sentimiento que me desdoblaba, me obliga a cumplir vuestro deseo de un modo distinto. Me repugna mentir, sobornar y representar esa infame comedia... No puedo hacer esas cosas. Soy un miserable, pero un miserable de otro estilo y "no puedo" borrar parte en esa bajeza. Hay otra salida, mucho más sencilla, y es la que he elegido. Tenéis que casaros para ser felices. Yo constituyo un obstáculo. Por tanto, debo desaparecer..."

Liza.—*(Coge a KARENIN de la mano.)*
¡Victor!

KARENIN.—*(Sigue leyendo.)*
"Debo desaparecer. Y desaparezco.

Cuando recibáis esta carta, ya no existirá. "Post scriptum". Es una lástima que me hayáis enviado el dinero para los trámites del divorcio. Es desagradable. No parecías capaces de una cosa así. Pero ¡qué le hemos de hacer! Me he equivocado tantas veces!... También vosotros podéis equivocaros. Os devuelvo el dinero. Mi salida es más corta, más barata y más segura. Os ruego que no os enfadéis y que guardéis buen recuerdo de mí. Una cosa más: ¿no podríais ayudar de algún modo al relojero Evgeniev? Es un hombre sin voluntad, pero muy bueno. Adios, Fedia."

(1) Soy yo el intruso.

déis y que guardéis buen recuerdo de mí. Una cosa más: ¿no podríais ayudar de algún modo al relojero Evgeniev? Es un hombre sin voluntad, pero muy bueno. Adios, Fedia."

Liza.
Se ha suicidado. Sí...

KARENIN.—*(Agita la campanilla y corre hacia el vestíbulo.)*

¿Que vuelva el señor Voznesiensky.

Liza.
¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Fedia, mi querido Fedia!...

KARENIN.
¡Liza!

Liza.
¡Menti al decir que no lo quería. ¡Lo quiero! ¡Lo quiero a él! ¡Solo a él!

ACTO QUINTO

CUADRO PRIMERO

Una habitación sucia en una taberna.

ESCENA PRIMERA

Alrededor de una mesa, varios hombres toman té y vodka. En primer término, una mujer, junto a la que está sentado Fedia, desahogado y con la ropa desgarrada. A su lado, Perushkov, un hombre de cabellos largos, atento, delicado y de aspecto espiritual. Ambos están leyendo un libro.

MUJER DORFACHOS

PERUSHKOV.
Comprendo, comprendo. Esto es un amor auténtico. Pero siga, siga...

Fedia.

Si fuese una muchacha de nuestra posición social que sacrificase todo por el hombre amado; pero nada de eso, se trata de una gitana, cuya educación se ha basado en el lucro. Y su amor es puro y abnegado; lo da

¡Y he sido yo quien lo ha perdido!
¡Déjame!
(Entra VOZNESIENSKY.)

ESCENA VI
KARENIN, LIZA Y VOZNESIENSKY

KARENIN.
¿Dónde está Fiodor Vasiliévich? ¿Que le dijeron a usted?

VOZNESIENSKY.
Que había salido de madrugada. Dejó esta carta y no ha vuelto más.

KARENIN.
Voy a enterrarle. Liza, te dejo.

Liza.
Perdoname, pero yo tampoco puedo mentir. ¡Déjame! ¡Vete! ¡Vete y entérate...!

FELON

todo sin exigir nada. Lo que me admira es el contraste.

PERUSHKOV.
En pintura se llama a eso "los valores". El rojo vivo se obtiene mejor cuando... Pero, bueno, no se trata de eso ahora. Comprendo, comprendo...

Fedia.

Creo que el no haberme aprovechado de su amor... es la única buena obra que he hecho. ¿Y sabe por qué ha sido?

PERUSHKOV.
Por lástima.

PEDIA.
¡Oh, no! Nunca me ha inspirado compasión. Siempre la he admirado; cuando cantaba, la miraba desde un piano inferior. No se puede usted hacer idea de lo bien que cantaba. Tal vez siga cantando aún. No me he aprovechado de ella, sencillamente, porque la quería. Porque la quería de verdad. Ahora esto constituye un buen recuerdo para mí, un buen recuerdo. (Bebe.)

PETUSHKOV.
Lo comprendo, lo comprendo. Es ideal.

PEDIA.
Le confesaré que este es un caso excepcional. Una vez estive enamorado de una señora... muy hermosa. Mi pasión era brutal. Me dio un "rendez-vous". Pero no acudí, por que consideraba que era una bajaeza respecto del marido. Y, cosa extraña, cada vez que me acuerdo de eso, quisiera alegrarme y alabarme por haber procedido honradamente. Sin embargo, siento remordimientos como si hubiese cometido un pecado. Con Mascha es todo lo contrario. Me regocija no haber manchado ese sentimiento... Puedo caer más bajo aún, puedo caer del todo, puedo vender todo lo que tengo, llenarme de platos y de sarna; pero ese diamante, mejor dicho, ese rayo de sol quedará conmigo, quedará dentro de mí.

PETUSHKOV.
Comprendo, comprendo. ¿Dónde está ahora?

PEDIA.
No lo sé. Ni quiero saberlo. Todo eso pertenecía a la otra vida. No quiero mezclarla con esta.

(Desde la mesa del fondo, se deja oír un grito de mujer. Ac-

den el dueño de la taberna y un guardia, y se llevan a la mujer. PEDIA y PETUSHKOV miran y escuchan en silencio.)

PETUSHKOV.—(Después de restablecerse la calma.)
Verdaderamente su vida de usted es extraordinaria.

PEDIA.
Nada de eso, es de lo más sencillo. En nuestra posición social, en la posición social en que nací, todos venemos tres alternativas: la primera, ser funcionario, ahorrar dinero y fomentar la infamia en que vivimos. Eso me repugnaba; tal vez no hubiera sabido hacerlo, pero lo principal es que me repugnaba. La segunda, destruir esa infamia; para eso había que ser un héroe y yo no lo soy. Y la tercera, olvidar, bebiendo y cantando. Esto último fue lo que hice. Y he aquí el resultado. (Bebe.)

PETUSHKOV.
¿Y la vida conyugal? Yo hubiera sido feliz, a no ser por mi mujer. Ha sido ella la que ha destruido mi vida.

PEDIA.
¡La vida conyugal! Mi esposa era una mujer inmejorable. Pero ¿qué quiere que le diga? En nuestro matrimonio faltaba algo. Algo así como la pasa en el "Kvas"... (1) Yo necesitaba olvidar, aturdirme, y con nosotros eso era imposible. Después, empecé a cometer bajaezas. Ya sabe que queremos a la gente por el bien que le hacemos y dejamos de quererla cuando le causamos algún mal. Y yo le había hecho mucho daño. Ella parecía quererme.

(1) Bebida nacional rusa que, por lo general, se hace de pan de centeno y de lúpulo. Se le suelen poner unas pasas para que fermente.

PETUSHKOV.
¿Por qué dice usted que "parecía" quererle?

PEDIA.
Lo digo porque nunca ha penetrado en mi alma como Mascha. Pero dejemos esto. Cuando mi mujer estaba encinta, cuando criaba a nuestro hijo yo solía desaparecer de casa y volvía borracho. Como es natural, esto era precisamente el motivo de que cada vez la quisiera menos. Sí, sí... (Con énfasis.) En este momento se me está ocurriendo; quiero a Mascha porque le he hecho un bien. La quiero por eso. En cambio, a la obra, la atormentaba... y, no es que pero la quiera... Aunque, a decir verdad, no la quiero. He tenido celos... pero todo pasó.

ESCENA II

Dichos y ARTEMIEV, que se acerca a ellos. Lleva un traje viejo remendado, escarapela y el bigote rubio.

ARTEMIEV.
Que aproveche. (Salida a PEDIA.)
¿Ha conocido al artista, al pintor?

PEDIA.—(Con frialdad.)
Nos conocíamos ya.

ARTEMIEV.—(A PETUSHKOV.)
¿Qué? ¿Acabó el retrato?

PETUSHKOV.
No, se ha frustrado.

ARTEMIEV.—(Sentándose.)
¿No los molestó?

PEDIA y PETUSHKOV guardan silencio.)

PETUSHKOV.
Fiodor Vasílievich me estaba contando su vida.

ARTEMIEV.
¿Secretos? Entonces no molestó, con-

tinúe. Yo si que no los necesito a ustedes para nada. ¡Cerdos! (Se va a la mesa contigo y pide cerveza. Escucha la conversación de PEDIA y de PETUSHKOV, inclinándose hacia ellos.)

PEDIA.
No me gusta este señor.

PETUSHKOV.
Se ha ofendido.

PEDIA.
Bueno; déjelo. Me es imposible hablar en presencia de un hombre así. En cambio, con usted estoy bien, me encuentro a gusto. ¿Que le estaba diciendo?

PETUSHKOV.
Me decía que estaba celoso. ¿Por que se separó de su mujer?

PEDIA.
¡Ay! (Se sume en reflexiones.) Es una historia extraordinaria. Mi mujer está casada.

PETUSHKOV.
¿Está usted divorciado, entonces?

PEDIA.
No. (Sonríe.) La deje viuda.

PETUSHKOV.
¿Cómo es eso?

PEDIA.
Así, sencillamente: la deje viuda. Yo no existo.

PETUSHKOV.
¿Que no existe?

PEDIA.
No. Soy un cadáver. (ARTEMIEV se inclina y presta atención.) Verá...; a usted se lo puedo decir. Esto ocurrió hace mucho. Ni siquiera sabe usted mi apellido verdadero. Cuando de-

troché todo lo que pude y me hice insoportable para mi mujer, y un amigo la consoló. No vaya a pensar nada malo... Era un amigo auténtico y un hombre muy bueno, mi verdadera antítesis: honrado, casto, virtuoso. Conocía y quería a mi mujer desde su infancia. Cuando me casé con ella, supo conformarse con su suerte. Posteriormente, empecé a atormentar a mi mujer, y él frecuentó nuestra casa más a menudo. Yo mismo deseaba que viniera. Se encariñaron el uno con el otro. Fue entonces cuando tomé un mal derrotero y abandoné a mi mujer. Conoci a Masha. Les propuse que se casaran. Ellos no querían. Pero yo iba empeorandome, y la cosa acabó en...

PETUSHKOV.

Como siempre....

FEDIA.

No; estoy seguro de que sus relaciones eran puras. Él es un hombre religioso y considera como un pecado la unión con una mujer sin el sacramento del matrimonio. Exigieron el divorcio. Para obtenerlo yo tenía que admitir la culpabilidad y toda una serie de mentiras... No pude. ¿Qué sería usted crear que me parecía más fácil mentarme que mentir? Tuve intención de hacerlo. Apareció un buen alma que me lo desaconsejó. Les arreglamos del siguiente modo: le envié una carta de despedida y al día siguiente encontraron en la orilla del río mi ropa, mi cartera y unas cartas. No sé nadar.

PETUSHKOV.

Pero ¿no encontrarían el cadáver?

FEDIA.

Si. Imagínese que al cabo de una

semana apareció un cadáver. Estaba en estado de descomposición. Llamaron a mi mujer para que lo identificara. Dijo que era yo. Las cosas quedaron así. Me enteraron. Conterajeron matrimonio, y desde entonces viven aquí y son felices. Y yo... Soy otro. Bebo... eso es todo. Ayer pasé ante su casa. Las ventanas estaban iluminadas; vislumbra una sombrea... A veces, estoy mal, pero no siempre. Estoy mal cuando no tengo dinero.... (Bebe.)

ARTEMIEV.—(Se acerca.)

He oído su historia. Es muy interesante y, sobre todo, puede ser útil. Dice que se encuentra mal cuando no tiene dinero. No hay nada peor en el mundo. En su situación es preciso tener dinero. Porque usted es un cadáver.

FEDIA.

Perdone. No le he contado nada, ni necesito sus consejos.

ARTEMIEV.

Pero yo quiero dárselos. Usted es un cadáver; pero si resucitara, en el mejor de los casos, su esposa, que ha cometido un delito de bigamia, no podría seguir viviendo feliz con ese señor. Iría a la cárcel. ¿Por qué ha de carcerar usted de dinero, pues?

FEDIA.

Le ruego que me deje en paz.

ARTEMIEV.

No tiene más que escribir una carta. Si quiere, yo mismo se la redactaré. Déme las señas; me lo agradeceré.

FEDIA.

Lárguese, le digo. Yo no he dicho nada de eso.

ARTEMIEV.

¡Ya lo creo que sí! Aquí hay un tesigo. El mozo le ha oído decir que es usted un cadáver.

El Mozo.

Yo no sé nada.

FEDIA.

Es usted un infame.

CUADRO SEGUNDO

La acción se desarrolla en una taberna cubierta de hiedra, de una casa de campo.

ESCENA PRIMERA

ANA DIMITRIEVNA, KATERINA, LIZA, encinta; el ANA y el NIÑO

LIZA.

Ya habrá salido de la estación.

MIRA.

¿Quién?

LIZA.

Papá.

MIRA.

Papá ha salido de la estación.

LIZA.

"C'est étonnant comme il l'aime, tout à fait comme son père" (1).

ANA DIMITRIEVNA.

"Tant mieux. Se souvient-il de son père véritable?" (2).

LIZA.—(Suspira.)

No le hablo de él. A veces pienso que no debo preocuparlo, y otras, que es preciso decirselo. ¿Que piensa usted, "naman"?

ANA DIMITRIEVNA.

Me parece, Liza, que es una cuestión

ARTEMIEV.

¿Yor? ¡Guardia! ¡Deténgalo!
(FEDIA se levanta y se dirige hacia la puerta. ARTEMIEV trata de retenerlo. Entra un guardia.)

TELÓN

sentimental; si te dejas guiar por tus sentimientos, el corazón te dictará lo que debes decirte y en qué momento. Es sorprendente hasta que punto reconocía la muerte. Reconozco que hubo una época en que Fedia (lo conocí de niño) me era antipático. Pero ahora lo recuerdo en la época en que era un agradable adolescente, el amigo de Victor, y en la que, siendo un hombre apasionado, se sacrificó (porque ha sido un sacrificio, aun cuando se tratara de algo ilegal y antirreligioso) por los que quería. "On aura beau dire, l'action est belle" (1)... ¿No se le habrá olvidado a Victor comprar la lana? Ya se está acabando. (Se pone a hacer una labor de "crochet".)

LIZA.

Ahí viene.
(Se oye el rodar de un coche y tímido de cascabeles. LIZA se levanta y se acerca a la balaustrada.)

LIZA.

Viene con una señora de sombrero. ¡Pero si es mamá! ¡Hace un siglo

(1) Es sorprendente cuánto le quiere; exactamente como a su padre.
(2) Mejor. ¿Se acuerda de su padre verdadero?

330 que no la he visto. (Se dirige a la puerta.)

ESCENA II

LIZA, ANA DIMITRIEVA, KARENINA, el AMA y NIÑO. Entrán KARENIN y ANA PAVLOVA.

ANA PAVLOVA.—(Besó a Liza y a ANA DIMITRIEVA.)

Me he reconciliado con Víctor y me ha traído aquí.

ANA DIMITRIEVA. Muy bien hecho.

ANA PAVLOVA.

Siempre deseando vernos y dejándolo de un día para otro. Así es que aquí me tienen hasta el tren de la noche, si no me echan.

KARENIN.—(Besó a su mujer, a su madre y al niño.) Pueden felicitarne, soy muy dichoso. Pienso pasar dos días en casa. Mahana se arreglarán sin mí.

LIZA. ¡Magnífico! ¡Dos días! Hace mucho que no sucedía eso. Iremos a la ermita, ¿quiere?

ANA PAVLOVA. ¡Como se le parece! Está hecho un mozo. Con tal que no lo herede todo. El corazón del padre...

ANA DIMITRIEVA. Pero no su falta de carácter.

LIZA. Puede heredarlo todo. Víctor está de acuerdo conmigo; si lo hubieran dignado bien desde joven...

ANA PAVLOVA. No sé lo que me pasa. No puedo pensar en él sin que se me salten las lágrimas.

LIZA. Nosotros tampoco. ¡Cómo se ha olvidado en nuestra memoria!

ANA PAVLOVA. Ya lo creo.

LIZA. Parecía que las cosas no se iban a resolver nunca, y hay que ver cómo se han resuelto de pronto.

ANA DIMITRIEVA. Víctor, ¿trajiste la lana?

KARENIN.

Si, sí. (Coge un maldito y empieza a sacar cosas.) Aquí está la lana, el agua de Colonia y la correspondencia. Toma, una carta oficial a nombre mío. (Se la entrega a su mujer.) Ana Pavlovna, si quiere lavarse, la acompañaré. Yo también necesito ascarne un poco, pues no tardaremos en comer. Liza, instalaremos a Ana Pavlovna en la habitación de abajo, ¿verdad? (Liza, muy pálida, lee la carta que sostiene con manos temblorosas.)

KARENIN. ¿Qué te pasa, Liza? ¿Qué ocurre?

LIZA. ¡Esta vivo! ¡Dios mío! ¿Cuándo me liberaré de él? ¡Víctor! ¿Qué es eso? (Se echa a llorar.)

KARENIN.—(Coge la carta y la lee.) ¡Esto es horrible!

ANA DIMITRIEVA. ¿Qué pasa? Dímoslo.

KARENIN. ¡Esto es horrible! ¡Vive! Liza es bigama, y yo, un delincuente. Es un oficio del juez de instrucción citando a Liza.

ANA DIMITRIEVA.

¡Qué hombre tan abominable! ¿Por qué habrá hecho eso?

KARENIN. Todo es mentira. ¡Mentira!

LIZA.

¡Oh! ¡Cuanto lo aborrezco! No sé ni lo que digo... (Sale deshecha en llanto, seguida de KARENIN.)

ACTO SEXTO

CUADRO PRIMERO

Sala de un Juzgado. El juez de instrucción.

ESCENA PRIMERA

MALNIKOV y el SECRETARIO. El juez, sentado ante la mesa, habla con MALNIKOV.

JUEZ. Nunca te dije tal cosa. Se lo ha inventado ella y ahora me lo reprocha.

MALNIKOV. No es que lo reproche, pero está atligida...

JUEZ. Bueno. Iré a comer con ustedes. Ahora tengo que ocuparme de una causa muy interesante. (Al Secretario, que examina unos documentos.) Que pasen.

SECRETARIO. ¿Los dos juntos?

JUEZ.—(Oculta el pizhillo.) No; la señora Karenina sola, mejor dicho, la señora Prokhasova.

MALNIKOV.—(Satisfecho.) ¡Ah! ¿Es la causa de la Karenina?

JUEZ. Sí. Se trata de un asunto sucio. Aca-

ESCENA III

ANA DIMITRIEVA y ANA PAVLOVA.

ANA PAVLOVA. ¿Cómo es posible que viva?

ANA DIMITRIEVA.

Lo único que sé es que en cuanto Víctor se ha acercado a ese mundo de infamias... lo han embrollado. ¡Todo es engaño y mentira!

TELÓN

bo de empezar la instrucción de la causa, es una cosa fea. Bueno, adios. (MALNIKOV sale.)

ESCENA II

El juez, el Secretario y Liza, vestida de negro y con un velo por la cara.

JUEZ. Le ruego que se sienta. (Indica una silla.) Créame, que siento mucho tener que interrogarla, pero me veo obligado... Serenese, por favor, y sepa que puede no contestar a las preguntas. Sin embargo, opino que la verdad le conviene tanto a usted como a los demás. Siempre es mejor ir con la verdad por delante. Resulta más práctico.

LIZA. No tengo nada que ocultar.

JUEZ. Muy bien. (Examina unos papeles.) Tengo aquí su filiación. ¿Está bien?

LIZA. Sí.

JUEZ. ¿Se acusa usted de haberse casado por segunda vez sabiendo que su marido vivía?

LIZA. Ignoraba que viviese.

JUEZ. ¿Y también de haber persuadido a su esposo, sobornándolo con dinero, que simulara un suicidio con el fin de librarse de él?

LIZA. Eso es mentira.

JUEZ. Permítame que le haga unas cuantas preguntas. ¿Le mandó usted doscientos rublos en julio del año pasado?

LIZA. Eran suyos. Los hablamos cobrado por unas cosas que le pertenecían. Cuando nos separamos, yo esperaba que tramitara el divorcio y se los mandé por eso.

JUEZ. Muy bien. Ese dinero se lo envió el diecisiete de julio; es decir, dos días antes de su desaparición. ¿Verdad?

LIZA. Sí, me parece que fue el diecisiete. Pero no lo recuerdo con exactitud.

JUEZ. ¿Por qué se interrumpieron los trámites del divorcio y se despidió al abogado en aquella misma fecha?

LIZA. No lo sé.

JUEZ. ¿Identificó usted el cadáver cuando la llamó la Policía?

LIZA. Estaba tan alterada que ni lo miré siquiera. No me cabía duda alguna; por eso, cuando me preguntaron, contesté que probablemente era él.

JUEZ. No examinó el cadáver a causa de su natural emoción. Muy bien. Pero, permítame que le pregunte: ¿mandaba usted mensualmente una cantidad de dinero a Sajatov, ciudad en que vivía su primer marido?

LIZA. Le mandaba mi esposo. No puedo revelar el nombre del destinatario, ya que se trata de un secreto ajeno. Pero lo único que le digo es que no era para Fiodor Vasilievich. Estábamos firmemente convencidos de que no existía. Se lo aseguro.

JUEZ. Muy bien. Quiero hacerle una observación: somos servidores de la ley, pero eso no nos impide ser hombres. Comprendo y me intereso por su situación. Estaba usted unida a un hombre que derrochaba su fortuna y le era infiel; en una palabra, un hombre que la hacía desgraciada.

LIZA. Yo lo quería.

JUEZ. Pero, no obstante, es natural que quisiera librarse de él. Y ha elegido el camino más sencillo sin pensar que la conducta a lo que se consigna un delito: a la bigamia. Yo me hago cargo de todo esto. Y le aseguro que el Jurado lo comprenderá también. Por eso le aconsejo que diga la verdad.

LIZA. No tengo nada que ocultar. Nunca

he mentido. (*Se echa a llorar.*) ¿Me necesita aún?

JUEZ. Le ruego que espere un momento. No la molestare con ninguna pregunta más. Tenga la bondad de leer esto y de firmarlo. Aquí tiene el interrogatorio. ¿Están bien expresadas sus respuestas? Pase por aquí, haga el favor de sentarse. (*Le indica un sillón junto a la ventana. Al Secretario.)* Que entre el señor Karenin.

ESCENA III
Dichos. Entra Karenin con expresión grave y solemne

JUEZ. Haga el favor de sentarse.

KARENIN. Gracias. (*Se queda de pie.*) ¿En qué puedo servirle?

JUEZ. Me veo obligado a someterlo a un interrogatorio.

KARENIN. ¿En calidad de qué?

JUEZ.—(*Somriendo.*) En calidad de juez de instrucción, considerándolo como acusado.

KARENIN. Ah, ¿sí? ¿De qué?

JUEZ. De haber contraído nupcias con una mujer casada. Pero permítame que le haga las preguntas por orden. Siéntese.

KARENIN. Gracias.

JUEZ. ¿Cómo se llama usted?

KARENIN. Víctor Karenin.

JUEZ. ¿Su profesión?

KARENIN. Chambelán y consejero de Estado.

JUEZ. ¿De treinta y ocho años de edad y de religión ortodoxa?

KARENIN. Ortodoxa, sí, y sin antecedentes penales. ¿Qué más?

JUEZ. ¿Sabía que Fiodor Vasilievich Protasov vivía cuando se casó usted con su esposa?

KARENIN. Lo ignorábamos. Los dos estábamos convencidos de que se había ahogado.

JUEZ. ¿A quién mandaba usted todos los meses una cantidad de dinero a Sajatov, después de la falsa noticia del fallecimiento de Protasov?

KARENIN. No quiero contestar a esta pregunta.

JUEZ. Muy bien. ¿Con qué fin envió mil doscientos rublos al señor Protasov inmediatamente antes del suicidio de su hijo?

KARENIN. Fue mi mujer quien me entregó ese dinero...

JUEZ. ¿La señora Protasova?

KARENIN. Me lo entregó mi mujer para que se

lo mandara a Protasov. Consideraba que le pertenecía a él y, al separarse, no le parecía bien guardarlo.

JUEZ. Una pregunta más: ¿por qué interrumpieron los trámites del divorcio?

KARENIN.— Porque Fiódor Vasilievich se encargó de todo, cosa que me escribió.

JUEZ. ¿Conserva usted esa carta?

KARENIN.— Se ha extraviado.

JUEZ. Es extraño que falten todas las pruebas que podrían demostrar la veracidad de sus declaraciones.

KARENIN.— ¿Necesita algo más?

JUEZ. Yo no necesito nada más que cumplir con mi obligación, y usted debe justificarse. Acabo de dar un consejo a la señora Protasova y se lo doy a usted también: no oculte la verdad y exponga los hechos tal y como sucedieron. Tanto más cuanto que el señor Protasov ha declarado cómo ocurrió todo. Sin duda, volverá a repetir lo mismo en el juicio. Yo le aconsejaría...

KARENIN.— Y yo le ruego que se mantenga dentro de los límites del cumplimiento de su deber. Guárdese esos consejos. ¿Podemos retirarnos? (Se acerca a Liza. Esta se pone en pie y lo coge de la mano.)

JUEZ. Siento mucho tener que retenerla...

(KARENIN se vuelve con expresión de sorpresa.) No en el sentido de arrestar. Aun cuando sería más cómodo para esclarecer la verdad, no recurriré a esta medida. Desearía interrogar al señor Protasov en presencia de ustedes y proceder a un cargo, con lo cual les será más fácil demostrar que mente. Les ruego que se sienten. Que entre el señor Protasov.

ESCENA IV

Dichos. Entra Fedá, sucio y desahogado

FEDÁ.—(Se dirige a Liza y a KARENIN.) Liza, Lizaveta Andreievna, Víctor... No soy culpable. Quise arreglar las cosas lo mejor posible... Y si soy culpable... perdonadme, perdonadme... (Se inclina ante ellos.)

JUEZ. Le ruego que conteste a mis preguntas.

FEDÁ. Empezce cuando quiera.

JUEZ. ¿Cómo se llama?

FEDÁ. Ya lo sabe.

JUEZ. Le ruego que me conteste.

FEDÁ. Bien; Fiódor Protasov.

JUEZ. ¿Religión, profesión, edad?

FEDÁ.—(Guarda silencio durante un rato.)

¿Cómo no le da vergüenza preguntar semejantes tonterías? Pregúntele que necesite saber y no esas bobadas.

JUEZ. Haga el favor de tener cuidado con

lo que dice, y conteste a mis preguntas.

FEDÁ. Bueno, pues si no le da vergüenza, puede seguir. Soy licenciado, tengo cuarenta años y profeso la religión ortodoxa. ¿Qué más quiere saber?

JUEZ. ¿Sabían su mujer de usted y el señor Karenin que estaba vivo cuando dejó su ropa en la orilla del río y desapareció?

FEDÁ. Desde luego, no. Me había propuesto suicidarme realmente, cuando de pronto... Pero no tengo por qué contarle eso. El caso es que ellos no sabían nada.

JUEZ. ¿Por qué declaró todo lo contrario al oficial de la Policía?

FEDÁ. ¿A qué oficial? ¡Ah! ¿Al que fue a casa de Rjanov? Estaba borracho y le menté... No recuerdo lo que dije. Eso no tiene importancia. Ahora estoy en mis cabales y digo toda la verdad. Ellos no sabían nada. Creían que yo no existía. Y eso me alegraba. Las cosas hubieran quedado así a no ser por el infame de Artemiev. Si alguien es culpable, soy yo únicamente.

JUEZ. Comprendo que quiera usted mostrarse magnánimo, pero la ley exige la verdad. ¿Por qué le enviaron el dinero? (Fedá calla.) ¿Recibía usted dinero que se le enviaba a Saratov por medio de Simonov (Fedá calla.) ¿Por qué no habla? En el expediente constará que se ha negado usted a contestar a estas preguntas, y eso pue-

de ser muy perjudicial tanto para usted como para ellos. ¿Qué me dice?

FEDÁ.—(Guarda silencio, luego empieza a hablar.)

¡Oh señor juez! ¿Cómo no le da vergüenza? ¿Por qué se inmiscuye en la vida ajena? Esta satisfecho de su poder y, para hacerlo patente, muestra moralmente a unas personas que son mil veces mejores que usted.

JUEZ. Le ruego que...

FEDÁ. No tiene que rogarme nada. Diré todo lo que pienso. (Al Secretario.) Y usted, anótele. Al menos una vez figuraran palabras sensatas en un proceso. (Eleva la voz.) Viven tres personas, ella, él y yo, entre las cuales existen unas relaciones muy complejas. Hay una lucha entre el bien y el mal, una lucha espiritual que no alcanzaría usted a comprender siquiera. Esa lucha acaba con una situación determinada que lo resuelve todo. Todos se tranquilizan. Ellos son felices... y guardan buen recuerdo de mí. Yo soy dichoso dentro de mi calma por haber procedido como debía. Yo, un ser abyecto, abandoné la vida para no esforzarme a ellos, que son buenos y rebosan vitalidad. De pronto, aparece ese infame chantajista y me exige que sea su cómplice. Lo echo. Entonces, acude a usted, al hombre que lucha en aras de la justicia y vela por la moral. Y usted, que recibe cuarenta copeles por cada vileza, se pone la toga, y, con una sensación de bienestar en el alma, se ensaña con unas personas infinitamente superiores a usted, que no deberían recibirlo ni en la antessala de su casa. Pero como usted ha llegado a... se alegra de...

JUEZ. Me verá obligado a echarlo de la sala...

FEDIA. ¡Qué ridículo sería usted, si no fuera tan malo!

FEDIA. No temo a nadie porque soy un cadáver. No podrá hacerme nada. No existe situación peor que la mía. ¡Lléveme donde le plazca.

FEDIA.—(A KARENIN y a LIZA.) ¡Perdonadme!

KARENIN. ¿Podemos retirarnos?

KARENIN.—(Se acerca a Fedia y le estrecha la mano.) Por lo visto, así debía ser. (Liza pasa. Fedia hace una profunda inclinación.)

JUEZ. No tienen más que firmar el interrogatorio.

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Un pasillo en el edificio de un juzgado de distrito. En último término, una puerta de cristales junto a la que está el UJIER. A la derecha, la puerta por la que entran los acusados.

ESCENA PRIMERA

El UJIER e IVÁN PETROVICH, que viste un traje destrozado, se acerca a la primera puerta y quiere entrar.

UJIER. ¿Adónde va? No se puede pasar. ¡Vaya una manera de meterse!

IVÁN PETROVICH. ¿Por qué no? Los juicios son públicos, según la ley. (Se oye una salva de aplausos.)

UJIER. Le digo que no se puede pasar. Está prohibido.

IVÁN PETROVICH. ¡Estúpido! No sabes con quién hablas. (Sale el JOVEN ABOGADO, vestido de frac.)

ESCENA II

Dichos y el JOVEN ABOGADO

JOVEN ABOGADO. ¿Qué quiere? ¿Está interesado en el proceso?

IVÁN PETROVICH. No; soy un espectador. Y ese necio, ese cancerbero, no me quiere dejar pasar.

JOVEN ABOGADO. Por aquí no puede entrar el público.

IVÁN PETROVICH. Ya lo sé. Pero a mí podrían dejarme.

JOVEN ABOGADO. Espere, ahora va a haber un descanso. (Hace ademán deirse y se encuentra con el PRÍNCIPE ABREZKOV, que entra.)

ESCENA III

Dichos y el PRÍNCIPE ABREZKOV

PRÍNCIPE ABREZKOV. Dígame, por favor, ¿por dónde va el proceso?

JOVEN ABOGADO.

Por los informes de los letrados. Está hablando el abogado Petrushin. (Vuelve a oírse una salva de aplausos.)

PRÍNCIPE ABREZKOV.

¿Cómo sobrellevan su situación los acusados?

JOVEN ABOGADO.

Con mucha dignidad, sobre todo Karenin y Lizaveta Andreievna. Entera-mente parece que son ellos quienes juzgan a la sociedad. Petrushin habla sobre este particular precisamente.

PRÍNCIPE ABREZKOV.

¿Y Protasov?

JOVEN ABOGADO.

Está presa de gran alteración. Tiene- bía de pies a cabeza. Se comprende, teniendo en cuenta la vida que lleva. Hasta ha llegado a interrumpir varias veces al abogado y al fiscal.

PRÍNCIPE ABREZKOV.

¿Cómo cree usted que acabará? ¿Cuál será el fallo?

JOVEN ABOGADO.

Es muy difícil de prever. El Jurado está compuesto de personas muy diferentes. No admiten la agravante de premeditación, sin embargo... (Sale un señor. El PRÍNCIPE ABREZKOV se acerca a la puerta.) ¿Quiere entrar?

PRÍNCIPE ABREZKOV. Me gustaría.

JOVEN ABOGADO.

Es usted el príncipe Abrezkov, ¿no es eso?

PRÍNCIPE ABREZKOV. Sí.

JOVEN ABOGADO.—(Al UJIER.)

Deje pasar a este señor. Ahí, a la derecha, tiene usted un asiento libre. (Se abre la puerta y se ve al abogado do que habla.)

ESCENA IV

El UJIER, el JOVEN ABOGADO e IVÁN PETROVICH; después, PETRUSHKOV

IVÁN PETROVICH.

¡Aristócratas! Yo soy aristócrata de espíritu. Y eso es más.

JOVEN ABOGADO. Perdonéme. (Sale.)

PETRUSHKOV.

¡Hola, Iván Petrovich! ¿Hace mucho que ha empezado?

IVÁN PETROVICH.

Están informando los abogados. Pero no dejan entrar.

UJIER.

No alboroten. Esto no es una terna. (Otra salva de aplausos. Se abren las puertas y salen los abogados y el público.)

ESCENA V

Dichos, una DAMA y un OFICIAL

DAMA.

Ha estado magnífico. Hasta se me han saltado las lágrimas.

OFICIAL.

Enternamente una novela. Lo que no se concibe es cómo ha podido que- rerlo tanto. Su aspecto es horrible.

ESCENA VI

Dichos. Se abre la otra puerta y salen los acusados: primero, Liza y KARENIN, a los que se ve pasar por el pasillo, y después FEDIA, solo

DAMA.

Hable más bajo. Ahí viene. Fíjese que nervioso está.
(La DAMA y el OFICIAL se van.)

FEDIA.—(Se acerca a IVAN PETROVICH.)
¿Lo has traído?

IVAN PETROVICH.
Aquí está. (Le entrega algo.)

FEDIA.—(Guarda en el bolsillo lo que le ha entregado IVAN PETROVICH y quiere irse; ve a PERRUSSHIN.)
Es estúpido, vil, triste, insensato. (Se dispone a marcharse.)

ESCENA VII

Dichos y el abogado PERRUSSHIN, que se acerca. Es un hombre grueso, de buen color, animado

PERRUSSHIN.
Padreco, nuestro asunto va muy bien, pero no me vaya a echar a perder las cosas en el último momento.

FEDIA.
No voy a hablar. ¿Que se les puede decir? No hablaré.

PERRUSSHIN.

Eso no, hay que hablar. Pero no se aliere. Ahora ya todo está arreglado. Dígame tan solo lo que hemos pensado: que si le juzgan a usted es únicamente por no haberse suicidado, es decir, porque no ha cometido un acto que la ley civil y la eclesiástica consideran como un delito.

FEDIA.

No dire nada.

PERRUSSHIN.

¿Por qué?

FEDIA.
No quiero hablar y no hablaré. Dígame solamente qué puede pasar en el peor de los casos.

PERRUSSHIN.

Ya se lo he dicho: la deportación a Siberia.

FEDIA.

¿De quién?

PERRUSSHIN.

De usted y de su mujer.

FEDIA.

¿Y en el mejor?

PERRUSSHIN.

La anulación del segundo matrimonio.

FEDIA.

¿Y me unirán a ella? Es decir, ¿la unirán a mí?

PERRUSSHIN.

No puede ser de otro modo. Pero no se aliere. Le ruego que diga lo que le he aconsejado y nada más que eso. En todo caso... (Se fija en la gente que los ha rodeado.) Estoy cansado, voy a sentarme un ratito. Descanse usted también. Lo principal es que tenga ánimos.

FEDIA.

¿No puede haber otra solución?

PERRUSSHIN.—(Marchándose.)
No.

No.

ESCENA VIII

Dichos, menos PERRUSSHIN. Viene el UTER

UTER.

Circulen, circulen, no se estacionen en el pasillo.

FEDIA.

En seguida. (Saca el recóper y se

disperta al pecho. Se despierta. Todos se precipitan hacia él.) No es nada, estoy bien. ¡Llamad a Liza!

ESCENA IX

Por todas partes acude gente, jueces, acusados y testigos. Liza viene a la cabeza de todos. La siguen MASHA, KARENIN, IVAN PETROVICH y el PRÍNCIPE ABRÉZKOV

LIZA.

¿Qué has hecho, Fedia? ¿Por qué?

FEDIA.

Perdoname por no haber podido...

LIZA.

¡Vivirás!

(Un médico se inclina y ausculta a FEDIA.)

FEDIA.

Shir el doctor sé... Adios, VIKTOR. Masha no ha llegado a tiempo... (Se echa a llorar.) ¡Qué bien...! ¡Qué bien...! (Escucha. Teton.)

FIN DE
"EL CADAVER VIVIENTE"